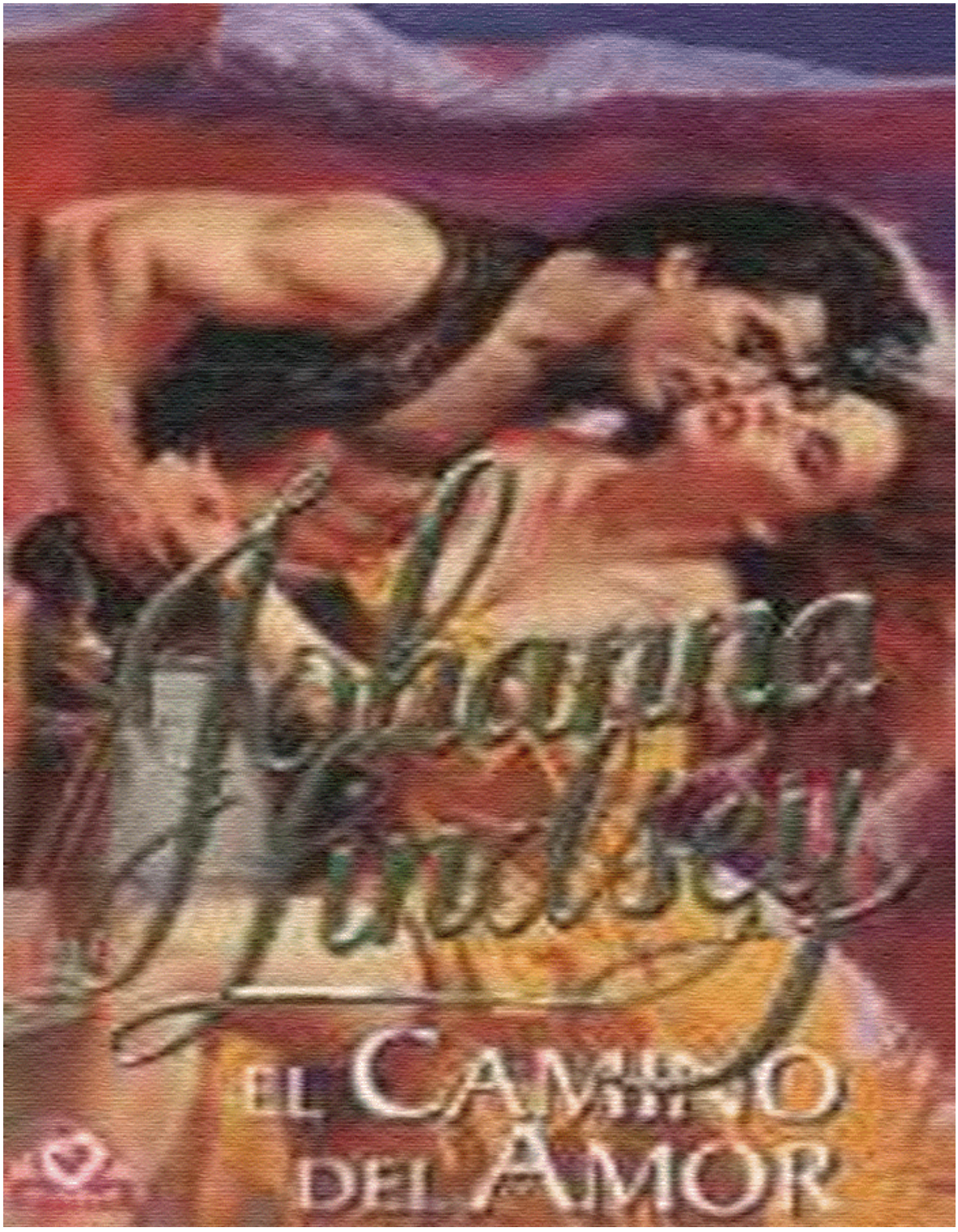
EL CAMINO DEL AMOR
JOHANNA LINDSEY



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPITULO 1

Texas,1892

-¡Me trae sin cuidado que seas copropietaria del rancho! ¡No vas a administrarlo!

-¡Eso no es justo y tú lo sabes! Si Tyler estuviese aquí le permitirías administrarlo.

-Tyler es un hombre hecho y derecho, y tú, Casey, tienes sólo diecisiete años.

-¿Cómo puedes decir eso? ¿Un hombre hecho y derecho? Sólo nos llevamos un año, y a mi edad hay muchas mujeres casadas y con tres hijos. ¿No es eso bastante madurez, para ti? ¿O acaso el problema es que soy mujer? y como te atrevas a admitir que ése es el problema, nunca volveré a dirigirte la palabra.

-En este momento te lo agradecería.

Ninguno de los dos hablaba en serio pero, viéndolos, cualquiera habría pensado lo contrario. Courtney Straton observó a su marido y a su hija, que se miraban con ira, y lanzó un largo y sonoro suspiro con la esperanza de captar su atención. No surtió efecto. La discusión había subido de tono, y cuando Chandos y Casey discutían, de nada servía la sutileza. Posiblemente, pensaba Courtney, ni siquiera recordaban que ella estaba presente.

El conflicto venía de lejos. Sin embargo sus disputas nunca habían sido tan acaloradas hasta ese momento. Desde la muerte de Fletcher Straton el año anterior, estaba en duda el futuro del rancho Bar M. El propietario debería haber sido Chandos, pero Fletcher, conociendo a su hijo, había incluido en el testamento una cláusula según la cual si Chandos repudiaba la herencia, el rancho correspondería en partes iguales a sus tres nietos. Yeso era precisamente lo que había ocurrido.

Chandos no necesitaba el rancho. Se había establecido por su cuenta, y las cosas le iban bien. Su principal acicate había sido demostrar a su padre que estaba a su misma altura, y lo había conseguido con creces. Quizá no lo había igualado en acres, pero sí en cabezas de ganado, y su casa era casi el doble de grande que la de Fletcher, lo cual la convertía prácticamente en una mansión.

Unidos, los ranchos Bar M y K.C. constituían una de las mayores haciendas de Texas. Dado que pertenecían a padre e hijo, la gente siempre los había considerado una única hacienda. Sólo el padre y el hijo pensaban lo contrario, y en esos momentos ya sólo Chandos, que insistía en mantenerlos separados.

Pero una cosa era mantenerlos separados y otra muy distinta consentir que su hija administrase el rancho. Chandos era un hombre de genio vivo, y Casey no facilitaba las cosas planteando aquello con tal terquedad, por más que el asunto fuese muy importante para ella.

Padre e hija eran muy parecidos. A diferencia de sus dos rubios hermanos, Tyler de dieciocho años y Dillon, que contaba sólo catorce, Casey había salido a su padre en el temperamento y los rasgos físicos. De él había heredado el cabello, negro como el carbón, y también la estatura, pues con su metro setenta y cinco era prácticamente la chica más alta del condado.

De Courtney tenía sólo los bellos ojos, que en Casey poseían el suave resplandor del ámbar. Y pese a lo mucho que se preciaba de ser ya una mujer como de hecho lo era con arreglo a las pautas del Oeste, donde las mujeres se casaban a tan corta edad, sus formas no habían adquirido aún la redondez femenina; era delgada, alta y desgarbada como su padre, aunque sin los músculos de éste.

Así y todo, era una muchacha atractiva, por lo menos cuando se quedaba quieta lo suficiente para que uno se fijase en ella. El problema era que Casey nunca paraba quieta. Tanto de pie como sentada, estaba en permanente movimiento: paseándose de un lado a otro con masculinas zancadas o gesticulando con las manos.

Pero si uno la sorprendía en sus contados momentos de sosiego, reparaba en sus grandes ojos, su piel tersa e impoluta bajo el intenso bronceado, y su nariz respingona. Tenía las cejas quizá demasiado pobladas y la barbilla un tanto pronunciada como su padre pero, unidos a sus pómulos finamente dibujados, esos rasgos pasaban casi inadvertidos. Sin embargo lo más desconcertante era que, al igual que Chandos, poseía una asombrosa capacidad de ocultar por completo sus emociones cuando se lo proponía, de modo que era imposible adivinar qué pensaba o sentía.

Aquélla no era una de esas ocasiones. Pero Casey tenía asimismo otra de las cualidades de Chandos: el don de la estrategia. Por lo general, cuando una táctica no daba resultado recurría a otra. Levantar la voz no había dado resultado, así que adoptó un tono más tranquilo.

-Pero el Bar M necesita una persona al frente.

-Sawtooth se las arregla bien -contestó Chandos.

-Sawtooth tiene sesenta y siete años. Estaba retirado y vivía plácidamente en su pequeño rancho cuando murió el abuelo. Accedió a tomar las riendas sólo hasta que encontrases a otro. Pero no has encontrado a nadie dispuesto a aceptar esa responsabilidad por menos de la mitad de los beneficios, y te niegas a ocuparte tú mismo.

-Aquí tengo ya bastantes quebraderos de cabeza. No puedo repartir mi tiempo.

-Pero yo sí -lo interrumpió Casey-, y *estoy* capacitada. Tú bien lo sabes. Una tercera parte del Bar M me pertenece. Tengo todo el derecho.

-Aún no has cumplido los dieciocho, Casey.

-¿Y qué tiene que ver la edad con esto, si puede saberse? Además, los cumpliré dentro de unos meses.

-Y será entonces cuando debas empezar a preocuparte de encontrar un marido y formar tu propia familia, cosa que te sería imposible si cargases con las responsabilidades del Bar M.

-¡Un marido! -gruñó Casey-. Yo hablo sólo de un par de años, papá, hasta que Tyler vuelva de la universidad. Las obligaciones de un rancho no tienen secretos para mí. Tú mismo te has encargado de eso. Me has enseñado todo lo que sé sobre cómo administrar un rancho, sobre cómo sobrevivir.

-Ése ha sido mi mayor error -masculló Chandos.

-No, eso no es verdad -terció por fin Courtney-. Querías que Casey fuese capaz de afrontar cualquier situación si nosotros no estábamos para ayudarla.

-Tú lo has dicho -respondió él-: *Si* nosotros no estábamos.

-Quiero ocuparme del rancho -insistió Casey-, y no he oído una sola razón de peso que me convenza de lo contrario.

-Eso es porque no escuchas, señorita -replicó su padre con expresión ceñuda-. Primero, eres demasiado joven; segundo, eres una mujer, y por tanto los cuarenta y pico vaqueros del Bar M *no* van a aceptar órdenes tuyas; y por último, has llegado a una edad en que deberías casarte. No encontrarás marido si te pasas la vida enterrada entre los libros de cuentas del rancho y vuelves a diario mugrienta y sudada de la pradera.

Casey había enrojecido, probablemente de ira, pero era difícil saberlo.

-¡Ya estamos otra vez con el marido! -exclamó casi con desprecio-. En los últimos dos años no ha aparecido por estas tierras un solo hombre digno siquiera de fijarme en él. ¿O acaso te trae sin cuidado con quién me case? Porque si es así, se me ocurre una docena de hombres que valdrían. Mañana mismo iré a pescar a uno si ése es el requisito para.

-No seas impertinente.

-Hablo muy en serio -aseguró ella-. Si estuviese casada consentirías que mi marido administrase el Bar M, ¿no es así? Eso te parecería aceptable. Muy bien, pues te presentaré aun pretendiente en menos...

-No serás capaz. *No* te casarás sólo por echar mano a esos libros de cuentas...

-Hace meses que echo mano a esos libros de cuentas, papá. Por si no lo has notado, Sawtooth está medio ciego. Cada vez que intenta cuadrar los libros, le da un terrible dolor de cabeza y se pone realmente enfermo.

En esta ocasión fue Chandos quien enrojeció, y en su caso era sin duda de ira.

-¿ Por qué no he sido informado de eso ? -preguntó.

-Quizá porque siempre que Sawtooth viene a verte, andas por ahí, en algún lugar de la pradera. Y quizá porque no te has dignado a poner los pies en el Bar M para averiguar el motivo de sus visitas. Y quizá porque en realidad el Bar M no te interesa. Preferirías verlo en la ruina ahora que el abuelo ha muerto, sólo por deshonrar su memoria.

-¡Casey! -exclamó Courtney, escandalizada.

Pero la joven ya había palidecido. Se había pasado de la raya y era consciente de ello. Sin esperar a que su padre arremetiese contra ella, salió corriendo del salón.

De inmediato Courtney aseguró a su marido que Casey se había dejado arrastrar por los sentimientos, que en realidad no pensaba lo que había dicho; pero él, sin despegar los labios, se marchó justo después de Casey. Sin embargo no la siguió. Se dirigió hacia la puerta trasera de la casa, el camino más corto al establo, mientras su hija corría hacia la parte delantera.

El desenlace no podía haber sido peor. Chandos no debería haber permitido que la discusión terminase de aquel modo, con Casey corroída por los remordimientos pero decidida aún a hacer cambiar de idea a su padre. Debería haber expuesto las razones de su negativa de manera más explícita. Debería haber admitido que no deseaba verla sufrir a causa de un inevitable fracaso.

Tal vez los vaqueros del Bar M la aceptasen por un tiempo, porque sabían que era la nieta de Fletcher; pero forzosamente llegarían hombres nuevos, y quienes no conocían a Casey ni a Fletcher sembrarían la discordia tarde o temprano. Tratándose de una mujer de mayor edad, una viuda, por ejemplo, habría sido distinto; pero ése no era el caso. La mayoría de los hombres se negaban a aceptar órdenes de una mujer, y más aún si la consideraban casi una niña.

Pero Chandos no había mencionado nada de eso, o al menos no con claridad suficiente. Courtney tendría que hablar personalmente con su hija; no obstante, dejaría pasar uno o dos días para que se serenase. Casey era imprevisible cuando se desbocaban sus emociones.

CAPITULO 2

Cuando Casey salió a toda prisa del salón, no subió a su habitación. El porche se hallaba más cerca, y a aquella hora de la mañana solía estar solitario y tranquilo. Y así lo encontró aquel día.

Era un porche amplio, de sólo tres metros de ancho pero unos veinticinco de largo, extendiéndose de parte a parte de la fachada. En él había sillas y pequeñas mesas blancas, un par de balancines de dos plazas que su padre había construido, y gran cantidad de plantas que su madre mimaba y servían de paso para disimular las numerosas escupideras que usaban los vaqueros del rancho.

Se acercó a la barandilla y la agarró con fuerza hasta que sus nudillos perdieron el color. Todas las tierras hasta donde la vista alcanzaba pertenecían a los Straton, a su padre o a su abuelo, una extensa llanura salpicada por unas cuantas colinas y alguna que otra arboleda aislada en torno a un abrevadero, y poblada por los habituales cactus y animales de Texas. Al norte, la hacienda lindaba con un bosque, pero desde la casa no se veía. Un riachuelo separaba las dos propiedades. Más al sur, compartían un lago de agua dulce abundante en percas. Era una tierra agreste, una tierra hermosa. Sin embargo aquella mañana primaveral Casey no estaba de humor para contemplar el paisaje.

No debería haber hablado de aquel modo a su padre; pero él se había mostrado *tan* poco razonable... Por otra parte, no era fácil sobrellevar los remordimientos y la rabia. A la rabia estaba acostumbrada, habiéndose criado con dos hermanos que disfrutaban burlándose de ella. Los remordimientos, en cambio, eran algo muy distinto, y más considerando que se debían aun reproche quizá acertado.

¿Qué otra cosa podía pensar? Su padre siempre había aparentado un total desinterés por el Bar M. No quería saber nada de cualquier cosa que hubiese pertenecido a Fletcher Straton. Eso no era ni mucho menos un secreto. Ella, por el contrario, había sentido adoración por su abuelo. Nunca había entendido por qué él y Chandos eran incapaces de enterrar el hacha de guerra, por así decirlo, después de tantos años. Fletcher había hecho todo lo humanamente posible por reconciliarse con su hijo; pero éste era inflexible.

Naturalmente Casey Conocía la historia, que se inició con la marcha de Meara, la esposa de Fletcher, cansada al parecer de las infidelidades de su marido. Se llevó al hijo de ambos, y aunque Fletcher los buscó por todas partes, resuelto a volver con ellos a casa, habían desaparecido sin dejar rastro.

No supo cómo habían conseguido eludirlo hasta muchos años después, cuando su hijo regresó de improviso al Bar M. Chandos tuvo suerte de que no disparasen contra él al verlo a lomos de su caballo pinto, con un pantalón de gamuza, sus largas trenzas negras y poco más. Parecía un indio de los pies a la cabeza, salvo por los ojos, de un azul intenso, los ojos de Meara, y lo único que permitió a su padre reconocerlo.

Según la versión de Fletcher, Meara lo abandonó en un arrebato de mal genio, huyendo repentinamente sin tomar las debidas precauciones. Ella y su hijo fueron capturados por unos kiowas y vendidos a un comanche. Aun así, podían considerarse afortunados. El joven guerrero tomó a Meara por esposa y adoptó a Chandos. Unos años después nació otro hijo de esa unión, la hermana de Chandos, Ala Blanca, por quien él sentía un gran afecto.

Chandos era aún un niño en el momento de la captura, y Meara no lo envió a casa con su verdadero padre hasta que hubieron transcurrido diez años, cuando tenía ya dieciocho y estaba preparado para ocupar una posición de adulto en la tribu. Meara quería que conociese el mundo del hombre blanco antes de elegir la forma de vida de los comanches.

Fue un error. Chandos accedió porque habría hecho cualquier cosa que le pidiese su madre, pero su decisión estaba ya tomada. Se había criado entre comanches. En lo que a él respectaba, era un comanche.

Por otra parte, no le disgustaba la idea de aprender todo lo posible acerca de los «blancos», como por entonces se refería a ellos. «Conoce a tu enemigo» no era una máxima exclusiva del hombre blanco. El problema fue que Fletcher, en su alegría por haber recuperado a su hijo, pensó que Chandos había vuelto para quedarse, y en consecuencia no comprendió su hostilidad. Y Fletcher, con su actitud obstinada, agresiva y despótica de aquel entonces, no consiguió más que aumentar esa hostilidad.

Discutían continuamente, porque Fletcher intentaba moldearlo con arreglo a su idea de lo que debía ser un hijo. Pero, a su edad, Chandos no era ya un niño.

La ruptura definitiva se produjo cuando Fletcher ordenó a sus hombres que lo acorralasen y le cortasen las trenzas. Fue una pelea encarnizada, según Fletcher, y Chandos hirió a tres hombres. Tras aquel episodio Chandos, a los tres años de su regreso, se marchó de nuevo. Su padre pensó que ya no lo vería más.

Un tiempo después Fletcher averiguó que su hijo, al volver con su tribu, los encontró a casi todos muertos, masacrados por una banda de blancos. Su madre y su hermana habían sido violadas y asesinadas. Y todo aquello había ocurrido sólo unas horas antes de llegar él. Durante cuatro años Chandos y algunos de los comanches supervivientes siguieron el rastro de los asesinos buscando venganza, y ésta, cuando por fin los hallaron, fue brutal, tanto como la matanza de mujeres y niños perpetrada antes por la banda. Fue en esa época cuando Chandos conoció a Courtney, la madre de Casey.

Se enamoraron, y finalmente él decidió establecerse en la hacienda de la familia Courtney, lindante a la de su padre. Se proponía competir con éste y demostrar que era capaz de administrar un rancho con éxito sin su ayuda. Tenía una fortuna depositada en un banco de Waco, que Fletcher le había dado mucho tiempo atrás, pero nunca recurrió a aquel dinero, y probablemente nunca lo tocaría. Cuando Chandos creaba algo, lo creaba por sí solo.

Padre e hijo nunca hicieron las paces, o al menos nadie tuvo noticia de ello. Y aun tras la muerte de Fletcher, Chandos se negaba a enterrar con él sus diferencias. Sin embargo algún día los dos ranchos formarían una única hacienda bajo el control de los hijos de Chandos, y probablemente la perspectiva no le entusiasmaba en absoluto; por eso, en lugar de administrarlo como convenía, estaba decidido a contemplar impasible su decadencia.

Pero Casey debería haberse callado. Por convencida que estuviese de que así era, manifestarlo era un grave insulto, y ella nunca había insultado a su padre.

Aunque no había oído acercarse a nadie, una voz preguntó a sus espaldas:

-¿Va a llorar, señorita?

Sin volverse, supo quién se hallaba tras ella e imaginó que había oído la discusión que acababa de sostener con su padre. Desde la muerte de Fletcher, su relación con Sawtooth se había estrechado, tanto como para que él le preguntase con toda naturalidad y esperase respuestas.

-¿Para qué sirven las lágrimas? -repuso ella con voz tensa.

-En mi opinión, para nada, como no sea para mortificar a un hombre -respondió Sawtooth-. ¿Y qué va a hacer, pues?

-Demostrar a mi padre que puedo arreglármelas sin un marido, que puedo trabajar en un mundo de hombres sin tener a uno pegado a las faldas.

-A las faldas no, desde luego, porque nunca lleva -comentó él y rió entre dientes-. ¿Y cómo va a demostrárselo?

-Consiguiendo un empleo que no sea propio de una mujer.

-Para una mujer es difícil conseguir un empleo apropiado, y ya no digamos inapropiado.

-Me refiero a algo *muy* inapropiado, hasta peligroso quizá, o algo tan agotador que ninguna mujer se lo plantease siquiera. ¿No fue vaquera durante un tiempo esa tal Oackley, e incluso exploradora del ejército?

-Por lo que he oído contar -dijo Sawtooth-, esa Oackley tenía un aspecto más masculino que muchos hombres, y vestía como un hombre. Pero ¿de qué habla? No estará pensando en hacer una estupidez como ésa, ¿verdad?

-«Estupidez», según como se mire. La cuestión es que debo hacer algo. Mi padre no va a cambiar de opinión por arte de magia. Es un hombre testarudo donde los haya, y ya sabemos a quién ha salido en eso, ¿no?

Sawtooth soltó una carcajada. Al fin y al cabo, él y Fletcher habían sido buenos amigos. No obstante, también admitió:

-Este asunto empieza a no gustarme.

-Pues es una lástima -rezongó Casey-. No estaba pidiendo permiso. Pero tampoco esperaba tener que demostrar mi valía, sabiendo mi padre de sobra que estoy capacitada; así que debo pensar seriamente en esto.

-Gracias a Dios -dijo Sawtooth-. Cuando actúa de manera impulsiva, señorita, me pone la carne de gallina.

CAPITULO 3

Más adelante se veía un resplandor, una fogata al parecer; o al menos Damian Rutledge esperaba que fuese una fogata, ya que eso implicaba la presencia de seres humanos, algo que no había visto en los últimos dos días. En esos momentos se conformaba con cualquier clase de gente, incluso la más incivilizada, con tal de que supiese indicarle el camino al pueblo más cercano.

Estaba totalmente perdido. Le habían asegurado que el oeste era un lugar civilizado; pero para él la «civilización» equivalía a personas, vecinos, edificios, y no a milla tras milla de nada.

Debería haber sospechado que esa zona del país no se parecía en absoluto a lo que él conocía al ver que las poblaciones por donde pasaba eran cada vez menos populosas. Pero las cosas le habían ido bien en el viaje en tren desde Nueva York... hasta llegar a Kansas. Allí habían comenzado sus desventuras.

Primero el problema del tren. El «Katy», como llamaban cariñosamente al ferrocarril que atravesaba Missouri, Kansas y Texas, no cubría esa semana su habitual recorrido debido a un pequeño incidente: un asalto que se había saldado con la destrucción de un tramo de vía y desperfectos en la locomotora. Averiguó que sí funcionaba el servicio de diligencias, y que podía coger otro tren en el siguiente pueblo, así que optó por dar un breve rodeo en la diligencia. No le mencionaron, sin embargo, que aquella diligencia en particular no se utilizaba desde hacía cinco años, desbancada por el ferrocarril.

La mayoría de los viajeros que iba en su misma dirección prefirió aguardar a que terminase la reparación; pero Damian estaba demasiado impaciente por reemprender camino.

Al advertir que era el único pasajero, debería haber adivinado que los demás tenían alguna buena razón para rehuir el decrépito vehículo.

Otras líneas de diligencias seguían operativas en Kansas entre los pueblos adonde no llegaba el ferrocarril, y últimamente padecían una oleada de asaltos. Sin embargo Damian no conoció ese detalle hasta que el cochero, durante una parada en un abrevadero, se dejó llevar por la locuacidad. Y más tarde Damian tuvo ocasión de constatar el hecho de la peor manera posible...

Así al menos, cuando oyó los disparos, supo de qué se trataba. No obstante, el cochero no se detuvo. Intentó escapar de los forajidos, un esfuerzo absurdo con un carruaje viejo y pesado como aquél. Y de pronto el cochero, por alguna razón que Damian nunca sabría, abandonó el camino. El paisaje, convertido en un borrón, desfiló a toda velocidad ante sus ojos; sonaron más disparos, y por fin la diligencia chocó contra algo y se detuvo, tan bruscamente que Damian salió despedido del asiento y se golpeó la cabeza con el tirador metálico del interior de la puerta. Ahí se interrumpían sus recuerdos hasta varias horas más tarde.

Probablemente lo despertó la lluvia que azotaba la diligencia. Había anochecido. Y cuando consiguió salir de la diligencia, que había volcado, descubrió que estaba solo en medio de ninguna parte.

Los caballos habían desaparecido. Damian ignoraba si los habían robado o se habían desenganchado. El cochero había desaparecido, bien porque había caído del pescante herido de muerte durante la huida, bien porque lo habían apresado los forajidos, o bien porque había sobrevivido y corrido en busca de ayuda. Pero tampoco eso llegaría a saberlo Damian. Él mismo estaba cubierto de sangre a causa de la herida de la cabeza. La lluvia se la enjugó en parte mientras reunía sus pertenencias, esparcidas por las inmediaciones, y volvía a guardarlas en la bolsa de viaje.

Pasó el resto de aquella noche aciaga dentro de la diligencia, donde al menos estaba a resguardo de la lluvia. Por desgracia era ya mediodía cuando despertó de nuevo, y el sol no le sirvió de ayuda para determinar qué dirección tomar, aunque en realidad tampoco sabía hacia dónde quería ir. Ni siquiera podía guiarse por las huellas de la diligencia, borradas por el agua durante la noche.

Le habían robado el reloj, junto con el dinero que llevaba en la bolsa y los bolsillos. Conservaba sin embargo el que había escondido en el forro de la chaqueta, un pobre consuelo considerando el aprieto en que se hallaba. Encontró una cantimplora llena de agua atada al costado de la diligencia, que se llevó consigo, y una manta vieja y mohosa bajo un asiento, que se alegró de haber cogido también cuando, al caer la noche, seguía sin tropezarse con nadie.

Al producirse el asalto, la diligencia viajaba hacia el sur, donde se hallaba el siguiente pueblo, pero eso era sólo una orientación general, ya que el camino giraba continuamente a uno y otro lado. Quizá se había desviado mucho al este o al oeste; de hecho, incluso podía pasar el pueblo de largo sin enterarse siquiera. En los primeros momentos había albergado la esperanza de encontrar de nuevo el camino, pero no tuvo suerte.

Al final del primer día empezaba a dudar seriamente de si volvería a echarse algo al estómago. No llevaba arma alguna con que cazar si surgía una posible presa. Había pasado toda su vida en la ciudad y nunca había imaginado que pudiese llegar a necesitar un arma. Halló por casualidad un pequeño abrevadero donde pudo acabar de limpiarse los cuajarones de sangre del cabello y ponerse ropa limpia, aunque todavía húmeda por la lluvia. Y al menos esa noche se echó a dormir con el estómago lleno de agua, un flaco alivio para su hambre de dos días.

El segundo día el penetrante dolor de cabeza debido al golpe que lo había acompañado durante la primera jornada, comenzó a remitir. Pero las ampollas que se le habían levantado en las manos de acarrear la bolsa de viaje y en los pies de tanto andar con sus zapatos de calle lo atormentaban de tal modo que apenas recordaba el dolor de cabeza. Y se había quedado sin agua. Así pues, al final de esa segunda jornada, su inicial abatimiento cobraba ya un cariz alarmante.

Fue una verdadera suerte que avistase la fogata cuando se disponía ya a envolverse en su mohosa manta para pasar la noche. Sin embargo aquel resplandor era muy lejano, tanto que, tras mucho caminar, llegó a pensar que se trataba de una ilusión óptica. Pero al final aquel punto trémulo empezó a agrandarse, a dibujarse claramente como una fogata, y poco después Damian percibió olor a café y carne asada, y su estómago rugió anhelante.

Cuando lo separaban apenas veinte pasos de la fogata, notó en el cuello el contacto frío de un objeto metálico y oyó el piñoneo de un revólver al amartillarse. No había advertido ningún otro movimiento, pero el chasquido del percutor lo disuadió en el acto de seguir avanzando.

-¿No sabe que no debe entrarse en un campamento sin dar antes una señal de aviso?

-Llevo dos días perdido -respondió Damian con manifiesto cansancio-. Y no, no estaba informado de que aquí era costumbre avisar antes de pedir socorro. -Siguió un inquietante silencio. Por fin a Damian se le ocurrió añadir-: No voy armado.

Otro chasquido indicó que el gatillo volvía a su posición. Inmediatamente después se oyó el roce del metal al deslizarse en una funda de cuero.

-Perdone -dijo el desconocido-, pero por estos lugares toda precaución es poca.

Damian se volvió para mirar a su salvador, con la esperanza e haber encontrado al menos un guía para regresar a la civilización. Sorprendido, descubrió que tenía ante sí a un simple muchacho. Era un chico más bien flaco y no muy alto de mejillas finas como las de un niño. Tenía unos quince o dieciséis años y llevaba un pañuelo rojo atado laxamente al cuello, un poncho de lana negro y marrón sobre una camisa de color azul oscuro, un pantalón vaquero y unos mocasines de caña alta.

En alguna parte, oculta bajo aquel poncho, había una pistolera. Un sombrero de ala ancha, bastante común al oeste de Missouri. Por lo que Damian había observado, cubría parcialmente su cabello negro y alborotado, que le caía hasta los hombros. Escrutaba a Damian con sus ojos de color castaño claro, unos .ojos felinos que en una mujer habría podido calificarse de hermosos. En aquel muchacho, en cambio, resultaban sencillamente... extraños.

Fueron el poncho y los mocasines lo que indujeron a Damian a decir con tono vacilante:

-No habré entrado por casualidad en una reserva india, ¿verdad?

-No, las reservas están mucho más al sur. ¿Por qué lo dice?

-Simplemente me preguntaba si era usted indio.

Una peculiar mueca se dibujó en los labios del muchacho, quizá una sonrisa, aunque Damian no estaba muy seguro.

-¿Le parezco indio?

-En realidad no lo sé. Nunca he visto a un indio -tuvo que admitir Damian.

-No, claro; era de suponer. Ya se ve que está en ayunas.

-¿Tanto ruido me hace el estómago? -repuso Damian.

El muchacho lo miró por un momento con cara de incomprensión y de pronto se echó a reír a carcajadas. Era una risa profunda y sensual, un tanto desconcertante en un muchacho. Damian adivinó que el chiste, fuera cual fuese, era a su costa. Pero en su presente estado sin duda debía ofrecer un aspecto cómico.

Damian iba sin sombrero, por lo cual se sentía casi desnudo; su bombín había quedado inservible al volcar la diligencia, y no llevaba ningún otro en su equipaje. Aunque el día anterior se había puesto un traje limpio, estaba ya cubierto de polvo y abrojo. Probablemente parecía tan perdido como se sentía. No había perdido sin embargo los buenos modales. Pasando por alto la risa de su joven anfitrión, le tendió la mano y se presentó debidamente.

-Damian Rutledge Tercero, encantado de conocerlo.

El muchacho le miró la mano pero no la estrechó. Se limitó a asentir con la cabeza y dijo:

-¿Tercero? ¿Es que hay otros dos como usted? -De inmediato decidió que la pregunta era absurda y le quitó importancia con un gesto-. Da igual. La comida está caliente, y si quiere, puede compartirla conmigo y quedarse aquí a pasar la noche. -Con una sonrisa burlona, añadió-: Y ya que lo dice, sí parece que necesita echarse algo al cuerpo, a juzgar por lo que oigo.

Damian se sonrojó, pues el estómago le hacía cada vez más ruido desde que se había acercado lo suficiente para oler la comida. Pero acababan de ofrecerle una cena y no estaba en disposición de andarse con remilgos. Y aunque tenía aún algunas preguntas pendientes, el hambre era su principal preocupación en ese momento, así que sin más preámbulos se encaminó hacia el fuego.

En realidad había dos fogatas, una grande que aún ardía con llama viva e iluminaba bien los alrededores y una pequeña destinada a guisar. Ésta consistía en un hoyo excavado en la tierra y rodeado por cuatro piedras grandes que sostenían una parrilla de hierro. Bajo la parrilla resplandecían sólo las brasas de algunas ramas pequeñas y parcialmente consumidas procedentes de la fogata mayor, para que la carne no se quemase demasiado antes de asarse bien. En un ángulo de la parrilla había una cafetera negra de hojalata; en otro, una caja metálica que, como Damian vio, contenía seis panecillos recién hechos; y en otro, un bote de judías. Por lo que a Damian respectaba, era todo un festín.

-¿Qué clase de carne es ésa? -preguntó Damian cuando el muchacho le entregó un plato.

-Carne de ave, urogallo.

No eran aves muy grandes, pero había dos, y una de ellas fue a parar a su plato, junto con tres panecillos y la mitad de las judías. Empezó a engullir con tal urgencia que sólo al cabo de un rato advirtió que había un único plato, y el muchacho comía directamente de la parrilla.

-Lo siento...

-Déjese de tonterías -lo interrumpió el muchacho-. Aquí los platos son un lujo. Además, ahí abajo tenemos un río para lavarlo después.

¿Un sitio donde lavarse? A Damian, la perspectiva le pareció deliciosa.

-¿No tendrá jabón, supongo?

-No la clase de jabón que usted querría -fue la enigmática respuesta del muchacho-. Si le apetece darse un baño, restriéguese con el barro del fondo del río, como hace la mayoría de la gente por aquí. La suciedad se desprende en el acto.

¡Qué primitivo!, pensó Damian, pero la situación en sí lo era, allí acampados al raso sin más que lo indispensable. Sin embargo la comida era excelente y muy de agradecer, y Damian así lo expresó.

-Gracias por renunciar a la mitad de su cena para darme de comer. Dudo que hubiese aguantado mucho más sin sustento.

Damian percibió de nuevo una de aquellas ligeras sonrisas en el rostro del muchacho, tan fugaz que ni siquiera tuvo la certeza de que realmente fuese una sonrisa.

-¿De verdad cree que me habría comido todo eso yo solo? Es mi desayuno lo que está zampándose. Y no vuelva a disculparse. Por la mañana se ahorra tiempo si, en lugar de guisar otra vez, se aprovechan las sobras de la cena. Pero no tengo tanta prisa como para no poder preparar mañana temprano unas hojuelas.

Damian no tenía la más remota idea de qué eran esas «hojuelas», pero ya estaba impaciente por probarlas. Sin embargo después de cenar juntos, por así decirlo, y con el estómago no lleno pero sí al menos aliviado, volvió a asaltarlo la curiosidad. Empezó por recordar al muchacho:

-No he oído su nombre.

El muchacho le lanzó una mirada con sus singulares ojos de color castaño claro y al instante volvió a concentrarse en el café, que había comenzado a servir.

-Quizá sea porque no se lo he dicho.

-Si prefiere no...

-No tengo nombre -atajó el muchacho con tono cortante-. Al menos, que yo sepa.

No era eso exactamente lo que Damian esperaba oír.

-Pero ¿atenderá a algún nombre, supongo?

-La gente me llama Kid -contestó el muchacho con un gesto de indiferencia.

-Ah. -Damian sonrió. Ése era un apodo que aparecía con frecuencia en el informe sobre el Oeste que le habían facilitado, pero normalmente iba precedido de otro nombre-. ¿Como Billy the Kid?

El muchacho dejó escapar un gruñido.

-Más bien porque soy un poco joven para dedicarme a lo que me dedico.

-¿Y qué es?

Damian cogió la taza de café que le tendió el muchacho, y casi lo derramó al oír:

-Cazo forajidos.

-Nunca... nunca lo habría tomado por un policía. Su aspecto no...

-Por un ¿qué?

-Un agente de la ley -aclaró Damian.

-Ah, un sheriff, quiere decir. No, no es eso. ¿Quién iba a elegirme a mi edad?

Eso mismo pensaba Damian, y de ahí su sorpresa.

-¿Por qué, pues, caza forajidos? -preguntó con delicadeza.

-Por la recompensa, claro está.

-¿Y resulta lucrativo?

Damian esperaba tener que explicar el significado de esa palabra, pero el muchacho volvió a sorprenderlo.

-Mucho.

Por lo menos, pensó Damian, su anfitrión era inteligente.

-¿Y cuántos forajidos ha apresado desde el comienzo de su carrera?

-Cinco hasta la fecha.

-He visto unos cuantos carteles de «Se Busca» -comentó Damian. De hecho, el informe que le habían entregado estaba lleno de esa clase de carteles-. ¿Y no se ofrece la recompensa por el forajido vivo o muerto en la mayoría de los casos?

-Si está preguntándome cuántos forajidos he matado, la respuesta es ninguno... de momento. He herido a algunos, eso sí. Y uno de esos cinco tiene una cita con el verdugo, así que probablemente se reunirá con su Creador antes de fin de año.

-¿Y lo toman en serio, esos criminales empedernidos? -se aventuró a preguntar Damian.

La sutil sonrisa asomó de nuevo, aquella que no era exactamente una sonrisa.

-Rara vez -admitió el muchacho-. Pero esto sí lo toman en seno.

El revólver apareció de pronto en su mano, como por ensalmo. Obviamente, pensó Damian, lo tenía ya desenfundado bajo el poncho, y él no lo había visto sacarlo.

-Sí, claro; las armas poseen la cualidad de atraer la atención -concedió Damian.

Eso era no obstante lo más que estaba dispuesto a aceptar. El muchacho era demasiado joven para haber realizado las proezas que se atribuía. Aun si hubiese sido unos años mayor, Damian habría tenido sus dudas. Pero a esa edad los chicos tendían a jactarse de grandes hazañas para impresionar a la gente, cosa bastante fácil considerando que no había allí manera de demostrarlo ni él iba a exigírselo.

Sin embargo Damian, prudentemente, no apartó la vista del arma hasta que desapareció. Al devolverle la taza, el muchacho enfundó de nuevo el revólver para servirse él un café.

-¿Vive por aquí? -preguntó Damian a continuación.

-No.

-¿Vive *alguien* por aquí?

Advirtiendo su énfasis en la palabra «alguien», Kid se rió entre dientes, y aquel sonido, al igual que sus anteriores carcajadas, tenía una extraña nota de sensualidad impropia de un muchacho. Si Damian no hubiese estado mirándolo a la cara, habría pensado que una chica había entrado furtivamente en el campamento sin él darse cuenta. Pero eso era imposible. Además, el muchacho poseía ese aspecto de «niño bonito», como se decía comúnmente, más propio de una mujer que de un hombre, así que no era raro que a Damian le pasasen por la cabeza ideas absurdas.

Damian apartó esos pensamientos de su mente cuando su anfitrión comentó:

-Pues la verdad es que está usted bastante lejos de la civilización, señor Rutledge.

-¿Ah, sí? No me diga -replicó Damian irónicamente. Al cabo de un momento, añadió-: Pero sabe dónde estamos, espero.

Kid movió la cabeza en un breve gesto de afirmación.

-Uno o dos días al sur de Coffeyville, calculo.

A Damian el nombre no le decía nada; sólo sabía que no era su destino, así que quizá la diligencia, antes del incidente, lo había llevado más al sur de lo que pensaba, y él había caminado más de lo que se proponía, pasándose de largo el lugar adonde iba.

-¿Es ése el pueblo más cercano?

-Yo no soy de por aquí.

-*¿A* qué ha venido entonces? -preguntó Damian.

-Tengo un asunto pendiente en Coffeyville, o eso espero.

El muchacho no entró en más detalles. Por la brevedad de sus respuestas, Damian empezaba a sospechar que lo importunaban tantas preguntas. Él, por el contrario, disfrutaba con cualquier conversación, incluso si, como en aquel caso, se reducía casi aun interrogatorio; de modo que mientras no lo hiciese callar.

-Me gustaría pensar que no he estado andando en círculo. ¿Hay cerca de aquí algún camino, al menos?

Kid negó lentamente con la cabeza.

-Tiendo a evitar los caminos en la medida de lo posible. Así tropieza uno con menos gente, y da la casualidad de que yo prefiero viajar solo.

La insinuación fue lo bastante directa para que a Damian le asomasen los colores a la cara.

-Siento haberlo molestado, pero lo cierto es que estoy totalmente perdido.

-¿Qué le ha pasado? -dijo Kid-. ¿Se le ha escapado el caballo? Si no en la pregunta, sí en el tono, se adivinaba que el muchacho consideraba a Damian demasiado inepto para montar o mantener sujeto a un caballo. Comprensiblemente, se percibió cierta irritación en la voz de Damian cuando contestó:

-No, viajaba en diligencia. Y antes de que me pregunte si me caí y me quedé en el camino...

-Un momento, un momento -lo interrumpió Kid-. No tiene motivo para ofenderse por una simple pregunta, y menos cuando usted hace una detrás de otra. Ha llegado a mi campamento a pie y no a caballo; es lógico suponer, pues, que a su caballo se le ha roto una pata, o que lo ha tirado de la silla y se le ha escapado. La gente que toma la diligencia no suele acabar el viaje a pie.

Damian lanzó un suspiro. Kid tenía razón; era una deducción lógica, Además, volvía a dolerle la cabeza. Sin embargo no iba a disculparse otra vez, entre otras cosas porque probablemente su propia suposición no iba muy desencaminada.

-Alguien disparó contra la diligencia -explicó Damian-. El cochero intentó huir, pero la diligencia volcó. Perdí el conocimiento en el accidente, y cuando desperté por la noche, el cochero había desaparecido, los caballos habían desaparecido, y a mí me habían vaciado los bolsillos y la bolsa.

El muchacho pareció vivamente interesado.

-¿Asaltantes de diligencia en esta zona? ¿Cuándo ocurrió?

-Anteayer.

Kid dejó escapar un sonoro suspiro de desilusión y comentó:

-Seguramente están ya lejos.

-Imagino que sí -dijo Damian, frunciendo el entrecejo-. ¿Preferiría que no fuese así?

-La Wells Fargo paga francamente bien por los asaltantes de diligencias. Y dar caza a los forajidos que aparecen en los carteles lleva su tiempo cuando no quieren ser encontrados.

-Sí, supongo que eso haría más fácil su trabajo -convino Damian, siguiéndole la corriente.

-Más fácil no, pero sí más rápido. En realidad, cuando me tropiezo casualmente con un forajido, lo considero una especie de bonificación, imprevista pero bienvenida. Y ahora le toca a usted, señor Rutledge. ¿Qué lo trae por el Oeste?

-¿Por qué piensa que vengo del Este?

Una clara sonrisa se dibujó en los labios del muchacho mientras recorría a Damian de arriba abajo con sus ojos de color castaño claro, casi ambarinos a la luz del fuego.

-Una simple suposición.

Damian arrugó la frente. Kid se echó a reír y luego preguntó con toda naturalidad:

-¿Ha venido en uno de esos viajes de recreo que tanto gustan, por lo visto, a los del Este?

Damian estaba lo bastante molesto para responder:

-No, voy camino de Texas para matar a un hombre.

CAPITULO 4

«Voy camino de Texas para matar a un hombre.»

Al pronunciar esas palabras lo asaltó de nuevo el vívido recuerdo de aquella noche de la primavera pasada, seis meses atrás, la noche en que el mundo se le vino abajo. Aquel día todo había salido a pedir de boca: Winnifred recibió las flores de invernadero poco antes de que él pasase a recogerla; el anillo de compromiso de diseño exclusivo que había encargado estaba ya a punto esa mañana. Incluso llegaron puntualmente al restaurante, ya que por una vez el intenso tránsito neoyorquino no provocó el menor retraso. Y la cena fue magnífica. Inmejorable. En cuanto acompañase a Winnifred a su casa, formularía la gran pregunta.

El padre de Damian había aprobado su elección; de hecho, estaba encantado. Formaban una pareja perfecta, siendo el novio el heredero de Rutledge Imports y la novia la heredera de C. W. & L. Company. No sería sólo una boda, sino la fusión de las dos principales compañías importadoras de la ciudad.

Mientras tomaban el postre, se acercó a la mesa el sargento Johnson de la comisaría del distrito 21. El sombrío policía anunció que deseaba hablar un momento en privado con Damian. Salieron al vestíbulo. Al oír su mensaje, Damian quedó consternado.

Ni siquiera recordaba si pidió al sargento que llevase a Winnifred a su casa. Salió corriendo hacia las oficinas de Rutledge Imports. Encontró todas las luces encendidas.

Normalmente las oficinas cerraban a las cinco de la tarde, pero a veces algunos empleados, o incluso el padre de Damian, se quedaban un rato más para acabar tareas atrasadas, aunque nunca hasta tan tarde. Por lo general, a esa hora de la noche incluso el servicio de limpieza había terminado ya. Sin embargo, cuando Damian llegó, sólo había allí miembros del Departamento de Policía de Nueva York.

El cuerpo colgaba aún de un asta de bandera en el amplio despacho de techo alto. Dos ornamentales astas flanqueaban la puerta en el interior; Cada julio, durante todo el mes, se enarbolaban en ellas sendas banderas de Estados Unidos. El resto del año se utilizaban para colgar plantas diversas. Las plantas de una de las astas habían sido lanzadas a un rincón, dejando un rastro de tierra y hojas rotas en la alfombra de color crema, y esa noche el asta sostenía el cuerpo en lugar de macetas.

Si las paredes donde estaban embutidas las astas no hubiesen sido de ladrillo, no habrían soportado el peso de un cuerpo de aquel tamaño, suspendido a menos de un palmo del suelo. Pero no, las astas eran de acero y, donde nacían, el muro estaba reforzado, así que nunca cederían. En ese momento una de ellas sostenía noventa kilos y no se había doblado siquiera.

Tan cerca del suelo y a la vez tan lejos. Quizá habrían bastado unos zapatos para salvar tan corta distancia, para permitirle sostenerse de puntillas al menos durante un rato; pero estaba descalzo. Por otra parte, no tenía los brazos atados. Aquellos fuertes brazos habrían podido asirse fácilmente al asta para evitar la presión de la cuerda en el cuello. Además, la silla colocada bajo el asta continuaba en su sitio, al alcance de los pies; no había sido apartada de una patada.

-Bajenlo.

Nadie oyó a Damian. Tres hombres le habían cortado el paso al llegar a la puerta del despacho, pero cuando se identificó, lo dejaron entrar. Los policías que se hallaban en el despacho estaban demasiado ocupados buscando pruebas para prestar atención a una voz ahogada. Damian tuvo que gritar para hacerse oír.

-¡Bájenlo!

Entonces sí se volvieron hacia él, y un agente de uniforme bramó malhumorado:

-¿Quién demonios es usted?

-Soy su hijo -contestó Damian sin apartar la vista del cadáver.

Oyó murmullos de condolencia mientras descolgaban a Damian Rutledge II, palabras vacías e inútiles que apenas traspasaron su consternación. Su padre estaba muerto, la única persona sobre la faz de la tierra a quien de verdad quería. No tenía más familia.

Su madre se había divorciado de él cuando Damian era aún un niño y había abandonado la ciudad para casarse con su amante. Damian no había vuelto a verla ni lo deseaba. Para él, era como si estuviese muerta. Pero su padre...

Winnifred tampoco le importaba. Tenía planeado contraer matrimonio con ella, pero no la amaba. Confiaba en que llegasen a ser una pareja bien avenida. Al fin y al cabo, no le había descubierto el menor defecto. Era hermosa, refinada, y sería una buena madre. Pero en realidad la consideraba casi una desconocida. Su padre, en cambio...

-…suicidio, obviamente -oyó decir de pronto. Y a continuación-: Incluso ha dejado una nota.

Al instante la «nota» apareció ante los ojos de Damian.

Cuando consiguió fijar la mirada en aquellas palabras, leyó: «He intentado superarlo, Damian, pero no puedo. Perdóname.»

Arrancó la nota de la mano del policía y la leyó una y otra vez. Aunque el trazo era poco firme, parecía la letra de su padre. También daba la impresión de que el papel había estado guardado en algún sitio con descuido, un bolsillo o un puño.

-¿Dónde han encontrado esto? -preguntó.

-En el escritorio, justo en el centro. Era difícil pasarlo por alto.

-En ese escritorio hay cuartillas en blanco -señaló Damian-. ¿Por qué está arrugado este papel si escribió la nota un momento antes de...?

Fue incapaz de terminar la frase. El policía se encogió de hombros. Otro sugirió:

-Puede que llevase la nota encima desde hacía días antes de decidirse.

-¿Y también se trajo la cuerda? Esa cuerda no estaba en este despacho.

-En tal caso, es evidente que la trajo él -contestó el agente. Era la respuesta fácil-. Mire, señor Rutledge, ya sé que cuesta aceptarlo cuando alguien que uno conoce se quita la vida, pero estas cosas pasan. ¿Tiene idea de qué es lo que no pudo superar, como dice en la nota?

-No. Mi padre no tenía *ningún* motivo para matarse -insistió Damian. -Pues... parece que él no opinaba lo mismo.

Los ojos de Damian se tornaron de un gris invernal, como una sombra en la nieve.

-¿Va a aceptar eso sin más? -preguntó-. ¿No va a contemplar siquiera la posibilidad de un asesinato?

-¿Asesinato? -El policía adoptó una actitud de superioridad-. Hay maneras más fáciles y rápidas de matarse que colgarse de una cuerda. ¿Sabe cuánto tarda en morir un ahorcado? No es una muerte rápida si no se rompe el cuello, y a él no se le ha roto. Y también hay maneras más fáciles y rápidas de asesinar que el ahorcamiento.

-A menos que se pretenda simular un suicidio.

-Si ése fuera el caso, una bala en la cabeza habría servido igualmente. Fíjese bien y dígame si ve aquí algún indicio de lucha. Y nada indica que su padre haya tenido las manos atadas para impedirle sujetarse. ¿Cuántos hombres cree que se necesitarían para colgar a una persona de este tamaño que opusiese resistencia? Uno o dos no bastarían. ¿Tres o más, quizá? ¿Por qué? ¿Con qué razón? ¿Guardaba su padre dinero en este despacho? ¿Nota usted que falte algún objeto de valor? ¿Tenía enemigos que lo odiasen tanto como para matarlo?

Las respuestas eran no y no y no, pero Damian no se molestó en contestar. La policía ya había extraído conclusiones a partir de las pruebas disponibles. Era lógico que se conformasen con la explicación más obvia. No iban a indagar más a fondo sólo porque él lo dijese cuando podían dar por cerrado aquel caso y ocuparse del siguiente. Tratar de convencerlos de que aquello era un *crimen* y requería una investigación más profunda habría sido malgastar su propio tiempo y el de ellos.

Aun así, lo intentó. Pasó otras dos horas intentándolo hasta que llegó el juez de instrucción, y los policías, uno tras otro, encontraron alguna excusa para marcharse. Claro que lo comprobarían, le aseguraron, pero Damian no les creyó ni por un instante. Falsas promesas

para acallar al pariente afligido. En ese momento habrían dicho cualquier cosa con tal de salir de allí.

Era ya medianoche cuando Damian entró en la casa que había compartido con su padre. Era una mansión vieja y enorme demasiado grande para ellos dos solos, motivo por el cual Damian no se había mudado a otro sitio al llegar a la mayoría de edad. Él y su padre habían convivido allí en armonía, sin entrometerse ninguno de los dos en la vida del otro pero estando a mano cuando uno necesitaba un poco de conversación.

Esa noche contempló la casa y la notó… vacía. Nunca volvería a desayunar con su padre antes de salir hacia la oficina. Nunca volvería a encontrar a su padre en el gabinete, o en la biblioteca ya entrada la noche, donde leían a los clásicos y comentaban sus lecturas. Nunca volverían a hablar de negocios durante la cena. Nunca...

En ese momento se desbordó el mar de lágrimas que había estado conteniendo. Ni siquiera pudo esperar a encontrarse en la intimidad de su habitación; pero a esas horas no había ningún criado despierto que presenciase aquel repentino abandono de su habitual sobriedad. Ya en su habitación, se sirvió una copa de coñac de la botella que guardaba en la cómoda para las noches en que no conseguía conciliar el sueño, pero el nudo que tenía en la garganta le impidió beber.

Una sola idea rondaba su mente: averiguar qué había ocurrido en realidad, porque nunca aceptaría que su padre se hubiese quitado la vida. No había pruebas para pensar lo contrario, ningún indicio de forcejeo, y sin embargo Damian tenía la certeza de que su padre había sido asesinado. Conocía bien a su padre; los unía una estrecha relación.

Damian Rutledge II no era un hombre que anduviese con evasivas o simulaciones. Nunca mentía, porque si alguna vez lo intentaba, él mismo se delataba. De modo que si se hubiese hallado ante un problema de extrema gravedad, si algo lo hubiese llevado a la desesperación, Damian se habría enterado.

Por otra parte, estaban planeando una boda. Incluso habían hablado de reformar el ala oeste de la casa para que Damian y su esposa dispusiesen de mayor privacidad si decidían instalarse allí. Y su padre esperaba con ilusión unos nietos a los que malcriar.

Además de todo eso, su padre se sentía sinceramente satisfecho de su vida. Nunca había deseado casarse de nuevo. Se daba por contento con la querida que mantenía. Había heredado una gran fortuna, que luego él había multiplicado con su propio esfuerzo. Y le encantaba el negocio que dirigía, fundado por su padre, Damian Rutledge I, y en continua expansión desde entonces. Tenía sobradas razones por las que vivir.

Sin embargo alguien no pensaba lo mismo. ¿«Perdóname»? No, ésas no eran las palabras de su padre. No había nada por qué perdonarlo. En cambio, sí había mucho que vengar…

Damian apartó esos recuerdos de su memoria. Los detectives que había contratado le proporcionaron las respuestas que buscaba. Sí, había viajado al Oeste para matar a un hombre, el hombre que había asesinado a su padre. No obstante, el muchacho sentado cerca de él no pareció sorprenderse al oírlo. Kid se limitó a preguntar:

-¿Y quiere matarlo porque sí, o tiene alguna razón?

-Tengo una razón de peso.

-¿Es también cazarrecompensas?

-No. Se trata de un asunto personal-contestó Damian.

No habría tenido inconveniente en explayarse al respecto pero Kid simplemente asintió con la cabeza sin pedirle explicaciones. Si sentía curiosidad, no dio muestras de ello. Un muchacho poco común, desde luego. A su edad, los chicos hacían una pregunta tras otra; él, en cambio, había hecho sólo unas pocas, y sin demasiado interés. En todo caso, no tenía mucha importancia.

-Creo que me daré un baño y luego me acostaré -anunció Damian, poniéndose en pie.

-Baje por ese terraplén y encontrará el río -dijo Kid, señalando con el pulgar por encima del hombro-. Yo también voy a echarme a dormir, así que procure no hacer mucho ruido cuando vuelva.

Damian movió la cabeza en un gesto de asentimiento, cogió su bolsa y empezó a

descender por el terraplén.

-¡Cuidado con las serpientes! -oyó decir a sus espaldas.

A la advertencia siguió una risotada que le hizo apretar los dientes. ¡Condenado muchacho! ¿E iba a tener que aguanta por lo menos durante otro día?

CAPITULO 5

El olor a café despertó a Damian. Sin embargo permaneció inmóvil en su incómodo lecho improvisado sobre el duro suelo. Tenía la sensación de no haber dormido más de una o dos horas y posiblemente así era. Abrió apenas los ojos y vio aún un cielo estrellado, aunque una franja de un azul más claro se dibujaba en el este, donde el sol .no tardaría en aparecer. Pero. la noche anterior, pese al cansancio, no había conseguido dormirse de inmediato, así que no era extraño que esa mañana no se sintiese descansado.

No era la primera vez que el recuerdo de la muerte de su padre y los acontecimientos posteriores le quitaban el sueño. Tenía la ira siempre a flor de piel, un compañero permanente en los últimos seis meses. Revivía a menudo aquellas intensas emociones: la frustración, la incredulidad, y por último la firme determinación de ver que se hacía justicia. Tras su experiencia con la policía, contrató a unos detectives privados, y el resultado fue rápido y decisivo. El pequeño café situado frente a las oficinas de Rutledge Imports estaba abierto aquella noche, pero apenas tuvo clientes. El único camarero de servicio vio salir del edificio a dos hombres corpulentos; le llamaron la atención porque parecían allí fuera de lugar. Y casualmente el camarero era pintor aficionado; por una módica suma, accedió a dibujar de memoria los retratos de los dos hombres.

Era evidente que poseía talento artístico, porque sus retratos, puestos en circulación por los bajos fondos de la ciudad, condujeron finalmente a uno de los individuos, que fue persuadido a declararse culpable de manera voluntaria. Pero incluso antes Henry Curruthers había empezado a perfilarse como sospechoso.

En un principio Damian se resistió a creer que Curruthers estuviese implicado. Llevaba la contabilidad de su padre desde hacía más de diez años. Era un hombre sencillo y sin pretensiones. Estaba soltero y vivía en la zona este de la ciudad en compañía de una anciana tía, que dependía de él. No había faltado al trabajo un solo día. Siempre podía encontrárselo en la oficina o realizando inventario en alguno de los almacenes de la compañía. Y como el resto de los empleados, también él había asistido al funeral de Damian Rutledge II, mostrándose profundamente afligido por su muerte.

Sin embargo uno de los detectives solicitó permiso para examinar los libros de la compañía, y las cuentas revelaron importantes irregularidades. Cuando el detective interrogó a Henry, no quedó satisfecho de sus respuestas. Las pruebas no podían considerarse aún concluyentes, ni siquiera cuando Henry desapareció de la ciudad sin dejar rastro; pero entonces dieron fruto los retratos.

Los dos hombres que Henry había contratado no conocían su nombre, pero ofrecieron una inconfundible descripción de él, desde las gafas de gruesos cristales hasta el cabello castaño con abundantes entradas, pasando por el lunar de la mejilla y los ojos azules de mirada solemne. Era Henry Curruthers, sin duda. Y por cincuenta miserables dólares había contratado a aquellos hombres para matar al dueño de su empresa antes de que descubriese su desfalco.

Por cincuenta dólares. Damian no podía dar crédito a que alguien pusiese un precio tan bajo a la vida. Pero uno de los detectives señaló que lo que para un hombre era una cantidad insignificante, para otro podía ser una fortuna.

Fue Henry quien insistió en que el asesinato semejase un suicidio. Él había proporcionado la nota de suicidio falsa. Debía de pensar que Damian, en su dolor, tardaría un tiempo en repasar lo libros de cuentas, el tiempo que él necesitaba para disimular la irregularidades de manera que nunca saliesen a la luz.

Henry Curruthers era el asesino, y los dos matones simples marionetas. Y habría quedado impune si Damian no se hubiese obstinado en buscar respuestas. Así y todo, hasta el

momento *seguía* impune. Había desaparecido, se había escondido en algún lugar. Le siguieron la pista durante tres meses hasta localizarlo e Fort Worth, pero desapareció de nuevo cuando iban a apresarlo.

Damian se cansó de esperar, sintiéndose inútil mientras otros llevaban a cabo el trabajo. No resistía la idea de que Curruthers disfrutase aún de su libertad en alguna parte. Lo habían visto Fort Worth, Texas. Como tantos otros fugitivos de la justicia, había ido al Oeste, para perderse en aquel vasto territorio. Pero Damian lo encontraría. No sabía ni remotamente cómo rastrear un hombre, pero lo encontraría. Y la placa que le habían entregado lo autorizaba a matarlo sin transgredir la ley.

Contar con amigos poderosos tenía sus ventajas, y a su padre no le faltaban esa clase de amigos. Moviendo los hilos oportunos Damian había conseguido el nombramiento para el cargo de sheriff, con el único propósito de ocuparse de Curruthers. El informe que le habían facilitado junto con la placa era extenso e incluía una lista de todos los criminales conocidos de Texas y los restantes estados y territorios del Oeste, con sus nombres verdaderos y sus alias. Curruthers había sido añadido a la lista.

-Eh, ustedes, ¿van a quedarse ahí tirados boca abajo hasta que salga el sol, o prefieren acercarse a tomar un café?

Damian abrió los ojos en el acto. Obviamente Kid no le hablaba a él; de hecho, al cabo de un instante oyó unas risas a lo lejos que confirmaron su suposición. Se incorporó despacio y distinguió vagamente las sombras de dos hombres que se ponían en pie a unos veinte pasos de allí, sacudiéndose el polvo de la ropa.

Damian miró luego a su anfitrión para observar cómo reaccionaba ante la aparición de los visitantes. Kid estaba completamente vestido, con la misma ropa que la noche anterior sólo que un poco más arrugada de haber dormido con ella. El sombrero, sujeto al cuello mediante un cordel, le colgaba a media espalda, dejando al descubierto su cabello, que no sólo llevaba alborotado, sino apelmazado y sucio, como si no hubiese visto un peine en varios meses, si es que lo había visto alguna vez.

Estaba agachado junto al fuego que había vuelto a encender parecía tranquilo, aunque su expresión era inescrutable. Era imposible adivinar si recelaba de los nuevos visitantes, si se alegraba de tener más compañía, o si le traía sin cuidado. Aquella actitud dio que pensar a Damian.

¿Y cómo demonios se había dado cuenta de que estaban allí? Damian no se lo explicaba. La luz del fuego iluminaba apenas hasta unos diez pasos a la redonda y faltaba aún media hora por lo menos para que saliese el sol, con lo cual la periferia del campamento se hallaba a oscuras. Damian había tenido que aguzar la vista para ver apenas las sombras de los desconocidos, y eso cuando ya se habían levantado; sin embargo el muchacho de algún modo había advertido su presencia con aquellos ojos felinos y dorados suyos.

Se preguntaba asimismo por qué aquellos dos hombres espiaban el campamento más o menos ocultos, circunstancia especialmente intrigante después del énfasis con que Kid había recalcado la noche anterior la importancia de dar señales de aviso al aproximarse aun campamento. Al parecer, Damian no era el único que ignoraba esa costumbre.

Los dos hombres se encaminaron hacia el fuego. Cuando Damian pudo verlos mejor, advirtió que el de mayor estatura exhibía una cordial sonrisa. El otro seguía sacudiéndose el polvo del pantalón a golpes de sombrero. ¿Cómo podía un hombre tratar así su sombrero?

El que iba sin sombrero se detuvo en seco al fijarse en Damian y lo miró con ojos desorbitados, como si acabase de ver a un fantasma.

-¿No habías dicho que estaba muerto? -preguntó de hecho a su compañero-. A mí desde luego no me parece que esté muerto.

El otro lanzó un sonoro gruñido.

-¡Pedazo de imbécil! Eres el mayor bocazas con el que he cabalgado, Billybob.

Sacó el revólver mientras hablaba y apuntó a Damian. Billybob forcejeó por un instante con su arma, pero finalmente consiguió desenfundar y encañonó a Kid, que se irguió lentamente, extendiendo los brazos a los costados para indicar que él, por su parte, no iba a crear problemas. Permanecía inexpresivo, sin un asomo de miedo en el semblante. Eso por sí

solo comenzaba a irritar a Damian. Era obvio que tenían delante a los hombres que habían asaltado la diligencia, y sin embargo Kid actuaba como si el asunto no fuese con él.

-No tienes ningún derecho a insultarme, Vince -protestó Billybob- cuando ha sido culpa tuya que me haya sorprendido al verlo. La próxima vez que digas que un tipo está muerto, asegúrate de que así es.

-Cierra el pico, Billybob. Ya has dado un patinazo, así que ahora ándate con cuidado.

Billybob, malinterpretando las palabras del otro, incluso bajó la vista al suelo para ver si estaba resbaladizo. Su amigo, advirtiéndolo, miró al cielo en un gesto de desesperación y luego le asestó un codazo para recordarle en qué debía concentrar su atención, es decir, el campamento, o más exactamente sus dos ocupantes. A continuación, recuperando la sonrisa, posó los ojos en Damián.

-En fin -dijo con tono afable-, puesto que Billybob ha descubierto el pastel, vale más que vayamos al grano. Nos consta que a usted ya no le queda nada de interés, pero ¿y tú, chico?

Por un momento Damian pensó que ya conocían al muchacho por la familiaridad con que se dirigían a él. Pero luego comprendió que ello se debía a su corta edad. Como él mismo había admitido, era tan joven que la gente no lo tomaba muy en serio.

-¿Algo de interés? -repitió Kid, como si pensase qué podía ofrecerles-. Tengo café caliente y un cuenco con masa de hojuelas lista para la sartén, si es que se refieren a eso.

Vince rió al oír su respuesta.

-Pues la verdad es que eso *sí* me interesa, pero aparte debes llevar algo en los bolsillos.

-Bueno, llevo esto...

En esta ocasión a Damian no le quedó la menor duda: Kid había desenfundado el revólver a la velocidad del rayo, cuando décimas de segundos antes tenía las manos a los costados. y no sólo desenfundó, sino que además disparó, y si el tiro fue certero o no, dependía de la intención. Si se proponía matar a Vince, había errado. Pero si su propósito era desarmarlo, había dado de pleno en el blanco, porque la bala atinó en su revólver con un .ruido metálico, y Vince lo soltó en el acto lanzando un alarido. Aparte del dolor en la mano, parecía ileso.

Pero el dolor en la mano lo hizo aullar y proferir una sarta de juramentos. Su compañero lo contemplaba boquiabierto, con los ojos como platos, lo cual permitió a Kid acercarse tranquilamente hasta él y hundirle el cañón del revólver en un costado.

Un tipo realmente obtuso, el tal Billybob, por suerte. Si hubiese permanecido atento a Kid, como habría sido su obligación, probablemente se habría producido un intercambio de disparos, y Damian, sentado entre ellos como estaba, podría haber resultado herido.

En cuanto empezó a salir de su asombro, Damian se apresuró a corregir su desventajosa posición, poniéndose en pie. Aún no podía dar crédito a lo que sus ojos veían mientras Kid arrancaba el revólver de la mano fláccida de Billybob y recogía el otro del suelo. Los había desarmado a los dos con facilidad y sin derramamiento de sangre, y su rostro seguía tan inescrutable como antes. Se le notaba tan indiferente como si, en lugar de haber arrebatado sus armas a dos asaltantes de diligencias, volviese de hacer sus necesidades entre los arbustos.

Lanzó un revólver a Damian y se guardó el otro al cinto. Señalando el suelo con su propia arma, dijo:

-Siéntense con las manos en la cabeza. y no me creen más problemas. Entregarlos muertos sería mucho más sencillo, y desde luego más rápido. Normalmente no me lo plantearía, pero ahora llevo ya exceso de equipaje, así que no me tienten a tomar por la vía fácil.

Damian no oyó sus advertencias, o al menos no la parte referente al exceso de equipaje, ya que Kid había tenido la delicadeza de bajar la voz en esa clara alusión a él. Además, se debatía ante la duda de si coger o no el arma que se había deslizado por la tierra hasta sus pies descalzos.

No estaba familiarizado con los revólveres. De hecho, nunca había tenido uno entre sus manos. En Nueva York no eran útiles ni necesarios. Sí tenía experiencia, en cambio, con los rifles, por las competiciones de tiro de su época universitaria y las cacerías en el campo con su

padre.

Consideró, no obstante, que no podía dejar el arma en el suelo estando aún relativamente libres los dos hombres, pues podían tratar de recuperarla. Sin embargo el muchacho había pensado en esa posibilidad, y dijo por encima del hombro:

-Señor Rutledge, busque algo en su bolsa para atarlos. Una camisa vieja serviría si la rompe en tiras.

Damian estuvo apunto de soltar un gruñido de protesta. no tenía camisas viejas. La sola idea... Pero Kid añadió:

-De todos modos tendrá que dejar aquí la bolsa. Con un solo caballo, no podemos cargar con ella.

Damian se alegró de no haber protestado. No se había parado a pensar cómo llegarían al pueblo desde allí, pero obviamente Kid había previsto ya los inconvenientes de viajar dos en un solo caballo, y el poco espacio que quedaría para extras.

Después de buscar en su bolsa, Damian se acercó a él con una camisa en una mano y el revólver en la otra. Kid lo miró con cara de resignación hasta que Damian cayó en la cuenta de que correspondía a él la tarea de romper la camisa y atar a los prisioneros. Era lógico, supuso, ya que los dos hombres habían visto qué era capaz de hacer el muchacho con un arma y, por consiguiente, bajo su vigilancia estarían menos tentados de intentar algo; Damian, por otro lado, sería sin duda tan torpe con el revólver como el propio Billybob.

Mientras Damian ataba a Billybob, Vince recobró el habla y preguntó con tono hostil:

-¿Y adónde piensas llevarnos, chico ?

-Al sheriff de Coffeyville.

-Eso sería una pérdida de tiempo para ti y para nosotros, porque no hemos hecho nada malo.

-Tengo aquí a un testigo que probablemente no esté de acuerdo con usted -replicó Kid.

-No tienes nada, chico. Estaba inconsciente.

-También tengo su confesión.

-¿Qué confesión? -dijo Vince, y se volvió hacia su compañero con una mirada de advertencia-. ¿Has confesado tú algo?

Billybob se sonrojó, pero siguió el juego.

-¿Por qué iba a hacer una tontería así?

-Lo mismo da -dijo Kid con un gesto de indiferencia-. Al sheriff no le será difícil sacar conclusiones y decidir por sí mismo qué han hecho o dejado de hacer. Ya sea por asalto a diligencias o por robos corrientes, estoy seguro de que en la oficina del sheriff encontramos sus caras en algún cartel para que yo pueda cobrar la recompensa, y si no... pues, en fin, lo consideraré mi buena acción del mes.

Si Damian hubiese estado más atento, habría advertido el pánico de Vince al oír hablar de los carteles de búsqueda y captura. También debería haberse dado cuenta de que Vince era el más peligroso de los dos, y haberlo atado a él primero en lugar de a Billybob. Pero sinceramente no esperaba más problemas de ninguno de ellos. De nuevo se vio sorprendido cuando Vince saltó hacia las piernas de Kid y lo derribó. Kid cayó de espaldas, y Vince se arrastraba ya sobre él para apoderarse del arma; pero antes de que empezasen a forcejear por el revólver Damian alzó a Vince de un tirón, y se disponía ya a asestarle un puñetazo en la cara cuando ambos oyeron el chasquido del percusor. Los dos quedaron paralizados.

Kid ya se había levantado y apuntaba a Vince a la cabeza con el revólver, y éste, mirándolo, reunió valor suficiente para decir:

-No vas a matarme.

-¿No? -repuso Kid simplemente.

Quizá fue su expresión, o acaso por inexpresividad, pero Vince retrocedió con un ahogado gemido. Sencillamente era imposible saber qué pensaba o sentía el muchacho, saber si era un despiadado asesino o sólo un crío asustado que disimulaba a la perfección su miedo.

Damian, por el contrario, fue incapaz de ocultar su ira. Ya había soportado demasiadas sorpresas aquella mañana, por no hablar de la amenaza contra su integridad física y la de su joven salvador. Era un hombre fuerte, y su puño acertó a Vince en plena nariz. Vince ni

siquiera lo vio venir, y antes de desplomarse había perdido ya el conocimiento.

Damian se arrepintió de inmediato. No había recurrido a la violencia desde que tenía quince años. En aquella ocasión el recuento de narices rotas ascendió a siete, todas de otros muchachos, y por ello recibió la reprimenda más áspera que su padre le había dirigido jamás, recordándole su gran tamaño y la abusiva ventaja que tenía sobre los otros chicos de su edad, que en general eran mucho más bajos que él. Y su estatura no se había igualado con la del resto de la gente cuando llegó a la edad adulta. Con su metro noventa, seguía siendo más alto y grande que la mayoría de los hombres.

Kid atenuó sus remordimientos diciendo:

-Bien hecho, señor Rutledge. y ahora si usted acaba de atarlos, yo tendré listas las hojuelas en unos minutos, y después de desayunar nos pondremos en camino.

Así de simple, con toda tranquilidad, como si nada fuera lo común hubiese perturbado la mañana. Aquel muchacho debía de tener los nervios de acero, si es que tenía. Pero Damian asintió con la cabeza e hizo lo que le había indicado.

CAPITULO 6

Kid había vuelto a agacharse junto al fuego y estaba concentrado en extender una fina masa en una sartén, darle la vuelta y pasarla al plato para luego repetir todo el proceso. O al menos Damian supuso que estaba concentrado en esa tarea.

Había enfundado el revólver, pero no quedaba ya. la menor duda de la rapidez con que podía ponerlo en acción si era necesario. y aquellos ojos felinos, más dorados que castaños -contra la primera impresión de Damian- parecían capaces de ver cosas que escapaban a unos ojos normales. Estaba claro que aquel muchacho era un tipo admirable. Damian comenzaba a creer que Kid había capturado en efecto a cinco forajidos.

Damian aprovechó el estado de inconsciencia de Vince para atarle fuertemente las muñecas. Luego lo dejó tendido en el suelo de costado. Todavía le sangraba la nariz, y por lo menos en esa posición la sangre manaba libremente. Billybob guardaba silencio, observando a Damian con cautela.

Una vez inmovilizados los ladrones, Damian fue a recoger su chaqueta, que había plegado pulcramente la noche anterior, y sus zapatos. Cuando se disponía a calzarse, tuvo ocasión de comprobar que Kid, además de ocuparse de la sartén, permanecía discretamente atento a lo que ocurría alrededor.

-Le aconsejo que sacuda un poco los zapatos antes de ponérselos -dijo-. Nunca se sabe qué alimaña podría haberlos considerado una buena cama para pasar la noche.

Damian, naturalmente, soltó los zapatos como si hubiese visto salir serpientes de su interior. Billybob se rió con sorna y recibió la primera mirada colérica de Damian. El muchacho consiguió ocultar su sonrisa antes de que Damian se volviese hacia él, mostrando su habitual impasibilidad. Y Damian no pudo evitar cierta vacilación al recuperar los zapatos. Finalmente los cogió por las puntas, los sacudió con violencia y luego, además, los acercó al fuego para mirar dentro.

-Probablemente ya puede ponérselos sin miedo -dijo Kid.

Damian le lanzó una mirada de recelo.

-No me habrá tomado el pelo, ¿verdad?

-Pues no. No sé si por aquí hay escorpiones, pero en algunas zonas...

-No hace falta que entre en detalles -lo interrumpió Damian.

Frunciendo el entrecejo, fue a buscar un par de calcetines limpios a su bolsa. No tenía previsto pasearse en calcetines por el campamento aquella mañana. Pero, claro está, tampoco preveía que lo asaltasen de nuevo, o cuando menos lo intentasen.

Y pronto descubrió que debería haberse dejado los calcetines sucios. Al quitárselos, varias ampollas se le abrieron con el roce y empezaron a sangrarle. Y después de eso, ponerse los zapatos fue un auténtico suplicio.

Mientras regresaba cojeando junto al fuego, deseó sinceramente que el viaje a Coffeyville, de uno o dos días según los cálculos de Kid, se acercase más a un solo día.

En cuanto llegó al lado del fuego, Kid le entregó el plato con varias hojuelas

amontonadas y un bote de miel, comentando:

-Ayer se me puso rancia la mantequilla, así que tendrá que conformarse con la miel. Puede acabárselas si quiere, señor Rutledge; a mí se me ha quitado el hambre con el violento comienzo del día. Ya comeré un poco de cecina más tarde si me apetece.

Damian lanzó un vistazo a Vince y Billybob.

-¿No damos de comer a nuestros invitados?

-No, ni hablar. Si querían desayunar, no deberían haber desenfundado sus armas.

La indignación que se reflejaba en su tono de voz y su expresión era el primer sentimiento que Kid exteriorizaba aquel día. Por lo menos, sentía *algo.* Simplemente era parco en sus demostraciones, por lo visto.

A continuación Kid se irguió, se limpió las manos en lo fondillos del pantalón y, acercándose a Billybob, preguntó:

-¿Tienen caballos escondidos por aquí? -Río arriba, no muy lejos.

Kid movió la cabeza en un seco gesto de asentimiento y se encaminó en la dirección indicada.

Damian se volvió para vigilar a los ladrones mientras desayunaba. Dudaba que Billybob intentase algo con Vince todavía inconsciente, pero no estaba dispuesto a dejarse sorprender una vez más.

Pensaba en que quizá con esos otros caballos existiría la posibilidad de acarrear su bolsa de viaje en lugar de dejarla allí cuando Kid regresó con las dos monturas. Damian no había visto en su vida unos caballos de aspecto más lamentable: uno cojeaba y el otro casi. Aun así, lo sorprendió ver al muchacho ir derecho hacia Vince y darle una feroz patada en la espalda. Aunque el golpe mucho daño no pudo hacerle, viniendo de un pie calzado con un mocasín.

-Detesto a la gente que trata así a los animales -declaró Kid, lanzando una mirada de furia a Billybob, que retrocedió a rastras tan deprisa como pudo por temor a que se le escapase algún otro puntapié-. ¿Cuál es el suyo?

-Ninguno -contestó Billybob, lo cual obviamente era mentira-. Son los dos de Vince.

-Uno no está en condiciones de ser montado y el otro no podrá galopar demasiado por el momento. Tenía una piedra en el casco. Se la he sacado, pero ya empezaba a llagarse. ¡Y fíjese! Están los dos sangrando de tanto espolearlos.

Billybob retrocedió aún más, pero Kid dio por concluida la invectiva y se acercó al fuego.

-Es hora de ponerse en marcha -dijo a Damian-. Será una suerte si hoy avanzamos más que si esos dos fuesen a pie. Tendrán que compartir el único caballo relativamente sano. El otro acabará cojo si lleva carga antes de curarse. Lo siento, pero la gente estúpida me saca de quicio.

Eso saltaba a la vista. Dadas las circunstancias, Damian decidió no mencionar más su bolsa de viaje. Supuso que podría reemplazarla en cuanto volviese a la civilización. Encontrar ropa nueva de buena calidad ya no sería tan fácil...

Ayudó a levantar el campamento tal como le dio a entender su sentido común, que consistió en bajar al río a lavar la exigua vajilla. Cuando volvió a subir, el fuego estaba completamente cubierto de tierra y el caballo de Kid ensillado y cargado con las enormes alforjas donde transportaba sus bártulos.

Hasta ese momento Damian no había reparado en el caballo zaino de Kid, atado en la periferia del campamento durante la noche. Era un hermoso animal, bien cuidado y brioso, o cuando menos parecía ansioso por emprender camino. No tenía nada que envidiar a los purasangres que Damian había visto en sus visitas al hipódromo, y le sorprendió que aquel chico desgarbado tuviese un caballo así.

Kid intentaba ayudar a montar a Billybob, y por lo visto sin demasiada suerte.

-Te lo digo en serio -advertía Billybob-: con las manos atadas no puedo subir. Y aunque lo consiga, me caeré si no tengo donde agarrarme.

-Perfecto -repuso Kid-. Así tendrá que preocuparse de mantenerse en la silla y no pensará en la manera de crearme problemas. Y ahora monte o vaya a pie, y le aseguro que a mí me tiene sin cuidado qué elija.

Parecía una tarea imposible, y Damian se acercó a Billybob por detrás y poco más o menos lo lanzó a la silla.

-¿Qué demonios...? -protestó Billybob, pero calló en el acto, teniendo que concentrarse en no caer por el otro lado.

Kid le dirigió una abierta sonrisa, como diciendo «Parece que no es usted del todo inútil», y luego echó un vistazo a Vince, todavía inconsciente.

-Podría repetir la operación con ése, si es que sigue vivo -sugirió. Damian se sonrojó ligeramente al oír la alusión al contundente puñetazo que le había asestado al ladrón. De inmediato asintió con la cabeza y, después de vaciar media cantimplora sobre Vince a fin de despertarlo lo suficiente para que se mantuviese en pie, lo ayudó a subir a la grupa del caballo tras su compañero Pero cuando le llegó a Damian el turno de montar, deseó que hubiese allí alguien para auparlo también a él, aunque en realidad no conocía a nadie con la fuerza necesaria para hacerlo.

Habiendo pasado toda la vida en una gran ciudad, nunca había tenido que tratar con caballos, pues de los de tiro se ocupaban los lacayos y cocheros. Ésa sería la primera ocasión en que subiese a la grupa de un caballo, y nunca había reparado en lo grandes que eran aquellos animales, en particular el brioso zaino.

K id saltó a la silla y esperó. Finalmente dijo:

-Apoye el pie en el estribo, señor Rutledge. ¿Nunca ha montado?

-Sólo en coches, no en los animales que tiran de ellos -se vio obligado a admitir Damian.

Oyó un suspiro.

-Debería haberlo imaginado... Tenga, sujétese a mi brazo, pero empuje con la pierna cuando meta el pie en el estribo y déjelo libre cuando se haya sentado.

Por supuesto, era más fácil decirlo que hacerlo. No obstante, Damian lo consiguió al segundo intento, y sin provocar la caída de ambos. Sin embargo su posición en la grupa era en el mejor de *los* casos precaria, y de pronto sintió lástima por Vince, sentado detrás de Billybob con las manos atadas y sin posibilidad de evitar una caída si perdía el equilibrio.

Al menos Damian contaba con el tranquilizador ofrecimiento de Kid:

-Agárrese a mí si es necesario. En todo caso, iremos a paso lento, así que no le resultará difícil mantenerse en la montura.

Se pusieron en marcha de inmediato, pero Vince no tardó en empezar a quejarse, y no sólo por verse obligado a montar con las manos atadas. Increpó también a Damian por haberle roto la nariz, levantando mucho la voz y eligiendo palabras en extremo insultantes.

Al cabo de un rato Kid puso fin a su retahíla, advirtiéndole a voz en grito:

-Si quiere comer esta noche, cállese.

Vince no volvió a despegar los labios. Damián sonrió. Debía reconocer que Kid tenía un estilo práctico y eficaz digno de admiración, al menos en determinadas situaciones. De hecho no pudo menos que reconsiderar su inicial opinión sobre el muchacho. Pese a su tosco lenguaje, era sin duda inteligente. Era asimismo muy capaz para su edad, y poseía don de mando, si bien pecaba de autoritario. Aunque un tanto inquietante, era en suma un joven interesante. Damian habría deseado saber qué era exactamente lo que lo inquietaba de él, pero no lograba precisarlo.

Considerando la facilidad con que había reducido a los dos asaltantes de diligencias y su resolución de llevarlos ante el sheriff, cabía pensar que no había fanfarroneado ni mentido acerca de su profesión o el número de forajidos que había entregado a la justicia personalmente. No tenía edad para ser cazarrecompensas, pero Damian supuso que, dada su destreza en el manejo de las armas, ese trabajo era idóneo para él, peligroso pero idóneo.

Sus hábitos personales, por otro lado, dejaban mucho que desear. La noche anterior habían acampado junto a un río que ofrecía la oportunidad de darse un baño, aunque fuese en condiciones barbáricas, y sin embargo él no la había aprovechado. En tan estrecha proximidad, Damian notó pronto el olor que despedía el muchacho, y no era precisamente agradable.

Cuando se detuvieron un rato alrededor de mediodía para dar descanso a los caballos y

estirar las piernas, Damian se apresuró a sacar un pañuelo de su bolsa de viaje, que para su alegría descubrió atada a la silla del caballo sin jinete. Pero el pañuelo, con el que se tapaba discretamente la nariz para no ofender al muchacho si volvía la cabeza, le proporcionó sólo un mínimo alivio.

Normalmente Damian nunca habría abordado una cuestión tan íntima, pero hacia media tarde, después de soportar aquel olor durante todo el día, no pudo contenerse más.

-¿Siempre lleva la misma ropa? -preguntó sin contemplaciones.

-Casi siempre -respondió K id con naturalidad-. Así al menos mantengo los bichos a distancia.

Damian no supo si el muchacho bromeaba, así que se abstuvo de preguntar a qué bichos se refería. Lanzó un suspiro, aceptando que tendría que aguantarse hasta llegar al pueblo, lo cual le recordó otra duda...

-¿Cree que veremos ese Coffeyville antes de anochecer? -preguntó esperanzado.

Kid no se molestó en volver la cabeza.

-Así habría sido seguramente si no nos hubiese retrasado ese par de elementos que llevamos a rastras; pero a la marcha que vamos, lo dudo mucho, señor Rutledge.

Damian dejó escapar otro suspiro y luego, sólo por continuar la conversación, dijo:

-Considerando nuestra cercana, aunque temporal, relación, ¿por qué no nos tuteamos ? Llámame Damian; eso de «señor Rutledge» queda aquí un tanto... fuera de lugar, ¿no te parece? ¿ y tú *debes* de haber tenido algún otro nombre además de Kid en tu corta vida?

-Bueno, cuando he de firmar algo legalmente, pongo K.C., si es que te refieres a eso.

-¿Y qué significan esas iniciales ?

-¿Qué significan? -repitió el muchacho, y se encogió de hombros-. Nada. Cuando tuve que poner mi marca en un papel para cobrar mi primera recompensa, el sheriff interpretó que había escrito «K.C.», y con eso me he quedado desde entonces... o al menos ese sheriff en particular siempre me llama así.

-¿K.C., eh? Es un nombre bonito, si juntamos las iniciales y lo consideramos una única palabra. ¿Te importa que te llame Casey?

El muchacho se puso tenso por un instante, pero enseguida volvió a relajarse.

-Me trae sin cuidado -se limitó a contestar.

Eso no era del todo cierto, pero por lo visto Casey no tenía intención de discutir por ello. Damian sonrió, suponiendo que al, muchacho no acababa de convencerle un nombre que servía tanto para hombres como para mujeres. A su edad los chicos tendían a ser muy susceptibles con esas trivialidades.

Después de eso volvieron a quedar en silencio. En su mayor parte, fue un largo y aburrido día de viaje, lo cual Damian agradeció. Aburrido implicaba que ningún otro suceso extraño o peligroso lo cogía desprevenido y le producía la sensación de hallar*se* totalmente fuera de su elemento.

Alrededor de una hora antes de ponerse el sol, Casey tomó de nuevo rumbo al río para acampar. En cuestión de minutos encendió una fogata e inmediatamente después preparó un poco de masa y la dejó leudar. Pero luego, mientras Damian acomodaba a sus invitados, volvió a montar en su caballo.

***En inglés, las iniciales «K.C. y el nombre «Casey suenan prácticamente igual. (N.*del T.)*

Damian lo observó alarmado por un instante, pensando que lo abandonaba, pero Casey dijo:

-Procura no romper ninguna otra nariz mientras voy a por la cena.

Damian enrojeció de ira. Casey no lo advirtió. Ya se había dado media vuelta y se alejaba en su montura.

CAPITULO 7

Probablemente Casey, a la mañana siguiente, se alegró tanto como Damian de ver Coffeyville. Prefería viajar sola. No podía relajarse y actuar con naturalidad si debía

permanecer en guardia a todas horas. No podía darse un baño si había agua a mano. Ni siquiera podía hacer sus necesidades sin esconderse, mientras que a sus acompañantes les servía cualquier lugar porque no tenían que preocuparse de quién andaba cerca. Pero no podía quejarse del bochorno que eso le causaba, ya que todos pensaban que ella también era hombre.

Y de eso Casey era la única culpable. En realidad no se había propuesto aparentar lo que no era. Al marcharse de su casa, no se le había ocurrido en ningún momento que hacerse pasar por chico le facilitaría las cosas.

De hecho ella no buscaba facilidades, sino más bien todo lo contrario, pues se trataba de demostrar cuanto antes su capacidad. Lo único que había hecho era cortarse el cabello a la altura de los hombros, y sólo porque con la ropa que debía llevar, la larga trenza colgando a la espalda habría resultado demasiado llamativa, y a ella nunca le había gustado ser el centro de atención.

El atuendo masculino que empleaba era necesario, por ser lo más cómodo para montar a caballo, su medio de transporte más habitual. Pero era el grueso poncho de lana lo que engañaba a la gente, ya que ocultaba sus curvas y prominencias. y el uso del poncho obedecía a una preferencia personal. Al ser holgado por delante, podía apartarse para sacar el arma con mayor rapidez que una chaqueta. El faldón de la chaqueta, que normalmente se remetía detrás del revólver antes de desenfundar, a veces se desprendía y volvía a su posición o simplemente estorbaba, y eso podía resultar muy perjudicial para la salud.

De modo que la gente la miraba y, debido a su estatura, daba por supuesto que era un chico. Casey no veía razón para sacarlos de su error. Eso le ahorraba molestias en los pueblos, e impedía que los prisioneros creyesen que podían aprovechar la circunstancia de que fuese mujer. Resultaba curioso que aceptasen mejor su apresamiento si era un muchacho, en lugar de alguien del sexo débil, quien los capturaba. Realmente algunos hombres no tomaban en serio a las mujeres.

Si alguien le preguntaba, diría la verdad. Al fin y al cabo, no se había disfrazado; se limitaba a no desmentir la primera impresión de la gente. Y si nadie deseaba acercarse a Casey, lo cual habría permitido a los demás notar rasgos que a distancia pasaban inadvertidos, tampoco se debía a que ella pretendiese mantenerlos alejados. Apestaba un poco, sí, pero por una buena razón. Tenía que cazar para comer, y los bichos olfateaban con mucha facilidad a los humanos. Ocultar su propio olor natural era un truco que había aprendido de su padre. En ocasiones, gracias a eso, conseguía situarse encima mismo de un bicho.

Por ese motivo Casey no se lavaba la ropa a menos que se quedase más de un día en un pueblo, aunque sí se bañaba tan a menudo como le era posible. En ese momento, sin embargo, era consciente de que apestaba, porque el poncho de lana olía a rayos cuando se mojaba, y había quedado empapado durante el aguacero que había azotado la zona unos días atrás.

Nada de eso le preocuparía en absoluto si no tuviese compañía; pero la tenía, y se había sentido muy violenta varias veces desde la llegada a su campamento de Damian Rutledge III.

Hasta la fecha nadie le había llamado tanto la atención como aquel tipo del Este. Desde luego era un hombre poco común, con su tamaño y vestido con aquel elegante traje de ciudad; pero no se trataba sólo de eso. Además era muy atractivo: pelo castaño tan oscuro que parecía negro casi bajo cualquier luz; pómulos anchos; una arrogante inclinación en la mandíbula; unas pobladas cejas que daban a su rostro un aspecto muy masculino; una nariz recta y una boca enérgica. Todo ello unido a unos penetrantes ojos

grises que la habían desconcertado más de una vez, llevándola incluso a pensar que aquel hombre era capaz de ver a la auténtica Casey.

La distraía, así de sencillo. En alguna ocasión se había sorprendido a sí misma observándolo sin motivo, sólo porque resultaba agradable a la vista. Además, le producía una extraña sensación que no acababa de gustarle. y un par de veces incluso se le había pasado por la cabeza la absurda idea de que debía atildarse para mostrarle el aspecto que podía tener, lo cual era una estupidez. Aquel hombre seguiría su camino en cuanto llegasen a Coffeyville, y Casey se alegraba de ello. No necesitaba esa clase de distracciones.

En conjunto, las cosas le iban bien. Al principio le remordía la conciencia por el modo

en que se había ido de casa después de la discusión con su padre, sin dejar siquiera una nota de tan furiosa como estaba. Simplemente se había largado, sin despedidas, o para ser más exactos, había salido furtivamente en plena noche. No obstante, enviaba telegramas a su madre cada pocas semanas para informarle de que se encontraba bien. No quería que sus padres se preocupasen por ella, aunque sabía que eso era inevitable. Con todo, no regresaría a casa hasta cumplir su objetivo.

Chandos había salido adelante por su cuenta, y eso mismo se proponía Casey. Demostraría que era capaz de mantenerse sin ayuda de un hombre, y haciendo un trabajo de hombre.

Sin embargo a veces se sentía como los forajidos a quienes seguía la pista. Conociendo a su padre, daba por supuesto que andaba buscándola, y eludirlo no era fácil. Pero Chandos sólo contaba con su descripción, y la actual descripción de Casey no coincidía apenas con la que él tenía en la memoria. Hasta ese momento Casey no había tomado conciencia de la ironía de las iniciales que usaba, pero sólo unos cuantos sheriffs se dirigían a ella por ese nombre; la mayoría de la gente la llamaba simplemente Kid.

Pronto volvería a casa. O al menos con esa esperanza había emprendido aquel viaje al norte.

Había sido un golpe de suerte hallarse en el lugar y momento oportunos y oír por casualidad a Bill Doolin jactarse del doble asalto a los bancos de Coffeyville, planeado para esa semana. Doolin era un conocido miembro de la banda de los Dalton, y Casey habría podido capturarlo sin problemas en aquel momento -estaba completamente borracho-, pero decidió esperar para atrapar a toda la banda de una vez.

Casey se había documentado bien acerca de ese grupo de forajidos, hablando con gente que los conocía, leyendo artículos de periódicos atrasados, como hacía siempre antes de salir a apresar a alguien. Los tres hermanos Dalton, Robert, Emmet y Grattan, habían sido en otro tiempo alguaciles en la frontera de Arkansas. Era vergonzoso que los agentes del orden se apartasen del buen camino, pero sin duda eso había ocurrido con los hermanos Dalton. Habían iniciado sus actividades ilegales hacía sólo unos años, en Oklahoma. Al principio se dedicaban principalmente al robo de caballos, pero más tarde se trasladaron a California guiados por Robert, el jefe de la banda, y empezaron a cometer delitos de mayor envergadura. Desde el fallido intento de asalto al expreso San Francisco-Los Angeles de la compañía Southern Pacific Railroad a comienzos del año anterior se habían distribuido carteles de búsqueda y captura con sus rostros por toda la zona, de modo que los Dalton regresaron rápidamente a Oklahoma. J. Grattan fue arrestado y procesado -en el frustrado asalto de California había resultado muerto un hombre-, imponiéndosele una condena de veinte años de prisión; pero logró fugarse y reunirse con sus hermanos.

Por lo visto, habían ampliado la banda, ya que en el asalto a un tren de la compañía Santa Fe Limited en Wharton en mayo del año anterior participaron cuatro recientes adquisiciones: Charlie Bryant alias Blackface, Charley Pierce, George Newcomb alias Bitter Creek y Bill Doolin. Esa vez no hubo muertos, y los forajidos escaparon con más de diez mil dólares. Blackface Bryartt, no obstante, no vivió lo suficiente para gastar su parte del botín, porque fue abatido al poco tiempo en un tiroteo con el alguacil Ed Short. Poco después aquel mismo mes la banda hizo parar en Lelietta a un tren de la línea de Missouri, Kansas y Texas y se apoderó de diecinueve mil dólares. A partir de ese momento probablemente permanecieron ocultos, viviendo del dinero robado, porque los periódicos no volvían a mencionar a los Dalton hasta junio del año en curso, cuando asaltaron otro tren en Redrock. Su último golpe, un atraco a un tren en Adair, se produjo en julio, y de nuevo hubo derramamiento de sangre, saldándose con tres heridos y un muerto.

Pero al parecer se proponían intensificar sus acciones, incluyendo los bancos entre sus objetivos, y para empezar no se conformaban con sólo uno, sino que planeaban atracar dos a la vez. Una empresa ambiciosa para aquella banda de maleantes, si es que era cierto. Casey tenía la intención de estar allí para impedirlo y embolsarse la recompensa.

En total, las sumas ofrecidas por los miembros de la banda superarían la cantidad que esperaba tener en su cuenta bancaria cuando su «demostración» hubiese concluido. Entonces

podría volver a casa, que era lo que deseaba ya a las dos semanas de su marcha. Sin embargo llevaba fuera seis meses, seis largos meses y muchas lágrimas.

CAPITULO 8

Si hubiesen seguido camino sólo una hora más la noche anterior, habrían podido dormir en algún lugar relativamente cómo. Pero Casey no lo sabía, porque ése era su primer viaje a Kansas. Tampoco tenía previsto quedarse sin comida antes del siguiente pueblo, pero, claro está, no contaba con tener que alimentar a otras tres bocas.

Esa mañana habían reemprendido la marcha ya tarde, porque en la cena de la noche anterior se habían terminado la pasta y la comida enlatada, y a Casey no le había quedado más remedio que salir de nuevo a cazar algo para el desayuno. En cada pueblo por el que pasaba compraba provisiones suficientes para el viaje hasta el siguiente pueblo, pero al abastecerse por última vez no en traba en sus cálculos tropezarse con un tipo del Este extraviado y dos torpes asaltantes de diligencias. Así pues, aunque sólo tenía una hora de camino, no llegaron a Coffeyville hasta entrada la mañana.

Era un pueblo mercantil bastante grande, como Casey había supuesto, considerando que tenía dos bancos. Cuando se dirigían por la calle principal hacia la oficina del sheriff, Casey vio el First National Bank y el Condon Bank, uno enfrente del otro, y echó una ojeada alrededor para localizar un buen sitio en las inmediaciones desde donde vigilarlos.

Numerosos peones trabajaban en la calle y habían retirado momentáneamente las barandillas para el enganche de los caballos de los dos bancos. Mientras sorteaba a los peones, Casey reparó en ese detalle, dudando que conviniese a sus planes.

Por lo general, los atracadores de bancos contaban con poder dejar los caballos atados en lugares accesibles para facilitarles la huida, lo cual significaba directamente delante o a los lados de sus objetivos. Si los Dalton llegaban y veían que no había barandillas, quizá abandonasen su propósito y se marchasen de inmediato.

Eso sería bueno para el pueblo, pero impediría retirar de la circulación a aquellos forajidos. En tal caso, Casey dependería de las descripciones que tenía de ellos para reconocerlos, si es que albergaba aún alguna esperanza de entregarlos a la justicia.

Pero de momento el pueblo estaba en calma, así que aparentemente dispondría de tiempo para deshacerse de sus actuales prisioneros y prepararse para el siguiente grupo.

Aún no sabía si prevenir al sheriff del pueblo sobre el plan de los Dalton. Siempre existía el riesgo de que le agradeciese la información y le aconsejase quedarse al margen para acaparar él toda la gloria. y también el dinero. Otro riesgo era que no la creyese y se mofase de ella. Al fin y al cabo, la banda de los Dalton era de sobra conocida en los alrededores por sus robos en trenes, pero no en bancos.

Por otra parte, estaba el hecho de que sabía de qué era capaz ella misma, pero no podía confiar de igual modo en las reacciones de los demás. Sin embargo nunca había intentado capturar a tantos hombres a la vez. Tendría que tomar una decisión cuando conociese al sheriff, suponía, lo cual era inminente porque acababan de llegar a su oficina.

Montados de a dos en los caballos y con Billybob y Vince atados, el grupo había llamado inevitablemente la atención, y los curiosos del pueblo se apresuraron a ayudarlos, bajando a los dos hombres de su caballo y conduciéndolos a la oficina. Resultó que ofrecían una pequeña recompensa por los dos, dado que aquél no era su primer asalto a una diligencia, así que la declaración de Damian sobre lo ocurrido no fue necesaria más que para notificar el accidente de la diligencia y la desaparición del cochero.

Se produjo cierta confusión, ya que, por alguna abominable razón que irritó sobremanera a Casey, todo el mundo dio por supuesto que Damian era el autor de la captura. Y sólo, pensó Casey, porque él era enorme y ella, en cambio, les parecía muy joven. Como siempre, las absurdas primeras impresiones.

Pero Damian salió de la oficina en cuanto el sheriff le tomó declaración. Casey lo siguió hasta la puerta para despedirse antes de dejar zanjado su propio asunto.

-Que te vaya bien el resto del viaje -dijo, tendiéndole la mano.

-Me conformo con que no haya más incidentes... al menos hasta Texas -respondió Damian.

-Ah, sí, es cierto; también tú persigues a un hombre. Pues que tengas suerte con eso.

Damian le estrechó la mano con fuerza.

-Gracias por la ayuda, Casey. Probablemente seguiría vagando sin rumbo si no hubiese visto tu fogata la otra noche.

Eso era discutible, pero Casey no se molestó en contradecirlo. Retiró de inmediato la mano, sonrojándose por la manifiesta turbación que su contacto le había producido. Sin embargo Damian no pareció darse cuenta. Distraído y ya impaciente por seguir su camino, miraba a uno y otro lado de la calle para ver qué servicios ofrecía el pueblo.

-Adiós, pues -dijo Casey, y se apresuró a entrar de nuevo en la oficina del sheriff.

Casi con toda seguridad no volvería a encontrarse con el novato. Probablemente él se hospedaría en el mejor hotel del pueblo; para ella, en cambio, conservar el dinero era el principal objetivo, así que buscaría un alojamiento más barato. Al caer la noche, pasaría un rato en las cantinas, el lugar ideal para recabar información. Luego iría al teatro, si lo había.

En su opinión, Damian debería regresar a su casa. El Oeste podía tratar muy mal a quienes no se habían criado allí. Al fin y al cabo, él había tenido ocasión de averiguarlo por propia experiencia. Pero ¿había aprendido la lección? No, nada más lejos. La gente del Este parecía una raza aparte. Veían las cosas de un modo distinto; eran incapaces de sobrevivir sin todo aquello que daban por sentado... Casey había cometido otra vez el mismo error: pensaba en aquel hombre cuando no debía.

Volvió a concentrarse en el asunto que la ocupaba, recordando que debía decidir si el sheriff merecía o no su confianza. De momento no podía decir mucho en favor de los ayudantes, después de escuchar sólo los jocosos comentarios de siempre sobre su corta edad: que debía de haberse encontrado a los forajidos dormidos o borrachos, que de otro modo no podría haberlos capturado... No intentó siquiera corregir sus erróneas suposiciones. Nunca lo hacía. Cuanta menos gente supiese de qué era capaz, mejor.

Pasaron al menos veinte minutos hasta que el sheriff dio por concluido el asunto y le dijo que volviese al día siguiente a recoger sus doscientos dólares. No era mucho por un par de asaltantes de diligencias, pero de hecho Vince y Billybob acababan de iniciar su carrera delictiva.

Y de pronto la decisión de si debía o no confiar en el sheriff fue innecesaria. Fuera se oyó el ruido inconfundible de unos disparos. Olvidándose de ella, el sheriff y sus ayudantes salieron a toda prisa de la oficina.

Casey esperaba que la banda de los Dalton no hubiese llegado aún a la ciudad. Lo deseaba con toda su alma. Pero en el fondo, por más que le pesase, sospechaba que era una esperanza vana. A juzgar por lo que oía, sus planes se habían echado a perder definitivamente.

CAPITULO 9

Damian permanecía inmóvil con las manos en alto, sin poder dar crédito a que estuviesen robándole de nuevo, y exactamente el mismo dinero. La advertencia que Casey le había hecho la noche anterior junto al fuego resonó en su memoria palabra por palabra con toda claridad:

-Lo más probable es que Vince y Billybob lleven en las alforjas o en los bolsillos el dinero que te robaron. Mejor será que lo cojas ahora, Damian, porque es difícil saber cuánto podría tardar el sheriff en devolvértelo. Yo he llegado a esperar más de una semana para cobrar una recompensa. Los agentes del orden y el papeleo no hacen buenas migas, te lo aseguro.

-Eso no me preocupa -respondió Damian-. Puedo solicitar una transferencia de fondos. En realidad, tengo que ir al banco en cuanto...

-Yo no lo haría.

-¿Cómo?

-Acepta mi consejo, Damian, y no te acerques a los bancos cuando lleguemos al pueblo.

El muchacho cambió inmediatamente de tema. Y Damian encontró su dinero en una de las alforjas de Vince y lo recuperó... y sólo para entregárselo esa mañana a un atracador en el banco.

Los tres hombres que habían entrado en el Condon Bank iban armados hasta los dientes de Winchesters y revólveres. Por si eso no era indicio suficiente de sus propósitos, encañonaron en el acto a varios clientes y empleados.

Dos de los asaltantes llevaban barbas postizas. Sin embargo todos parecían jóvenes, de poco más de veinte años. y actuaban muy en serio. Allí no se cometerían errores, de eso Damian estaba seguro. Se adivinaba en sus miradas que matarían sin contemplaciones a quienquiera que se negase a cooperar.

Tampoco en esta ocasión tenía Damian un arma con que mostrar su renuencia a cooperar, aun cuando ésa hubiese sido su intención. Acababa de entregar al sheriff el revólver que llevaba.

Asaltado de nuevo. Era inconcebible. Y a plena luz del día, en el centro del pueblo, con las calles abarrotadas de transeúntes y peones. Y Casey sabía que ocurriría. Había intentado advertir a Damian. Pero Damian había pensado que lo decía bien por cierto afán de protección, bien por el mero placer de ponerlo más nervioso de lo que ya creía que estaba. Al fin y el cabo, ¿qué podía ocurrir a aquella hora de la mañana, con gente por todas partes?

Hubo en el banco unos minutos de tensa espera, ya que el mecanismo de apertura retardada de la cámara acorazada estaba fijado a las nueve cuarenta y cinco, tiempo que los asaltantes aprovecharon para obligar a los clientes a vaciar los bolsillos. Nadie más entró en el Condon Bank en ese breve período, pero Damian advirtió que alguien miraba desde fuera a través de la ventana. Quien quiera que fuese debió ver las armas e imaginó qué ocurría, porque al cabo de un momento se oyó la voz de alarma en la calle.

Eso puso fin instantáneamente al atraco. Uno de los ladrones lanzó un juramento; otro palideció. Ya no se los veía tan seguros de sí mismos; de hecho, se olvidaron de la cámara acorazada y salieron del banco a toda prisa disparando sus armas. Pero el pueblo se aprestó rápidamente a defender su dinero. A lo largo de la calle muchos hombres habían echado mano a sus armas. Fuera reinaba el caos.

Dentro del banco la mayoría de la gente se había tirado al suelo al oír el primer disparo. Damian no se dio cuenta ni se le ocurrió hacer lo mismo. Se acercó lentamente a la puerta y, al asomarse, vio caer a la primera víctima. En la acera de enfrente, *dos* pistoleros huían del First National Bank con su botín, y un hombre les salió al paso. Lo abatieron con un Winchester. Segun*dos* después los forajidos, en su intento por escapar calle abajo, mataron a otros dos transeúntes que se cruzaron en su camino.

Y en ese instante una bala pasó junto a la oreja de Damian, tan cerca que incluso le escoció, y fue precisamente esa bala perdida en medio de aquel tiroteo la que acabó de sacarlo de quicio. Pero no tenía dónde volcar su repentina cólera... hasta que vio pasar a Casey por su lado tras los pasos de los forajidos.

La huida terminó en un baño de sangre. Casey llegó al callejón donde los Dalton habían dejado sus caballos, a corta distancia de los bancos, justo en el momento en que Emmett Dalton caía herido de su montura.

El tiroteo duró sólo unos cinco minutos; pero en ese tiempo murieron cuatro transeúntes, incluido un alguacil que se hallaba de paso en el pueblo y entabló un intercambio de disparos con Grat Dalton en el callejón, al cual ninguno de los dos sobrevivió. El callejón se había convertido en una trampa mortal. Los forajidos habían logrado llegar hasta sus caballos, pero ya no les sirvió de nada en medio de aquella lluvia de balas.

Robert y Grat Dalton estaban muertos, al igual que Dick Broadwell y Bill Powers. Doolin, a quien Casey había oído hablar del doble atraco, ni siquiera se encontraba allí.

Por lo visto, se había rezagado al quedarse cojo su caballo. Sin embargo no aprendió del error de sus amigos muertos, ya que después de ese episodio formó su propia banda para continuar con sus actividades delictivas. Aquel día Emmett Dalton fue el único superviviente, y tendría que cumplir condena en la Prisión Estatal de Kansas cuando se recuperase de las heridas.

Contemplando el resultado de la refriega, Casey se enfureció. Ella podría haberlos capturado vivos a todos, como mucho inmovilizándolos con dolorosas heridas en las piernas que los habría obligado a rendirse en breve plazo.

De ese modo habrían sobrevivido. En realidad, no sentía lástima por su violento final; pero en su frustrado intento de huida habían dejado atrás varias víctimas inocentes, y eso siempre le revolvía el estómago.

Todas aquellas muertes podrían haberse evitado si ella hubiese llegado a Coffeyville sólo un rato antes. Y así debería haber sido. De hecho, habría llegado el día anterior o incluso antes, con tiempo de sobra, de no ser por el exceso de equipaje...

Damian y sus condenados asaltantes de diligencias.

Vince y Billybob por sí solos no la habrían retrasado tanto. Habría tenido que viajar más despacio, como así había ocurrido pero no se habría sentido obligada a salir a cazar para ellos esa mañana, sabiendo que no tardaría en entregarlos. No le habría importado que aquellos dos pasasen un poco de hambre durante unas cuantas horas. Por ellos, habría llegado al pueblo a tiempo.

Pero Damian era otra cosa. A Casey no se le había ocurrido siquiera decirle que la siguiente comida debería esperar hasta que llegasen al pueblo, pues era un hecho conocido que los hombres de su tamaño tenían un apetito voraz. Además se había criado en el Este, lo cual para Casey equivalía a una total ineptitud para moverse por aquellas tierras. Se había hecho responsable de él al permitirle compartir el campamento, lo cual significaba que debía darle de comer.

Pero allí Damian estaba fuera de lugar. Un hombre de gran ciudad como él no debería haber viajado al Oeste. Si *estaba* allí, era asunto suyo, una decisión que *él* había tomado, y por eso mismo Casey se sentía autorizada a achacarle la culpa de aquel fiasco. Afortunadamente no se encontraba frente a ella en ese momento, pues de lo contrario, en su iracundo estado, quizá habría disparado contra él. y en ese caso...

De pronto Casey se vio lanzada contra la pared cercana y alzada a dos palmos del suelo por el enorme puño de Damian, que la sujetaba con fuerza por el poncho, la camisa e incluso la camisola que llevaba debajo. Había echado atrás el otro puño, apuntando directo a su cara, dispuesto a romperle algún hueso.

Para entonces Casey ya debería haber estado pidiendo auxilio a gritos; sin embargo ni siquiera pestañeó. Dudaba que Damian fuese capaz de golpear a un muchacho de la edad que le atribuía, y para su inmenso alivio comprobó que no se equivocaba. Con un profundo gruñido de rabia, Damian la soltó, taladrándola con los ojos, en ese momento de un gris tempestuoso y turbulento.

Casey ignoraba el motivo de aquel ataque, pero su propia ira ;no había disminuido. y ella no se andaba con tantos miramientos como él, al menos cuando perdía los estribos. Sin vacilar, le asestó un puñetazo justo entre los ojos, no exactamente donde apuntaba, pues con la diferencia de estaturas no le era fácil atinar. Después de eso, lógicamente, Damian se abalanzó de nuevo hacia ella, y Casey no esperó a averiguar si se proponía estrangularla lo simplemente contenerla.

Sacó el revólver, y Damian se detuvo de inmediato, apretando sus grandes puños a los costados. Golpearlo le había servido hasta cierto punto de desahogo, aunque usando el puño izquierdo poco daño podía haberle causado. Pero de sobra sabía que no debía usar la mano con que empuñaba el arma para golpear. Y en esos momentos no estaba en situación de prestar atención al dolor palpitante de su mano izquierda.

-¿Eso te parece juego limpio? -masculló Damian con manifiesto desprecio.

-Teniendo en cuenta tu tamaño, sí.

El tono sereno de su respuesta indignó aún más a Damian.

-Sabías que los bancos iban a ser atracados, ¿verdad? ¿Verdad?

-No hablemos de eso en la calle -dijo Casey en lugar de contestar a su pregunta. En realidad, nadie se fijaba en ellos ni los oía, ya que todos los habitantes del pueblo se apiñaban a la entrada del callejón intentando echar un vistazo. La tienda en donde Casey obligó a entrar a Damian de un empujón estaba totalmente vacía, pues incluso el dueño, movido por la

curiosidad como el resto de los vecinos de Coffeyville, había salido a ver a qué se debía semejante tiroteo a aquella hora de la mañana.

Pero tan pronto como Casey cerró la puerta a sus espaldas, Damian repitió la pregunta, y ella consideró que no había ya motivo alguno para negarlo.

No obstante, su escueto gesto de asentimiento no satisfizo a Damian, que al instante inquirió:

-¿Cómo te enteraste?

Tampoco había ya ninguna razón para mantener eso en secreto.

-Hace unas semanas estaba en una cantina de mala muerte, en un pueblo situado bastante más al sur, y reconocí a un miembro de la banda. Me disponía ya a capturarlo cuando oí de qué hablaba con su amigo o, mejor dicho, de qué fanfarroneaba.

-¿Del atraco a los bancos de Coffeyville?

-Sí.

-¿Hablaba de eso en un sitio donde podían oírlo? -insistió , Damian.

-No sabía que yo escuchaba. Se me da muy bien pasar inadvertido cuando conviene. Además, el tipo estaba como una cuba No habría visto ni una mosca en su nariz, y mucho menos a mí.

-Así que conocías exactamente sus planes y no has dicho nada. ¡Maldita sea, Casey, podrían haberme matado en ese banco! ¿No podrías haberlo mencionado anoche cuando hablamos de ello? -preguntó Damian, molesto.

-Sólo facilito esa clase de información a los agentes del orden. Deberías haber confiado en mí y seguir mi consejo, así habrías estado a salvo y fuera de la línea de tiro. ¿Por qué no me has hecho caso?

Al sentirse descubierto en aquella obvia falta de confianza, Damian se sonrojó un poco.

-Sólo iba a estar en el banco un par de minutos. Quería asegurarme de que podía pedir una transferencia de fondos si llegaba a necesitarlo. Y *ahora* lo necesito, porque esos ladrones de bancos han vuelto a despojarme del dinero.

-Te lo tienes bien merecido por no escucharme -repuso Casey sin el menor asomo de lástima-. Y te diré otra cosa: ahí afuera, en la calle, yacen varias personas muertas que aún deberían estar vivas. Yo podría haber evitado esta carnicería si, como tenía previsto, hubiese llegado ayer al pueblo. ¿Y por qué no llegué? Porque apareciste *tú.* Para colmo, el retraso me ha costado mucho dinero, más de diez mil dólares en recompensas por toda la banda.

Damian se puso tenso.

-Un momento, muchacho. No tienes derecho a echarme a mí la culpa de esas muertes o las recompensas perdidas. ¿O acaso te creías capaz de capturarlos a todos sin ayuda de nadie y sin un solo tiro? -Damian rió con sorna-. Personalmente, lo dudo mucho.

Casey dejó escapar un suspiro.

-Me dedico a eso, Damian, ¿recuerdas ? Rastreo, persigo y capturo fugitivos, y ellos hacen todo lo posible por evitarlo. Si encuentro a varios de una sola vez, tanto mejor. Hay pocos hombres tan estúpidos como para desenfundar cuando los tienen encañonados. Eso es como pedir a gritos la visita del dueño de la funeraria.

-Los hombres desesperados lo hacen. Te engañas si piensas lo contrario. De hecho, probablemente estarías muerto si lo hubieses intentado. Si quieres saber mi opinión, diría que te he salvado la vida impidiéndotelo.

-Nunca lo sabremos. Yo sólo sé que ahora tendría dinero suficiente para retirarme, y sin embargo no lo tengo. Voy a darte un último consejo, Damian. Vuelve a casa. Éste no es lugar para ti. Pensándolo bien, te daré otro: mantente alejado de mí.

CAPITULO 10

Damian pasó los siguientes días sin dar un paso literalmente. Se cuidó los pies con esmero para curarse las ampollas, y eso implicaba quedarse en la habitación del hotel. Incluso comía allí para evitar calzarse. Además, hizo llamar al médico del pueblo para que le echase un vistazo a la herida de su cabeza, y el hombre, tras unos cuantos chasquidos de

desaprobación con la lengua, diagnosticó que habría necesitado unos puntos pero ya no tenía sentido dárselos porque empezaba a cerrarse por sí sola.

Permanecer en el hotel no le supuso un gran sacrificio. La habitación distaba mucho de las comodidades a que estaba acostumbrado, pero era mejor que algunos de los sitios donde se había alojado desde que partió con rumbo al Oeste. Y en todo caso no había en aquel pueblo nada que le interesase ver o visitar. Antes de marcharse compraría un bombín nuevo -si lo encontraba- y un rifle. No estaba dispuesto a dejarse sorprender otra vez sin un arma. Pero eso podía esperar hasta que se hallase en condiciones de tomar el tren para reemprender el camino hacia el sur.

No obstante, encerrado en su habitación no tenía mucho en qué ocuparse aparte de releer el informe sobre los hombres perseguidos por la justicia al oeste de la frontera de Missouri. Los Dalton y los demás miembros conocidos de su banda figuraban en la lista. En el fallido atraco a los bancos de Coffeyville no había intervenido toda la banda, pero al menos los tres hermanos Dalton no volverían a aparecer en ningún informe policial.

Mientras se recuperaba de los quebrantos del viaje por aquella tierra inhóspita, Damian dedicó también mucho tiempo a reflexionar. Tras pararse a pensar en lo ocurrido, lamentó que él y Casey se hubiesen separado en tan malas relaciones. El muchacho le inspiraba simpatía. Casey le había dado su último consejo el día de los atracos y se había marchado. Damian no había vuelto a verlo, y no porque siguiese su consejo al pie de la letra y lo eludiese; simplemente no había salido del hotel e ignoraba si Casey seguía o no en el pueblo.

Sin embargo Damian tenía remordimientos de conciencia. Casey lo había ayudado cuando más lo necesitaba. Le había dado las gracias, sí, pero luego había estado a punto de hacerlo picadillo. Ésa no era forma de tratar a alguien que probablemente le había salvado la vida.

Y una frase de Casey resonaba aún en la mente de Damian: «Rastreo, persigo y capturo fugitivos, y ellos hacen todo lo posible por evitarlo.»

Damian era muy consciente de que ni siquiera sabía cómo empezar a dar caza a Henry Curruthers. Sólo conocía el nombre del pueblo donde había sido visto por última vez. Alguien como Casey, en cambio, tendría una idea clara de cómo proseguir la búsqueda desde ese punto. Al fin y al cabo, el muchacho se ganaba la vida con eso.

Comenzó a considerar la posibilidad de contratarlo poco después de su último encuentro, pero no actuó de inmediato. Y se lo impedía el hecho de que estaba acostumbrado a conseguir lo que quería de la gente, y daba por sentado que Casey se negaría en redondo. Después de todos los percances que había tenido, no se sentía con ánimos de afrontar un rechazo.

No obstante, al final se impuso su sentido común. Casey podía ahorrarle semanas o incluso meses de tiempo perdido. Y Damian nada perdía con preguntar. Si Casey rehusaba la oferta, siempre podía buscar a otro cazarrecompensas. Pero prefería al muchacho, pues ya lo conocía y había visto con sus propios ojos de qué era capaz. Además, confiaba en Casey, si bien no sabía exactamente por qué, mientras que un desconocido...

Una vez tomada la decisión, lo asaltó el temor de haber perdido la oportunidad; quizá el muchacho se había marchado ya del pueblo. Así y todo; trató de dar con él. Y tuvo suerte.

Lo encontró en una decrépita pensión de las afueras, el alojamiento más barato del pueblo. La desaliñada propietaria envió a Damian a la primera puerta del piso superior. Mientras subía por la escalera, los peldaños crujían de tal modo que le preocupó que alguno cediese bajo su peso. Cuando llamó a la puerta, no hubo respuesta. Asombrosamente, estaba abierta, así que decidió entrar a esperar.

Damian suponía que el muchacho no se hallaba en la habitación; sin embargo allí estaba. Salió de un pequeño cuarto de baño, no mayor que un armario, secándose la cabeza con una toalla. Al parecer, acababa de lavarse el pelo, y sin duda por eso no lo había oído llamar. No llevaba el poncho. Era la primera vez que Damian lo veía sin él.

Para sus quince o dieciséis años, era aún más delgado de lo que Damian pensaba y tenía los hombros muy estrechos. La holgada camisa blanca de algodón remetida en el pantalón vaquero revelaba una fina cintura que muchas mujeres habrían envidiado. Incluso sus pies,

visibles sin los mocasines, eran pequeños y delicados.

En realidad, recién aseado, Casey parecía una muchacha, y muy agraciada, a decir verdad. Quizá Damian le habría hecho un favor si lo hubiese golpeado el otro día. Una nariz desfigurada habría disminuido un poco aquella belleza femenina.

Al ver a Damian junto a la cama, el muchacho se detuvo y entornó sus ojos de color castaño dorado, permaneciendo por lo demás totalmente inmóvil.

-¿Cómo demonios has entrado aquí? -preguntó.

-La puerta no estaba cerrada.

-¿Has visto en algún sitio un cartel que diga «Entrada libre» ? -repuso Casey con tono sarcástico mientras se colgaba la toalla alrededor del cuello y sujetaba con las manos las dos puntas que le caían sobre el pecho-. ¿O es que ahora te dedicas a meterte sin permiso en las habitaciones de los demás?

Damian se sonrojó.

-La mujer de abajo me ha dicho que estabas aquí. Como no has contestado, he decidido entrar para comprobar si te había pasado algo.

-Estoy bien. Pero estaré mejor cuando te marches.

-Eso no es muy hospitalario, Casey.

-Claro que lo es -contestó ella-. Al menos no te he echado a punta de pistola.

Damian sonrió. No pudo evitarlo. Casey, molesto, era peor que una muchacha airada.

-Quería disculparme por mi comportamiento de la otra mañana. Reconozco que perdí los estribos.

-Ya lo noté.

-No volverá a ocurrir -aseguró Damian.

Casey hizo un gesto de indiferencia.

-Por mí, como si te subes por las paredes. Yo no estaré para verlo. Ahora ya te has disculpado. Personalmente, no pienso hacer lo mismo. Ya sabes dónde está la puerta.

Damian suspiró. El muchacho no estaba dispuesto a facilitarle las cosas. Además había adoptado de nuevo su inescrutable expresión, la que tan eficazmente ocultaba sus sentimientos y había causado cierto nerviosismo a Damian en varias ocasiones. Pero esta vez no tuvo ese efecto en su ánimo, ya que el muchacho estaba desarmado, y la funda con el revólver colgaban del respaldo de la única silla de la habitación, que se hallaba en el lado de Damian.

-Antes de marcharme quiero hacerte una proposición -dijo Damian.

-No me interesa.

-Te conviene escucharme al menos antes de rehusar la oferta.

-¿Y cómo lo sabes si ya te he dicho que no me interesa? -replicó Casey.

Damian pasó por alto el comentario.

-Me gustaría contratarte para ayudarme a encontrar a un asesino.

Casey dejó escapar un suspiro.

-¿Acaso te da la impresión de que mis servicios están en venta, Damian? Pues te equivocas. *Yo* elijo a los hombres a quienes persigo. Así de sencillo, sin nadie que me dé órdenes, o me apremie para que acabe el trabajo, o se queje de que no hago las cosas a su manera.

-Te pagaré diez mil dólares.

Eso puso fin de inmediato a la expresión inescrutable de Casey, que lo miró con manifiesta incredulidad. Y Damian no había ofrecido esa suma arbitrariamente; era el dinero que Casey afirmaba haber perdido por su causa.

-¿Estás loco? -se limitó a decir Casey.

-No, simplemente soy rico.

-Eso sería tirar el dinero.

-Según como se mire -respondió Damian-. Ese hombre asesinó a mi padre, Casey, y me saca de quicio que continúe eludiendo a la justicia. Además, he gastado ya miles de dólares en detectives, que como mínimo le siguieron la pista hasta Fort Worth, en Texas. Pero allí le perdieron el rastro, y por eso voy camino de Texas, decidido a dar con él yo mismo. Si con tu

ayuda consigo encontrarlo antes, daré por bien empleado hasta el último centavo de esos diez mil dólares.

Casey se acercó a la cama y se sentó en el borde. Permaneció inmóvil con la vista fija en el suelo durante varios minutos, Damian guardó silencio, dejándolo pensar, con la esperanza de que su propio sentido de la justicia influyese en su decisión.

Cuando Casey alzó la mirada, dijo:

-Te seré sincero. Sé de una docena de hombres que aceptaría ese encargo por una pequeña parte de lo que estás dispuesto pagar, todos ellos buenos rastreadores. Y si sabes dónde buscar encontrarás a otros muchos, pistoleros a sueldo que se ganan la vida con esa clase de trabajos.

-Eso que acabas de decir, Casey, es precisamente la razón por la que quiero contratarte a ti. Me inspiras confianza y sé que no me engañarás ni intentarás aprovecharte de mi ignorancia sobre esta parte del país. No podría fiarme de alguien a quien no conozco, así que la oferta te la hago a ti y sólo a ti.

Transcurrieron varios minutos más en silencio, esta vez mucho más desesperantes, puesto que era imposible adivinar que pensaba Casey. Damian sabía que el muchacho prefería perderlo de vista; pero sabía asimismo que el dinero era importante para él o de lo contrario no se habría alterado tanto por quedarse sin recompensas ofrecidas a cambio de los Dalton y su banda.

-De acuerdo -dijo por fin Casey-. Cuéntame todo lo sepas de ese hombre.

Damian sintió un profundo alivio.

-Te lo contaré en el camino.

-¿Cómo?

-Voy contigo -aclaró Damian.

-Ni hablar.

-Forma parte del trato, Casey. Tengo que estar presente para identificarlo...

-¿Y después matarlo? -lo interrumpió Casey, entrecerrando los párpados-Dijiste que ésa era tu intención, lo recuerdo. Pero si crees que voy a quedarme de brazos cruzados mientras tú lo matas, piénsatelo mejor.

-¿No es ésa una de las reglas no escritas de tu oficio? -señaló Damian-. En todos esos carteles de búsqueda se lee « Vivo o muerto», pero en ningún sitio se especifica el método para entregar al forajido «muerto».

-yo tengo mis propias reglas, Damian, y la muerte no consta entre ellas.

-Sí, ya lo había observado por tu forma de trabajar. Por eso no te preocupes. No lo mataré si no me provoca. No niego que desearía una provocación de su parte, pero me conformaré con que pase el resto de su vida en la cárcel. Para algunos hombres, eso sería un castigo peor que la muerte.

-¿Me das tu palabra? -preguntó Casey.

-Si no hay más remedio...

-Muy bien, saldremos por la mañana. Consigue un caballo...

-Tomaremos el tren para ahorrar tiempo -dijo Damian sin dejar acabar la frase a Casey-, al menos mientras haya servicio en dirección hacia donde vamos. Sacaré los billetes, ya que también correré yo con los gastos del viaje.

El muchacho lo miró como diciendo «¿ya empezamos con las órdenes?», pero se limitó a contestar:

-Sé por experiencia que los trenes no son siempre más rápidos, pero como tú prefieras.

CAPITULO 11

Casey pasó el resto del día reprochándose su propia debilidad por haber sucumbido a la tentación. Bajo ningún concepto debería haber accedido a cargar de nuevo con Damian Rutledge. Buscar a aquel asesino por él era una cosa, pero llevarlo de acompañante... era absurdo, y ella bien lo sabía. Ya conocía los inconvenientes de tenerlo cerca.

La mitad del tiempo se sentía como una madre cuidando de un niño, haciéndoselo todo

porque él era incapaz de valerse por sí solo. Pero de pronto lo miraba y no se sentía así en absoluto. Damian le provocaba emociones confusas. Le despertaba sentimientos a los que no estaba acostumbrada. Incluso entonces, cuando creía que ya no volvería a verlo, seguía pensando en él más de la cuenta.

Pero diez mil dólares por un solo trabajo... ésa era una oferta que no podía rechazar, sabiendo que una vez cumplido el encargo sería libre de volver a casa. Por lo general, el dinero ofrecido por un fugitivo de la justicia era proporcional a su peligrosidad; en este caso, en cambio, dudaba que fuese así. Al fin y al cabo, el asesino era del Este, así que muy peligroso no podía ser.

Sería un trabajo fácil, demasiado fácil para la recompensa ofrecida. Pero si Damian quería tirar el dinero, a ella le traía sin cuidado. No obstante, tendría que afrontar los aspectos negativos que se pusieron de manifiesto ya al día siguiente.

Casey se presentó en la estación del tren a la hora indicada en el mensaje que Damian le había enviado esa mañana. No fue difícil dar con él. Con su elegante traje y un ridículo sombrero que poco le serviría para protegerse del sol, no pasaba inadvertido.

Además de la bolsa de viaje, llevaba una funda de rifle. Casey esperaba que no hubiese dentro un arma, porque si intentaba a usarla, se dispararía en un pie, y le tocaría a ella cuidarle las heridas.

-Llegas tarde -dijo Damian a modo de saludo en cuanto Casey se acercó a él.

-Llego a la hora exacta -discrepó ella.

Damian prefirió no discutir y se dirigió de inmediato hacia el tren, al que ya habían empezado a subir los pasajeros, esperando que Casey lo siguiese. Sin embargo ella se quedó inmóvil.

Echó un vistazo al tren y dijo:

-No veo vagón de ganado.

Damian se detuvo y se volvió hacia ella con una ceja enarcada.

-¿Vagón de ganado?

-¿Crees que voy a dejar aquí el caballo, novato? –preguntó Casey, lanzándole una penetrante mirada.

Damian se sonrojó de vergüenza. Obviamente no había incluido el caballo en sus planes de viaje, como cabía esperar en alguien que había montado por primera vez hacía apenas unos días. Y eso implicaba que deberían esperar a otro tren, uno que transportase animales además de pasajeros, que no saldría hasta horas más tarde o incluso días.

-Enseguida vuelvo -anunció Damian. Al cabo de unos minutos regresó y dijo-: Van a añadir un vagón de ganado.

Casey apenas pudo contener la risa.

-Te habrá costado un dineral -comentó.

Damian contestó con un breve gesto de asentimiento. Seguía avergonzado. Y el tren tuvo que retrasar la salida mientras enganchaban el vagón. Probablemente le había costado a Damian más dinero de lo que ella imaginaba. Al fin y al cabo, los maquinistas se preciaban de cumplir puntualmente sus horarios.

Por fin se acomodaron en uno de los vagones más lujosos en que Casey había viajado. A ese respecto Damian había tenido suerte: el convoy incluía uno de esos elegantes coches de primera propios del Este. Sin embargo, al ver que no entraba ningún otro pasajero, descubrió que no era cuestión de suerte: Damian había hecho traer el vagón de una de las estaciones de más al norte para su uso exclusivo.

Había accedido a pagar la exorbitante cantidad de cincuenta dólares diarios por alquilarlo. Pero después de haber viajado en los trenes de inmigrantes, con sus asientos duros e incómodos, explicó a Casey, aquello le parecía un precio barato por su comodidad, sobre todo pensando que aún tenían que atravesar Oklahoma y la franja norte de Texas.

Casey no podía quejarse. Coincidía plenamente con Damian en que los pocos trenes que había tomado en los últimos seis meses no eran en absoluto agradables. Habiéndose criado en un rancho, prefería el aire libre y una buena silla a lomos de un caballo; pero si tenía que viajar en tren, uno de los vagones de lujo fabricados por George Pullman era sin duda lo

mejor.

-Debería haber pensado en eso al salir de Nueva York -dijo Damian-. Mi padre tenía uno de estos vagones, que usábamos cuando salíamos de la ciudad por algún asunto de negocios. Incluía todas las comodidades de una casa, hasta un amplio dormitorio. Lamentablemente no se me ocurrió utilizarlo para venir al Oeste.

-¡Cómo! ¿Es que no hay camas en éste? -preguntó Casey, burlándose.

Damian no advirtió el tono de sarcasmo.

-No, pero los asientos parecen cómodos. Podemos dormir en ellos si por la noche el tren no para en un pueblo. A veces ocurre, y esos bancos de los apeaderos proporcionan casi el mismo descanso que el duro suelo.

-Eso depende de si te gusta o no dormir en el suelo, ¿no crees ? -dijo Casey.

Al oír el comentario, Damian la miró con los ojos entornados.

-¿He de suponer que a ti te gusta?

Casey se arrellanó en el mullido asiento de terciopelo, cruzando las manos sobre el vientre, y se limitó a sonreír. Su actitud irritó en extremo a Damian, a juzgar por la mirada que le lanzó. Así que Casey, encogiéndose de hombros, añadió:

-Crecí en un rancho, Damian. He estado de rodeo muchas noches, durmiendo al lado de una fogata.

Además, guardaba muy buenos recuerdos de aquellos tiempos en que recorría las praderas con sus hermanos y su padre, y éste les enseñaba todo lo que, a su juicio, debían saber. Pero eso no iba a mencionarlo, ya que había contado a Damian que era huérfana... o mejor dicho, huérfano.

Puesto que no tenía nombre, según afirmaba, no cabía esperar que la hubiesen criado unos padres afectuosos; y desde luego no estaba dispuesta a dar a nadie su verdadero nombre, ni siquiera después de tantos meses, pues con toda seguridad su padre seguía buscándola.

-¿Así que, además de cazarrecompensas, eres vaquero? -preguntó Damian por continuar la conversación.

-Las labores de un rancho no tienen secretos para mí -admitió Casey.

-Por como hablas, da la impresión de que te gusta ese traba*jo.* ¿Por qué, pues, lo cambiaste por la captura de forajidos, que es algo mucho más peligroso?

-¿Más peligroso? -repitió Casey sin poder reprimir una sonrisa-. Eso es discutible.

-Dudo mucho que...

-¿Cómo vas tú a saberlo, Damian, si nunca has tratado con ganado? -lo interrumpió Casey-. Con un pistolero, es tu habilidad contra la de él; con el ganado, en cambio, eres tú contra la fuerza bruta. Si te embiste un toro o se produce una estampida, no hay habilidad que valga; la única solución es apartarse de en medio lo antes posible.

-Pero ¿si prefieres eso...?

-Volveré a trabajar en un rancho en cuanto deje resuelto un asunto pendiente -contestó Casey, encogiéndose de hombros.

-¿Y cuál es ese asunto?

-Preguntas demasiado, Damian.

Esta vez fue Damian quien sonrió.

-Mucho menos de lo que desearía, pero no importa. Simplemente pensaba que, como vamos a pasar mucho tiempo juntos, quizá podríamos conocernos un poco mejor.

-Lo único que te interesa saber de mí es que soy capaz de hacer este trabajo -replicó Casey-. y ahora ¿por qué no me hablas de ese hombre al que sigues la pista?

Damian no tardó mucho en poner a Casey al corriente. La información era escasa. Pero la informó también de las pruebas obtenidas por los detectives. Cuantos conocían a Henry Curruthers se habían sorprendido al enterarse de lo ocurrido: su anciana tía, sus compañeros de trabajo, sus vecinos. Nadie podía creer que hubiese sido capaz de quedarse dinero de la empresa donde trabajaba, y menos aún que hubiese recurrido al asesinato para ocultar el desfalco.

Pero las circunstancias podían cambiar drásticamente a una persona. Casey lo sabía. Ella misma era una clara muestra de ello. Y las declaraciones de los dos autores materiales del

crimen, junto con la marcha de Curruthers al Oeste sin previo aviso, por no hablar ya del robo de dinero claramente reflejado en los libros de cuentas -que *sólo* él llevaba-, eran pruebas rotundas de su culpabilidad.

-Con una descripción como ésa, será fácil encontrarlo -afirmó Casey cuando Damian acabó de informarla. No obstante, añadió-: Pero me gustaría oír su versión antes de entregarlo a la justicia.

-¿No pensarás que puede ser inocente después de todo lo que te he dicho? -preguntó Damian con expresión ceñuda.

-No, no da esa impresión. Pero no es la clase de individuo que suelo perseguir. Los forajidos que busco tienen todos una cosa en común: testigos de sus delitos. Si me veo obligado a matar a uno, no me remuerde la conciencia porque de antemano sé que es culpable.

-Dijiste que eso nunca se había dado, que no habías matado a ninguno.

-Así es, pero podría pasar -respondió Casey-, y con testigos presenciales el caso queda cerrado, el proceso posterior a la captura se reduce a dejar constancia en las actas de un juzgado. Hasta el momento sólo me he encontrado con una excepción, un tal Horace Johnson, que había matado a un hombre a sangre fría, según la declaración de un único testigo, el hermano de la víctima. El testigo era una persona conocida y respetada en el pueblo; Johnson no lo era, ya que acababa de establecerse allí. De manera que se dictó una orden de búsqueda y captura contra Johnson, vivo o muerto, y se pusieron en circulación carteles con su rostro. Pero cuando hablé con su madre y uno de sus amigos, empecé a sospechar que el testigo era el culpable. y no me equivocaba. Cuando me encaré con él, le corroía tanto el remordimiento que se vino abajo y admitió que él mismo había matado a su hermano.

-Asombroso -comentó Damian-. Salvaste la vida a un inocente que probablemente habría muerto a manos de un cazarrecompensas menos escrupuloso. No me había dado cuenta de que fueses tan concienzudo en tu trabajo.

Casey se ruborizó, enojándose consigo misma por ello. No era su intención impresionar a Damian; simplemente quería aclarar su punto de vista. y así lo dijo:

-Sólo pretendía explicarte por qué me gustaría oír primero la versión de Curruthers.

-Pero sí hay testigos, los dos hombres que contrató...

-Para mí, Damian, los asesinos a sueldo no son testigos; son cómplices -corrigió Casey-. y no se distinguen por su honradez.

-¿Cómo sabes que esos dos hombres no tenían alguna cuenta pendiente con Curruthers y, al verse atrapados, decidieron resarcirse culpándolo del crimen? Quizá huyó por esa precisa razón.

-Está también el asunto del desfalco.

-Sí, así es. Pero ¿qué se pierde con interrogarlo cuando lo encontremos?

-Como tú quieras... siempre y cuando lo encontremos.

CAPITULO 12

Cabía esperar un viaje tranquilo hasta Fort Worth, pero tanto Casey como Damian opinaban, por distintas razones, que sencillamente los había abandonado la suerte. Dio la casualidad de que, cuando se hallaban aún a varias horas de la frontera de Texas, el tren estuvo a punto de descarrilar. Sin embargo el maquinista consiguió frenar justo antes del tramo sin raíles. La parada fue tan brusca que muchos pasajeros de los vagones de cabeza salieron despedidos de sus asientos. Casey, cómodamente sentada en uno de los mullidos asientos de su vagón, apenas notó la sacudida. Echó una ojeada a Damian para comprobar si le había pasado algo y de inmediato se levantó para asomarse por la ventanilla. No vio que faltaba un tramo de vía, pero difícilmente le habría pasado inadvertido el grupo de jinetes enmascarados que salía en ese momento de detrás de unos árboles y se dirigía hacia el tren con las armas empuñadas.

Volvió a sentarse, se arregló el poncho y dijo a Damian:

-No te pongas nervioso; es solo un asalto.

Damian la miró con ojos desorbitados.

-¿Otro asalto? Es broma, ¿no? Dime que bromeas. Las probabilidades de sufrir otro asalto tan pronto...

-Eran muy altas -concluyó Casey-, considerando la zona que estamos atravesando.

-¿Y qué tiene eso que ver, si puede saberse?

-Esta zona siempre ha sido muy tentadora para los malhechores, Damian. La mitad de estas tierras pasó a ser territorio de Estados Unidos hace sólo unos años, cuando se compró a los indios la franja cherokee para colonizarla. Nosotros estamos atravesando la mitad que aún pertenece a los indios.

-¿Territorio indio? ¿y no podrías haberlo dicho antes?

-¿Por qué? Son indios pacíficos. Pero antes de 1890 toda la zona estaba fuera de la jurisdicción de los blancos, y los indios que el gobierno trasladó aquí años atrás se ocupaban sólo de sus asuntos, siempre y cuando los forajidos los dejasen en paz. De hecho, la punta oeste de Oklahoma no está muy lejos de aquí, y no en balde se conocía como Tierra de Nadie.

-¿Tierra de Nadie?

-Era un refugio de forajidos, ya que no se hallaba dentro de la jurisdicción de los blancos ni de los indios, y nadie la reclamaba. Y muchos aún tienen allí sus guaridas, o en algún otro lugar de la zona. No iban a marcharse simplemente porque las tres últimas campañas de adjudicación de tierras lanzadas por el gobierno hayan traído hasta aquí a una avalancha de colonos.

-¿Y no podrías haber dicho *eso* antes? -protestó Damian.

Casey se encogió de hombros y sonrió.

-Esperaba no tener que decirlo. Al fin y al cabo, pese a lo que probablemente piensas en este momento, no asaltan trenes todos los días.

-La estadística que me acompaña en este viaje desmiente esa afirmación -dijo Damian mientras se dirigía hacia la funda del rifle, colocada en una esquina del vagón.

Casey lo observó con el entrecejo fruncido.

-¿Qué piensas hacer con eso?

Damian le lanzó una mirada de determinación.

-Impedir que esta vez me quiten el dinero.

-O conseguir que te maten, más posiblemente -masculló Casey.

-En eso estoy de acuerdo -dijo con voz ahogada por el pañuelo que le cubría la boca el hombre que acababa de entrar en el vagón, tras escuchar el pronóstico de Casey. Así que siéntese, y quizá salga de ésta con vida.

Damian se detuvo pero no retrocedió hasta el asiento. Se lo veía furioso. Y lo estaba, naturalmente, pero exteriorizarlo era una estupidez, considerando que el asaltante parecía muy nervioso... y joven. No aparentaba mucha mayor edad que Casey. Muy probablemente aquél era su primer golpe.

-Ese tipo grande no va a atacarte, así que no hagas tonterías dijo Casey.

Miraba al asaltante, pero había hecho el comentario por el bien de Damian. Sin embargo *sus* palabras no aplacaron en absoluto el nerviosismo del joven. Dirigía recelosas miradas a Casey y a Damian, y la pistola le temblaba visiblemente en la mano.

Aun así, reunió valor suficiente para ordenar:

-Echen aquí el dinero, y me marcharé.

-Quizá deberías plantearte la idea de irte sin el dinero -sugirió Casey con calma.

-¿Por qué?

-Para ahorrarnos derramamiento de sangre.

A Casey no le sorprendió que el asaltante mirase de inmediato a Damian. El tipo grande del Este parecía allí la principal amenaza. Pero esta vez a Casey no le importó que la considerasen inofensiva, ya que eso le permitió desenfundar sin que el ladrón lo notase siquiera.

Y como era la segunda vez que intentaban robarle en cuestión de días, no disparó sólo para desarmarlo. Lo alcanzó en la mano con que empuñaba el arma, causándole una herida que le impediría utilizarla en otros atracos, al menos con una mínima destreza.

El revólver cayó con un ruido sordo al suelo alfombrado del vagón, que quedó además

manchado de sangre. El asaltante lanzó un alarido lastimero pero breve; el gemido que siguió, en cambio, pareció interminable. Una expresión de dolor y miedo asomó a sus ojos. Sin embargo, al verse aún encañonado por Casey, no se movió más que para sujetarse la muñeca de la mano maltrecha y llevársela al pecho.

Casey suspiró. Los necios siempre desoían los buenos consejos.

-¡Lárgate! -espetó a continuación.

Él obedeció de inmediato, y en cuanto salió por la puerta, ella le advirtió a voz en grito-: y búscate otra clase de trabajo, vaquero. En éste, no durarías mucho.

Probablemente el joven, que se alejaba a todo correr, ni siquiera la oyó. Casey se acercó de nuevo a la ventanilla para cerciorarse de que iba derecho a su caballo, y no en busca de sus compinches para volver a desquitarse. Se alegró al ver que galopaba ya hacia los árboles. Y al cabo de unos minutos los otros asaltantes abandonaban también el tren. Si habían oído el disparo y había cundido el pánico entre ellos o si habían reunido rápidamente su botín, sólo lo sabían los otros pasajeros.

En ese momento Casey se sobresaltó al oír la detonación de un rifle junto a ella. Miró con furia a Damian, pero sólo por el susto que acababa de darle.

-Déjalos ir .

Él también la miró airado.

-De eso ni...

-No son más que un puñado de vaqueros jóvenes sin trabajo -atajó Casey.

-Son asaltantes de trenes, ni más ni menos -afirmó Damian disparando de nuevo-. Y, ya que estamos, permíteme añadir que tengo veintisiete años, por si no lo sabías. Resulta absurdo que me proteja un niño, así que no lo hagas más.

-¿Cómo dices? -repuso Casey con frialdad.

-Ya lo has oído. Sé cuidarme solo. Así que de ahora en adelante, si no te importa, déjame tomar mis propias decisiones acerca de cómo afrontar estas desagradables situaciones.

Casey hizo un gesto de indiferencia y volvió a su asiento. Por ella, podía protegerse él mismo. Pero, desde luego, le gustaría verlo. Y podía continuar disparando su rifle nuevo hasta cansarse, porque en cualquier caso no iba a dar en el blanco, así que quería malgastar munición, era asunto suyo. Le sorprendió, no obstante, que sujetase el arma correctamente. Por lo menos no tendría que encajarle un hombro dislocado.

Tras otros cuatro disparos sucesivos, se volvió hacia ella, al parecer dando por concluido el tiroteo pero no sus quejas.

-Habías capturado a uno. ¿Desde cuándo eres partidario de dejar que los forajidos sigan alegremente su camino?

-Desde que me han contratado para encontrar a un asesino en concreto. ¿O no te has parado a pensar cuánto tiempo habríamos perdido en entregar a esos tipos a la justicia?

-Matarlos no nos hubiese llevado mucho tiempo, y es justo eso lo que merecen.

A Casey no le sorprendió oír ese comentario en alguien del Este, por eso lanzó un resoplido de desdén antes de decir:

-Entonces, novato, alégrate de no ser capaz de atinarle ni a un establo, porque ahora la rabia te hace hablar así, pero más tarde te pesaría en la conciencia.

Damian volvió a mirar por la ventanilla y luego esbozó una sonrisa de satisfacción.

Casey se levantó de un salto para ver si realmente había herido a alguien. Pero para entonces los asaltantes no eran más que puntos en el horizonte, y no había cuerpos esparcidos por la llanura.

Apretó los dientes, dando por supuesto que Damian simplemente quería tomarle el pelo. Aun así, no estaba dispuesta a quejarse para no aumentar su satisfacción. En lugar de eso, dijo:

-Voy a comprobar si el tren ha tenido que detenerse por desperfectos en la vía, como es probable, y si son graves.

Cuando Casey se dirigía a la puerta, Damian preguntó:

-¿Por qué dices que eran solo vaqueros?

Casey se detuvo y contesto:

-Por las chaparreras. Los vaqueros se acostumbran a llevarlas después de trabajar durante un tiempo en las praderas. Además, ese tipo estaba nervioso. Era evidente que nunca había hecho una cosa así. Debía de estar desesperado o, más probablemente, haberse dejado convencer en una borrachera.

-Eso es mucho suponer, Casey -replicó Damian con tono burlón.

-No siempre tengo razón -dijo ella, encogiéndose de hombros. Luego, sonriendo, añadió-: Pero casi siempre.

Salió del vagón. Damian la siguió y le dio alcance, pese a que las largas zancadas de Casey lo obligaban a caminar más deprisa de lo que acostumbraba.

-¿Siempre tienes tanta prisa? -preguntó mientras avanzaban junto al tren.

Casey lo miró de soslayo y dijo pensativamente:

-Nunca me había detenido a pensarlo, pero supongo que sí. Se debe quizá a la prisa por crecer.

-Si alguna vez lo consigues, házmelo saber.

-¡Dios santo, ya está bien de sarcasmo por hoy! Recuérdame que te mantenga alejado de otro posible atraco. Está claro que no tienes el temperamento apropiado para estas cosas.

Esta vez fue Damian quien resopló indignado, pero Case apretó el paso para no darle oportunidad de hacer algún otro comentario mordaz. Al cabo de un instante alcanzaron la cabeza del tren, donde se había congregado ya la mayoría de los pasajeros. Llegaron justo a tiempo de oír anunciar al maquinista que regresarían al último pueblo por donde habían pasado, para esperar allí hasta que enviasen un equipo a reparar la vía. Al recibir la noticia del nuevo retraso, Damian pareció a punto de estallar.

Casey, en un intento por apaciguarlo, propuso:

-¿Quieres quedarte en el tren, o viajar a caballo hasta el próximo pueblo de la línea y coger allí otro ? Eso implicaría montar otra vez juntos.

Casey casi le dio un puntapié cuando Damian se inclinó a olerla antes de contestar:

-Vayamos a caballo.

CAPITULO 13

El siguiente pueblo en el camino no era realmente un pueblo aunque quizá algún día alcanzase ese rango. De momento se reducía a un puñado de comercios reunidos en torno a la estación: una cantina con restaurante, una tienda de provisiones, una panadería, una oficina de telégrafos y un establecimiento que pasaba por ser un hotel pese a tener sólo dos habitaciones.

Como era ya de noche cuando llegaron, Casey envió a Damian al hotel para pedir las habitaciones, y entretanto ella fue a la estación de ferrocarril para informar del asalto y los raíles dañados. Cuando se reunió con él frente al hotel, tenía malas noticias.

-El próximo tren no saldrá antes de una semana -anunció sin rodeos-, que es el tiempo que, según calcula el tipo de la estación, tardarán en volver a colocar los raíles para que pase el tren que va en dirección sur.

Damian lanzó un suspiro.

-¿Aquí no habrá posta, supongo?

-No, y a partir de aquí las comunicaciones son cada vez más escasas -advirtió Casey-. En este poblado ni siquiera hay establo para comprar un caballo, y el rancho más cercano que podría tener alguna montura de repuesto que venderte está a un día largo de aquí. Y nada nos garantiza que realmente puedan prescindir de algún caballo, así que viajar hasta allí sería una pérdida de tiempo.

Damian lanzó una pesimista ojeada a los edificios que se alzaban alrededor.

-¿Habrá que pasar aquí una semana, pues?

-A menos que prefieras que sigamos adelante con un único caballo. A mí no me importa, pero seguramente *Old Sam* empezará a quejarse pronto del exceso de carga.

Un asomo de sonrisa apareció fugazmente en los labios de Damian.

-También yo tengo malas noticias. Sólo queda una habitación en el hotel, así que tendremos que compartirla.

Casey se puso tensa. ¿Compartir una habitación con él toda una semana? Una noche podía arreglárselas, pero difícilmente una semana entera.

-Encontraremos un caballo -afirmó con un tono que no admitía oposición, y de hecho, mientras lo decía, examinaba ya varios caballos atados frente a la cantina al otro lado de la calle.

Damian siguió su mirada.

-Robar queda descartado -dijo, pensando que era prudente mencionarlo.

Casey soltó una risotada, pero sin más explicaciones cruzó la calle. Damian siguió al muchacho sin demasiado entusiasmo. En el pequeño poblado tampoco había banco, o de lo contrario habría podido adquirir un caballo sin problemas, por alto que fuese su precio. Quizá podía pagarlo con el dinero en efectivo que llevaba encima, pero dada la escasez de monturas en la zona era más que dudoso que alguien estuviese dispuesto a desprenderse de la suya por una cantidad módica.

Por otra parte, Damian no deseaba continuar el viaje a caballo. Montar a la grupa con Casey era una cosa, puesto que no era él quien llevaba las riendas de *Old Sam;* pero cabalgar él solo era muy distinto, y prefería no añadir ese aprendizaje a las otras experiencias de aquel nefasto viaje. Aquélla era la primera cantina del Oeste que visitaba, y sería la última si todas presentaban aquel aspecto. No era grande y desde luego no estaba muy concurrida; aun así, flotaba en el aire un olor agrio, mezcla de cerveza, whisky, humo y vómitos.

Una capa de serrín constituía el suelo. Tres mesas redondas, desportilladas y mugrientas, y sus respectivas sillas eran todo lo que ofrecía para acomodarse. Sólo había una ocupada. Una puerta daba acceso a un espacio independiente y sobre ella un rótulo rezaba: «No servimos la mejor comida, pero es lo único que encontrará en los alrededores.» Dentro había únicamente dos mesas, sin duda porque no esperaban muchos clientes.

Casey estaba de pie ante la larga barra y parecía en su ambiente, como si frecuentase aquellos lugares. Damian movió la cabeza en un gesto de desaprobación. Debía haber allí alguna ley que prohibiese la venta de bebidas alcohólicas a menores.

El muchacho ya había pedido una copa y, sosteniéndola en la mano, se volvió para observar la única mesa ocupada. Los tres hombres sentados alrededor jugaban a las cartas; los billetes amontonados junto a sus codos inducían a pensar que apostaban dinero. Lanzaron un vistazo al muchacho, pero enseguida lo descartaron. Damian despertó más su interés cuando entró y se acercó a Casey.

Mirando a los tres hombres, Casey preguntó:

-¿De quién es el caballo pinto que hay enfrente?

-Supongo que es mío, a menos que haya más de uno -contestó un hombre joven de barba poblada y poco pulcra.

-¿Te gusta apostar? -preguntó Casey.

-Cuando estoy de humor -contestó el hombre y, riendo entre dientes, echó una ojeada a su mano de cartas-. y supongo que ahora lo estoy.

-Necesito una montura -dijo Casey-. ¿Qué te parecería si apostamos tu caballo contra el mío?

Al oír eso, Damian susurró:

-¿Qué demonios haces?

-Conseguirte un caballo -repuso Casey con el mismo tono de *voz-.* Así que si no te importa, sígueme la corriente.

-¿y cuál es tu caballo? -preguntó el hombre.

-El que está al otro lado de la calle, delante del hotel. Echa un vistazo. No verás otro mejor.

El hombre se levantó y fue a mirar. De pie ante la puerta de vaivén de la entrada, lanzó un débil silbido.

-A eso llamo yo un caballo -comentó. Volviéndose hacia Casey francamente interesado, preguntó-: ¿A qué nos lo jugamos ?

-El novato aquí presente dejará caer una moneda ante él. Te apuesto el caballo a que soy capaz de acertarle a la moneda de un tiro cuando caiga entre sus piernas y antes de que llegue

al suelo... por supuesto, sin darle a él en ningún sitio.

Se oyeron risas, pero sólo porque Damian acababa de ponerse rojo como un tomate, si a causa de la ira o de la vergüenza, era difícil saberlo. Pero el tipo de la barba no se dejó impresionar.

-Ese truco ya lo he visto antes. No es tan difícil.

-¿He mencionado que desenfundaré en el momento de disparar? -añadió Casey.

El hombre enarcó una poblada ceja.

-Desenfundarás, ¿eh? Así y todo, este tipo tiene las piernas muy largas; te deja mucho margen. Si no aciertas, simplemente pierdes un caballo.

-¿Y te parece poco? -replicó Casey. Obviamente sí, porque sugirió:

-¿Y si sujeta la moneda con la mano, y tú desenfundas? Damian se puso tenso. Dirigiéndose a él, Casey susurró:

-En fin, un poco de escozor en los dedos no es un precio alto por un caballo que nos permita seguir el viaje.

-Siempre y cuando sea sólo un poco de escozor -rezongó Damian.

-Te diría que no usases la mano de disparar, por si acaso -repuso Casey con una sonrisa-, pero tú no disparas con ninguna, así que en realidad no importa.

Damian no rió la broma de Casey, pero tampoco estaba muy preocupado. Había visto qué era capaz de hacer el muchacho con un revólver. Empezó a alarmarse, no obstante, cuando alguien lanzó a Casey una diminuta moneda de diez centavos y dijo:

-Utiliza ésa.

Para colmo, Casey la miró con los ojos entornados, como si no la viese muy claramente, lo cual provocó nuevas risas entre la clientela de la cantina.

Pero Casey lo tranquilizó al entregarle la moneda, susurrando:

-Cálmate, novato. He hecho esto tantas veces que hasta he perdido la cuenta.

Se dio media vuelta y se dirigió al otro extremo de la barra. Allí preguntó:

-¿Diez pasos os parece bien, chicos, considerando que aquí no hay mucho más espacio ?

-Diez pasos está bien -dijo el apostante con una sonrisa- Pero acaba pronto. Me muero de ganas de dar un paseo con mi caballo nuevo.

Casey asintió con la cabeza y, apartando el poncho, esperó que Damian alzase la moneda. Este no podía creer que estuviese prestándose a aquella demostración de puntería cuando era su mano la que padecería las consecuencias si algo salía mal. Pero 1a confianza en sí mismo de Casey le resultaba alentadora. El muchacho sabía que no fallaría.

Y de pronto disparó y falló. La moneda seguía entre el pulgar y el índice de Damian. Y Casey...Damian nunca había visto en nadie tal expresión de desconsuelo.

Había apostado y perdido su caballo, y no había concebido siquiera esa posibilidad. Mientras el hombre de la barba recibía 1as felicitaciones de sus amigos, Casey, avergonzado, salió corriendo de la cantina. Aunque no podía asegurarlo, Damian creyó ver lágrimas en aquellos ojos dorados.

-Eh, no irá a llevarse mi caballo nuevo, ¿no? -preguntó el Ganador.

-Lo dudo mucho -contestó Damian, mirando hacia las puertas de vaivén-. Es honrado..., aunque no tan buen tirador como el pensaba.

CAPITULO 14

Damian no salió de inmediato tras su joven amigo. Si, como sospechaba, el muchacho se había echado a llorar, probablemente preferiría que nadie lo viese. De modo que Damian tomó unas copas de la atroz bebida que servían en la cantina y luego se encaminó hacia el hotel.

Casey podía haberse ahorrado el disgusto pero, como de costumbre, había prescindido por completo de Damian, obstinándose en manejar el asunto a su manera, tal como había hecho en el tren.

En el tren Casey había dado por sentado que los disparos de Damian por la ventanilla eran inútiles, cuando en realidad había herido a todos los asaltantes mientras escapaban. Si no

disponían de un médico en la banda, tendrían que buscar asistencia en algún pueblo y llamarían mucho la atención. Como mínimo, aquello retrasaría su huida, dando a los agentes del orden la oportunidad de apresarlos en plazo breve.

En el hotel, encontró a Casey de pie frente a la ventana de la pequeña habitación que compartían, sin duda contemplando a *Old Sam,* atado en la calle, y lamentándose aún de su pérdida. Damian podría haberlo aleccionado sobre los peligros del exceso de confianza, pero decidió abstenerse. Probablemente el muchacho tenía ya bastante desgracia. Casey no lo había oído entrar. Damian tuvo que aclararse la garganta para anunciar su presencia y decir:

-Anímate. Me las he arreglado para...

No pudo terminar la frase, ya que el muchacho se volvió en el acto y arremetió contra él.

-¿Por qué me has dejado hacer una cosa así? ¿Por qué? *Old Sam* ha estado a mi lado desde que yo tenía diez años. Lo crié cuando era un potrillo. ¡Es como de la familia!

Damian quedó sin habla por un momento. Aquella repentina emotividad en un muchacho que normalmente mantenía bajo un control férreo sus sentimientos resultaba un tanto desconcertante. Por eso mismo Damian subió la guardia de inmediato.

-Un momento -dijo-. Yo no tengo la culpa de...

-¿No?

-No. No ha sido mía la idea de apostar el caballo, Casey. En realidad, por si no lo recuerdas, yo no estaba muy contento con el número que has organizado en la cantina, y así te lo he hecho saber.

Damian trató de dominar su propia ira, cosa nada fácil al sentirse blanco de aquellos reproches, tan vehementes como inmerecido. Ya antes tenía la impresión de que *Old Sam* era para Casey mucho más que un medio de transporte. Y obviamente no se había equivocado, pues de lo contrario el muchacho no estaría tan alterado. Pero, por lo visto, contener su ira sirvió sólo para avivar la de Casey, pues éste, pasando por alto la razonable respuesta de Damian, dijo a voz en grito:

-Esto no habría pasado si yo no estuviese aquí, y no estaría aquí si...

-Nadie te ha obligado a aceptar el trabajo -le recordó Damián.

-¡Mejor, porque lo dejo!

Damian no esperaba aquello. No pensaba que el muchacho tuviese tan poco sentido del honor como para incumplir un trato al menor contratiempo.

-Muchacho, he visto unas cuantas rabietas en mi vida -dijo Damian, moviendo la cabeza en un gesto de disgusto-, pero estás apunto de ganar el premio a la peor de todas.

-¡Como te atreves...!

-Calla de una vez Casey. Si no te me hubieses echado encima nada más entrar, habría podido decirte que me las he arreglado para recuperar tu caballo.

La expresión de sorpresa de Casey fue casi cómica.

-¿En serio?

De pronto palideció al tomar conciencia de lo que acababa de decir. Retrocedió como si acabase de recibir un puñetazo, acercándose peligrosamente a la ventana abierta. y su posterior gimoteo resultó casi patético.

-Dios mío, lo siento.

-Demasiado tarde -repuso Damian.

-No, lo siento de verdad, Damián. Deja que me explique. En realidad, no estaba furioso contigo, sino conmigo mismo. No resisto las estupideces, y lo que he hecho en la cantina ha sido una tupidse.

Damian no podía estar más de acuerdo.

-En eso coincido contigo. No deberías haber apostado.

-No me refiero a eso -lo interrumpió Casey-, La apuesta era buena.

-¿De qué demonios hablas, pues? -preguntó Damian con expresión ceñuda.

-Me refiero a que he apuntado al borde de la moneda porque era muy pequeña, y todo, por no arriesgarme a chamuscarte los dedos.

Damian parpadeó.

-¿Estás diciendo que has fallado a drede?

-No. -Casey movió la cabeza en un enérgico gesto de negación. -Simplemente no he apuntado al centro como debería. El espacio entre los dedos era demasiado justo.

Damian casi se echó a reír. El muchacho consideraba una estupidez procurar que Damian no saliese herido, ¿ y eso era una culpa, para él? Aun así, si no lo hubiese intentado, no habría perdido el caballo, y además lo más probable era que, en cualquier caso, Damian hubiese resultado ileso. Supuso, pues, que en definitiva el muchacho era el único responsable de lo ocurrido.

-Y no va en serio que quiera dejar el trabajo -añadió tímidamente Casey, sonrojado-. Te lo habría dicho igualmente en cuanto, en fin, en cuanto hubiese pensado otra vez con claridad, sin la ofuscación de hace unos minutos. Acabaré el trabajo, cueste lo que cueste... es decir, si sigo contratado.

Intencionadamente, Damian dejó pasar un largo momento antes de asentir con la cabeza.

-Creo que mejor será que olvidemos esta... discusión.

Casey sonrió con manifiesto alivio.

-No es mala idea, salvo que, bueno, no me has explicado cómo te las has arreglado para recuperar a *Old Sam.*

-Con dinero, claro está. Tiene su utilidad en algunas ocasiones, y esta ocasión incluye el caballo pinto.

-¿De verdad has conseguido también su caballo? -dijo Case sorprendida-¡Estupendo, Damian! Eres todo un tratante de caballos!

-Yo no diría tanto -respondió Damian-. En este caso, según parece, el tipo tiene previsto marcharse del poblado dentro de un tiempo. Por lo visto, corteja a la hija del panadero. Pero es aficionado al juego, y por culpa de una mala racha andaba escaso de fondos. Aunque no por eso se ha conformado con un precio razonable por los dos animales. En realidad, no ha accedido a venderlos por menos de todo el dinero en metálico que llevaba encima.

-¿y cuánto era?

-Mejor dicho, no todo -precisó Damian con una sonrisa sólo lo que llevaba en los bolsillos, que eran unos trescientos dólares. Pero él sí creía que eso era todo.

Casey soltó una risotada.

-Una ganga, la verdad.

-¿Bromeas? -repuso Damian-. ¿Quieres decir que los caballos cuestan más que eso?

-No todos, pero sí un animal de primera como mi *Old* Sam. Además, cuando hay demanda pero poca oferta, te asombrarías los precios que pueden llegar a pedirse. Aquí en el Oeste he tenido prueba de eso muchas veces, sobre todo antes, cuando incursiones de los indios impedían el paso de los trenes de suministros, o cuando se levantaba un pueblo de mineros prácticamente de la noche a la mañana. Aún pasa en poblaciones pequeñas por una u otra razón no han entrado en los planes de las compañías ferroviarias, o en sitios como éste, que aún ni siquiera pueblos.

Para alguien con un negocio como el de Damian, aquello era como música en los oídos. Importaciones y exportaciones, oferta y demanda. Se preguntó si su padre había contemplado alguna vez la posibilidad de expansión en aquella zona del país. Podía ser algo digno de tenerse en cuenta, siempre y cuando no exigiese su supervisión personal. Después de aquel viaje, volver al Oeste no se incluiría precisamente entre sus prioridades.

-Bueno, dado que estamos ya en condiciones de reemprender el viaje mañana, ¿qué tal si cenamos algo y luego venimos a acostarnos ? -propuso Damian.

-Yo me saltaré la cena si no te importa -dijo Casey-. En el hotel no sirven comidas, y no estoy acostumbrado a hacer el ridículo como esta noche, así que prefiero no volver a esa cantina. Además, hay que comprar provisiones antes de que cierre la tienda si mañana queremos salir a una hora razonable. Ya me ocuparé de eso, y luego vendré a acostarme.

Damian no insistió, viendo que el muchacho parecía de nuevo avergonzado.

-Como quieras; pero te acompañaré a la tienda para pagar la cuenta.

-Tengo dinero, Damian...

-Dije que correría yo con todos los gastos del viaje, ¿recuerdas? Además, no me vendrá mal irme enterando de qué clase de provisiones consideras necesarias para un viaje a caballo.

Casey respondió con las mismas palabras que Damian:

-Como quieras. Por cierto, ¿el precio que has pagado por el caballo incluía la silla de montar?

Esta vez fue Damian quien se sonrojó. Él no había caído en l*a* cuenta de que necesitaba una silla de montar, y si eso no hubiese quedado resuelto esa misma tarde, habrían tenido que retrasar la salida al día siguiente hasta que abriesen la tienda.

-Lo cierto es que se ha quedado la silla.

-Lo suponía. Cuesta mas acostumbrarse a una solla nueva que a un caballo nuevo. Bueno, esperemos que tengan alguna en la tienda. Seguramente venderán un poco de todo, como en la mayoría de las tiendas de suministros.

Aquello no parecía inquietar mucho a Casey; Damian, por el contrario, no pudo evitar preguntar:

-¿Y si no tienen?

-No te preocupes por las cosas antes de tiempo, Damian -recomendó Casey con una sonrisa-. Primero, informémonos, luego ya tendrás tiempo de sobra para preocuparte.

CAPITULO 15

Damian no tenía inconveniente en compartir la cama. Case no obstante, insistió en que prefería el suelo. Aun así, de poco sirvió.

Por algún motivo que no conseguía precisar, la incomodaba hallarse con él detrás de una puerta cerrada, en una habitación, pequeña incluso para una persona, y no digamos ya para dos. Hizo el esfuerzo de permanecer inmóvil hasta que él se durmió y entonces salió de la habitación y bajó al cobertizo que el hotel ponía a disposición de los huéspedes para dejar los caballos. Allí improvisó una cama en un rincón junto a *Old Sam* y se durmió en el acto.

A la mañana siguiente, cuando se paró a pensar en ello, su propia actitud le resultó irritante. De hecho, había dormido cerca de Damian. Pero en campo abierto era distinto, con fogata entre ambos y otras cosas de qué preocuparse, incluso mantenerse alerta ante cualquier imprevisto. En la seguridad de la habitación del hotel, no tenía otra cosa en qué pensar salvo en él. Y algunas de las cosas que había pensado la avergonzaban demasiado para recordarlas a plena luz del día. Se había preguntado qué sentiría si Damian la besaba. Se había preguntado si su cabello sería tan suave al tacto como parecía y qué sensaciones experimentaría acariciando sus anchos hombros. Incluso se había imaginado entre sus fuertes brazos, y su cuerpo había quedado bañado en sudor con la sola idea.

La vergüenza la asaltó cuando vio a Damian por la mañana y como muchas otras veces, tuvo la impresión de que era capaz de leerle el pensamiento con su penetrante mirada. A él le habría resultado bochornoso saber qué clase de imágenes rondaban por la mente de Casey.

Pero Damian apenas la miró cuando se reunió con ella el hotel. Casey tenía ya preparada la excusa de que había pasado allí la noche para vigilar a los caballos porque el cobertizo no ofrecía la protección de un auténtico establo, pero no fue necesaria. Al parecer, Damian ni se había dado cuenta de que no había dormido en la habitación. Simplemente suponía que había madrugado y bajado antes que él.

No se pusieron en camino tan temprano como ella esperaba. Había previsto la necesidad de aleccionar a Damian mínimamente sobre cómo debía montar al caballo pinto, pero no sospechaba que sería tan difícil.

Damian era incapaz de relajarse. Se mostraba demasiado vacilante, y el animal lo notaba y se aprovechaba de ello. Percibía que aquél era un jinete al que podía intimidar para impedir que montase sobre su lomo, y puso todo su empeño en ello. Lamentablemente, la diferencia de peso entre ella y Damian era muy grande; de lo contrario, habrían podido engañar al pinto, subiendo ella primero para apaciguarlo. Antes lo había probado ya con su propia silla, ya que en la tienda no habían podido suministrarles otra. Y la idea de que Damian montase a pelo era absurda, de modo que mientras no pudiesen comprar una, tendría que usar

la de ella.

Pero Casey habría tenido que probar al caballo en cualquier caso, sencillamente porque algunos animales se resistían a cualquier cosa a la que no estuviesen acostumbrados, incluidas las sillas nuevas. Y bajo su control se había dejado montar con normalidad. Sólo al notar el peso de Damian se apartaba y corcoveaba como si nunca antes lo hubiesen montado.

Casey, no obstante, debía reconocerle el mérito de la perseverancia. No dejó de intentarlo, pese a que rodó cuatro veces por el suelo. Cada vez perdía una cantidad de tiempo desproporcionada en limpiarse el polvo de arriba abajo, pero Casey se mordió la lengua, absteniéndose de advertirle que probablemente volvería a morder el polvo antes de conseguirlo.

Saltaba a la vista que no era apto para un viaje a caballo. Parecía molestarle hasta la menor mota de polvo, pero tendría que acostumbrarse. El día anterior Casey había tratado de convencerle de que comprase ropa más adecuada, como mínimo un sombrero de ala ancha; pero él había insistido en que su elegante indumentaria neoyorquina le servía. Y sí le serviría, siempre cuando no le importasen las quemaduras del sol, los abrojos que arrastraba el viento y los enganchones en sus finas prendas de lana cada vez que pasasen rozando unos arbustos. Naturalmente Casey presentía que, llegado el momento, sí le importaría, y mucho. No tenía ningún deseo de verlo preocupado por un desgarrón en el traje. Aunque, pensándolo mejor, podía ser muy vertido.

Cuando el caballo pinto llegó por fin a la conclusión de que no iba a ganar la batalla, se pusieron en camino. Fue un largo de viaje, o al menos a Casey se le antojó muy largo, porque había dormido poco la noche anterior. Se vio forzada a avanzar a paso lento, a fin de que Damian se mantuviese en la silla. A ella no le representaba un gran problema montar a pelo, pues lo había hecho ya muchas veces, aunque siempre en cabalgadas de corta duración. En un largo trayecto como aquél, suponía doble esfuerzo para los músculos.

Hicieron un alto a primera hora de la tarde para darle un respiro a Damian. Habiendo comprado algunas cosas en la panadería antes de marcharse del poblado, podrían haber comido a lomos de sus monturas sin detenerse, pero Casey pensó que a Damian no le vendría mal un descanso. En realidad, se quejó cuando ella dijo que debían reanudar la marcha.

Aquella noche, sin embargo, la sorprendió ofreciéndose a cazar algo para la cena si no había ningún inconveniente en que se oyesen unos disparos. Casey estuvo tentada de responder que sí había inconveniente. Al fin y al cabo, le apetecía comer carne, y estaba convencida de que si él se encargaba de la caza volvería con las manos vacías. Pero el pobre lo había pasado mal aquel día que Casey no fue capaz de decirle que no sabía de caza y debía dejarle la tarea a quien sí sabía.

Se resignó a cenar unas judías con panecillos y se dispuso a prepararlas. Pero la verdadera sorpresa fue ver aparecer a Damian media hora después con un pavo salvaje lo bastante grande para proporcionarles alimento durante varios días. Después de sus sarcásticas reflexiones sobre las aptitudes de Damian para la caza Casey pensó que debía de haber sido un golpe de suerte, sobre todo porque había oído un solo disparo.

Y así lo dijo cuando cogió el ave y empezó a prepararla.

-Ha habido suerte, veo.

-En realidad, la suerte no ha tenido mucho que ver -respondió Damian con despreocupación.

Casey enarcó una ceja.

-¿Se te ha acercado tanto que no había forma de fallar?

-No, estaba tan lejos que ni siquiera sabía exactamente qué era. Casey se acordó de las fanfarronadas que contaban los vaqueros en el barracón del rancho.

-Ya, te creo.

Su tono de escepticismo era inequívoco, y probablemente por eso Damian propuso:

-Quizá sea necesaria una demostración.

Esta vez a Casey no le importaba avergonzarlo.

-¡Cómo no! -dijo, y señaló un blanco asequible a unos cuarenta pasos.

Damian apuntó, disparó y acertó. Casey parpadeó asombrada y señaló otro blanco.

También en esa ocasión atinó de pleno. Después del tercer blanco consecutivo, se dio por vencida.

-Muy bien, estoy impresionado.

Ahora fue Damian quien enarcó una ceja.

-¿Sólo impresionado?

-Muy impresionado -masculló Casey.

Damian soltó una carcajada y se reunió con ella junto al fuego.

-La cara que has puesto era digna de verse, Casey, pero quizás deba aclararte que cuando estudiaba en la universidad, fui campeón de tiro con rifle de mi promoción. Además, iba de caza con mi padre.

-¿Adónde? ¿Al jardín de tu casa? No montas a caballo, o no montabas hasta hoy.

-Íbamos en tren a un pabellón de caza al norte de Nueva York y sí, cazábamos a pie.

Casey, contrariada, prefirió callar. Su opinión de él había cambiado de manera repentina y radical. Debía reconocer que probablemente Damian sería capaz de cuidar de sí mismo en casi cualquier situación peligrosa. Al fin y al cabo, le había sido de gran ayuda con aquel par de torpes asaltantes de diligencias. Y no podía menos que preguntarse cuántos ladrones habría herido en el asalto al tren. Con su puntería, sin duda podía haberlos matado a todos, y sin embargo Casey no había visto ningún cuerpo en la llanura. Así que obviamente había dicho que merecían morir movido por la ira, y no porque realmente lo pensase.

En todo caso, estaba demasiado hecho a la vida de ciudad para andar por aquellas tierras. A ese respecto, nada había cambiado. Seguía desentonando. Pero Casey supuso que no debía preocuparse más por sus posibilidades de supervivencia. Con un caballo y aquel rifle, podía arreglárselas solo.

Continuó preparando la cena, intentando en la medida de 1o posible olvidar su presencia. Aun así, notó que la observaba atentamente. Si esperaba más elogios por su recién revelada pericia con el rifle, podía esperar sentado. Pero por lo visto no era eso lo que rondaba por su cabeza.

-Disculpa que lo diga, Casey, pero ¿sabes que pareces una chica? ¿No has probado a dejarte la barba o el bigote?

Tras lamentarse mentalmente por un instante, Casey contestó.

-Eso lo veo muy difícil.

-¿Por qué?

-Porque soy una chica.

Casey agachó la cabeza, incómoda bajo la mirada de horror de Damian. No debería haberse desenmascarado. Ni siquiera sabía por qué lo había hecho. Y en el silencio de estupefacción que siguió se encogió de vergüenza hasta que no pudo resistirlo y levantó de nuevo la vista... descubriendo que Damian le miraba fijamente el pecho, con tal intensidad que era evidente que trataba de adivinar qué se escondía bajo el poncho.

-No son gran cosa, pero ahí están -consiguió decir Casey sin ruborizarse. A continuación, consideró prudente añadir-: y no se te ocurra pedirme que lo demuestre. Tendrás que conformarte con mi palabra.

La mirada de Damian ascendió lentamente hasta el rostro de Casey, y lo escudriñó como si nunca antes lo hubiese visto, como en cierto modo así era. De pronto el asombro dio paso a emociones desbocadas, y se demudó su semblante. La nueva expresión dibujada en su cara dio qué pensar a Casey. Estaba furioso, de eso no había duda.

CAPITULO 16

-¿Cómo te atreves a ser una chica?

La estupidez de la pregunta era un claro indicio del colérico estado de Damián. Casey preveía cierta sorpresa, pero no aquella indignación profunda, ahora visible en todos y cada uno de sus rasgos.

-No me dejaron mucha elección -repuso Casey, constatando lo evidente.

-¡Ya sabes a qué. me refiero! Me has engañado intencionadamente -bramo Damian con

tono acusador.

-No. Yo no te he engañado. Simplemente no corregí 1as conclusiones que tú sacaste por tu cuenta. Y no me lo habías preguntado. Pero no te preocupes: es la misma conclusión a la que llega la mayoría de la gente.

-Yo no soy la mayoría de la gente. Soy el hombre que viaja contigo, y me parece increíble verme en una situación tan indecorosa. ¡Incluso hemos dormido en la misma habitación!

-Yo en realidad dormí con los caballos anoche -admitió Casey.

Pero se arrepintió de no haberlo mencionado esa mañana cuando oyó responder a Damian con sarcasmo:

-Sí, seguro.

Casey arrugó la frente, tratando de adivinar cuál era exactamente el motivo de tanta furia. Dedujo que la palabra «indecoroso» podía ser la clave. ¿Era ese acaso su problema? ¿Creía que los parientes de ella iban a llegar armados y llevarlo a la fuerza hasta el altar porque habían pasado un rato juntos en una habitación? Algo así podía ocurrir, desde luego, pero en aquel caso no ocurriría, y quizá Casey debía aclarárselo.

-Espero que no tengas la errónea impresión de que por no estar yo acompañada debamos hacer algo tan ridículo como casarnos. Estamos a finales de siglo, Damian. Esas costumbres...

-¡Siguen vigentes, y tú lo sabes!

Casey se encogió, intimidada por su volumen de voz.

-No en esta parte del país, al menos cuando nadie está enterado salvo las dos personas implicadas. Si dejas de lado tu enfado por un momento y te paras a pensar, te darás cuenta de que *nadie* sabe que viajas con una mujer.

-¿Una mujer? Una niña, diría yo -repuso Damian con sorna.

El comentario dolió a Casey, que se consideraba mujer desde hacía tres años. Y la conversación empezaba a recordarle la discusión con su padre, razón por la cual estuvo a apunto de perder la paciencia. Antes de que eso ocurriese, decidió intentar una vez más hacer entrar en razón a Damian.

-Pretendía decir, Damian, que no ha pasado nada, así que no tienes por qué alterarte de esa manera. Que sea una... persona de sexo femenino... no significa que deba cambiar nuestra relación de trabajo.

-¿Que no? ¡Y un cuerno!

-¿Y eso? -dijo Casey, enarcando una ceja en un gesto interrogativo-. ¿por qué había de cambiar si mi sexo no varía en nada mis habilidades o el motivo por el que me has contratado? Sigo siendo una de las mejores rastreadoras de los alrededores, gracias a las enseñanzas de mi padre.

-¿Tu padre? ¡Vaya! ¿Así que ahora, milagrosamente, tienes también padres conocidos? ¿y supongo que incluso un nombre auténtico, y no uno que, según tú, ni siquiera conoces?

Tenía que sacar eso, pensó Casey, molesta; sin embargo replicó:

-No mentí sobre mi nombre con la idea de engañarte.

-¿Cómo? Pues considerando que ése fue exactamente el resultado, no acabo de entender...

-No doy mi verdadero nombre a *nadie,* Damian, porque probablemente me busca mi padre, y no quiero que me encuentre todavía. Y no te molestes en preguntar por qué. Es un asunto personal. En todo caso, la manera más fácil de ocultar mi paradero es no dar a conocer mi identidad real a la gente con quien me encuentro, y simplemente prefiero decir que no sé cómo me llamo a dar un nombre falso.

-Y hacerte pasar por chico.

-No, eso no es así. Si mi pelo corto, mi estatura y mi delgadez dan esa impresión, no es culpa mía que la gente saque conclusiones equivocadas.

-No nos olvidemos de tu manera de vestir -señaló Damian.

-Llevo la ropa más apropiada para cabalgar -aclaró Casey-. Pero nunca he dicho que fuese un chico. En ese caso, no habría admitido que soy una chica hace un momento, ¿no te

parece?

-¿Y por qué demonios lo has hecho ?

-Porque *no* miento sobre eso.

-Pues deberías, Casey.

-¿Por qué? No va a cambiar mi actitud hacia ti. Y no debe cambiar la manera en que tú me tratas a mí. Así que ¿a qué viene tanto alboroto?

-Eres una *chica* -dijo Damian.

-¿y qué?

Damian se mesó el cabello en un gesto de desesperación antes de contestar:

-Si crees que no hay una gran diferencia, es que no tienes mucho sentido común para ser mujer

Casey se puso tensa.

-Espero que eso no quiera decir lo que parece pero, por si acaso, te advertiré que más de un hombre ha salido mal parado por tontear conmigo.

-Eso no resuelve precisamente el problema -adujo Damian.

-¿Qué problema? No puedes estar interesado en mí de esa forma.

-¿No puedo?

Casey se puso en pie de un salto, sacó el revólver y apuntó a Damian al pecho.

-Pues desinterésate ahora mismo, Damian.

-No vas a disparar.

-No estés tan seguro de eso.

Damian la miró fijamente. Ella sostuvo su mirada sin parpadear ni dejar de encañonarlo.

Finalmente Damian lanzó un vistazo al revólver y dijo:

-Guárdalo. Me quedaré en mi lado de la fogata... por ahora.

Sus palabras no tranquilizaron demasiado a Casey, pero como de hecho no tenía el menor deseo de disparar contra él, obedeció y volvió a sentarse. Aun así, no apartó la mirada de Damian ni se alteró su inescrutable expresión.

Después de un largo e incómodo minuto de silencio, Damian comentó:

-Se está quemando el pavo.

-Pues haz algo -replicó Casey-. ¿Dónde está escrito que siempre tengo que guisar yo?

-Probablemente en el libro que menciona que yo no sé cocinar.

Casey parpadeó. y luego se relajó. Si Damian era capaz de decir algo así, posiblemente había terminado la disputa... de momento.

No obstante, por asegurarse, dijo:

-Voy a dormir un poco después de la cena. Te aconsejo que hagas lo mismo. Si queremos llegar al próximo pueblo mañana antes de que anochezca, tendremos que ponernos en marcha temprano y darnos un poco más de prisa. ¿Te ves capaz de cabalgar a un paso más rápido?

-Haré lo que deba hacer, como siempre.

Las palabras de Damian eran relativamente cordiales, pero su tono de voz se advertía aún cierto descontento. En todo caso Casey prefería no tentar a la suerte alargando la conversación. Cabía esperar que una noche de descanso permitiese a Damian ver la situación desde otra perspectiva. Por su parte, en cambio, dudaba que la ayudase a relajarse su insinuación de que estaba interesado en ella.

Con esa idea rondándole por la cabeza, le costaría, una vez más, conciliar el sueño.

CAPITULO 17

Aquella noche Damian renunció a dormir. Recogió unas ramas para avivar la fogata ya casi apagada y se sentó a esperar la salida del sol... y a observar a Casey. No resultaba una tarea desagradable. Se percibía en ella una delicadeza que pasaba inadvertida cuando estaba despierta, una delicadeza que ponía más de manifiesto su auténtico sexo.

Hasta ese momento no la había visto dormida, quizá por suerte. Pensar que era demasiado bonita para ser un muchacho era una cosa, es decir, cuando aún creía que era un muchacho. Pero si hubiese notado entonces esa delicadeza, que le daba un aspecto definitivamente sensual, le habría resultado bochornoso sentirse traído por ella... por él, rectificó para sí, malhumorado.

Aún no salía de su asombro. Debería haberse dado cuenta antes de que Casey se lo dijese. Siempre le había intrigado algo en ella. Pero se había dejado influir demasiado por sus habilidades y hazañas. Al fin y al cabo, ninguna mujer era capaz de hacer lo que Casey hacía..., y sin embargo la propia Casey había echado por tierra ese razonamiento hacía unas horas.

Una mujer no; una niña casi. Procuró mantener eso en mente, pero no le era fácil. Probablemente porque allí tendida no parecía una niña; parecía una mujer joven pero madura, una mujer sin duda con edad suficiente para abordarla de manera íntima.

Antes no había reparado en su piel tersa e impoluta, en la exuberancia de su labio inferior, que sentía un intenso deseo de besar. Había visto su cabello limpio y sabía que, recién lavado, flotaba blandamente sobre sus hombros, a diferencia de aquellas greñas sucias y alborotadas que cultivaba. Pero recogido tras la cabeza como en ese momento, dejaba a la vista las finas facciones de su rostro, que la hacían tan bella... y deseable.

Como muchacho, Casey le había parecido interesante. Como muchacha, lo fascinaba. Damian le habría hecho de buena gana un centenar de preguntas, pero sabía que ella no contestaría ni una sola. Era una experta en ocultar sus secretos, y sus emociones, y que hubiese revelado el mayor de todos no significaba que estuviera dispuesta a dar más explicaciones.

Incluso después de dejarlo en el mayor desconcierto, había tenido aquella inescrutable expresión suya que no traslucía nada. Era el recuerdo de su propio nerviosismo ante aquel hábito de Casey lo que mas lo irritaba. Una *mujer* lo habla puesto nervioso.

Damian se había serenado lo suficiente para sobreponerse a eso, ya que probablemente no era algo intencionado, o cuando menos no pretendía con ello poner nervioso a nadie. No podía, en cambio, sobreponerse al hecho de que sentía una intensa atracción por ella.

Sencillamente no sabía cómo iba a continuar el viaje con el sin tratar de ponerle las manos encima. Aunque, a decir verdad ni siquiera estaba seguro de por qué debía abstenerse, ya que sin duda ella no sentía el menor respeto por las tradicionales convenciones que impedían a los hombres comportarse como bárbaros en presencia de mujeres. Estando allí a solas con Damian, transgredía todas las reglas conocidas que a él le habían inculcado, así que, ¿a qué reglas debía atenerse ?

Pero estaba ante todo el motivo de su viaje a aquellas tierras y cuando Casey empezó a moverse con los primeros trinos de lo pájaros al acercarse el alba, las obligaciones para con su padre se impusieron a aquella naciente lujuria. Decidió, pues, no complicar las cosas con Casey, y para ello lo mejor era mantenerse a distancia. Ella se limitaría a llevar a cabo el trabajo para el que había sido contratada.

Era una decisión que esperaba poder cumplir. Y para conseguirlo, necesitaba antes tranquilizar a Casey con una o dos mentiras a fin de que volviese a adoptar su actitud de indiferencia hacia él. De ese modo, también a Damian le resultaría más fácil mantenerse indiferente. Abordó la cuestión en cuanto ella se incorporó.

-Me gustaría disculparme.

Casey tardó aún un momento en volverse hacia él, y cuando lo hizo, primero bostezó y parpadeó varias veces y luego, por fin respondió con voz empañada por el sueño:

-Apenas he abierto los ojos, Damian. Antes de que digas algo que probablemente me interesa recordar, déjame prepararme café.

Damian sonrió. Ella no se dio cuenta, ocupada ya en atizar el fuego y reunir las cosas necesarias para el café. Luego se desperezó -Damian la contempló con deleite, deseando a la vez que no lo hubiese hecho- y después desapareció entre los arbustos. Ese era otro hábito en que Damian no se había fijado hasta el momento, y puesto que él no actuaba de la misma manera...Su repentino rubor casi había desaparecido cuando ella regresó. Por suerte, el día

aún no había clareado lo suficiente para que Casey advirtiese su vergüenza.

No volvió a mirarlo a la cara hasta que terminó su rutina matinal y se sentó en cuclillas al otro lado del fuego frente a él con la taza de café humeante en la mano. Y entonces adoptó su característica expresión de imperturbabilidad. Eso no sorprendió ya a Damian.

-¿ Y bien? -preguntó Casey-. Has dicho algo de una disculpa, ¿no?

Damian no pudo evitar fijarse en cómo separaba las rodillas cuando se acuclillaba. Pese a que el poncho caía entre sus largas piernas, no le fue fácil apartar la vista de ellas para contestar.

Primero se aclaró la garganta.

-Ayer, a causa del enfado, dije algunas cosas que en realidad no pienso.

-¿Como cuáles?

-Como insinuar que estaba interesado en ti de una... en fin, de una manera personal.

Casey pareció ponerse tensa, pero Damian no habría podido asegurarlo.

-Así pues, ¿ no lo estás ?

-No, claro que no -mintió Damian sin inmutarse-. Es sólo que estaba tan... alterado que habría dicho cualquier cosa con tal de devolverte el golpe. Un comportamiento muy despreciable de mi parte, y esta mañana me remuerde la conciencia.

Casey asintió lentamente con la cabeza y desvió la mirada, fijándola en el horizonte, ya coloreado por la luz del alba. El resplandor dorado del cielo bañaba su rostro, confiriéndole una belleza cautivadora, y Damian apenas pudo atender a su respuesta.

-Yo misma he dicho a veces cosas que no pensaba en un arrebato de mal genio -admitió Casey con el entrecejo fruncido, como si recordase alguna ocasión en particular-. Supongo que también yo debo disculparme.

-No es necesario...

-Pero sí conveniente, ya puestos a aclarar las cosas, así que déjame hablar. Anoche saqué conclusiones precipitadas pensando que quizá te preocupaba verte obligado a casarte. Una estupidez de mi parte, cuando bien podría ser que estuvieses ya casado

¿Ya casado? Damian arrugó la frente, porque no pudo evitar acordarse de las últimas palabras del padre de Winnifred cuando se acercó a él durante el funeral. « ya sé que es mal momento para mencionarlo -dijo-pero espero que esto no retrase la boda.

¿Mal momento? Damian no pudo dar crédito a la falta de sensibilidad de aquel hombre, y sabía que normalmente de tal palo tal astilla. Por eso no había vuelto a ver al padre ni a la hija ni deseaba verlos en el futuro.

-No tengo esposa -se limitó a decir.

-No te lo había preguntado. Sólo me disculpaba por haberlo supuesto. A mí me tiene sin cuidado si estás casado o no.

A Damian le resultó gracioso que Casey hiciese tanto hincapié en ello, como si en realidad le preocupase que Damian llegara a creer que *ella* podía estar interesada en él con fines matrimoniales. Cosa que obviamente no creía. Incluso parecía un tanto abochornada por el posible malentendido.

-No, claro -se apresuró a asegurarle-; ya lo suponía.

Casey movió la cabeza en un tajante gesto de asentimiento deseosa al parecer de zanjar el asunto, y a modo de conclusión comentó:

-Es asombroso lo distintas que pueden verse las cosas después de unas cuantas horas de sueño.

Damian no podía opinar al respecto. Aún no notaba los efectos de toda una noche en vela, pero sin duda los sufriría antes de que acabase la jornada. De hecho, cuando esa tarde llegaron al siguiente pueblo, estaba tan cansado e irascible que dijo a Casey que si al día siguiente no lo veía, no se molestase en ir a buscarlo, porque posiblemente dormiría veinticuatro horas de un tirón. Y así lo hizo.

CAPITULO 18

Casey pensaba que Damian no había dicho en serio que dormiría todo el día. Pero

descubrió, enojada, que ésa era en efecto su intención. Se acercó a su habitación seis veces a lo largo del día, pero en la puerta colgaba aún el cartel de «No molesten» y dentro no se oía el menor movimiento.

A media tarde se decidió por fin a llamar a la puerta. Si pretendían proseguir su viaje a la mañana siguiente, Damian debía comprar una silla de montar antes de que cerrasen las tiendas. La habría comprado ella misma, pero el pueblo era grande y probablemente ofrecía una amplia selección, y una silla era algo muy personal. A decir verdad, dudaba que Damian tuviese alguna preferencia al respecto, como jinete novato que era; aun así, debía elegir él.

Damian salió de la cama gruñendo, y fue entonces cuando Casey cayó en la cuenta de que no debía de haber dormido mucho, o quizá nada, la noche de su revelación. y no sabía con certeza si debía o no preocuparse de que aceptar su verdadera identidad le hubiese costado, por lo visto, mucho más de lo que ella había pensado en un principio.

Al dar a entender que estaba interesado en ella, la había desconcertado. No esperaba algo así. Sin embargo, contra toda lógica, se había sentido mucho peor cuando admitió que era mentira. Lo que en ese punto debería haberla tranquilizado fue a la hora de la verdad un desengaño.

Ciertamente Damian se esforzaba por continuar como hasta entonces, pasando por alto la diferencia de sexos. Así que lo mínimo que podía hacer Casey era adoptar esa misma actitud.

Cuando consiguió por fin sacarlo del hotel y llevarlo a una de las tiendas de sillas de montar que había en el pueblo, previo paso por el banco, Casey no se sorprendió al ver que compraba la más cara y recargada que tenían en venta, junto con unos resplandecientes arreos de plata. El cerril caballo pinto sería visible a una milla a la redonda, fulgurante bajo el sol.

Casey se abstuvo de hacer comentarios despectivos sobre la silla. Era tirar el dinero, pero cumpliría su función. Sí mencionó una vez más, no obstante, que debía comprar ropa más apropiada para montar.

No estaba segura de si Damian sólo pretendía llevarle la contraria porque a esas alturas sabía ya de sobra que *ella* tenía razón, pero sostuvo que su ropa le servía. Y señaló también que en el siguiente pueblo volverían a tomar el tren, y por tanto no necesitaría ya un cambio de indumentaria. Tanto si volvía a tomar el tren como si no, Damian seguía ofreciendo un inconfundible aspecto de novato allí adonde iba, y Casey empezaba a lamentarse de no haber abandonado su bolsa de viaje cuando tuvo oportunidad.

Se lamentó también de que los hechos fuesen a darle la razón tan pronto, y de manera tan aparatosa, pero así ocurrió. Cuando llevaban la silla al establo donde habían dejado los caballos, pasaron frente a una cantina que, a juzgar por el bullicio, debía estar muy concurrida.

Con la pesada silla al hombro, Damian se rezagó, incapaz de mantener el rápido paso de Casey. Así pues, aunque ella no se había adelantado con esa intención, no parecía que fuesen junto. De hecho, fue Damian el único que llamó la atención de cuatro parroquianos borrachos que salían en ese momento de la cantina y se tropezaron con él. Casey ni siquiera se dio cuenta de que le habían cortado el paso hasta que oyó disparos y, al volverse, vio cuatro revólveres apuntados a los pies de Damian. Había presenciado ya esa clase de escenas en otros pueblos. Por algún motivo, los novatos recién llegados a un pueblo tenían la virtud de convertir a ciudadanos modélicos en redomados bravucones.

Era un deseo de demostrar su poder, suponía Casey, en la idea de que un novato desarmado se dejaría intimidar fácilmente unos hombres que, por lo demás, no intimidaban a nadie. Y si los implicados habían bebido, la situación se agravaba debido a la falsa sensación de valor y la temeridad. De hecho, en una ocasión vio a un tipo del Este resultar herido en un pie al negarse a bailar al son de los disparos de su torturador. Sospechaba que Damian no era la clase de hombre que seguiría la corriente sólo por salir del paso.

Y no lo hizo. Dejó la silla en el suelo y permaneció inmóvil contemplando cómo se acercaban las balas a sus pies mientras sus contrincantes se enfurecían cada vez más. No estaba divirtiéndolos. Por más que Damian, con un rifle en las manos, fuese un tirador excepcional, uno no iba a todas partes con un rifle, e ir de compras era uno de esos momentos

en que uno no preveía que fuese a necesitarlo. Y sin un arma, no tenía mucho que hacer.

Sin embargo él no debía de pensar lo mismo, pues tras pedirles en vano que desistiesen de su actitud, avanzó hacia uno de los hombres para poner fin al tiroteo por un medio más contundente... y consiguió que el pistolero lo apuntase al pecho en lugar de a los pies. En ese punto Casey desenfundó y disparó un tiro de advertencia, temiendo que Damian hiciese caso omiso a lo que era una amenaza real e intentase atacar a aquel hombre de todos modos... sin más resultado qué una muerte segura por el esfuerzo.

Con dos disparos hizo añicos el tacón de la bota de uno de los hombres y voló el sombrero a otro. Aquello bastó para que desviasen su atención de Damian. Casey podría haber continuado con su demostración, pero no fue necesario. Damian, en medio de ellos, se puso manos a la obra de inmediato, estrellando entre sí dos de los hombres. Sus cabezas chocaron y quedaron ambos fuera de combate. Al tercero lo golpeó con tal fuerza que salió despedido hasta el centro de la calle. Acto seguido el cuarto se doblaba tras recibir un puñetazo en el estómago, preguntándose posiblemente si alguna vez recuperaría la respiración.

A continuación, como si nada fuera de lo común hubiese ocurrido, Damian se sacudió el polvo de las manos, recogió la silla de montar, y siguió su camino. Casey permaneció alerta por si el único miembro del grupo que conservaba el conocimiento era lo bastante estúpido para intentar resarcirse. No lo era. Aún sin aliento, regresó tambaleándose a la cantina.

Casey enfundó el revólver y dirigió su atención a Damian cuando llegó hasta ella.

-¿Estás bien?

-Un pueblo encantador y hospitalario, éste -masculló en respuesta.

-Probablemente lo es -afirmó Casey, contradiciendo su evidente sarcasmo. Con una sonrisa añadió-: y siento decirlo, Damian, pero esto no habría pasado si no tuvieses esa pinta de recién salido de un tren del Este. Pareces un turista, y aquí la gente gasta bromas a los turistas, intenta asustarlos y se divierte de .muy diversas maneras a costa de ellos, sabiendo que son unos incautos.

-Pues enséñame qué debo hacer.

Casey parpadeó sorprendida.

-¿ Cómo ?

-Enséñame qué debo hacer para sobrevivir en el Oeste.

Casey intentó asimilar lo que aquello implicaba, pero no se vio capaz sin reflexionar antes a fondo; así que dijo:

-Bien, para empezar, volvamos a la tienda de suministro antes de que cierre. Ya va siendo hora de que parezca que eres de aquí y no que sólo estás de paso.

Damian apretó las mandíbulas. Casey contuvo el aliento, esperando una nueva negativa. Y no pudo dejar de preguntarse qué se debía aquel apego a su elegante ropa de ciudad. ¿ Acaso se resistía a parecer una persona corriente ? ¿ Era sólo eso ?

Pero de pronto, para asombro de Casey, Damian asintió con la cabeza y respondió con un lacónico:

-Ve tú delante.

Casey así lo hizo, pero después se arrepintió de haberlo sugerido. Con un traje elegante, Damian era ya un hombre atractivo, pero con un ajustado pantalón vaquero, camisa azul de batista, pañuelo y chaleco negros, y sombrero de ala ancha parecía incluso demasiado duro... parecía un auténtico hombre del Oeste. Casey empezó a verlo desde una perspectiva totalmente distinta. Se había convertido en un hombre... accesible.

CAPITULO 19

Al día siguiente Casey decidió acampar un poco antes que de costumbre, aprovechando un abrevadero que habían encontrado y como Damian volvió a ofrecerse para salir de caza, en su ausencia ella tuvo tiempo de darse un baño e incluso lavarse el pelo, pese a que no lo tenía sucio. Procuró no pensar por qué considerado necesario bañarse, conformándose con la excusa de que ya no había razón para cultivar un aspecto mugriento.

Estaba aún secándose el pelo cuando apareció Luella Miller. Casey quedó boquiabierta al verla, y no sólo por lo extraño que resultaba encontrarse allí a alguien. Sin darse cuenta siquiera, la contempló con una atención casi grosera. Pero el hecho era que nunca había visto a una mujer de tan asombrosa belleza.

Cabello rubio muy claro bajo un pequeño sombrero a la última moda. Grandes ojos azules de largas y espesas pestañas. Una piel ebúrnea casi translúcida. Enormes pechos. Cintura estrecha. Cuerpo menudo. Enormes pechos. Toda cubierta de encajes, desde el parasol hasta los añadidos de los primorosos botines. Enormes pechos. ¿Estaba repitiéndose? No podía evitarlo; aquellos pechos eran francamente enormes para una mujer tan pequeña. Era un milagro que no encorvase la espalda por exceso de peso en la delantera; pero a decir verdad se mantenía erguida como una tabla, sacando incluso un poco más, si cabía, el pecho.

-Gracias a Dios -fue lo primero que dijo aquella aparición-. No se imagina cómo me alegro de verlo. No sé qué habría hecho si hubiese tenido que dormir aquí sola esta noche.

Casey no entendía bien a qué venía ese comentario, pero por cortesía contestó:

-Con mucho gusto compartiremos el fuego y la comida.

-Es muy amable de su parte -dijo la mujer, acercándose a Casey con la mano extendida.

-Soy Luella Miller, de Chicago. ¿Y usted?

Casey contempló aquellos delicados dedos, de uñas increíblemente arregladas, y se apresuró a apartar la mirada, temiendo que Luella esperase algo más que un simple apretón, pues ella no estaba dispuesta a besarle la mano.

-Casey -se limitó a decir, desentendiéndose adrede de la mano extendida.

-¿ Puedo sentarme aquí? -preguntó Luella con una sonrisa, señalando la silla de *Old Sam,* colocada junto al fuego. No obstante, se sentó antes de esperar la contestación, dando por supuesto que tenía el permiso concedido. Tras un largo suspiro, añadió-: Ha sido un viaje *tan* espantoso... y me habían asegurado que sería fácil llegar a Fort Worth, Texas.

Puesto que miraba a Casey con expresión expectante, ella preguntó por cortesía:

-¿Es ahí adónde va?

-Sí, para el funeral de mi tío abuelo. Pero mi doncella me abandonó en San Luis. ¿Se imagina? y luego el tren se retrasó, porque no podía continuar hacia el sur hasta que reparasen unas vías. Confiaba en llegar a Fort Worth antes del funeral, pero como mínimo debo estar allí cuando se lea el testamento, ya que probablemente mi tío abuelo me menciona en él. Si no, habría esperado para seguir en tren.

-Así que... ¿decidió continuar a pie hasta Fort Worth?

Luella parpadeó y luego se echó a reír.

-¡Qué gracioso! No, claro que no. Conocí a un atento clérigo y a su esposa que viajaban hacia el sur en una carreta, y tuvieron la amabilidad de ofrecerse a llevarme... o al menos yo pensé que era un gesto amable hasta que me han abandonado.

Casey enarcó una ceja.

-¿Cómo la han abandonado?

-Simplemente me han dejado. La verdad es que no podía creerlo. Hoy hemos parado a comer y yo he ido... bueno, a estar unos minutos a solas, y cuando he vuelto, la carreta se alejaba a toda prisa por el camino y enseguida se ha perdido de vista. He aguardado varias horas pensando... en fin, con la esperanza de que volviesen a por mí, pero ya no han pasado por allí ni ellos ni nadie más. Así que he seguido hacia el sur, pero de pronto el camino ha desaparecido. Supongo que no está tan transitado como para ser claramente visible ahora que viajar en tren resulta mucho más cómodo... al menos cuando funciona. Así que desgraciadamente me he perdido al poco rato.

Para haber estado vagando perdida buena parte del día, se la veía considerablemente limpia y compuesta. Pero, claro está, ciertas personas no toleraban encima una mota de polvo. Razón por la cual había confiscado la silla de *Old Sam* para acomodarse, en lugar de sentarse en el suelo.

-¿Se habrán llevado sus pertenencias, supongo? -observó Casey.

-Pues, ahora que lo menciona... llevaba algunas joyas bastante caras en mi baúl y también dinero en el bolso. -Otro suspiro- ¿Cree que planeaban robarme desde el principio y

sólo por eso se han ofrecido a llevarme?

-Eso parece.

-*Pero* eso a *mí* no se me hace.

Casey consiguió contener *la* risa. *Por lo* visto, pensaba que, dada su *belleza, cualquier* ofrecimiento de ayuda era sincero.

-La mayoría de *los ladrones* no se andan con muchos miramientos a *la* hora de *elegir* a sus víctimas, señorita *Miller.*

-Pues ese *clérigo,* si en realidad *lo* es, debe de estar ciego -insistió *Luella.*

-Quizá se hizo pasar por *clérigo sólo* para ganarse su confianza. Pero no tiene nada que hacer hasta que informe a *las* autoridades.

Otro suspiro.

-Sí, *lo* sé. y tengo que *llegar* a Fort Worth esta misma semana. *¿No* viajará usted *casualmente* hacia *el sur?*

De buena gana Casey habría dicho que *no,* pero no se *le* ocurrió ninguna manera de soslayar *la* verdad, *salvo eludiendo* mencionar que también *ella* se dirigía a Fort Worth.

-Pararemos en *el* próximo *pueblo al* sur de aquí.

-¿ Pararemos ? ¿ Me *llevará,* pues, con usted ?

-Me refiero a mi amigo Y a mí. Ahora está cazando para *la cena. Pero sí, naturalmente* la acompañaremos hasta *el* próximo p*ueblo.*

Siguieron hablando, cuando menos *Luella, principalmente so*bre su vida en Chicago. *Por lo* que Casey creyó entender, era una rica debutante de veintidós años que vivía con su *indulgente he*rmano. Había estado apunto de casarse *ocho v*eces, pero siempre había suspendido *la* boda en *el último* momento, aduciendo que no tenía *la total* seguridad de si sus pretendientes querían contraer matrimonio con *ella* por un sincero amor o *sólo* por su belleza. A Casey, ocho veces se *le* antojaban demasiadas para resolver esa duda, pero no hizo ningún comentario.

Y entonces regresó Damian, y Casey tuvo que presenciar su expresión de *completo* estúpido mientras contemplaba con incredulidad a *la* hermosa visitante. *Probablemente* no oyó una *sola palabra cuando Casey explicó* quién era *Luella* y cómo había *llegado al campamento. Ni siquiera se acordó de desmontar,.quedándose inmóvil* en *la silla* y comiéndose con *los ojos* a *la* damisela.

E indudablemente *Luella* había notado *lo* apuesto que era Damian. Casey jamás había visto tanto pestañeo y sonrisa boba en una mujer. Era repugnante, pero al parecer Damian no opinaba lo mismo.

-He dicho a Luella que la llevaríamos hasta el próximo pueblo -informó Casey, concluyendo su explicación.

-Sí, no faltaría más. Puede montar conmigo.

¡y con qué presteza hizo el ofrecimiento! Quizá incluso sería capaz de acarrearla. Al fin y al cabo, él y el caballo pinto empezaban a llevarse mejor. Pero la sola idea enfureció a Casey, y por eso precisamente señaló:

-El pinto podría resistirse otra vez por el exceso de peso. Vale más que vaya a la grupa de mi caballo.

Damian asintió con la cabeza. Al menos, no discutió. Luella, no obstante, pareció desilusionada.

Damian desmontó por fin y prácticamente dejó caer las piezas cobradas en el regazo de Casey, sin mirarla siquiera. No quitaba ojo de encima a Luella. Y a continuación se presentó con toda formalidad. Casey alzó la vista al cielo cuando se inclinó para hacer el besamanos que ella habla eludido.

Durante el resto de la tarde los dos charlaron sin cesar, descubriendo, dado su común origen social, lo mucho que tenían en común. Casey parecía no existir para ellos. En un punto, no obstante, Luella tuvo la gentileza de intentar incluirla en la, conversación, si es que podía considerarse una gentileza al decir:

-Espero que no estemos aburriéndolo, señor Casey.

Pero la gota que colmó el vaso fue la desconsiderada aclaración de Damian:

-Señor no, señorita.

Casey no dio crédito a sus oídos. Y no sirvió precisamente para apaciguarla el hecho de que Luella, entre risitas, dijese:

-No sea tonto; reconozco a un hombre cuando lo veo.

Pero al advertir que nadie le seguía la broma, quedó estupefacta, escrutó a Casey y se mostró visiblemente abochornada por su comentario, aunque no había la menor necesidad.

En todo caso, Casey no se fijaba ya en ella, sino que taladraba a Damian con una amenazadora mirada. De pronto se puso en pie y dijo:

-Me gustaría hablar un momento contigo... en privado.

A continuación se alejó en la oscuridad.

Damian la siguió, afortunadamente, ya que esa parte no estaba garantizada, y al cabo de un momento Casey lo oyó decir:

-Espérame. Yo no veo en la oscuridad como tú.

Casey se detuvo, pero sólo porque se hallaban ya a distancia suficiente del campamento para no ser vistos ni oídos.

-Yo no veo mejor que tú a oscuras -replicó-. Simplemente me fijo en el terreno antes de anochecer, cosa que a estas alturas tú ya deberías hacer.

-Si tú lo dices...

Casey pasó por alto el tono airado de su respuesta. Damian había llegado hasta ella, y estaba demasiado ocupada clavándole un dedo en el pecho con actitud admonitoria.

-¿ Por qué demonios le has dicho eso ? ¿ Acaso crees que se lo cuento a cualquiera ? Quién soy no es asunto de ella. Si quisiese que lo supiera, se lo habría dicho yo misma, ¿no te parece?

-¿ Estás enfadada conmigo, Casey ?

Casey advirtió cierta jocosidad en su voz, como si estuviese convencido de que no existía el menor motivo para alterarse. Eso agotó su paciencia. Lanzó un gruñido y trató de pegarle. De algún modo, Damian adivinó sus intenciones y esquivó el golpe. Al instante Casey se vio rodeada por sus brazos, impidiéndole lanzar de nuevo los puños.

Probablemente era eso lo que Damian pretendía, contenerla. Pero Casey quedó por completo inmóvil, turbada por el contacto de su cuerpo. y esa inmovilidad debió inducir a Damian a pensar en otras cosas, porque de pronto le inclinó la cabeza hacia atrás y la besó.

CAPITULO 20

Un accidente. Así había definido Damian el beso que había conmocionado a Casey. La había saboreado, y ella había sentido en su interior un extraño revuelo y el pulso acelerado; luego, tras acariciarla con ternura en la mejilla, la había soltado.

-Ha sido un... accidente. No volverá a ocurrir -aseguró antes de alejarse.

La había dejado aturdida, incapaz siquiera de discernir la avalancha de sentimientos que la invadía. Luego Damian regresó al campamento, se sentó y reanudó la conversación con Luella como si nada -o en todo caso nada extraordinario- hubiese sucedido. Casey fue a buscar una roca donde sentarse y, en su frustración, se arrancó algún que otro pelo.

Debía afrontar varios hechos. La atracción que sentía por Damian había alcanzado un nivel que escapaba ya a su control. Deseaba sus besos. Probablemente deseaba mucho más, pero prefería no ahondar demasiado en lo que podía venir después de los besos.

Sin embargo nada de aquello importaba, ya que no imaginaba a Damian en su futuro. Era un turista impaciente por volver a su forma de vida. Sabía que Damian nunca encajaría en su mundo, ni ella en el de él. Pero, por desgracia, ser consciente de eso no ponía fin a los anhelos que provocaba en ella.

Tendría que decidir si le convenía explorar aquellos sentimientos recién descubiertos, aun sabiendo que no había posible continuidad. O si, por el contrario, debía renovar sus esfuerzos por mantenerse a distancia de aquel hombre y esperar que cada uno siguiese por su lado cuanto antes. Damian no tenía verdadero interés en ella, pero podían producirse otros *accidentes...,* es decir, si conseguían librarse de Luella Miller, por quien Damian obviamente

sí estaba interesado.

Por otro lado, Casey debería alegrarse de que Luella hubiese aparecido, porque mantenía a Damian tan ocupado que por lo visto apenas recordaba que Casey formaba parte del pequeño grupo. Y sin embargo la irritaba sobremanera verlo prácticamente babear ante la damisela.

Y al parecer no iban a deshacerse de Luella tan pronto como Casey esperaba. Al día siguiente vieron pasar a lo lejos el tren que se dirigía al sur, y se hallaba aún en la estación del pueblo cuando llegaron allí al cabo de una hora. y era el mismo tren, con el vagón de lujo de Damian todavía enganchado.

Por supuesto, se sentía *obligado* a invitar a Luella a compartirlo, puesto que los tres viajaban al mismo sitio. ¿ y qué objeciones podía poner Casey sin admitir claramente que estaba celosa?

Cuando el tren llegó a Fort Worth unos días más tarde, daba toda la impresión de que la encantadora damisela de Chicago estaba a punto de acorralar a su noveno prometido.

Durante el viaje, sólo en una ocasión pareció que Damian se enojaba realmente con Luella. Fue cuando ella mencionó que conocía a su madre, quien por lo visto vivía en Chicago y pertenecía a los círculos sociales de Luella.

Era evidente, al menos para Casey, que Damian no quería hablar de su madre, ni siquiera de pasada. Sin embargo Luella no se dio cuenta y se explayó largo y tendido sobre el tema, explicando que sabía que había tenido un primer marido, que había enviudado hacía unos años del segundo, que vivía sola en su mansión, que Damian debía ir a visitarla.

Al final Damian se levantó y salió a la plataforma abierta de parte trasera del vagón. Casey, arrellanada en su mullido asiento al otro lado del pasillo, comentó entre dientes que cierta gente no sabía cuándo callar

Luella, sin escuchar como de costumbre, lanzó una mirada a Casey y dijo:

-¿ Qué mosca le habrá picado ?

Casey se encogió de hombros, sonrió y respondió:

-Probablemente esto estaba ya un tanto agobiante para él.

Luella, con un mohín, empezó a abanicarse.

-Es posible. La verdad es que hace bastante calor aquí, ¿no? aunque, claro está, cuando lo tengo delante me sube la tempera, ¿ no sé si me entiende ?

Casey no la entendía ni deseaba entenderla. Luella, en su estupidez, pasó por alto la ceñuda expresión de Casey y añadió:

-Imagino que yo tengo el mismo efecto sobre él, lo cual es bueno. Hacemos muy buena pareja, ¿no cree?

¿Realmente esperaba que Casey contestase a eso? ¡Desde luego era una mujer de cuidado! Casey admitía que Luella estaba de buen ver, era de hecho un poco demasiado hermosa; pero no se explicaba cómo un hombre podía soportar a una persona tan engreída como ella. Damian debería tener más juicio, pero sobre gustos no había nada escrito.

y Luella tenía además otra faceta, una faceta que se cuidaba mucho de mostrar ante Damian. En cambio, con o sin mala intención, no sentía el menor escrúpulo en revelar a Casey su mezquindad.

Fue al llegar a la última estación antes de su destino, donde el tren paraba para el almuerzo, cuando Luella se llevó a Casey aparte y dijo:

-Pensaba que podía estar usted celosa de mí, pero Damian me ha asegurado que él no le interesa. Tampoco tendría importancia en todo caso. Estará de acuerdo conmigo en que no sería usted una esposa apropiada para él. Además, cuando quiero algo, no permito que nada se ponga en mi camino, así que procure recordarlo, querida.

Casey no imaginaba qué había inducido a Luella a hacer aquella advertencia, a menos que no se sintiese por completo segura de su posición. En su desconcierto, enmudeció por un momento, y luego no tuvo ya ocasión de contestar, porque Luella marchó con su habitual pavoneo a reunirse con Damian para el almuerzo rápido. y naturalmente Casey no estaba dispuesta a organizar una escena.

Eso había ocurrido el día anterior. Pero acababan de llegar a Fort Worth, un pueblo de

tamaño considerable así llamado por el puesto militar en torno al que se había fundado, y Casey estaba resuelta a perder de vista para siempre a Luella Miller.

La damisela había convencido a Damian de que la acompañase a casa de su tío, pero Casey se despidió en la estación y fue a ocuparse de los caballos. Luego tomó una habitación en un hotel barato, ya que no sabía cuánto tiempo le llevaría conseguir información sobre Henry Curruthers en un pueblo tan grande.

Cuando Damian la encontró aquella noche cenando sola en el pequeño restaurante del hotel, tenía ya buenas noticias, que planeaba comunicarle a la mañana siguiente. No esperaba verlo esa noche, pues había supuesto que cenaría con su amada.

-¿Por qué te has alojado aquí? -preguntó Damian sin más preámbulos en cuanto llegó a su mesa.

-Porque es barato.

Damian movió la cabeza en un gesto de desaprobación.

-¿Debo recordarte una vez más que corro yo con todos los gastos ?

-Una cama es tan buena como otra, Damian -contestó Casey-. Aquí estaré bien.

-Hay un hotel excelente en esta misma calle, y ya he pagado tu habitación.

-Pues pide que te devuelvan el dinero -respondió Casey al instante, y siguió comiendo-. y en todo caso, ¿qué haces aquí? ¿No te ha invitado a cenar Luella?

Damian dejó escapar un suspiro y se sentó junto a ella.

-Me ha invitado, pero he declinado el ofrecimiento. Francamente, no habría resistido su incesante cháchara una noche más.

Casey se atragantó con el trozo de carne que masticaba. Damian le dio unas palmadas en la espalda para ayudarla a expulsarlo. Sonrojada, Casey gruñó:

-Estás rompiéndome los huesos.

-Perdona -se disculpó él, contrariado al parecer porque ella no había demostrado mucho agradecimiento por su ayuda-. ¿ Se come bien aquí?

-No, pero sale barato.

Damian la observó por un momento y luego rompió a reír.

-¿A qué viene esa obsesión tuya de que todo sea barato? Me consta que te ganas bien la vida con tu trabajo, y me parece justo, teniendo en cuenta lo peligroso que es.

-Sí, pero ¿qué me quedará cuando me retire si voy derrochando el dinero por ahí?

-Por lo que dices, da la impresión de que piensas retirarte pronto -observó Damian, mirándola con curiosidad.

-Así es.

-¿ y qué harás entonces ?

-Volver a casa.

-Para casarte y criar pequeños vaqueros, supongo -dijo Damián.

-No, para administrar el rancho que he heredado -repuso Casey, pasando por alto su tono de sarcasmo.

Damian no pudo ocultar su sorpresa.

-¿ Dónde está ese rancho ?

-Eso no viene al caso, Damian.

-Dímelo de todos modos -insistió él.

-No. La ceñuda expresión de Damian hablaba por sí sola. Aquel no rotundo no le gustaba en absoluto, y no estaba dispuesto a cambiar de tema.

-Ese tal Curruthers siguió hacia el sur desde aquí -comentó Casey con aparente despreocupación-. Mencionó San Antonio pero no como destino final.

-¿ Cómo has averiguado ya eso ? -preguntó Damian con incredulidad.

-He visitado todos los establos del pueblo.

-¿ por qué ?

-porque si no se marchó de aquí en tren, como comprobaron tus detectives, tuvo que comprar un caballo. Y con una descripción como la suya, cabía esperar que alguien lo recordase, como así ha sido.

-Eso bien podrían haberlo averiguado los detectives -protestó

Damian.

-Ha sido cuestión de suerte. El tipo que le vendió el caballo salió al día siguiente hacia Nuevo México para visitar a su madre. Pasó fuera más de un mes, y por eso tus detectives perdieron el rastro.

Damian, sonriendo, movió la cabeza en un gesto de admiración.

-y yo que pensaba que estaríamos aquí una semana por lo menos.

Casey se encogió de hombros.

-También yo lo pensaba. Es una lástima. Ahora tendrás que interrumpir tu cortejo... o replantearte la posibilidad de que termine yo sola el trabajo.

-Ni hablar -contestó Damian, no muy afligido al parecer por dejar atrás a su amada-. Ya te lo dije: quiero estar presente para asegurarme de que es él. Quiero encontrarme con él cara a cara. Has averiguado algo más?

-Sí. Compró un picazo, que es casi tan fácil de localizar como él-respondió Casey en una clara indirecta a los hábitos de Damian.

Pasando por alto la alusión, Damian preguntó:

-¿Te refieres a un caballo?

-Sí. También preguntó si se había fundado en la zona algún pueblo nuevo. Cuando el señor Melton, el tratante de caballos, le preguntó por qué quería saberlo, Curruthers se echó a reír y contestó que le apetecía tener un pueblo en propiedad. A Melton la idea le pareció un tanto presuntuosa para un «mequetrefe» como aquél, según sus propias palabras, pero lo envió hacia el sur, donde recientemente, con la llegada del ferrocarril, han aparecido muchos pueblos a lo largo de la línea.

-¿ y cuál es tu plan? -quiso saber Damian.

-Iremos a San Antonio y continuaremos la búsqueda desde allí. El territorio al este de San Antonio está ya bastante colonizado, así que supongo que se dirigió hacia el oeste. Pero no será difícil encontrar a alguien que lo confirme en San Antonio.

-¿ Llega el tren a San Antonio ?

-Sí, por desgracia.

Damian se rió de su mordacidad.

-Admítelo, Casey, el vagón es cómodo.

Casey no estaba dispuesta a admitir tal cosa.

-El tren va ya con retraso y parará aquí menos de lo previsto para recuperar el tiempo perdido. Sale mañana temprano, así que si tienes que despedirte, vale más que te des prisa.

-La verdad es que tengo hambre -dijo Damian, y llamó a la camarera- Tráigame lo mismo que a ell... -Se interrumpió para toser antes de rectificar-. Lo mismo que a él.

Casey lo miró con furia por la casi metedura de pata y advirtió:

-Si cenas aquí, no te quedará mucho tiempo para avisar a Luella de tu marcha.

Damian se inclinó y le dio una palmada en el brazo en un gesto de condescendencia.

-Hacer de casamentera no es lo tuyo, Casey, así que ya me preocuparé yo de mi vida amorosa.

¿Casamentera? Casey habría estallado si hubiese intentado hablar en aquel momento, de modo que se abstuvo. Pero la mirada que le lanzó debería haberlo fulminado allí mismo.

CAPITULO 21

A la mañana siguiente, camino de la estación, Casey se llevó un desagradable sobresalto. A caballo por en medio de la calle cubierto de polvo y con una enmarañada barba, avanzaba su padre. Parecía que acabase de atravesar las llanuras. Casey no tenía intención de detenerse a preguntárselo.

Sin una sola palabra de explicación a Damian, que guiaba a su caballo a pie junto a ella, se adentró rápidamente en el callejón más cercano y se arrimó a la pared, rezando porque Chandos no los hubiese visto a ella o, peor aún, a *Old Sam,* al que sin duda reconocería. Naturalmente, Damian la siguió.

Aunque con la frente arrugada, se limitó a preguntar:

-¿ Qué haces ?

-¿ A ti qué te parece ? -masculló Casey.

-Esconderte, pero no entiendo por qué.

Casey ladeó la cabeza para mirar detrás de él. Al parecer Chandos no tenía prisa, porque no había pasado aún ante el callejón. Damian, aguardando todavía su respuesta, suspiró.

-¿No teníamos que tomar un tren?

-Llegaremos a tiempo -aseguró Casey.

Damian echó también una ojeada a la calle, pero no vio nada fuera de lo normal -ninguno de los rostros expuestos en los carteles de búsqueda y captura- y miró a Casey con expresión de impaciencia.

-Explícate.

-Mi padre acaba de entrar a caballo en el pueblo, y no te vuelvas otra vez o llamarás su atención.

Nada en el mundo habría impedido a Damian lanzar un vistazo atrás. Varios hombres cabalgaban por la calle. Uno parecía un hombre de negocios. Otro tenía el aspecto de un forajido que prefiriese no tropezarse con ningún agente de la ley. Un tercero llevaba chaparreras y tiraba de dos bueyes. En apariencia sólo dos tenían edad para ser el padre de Casey, así que Damian observó con mayor detenimiento al hombre de negocios.

-Yo no lo encuentro muy amenazador, desde luego no como para salir corriendo -comentó Damian. Recibió un resoplido en respuesta, lo cual lo indujo a preguntar-: ¿ Por qué te escondes de tu padre, Casey ?

-Porque me llevaría a rastras a casa antes de tiempo, por eso. y créeme, Damian, mi padre es un hombre temible donde los haya. Más te vale que no te cruces en su camino.

Damian volvió a observar al hombre de negocios y frunció el entrecejo. Luego posó de nuevo la mirada en el forajido, reparando esta vez en el cabello negro, los marcados pómulos y otros rasgos afines a Casey. Damian abrió desorbitadamente los ojos.

-¡Santo Dios! -exclamó-. ¿Ése es tu padre? ¿El que parece un forajido?

-No se parece en nada a un forajido -gruñó Casey-. Pero sí, es ése. ¡y deja de mirar! Nota cuando lo miran.

-¿Cómo?

-¡Y yo qué sé! Pero te aseguro que lo nota.

-¿Crees que sabe que estás en el pueblo?

-No tiene manera de saberlo, a menos que haya averiguado que viajaba en el tren y lo haya seguido hasta aquí. Pero no es probable, porque tú has comprado los billetes. y también te has ocupado tú de los hoteles donde nos hemos hospedado, así que no tenía rastro que seguir.

-Quizá no debería mencionar esto, pero tus habitaciones estaban registradas a tu nombre, Casey.

-¿ Cómo ?

Damian se estremeció.

-Bueno, no exactamente a tu nombre. Daba sólo tus iniciales.

-¿No podías inventarte un nombre? -reprochó Casey.

-¿Para qué? Tú misma me dijiste que usabas esas iniciales.

-Cuando no me queda más remedio, y sólo cuando entrego fugitivos a las autoridades. No es probable que mi padre pregunte en todas las oficinas de sheriff por donde pasa, pero es casi seguro que indaga en todos los hoteles y pensiones.

-¿ Ésas son, pues, tus iniciales auténticas ? -inquirió Damián.

-No, pero son unas iniciales que a él no le pasarían inadvertidas -explicó Casey.

-¿ Son las suyas ?

-No.

-Entonces ¿de quién son?

-Haces demasiadas preguntas, Damian. y mi padre acaba de pasar. Voy a subirme a ese tren en el acto. ¿Te ves capaz de llevar los caballos al vagón de ganado sin llamar demasiado la atención sobre *Old Sarn* ?

-¿También reconocería a tu caballo ?

-Claro que sí. Me lo regaló él.

Casey se encaminó hacia la estación a un paso mucho mas rápido que antes. No albergaba grandes esperanzas de abandonar Fort Worth sin encararse con su padre, pero lo consiguió. El tren salió puntualmente, y sin que Chandos hubiese irrumpido en el vagón de lujo dispuesto a un serio enfrentamiento.

No la había descubierto por muy poco, pero después de todo no había sido más que una coincidencia. Sólo una simple coincidencia, o al menos Casey trató de convencerse de eso durante el viaje a San Antonio.

Aun así, en un intento por impedir que aquello volviera a ocurrir, envió un telegrama a su madre donde rezaba: «Si puedes interrumpe la búsqueda. No tardaré en regresar .»

Respecto a su trabajo y la posibilidad de acabar cuanto antes, San Antonio no le proporcionó pistas claras. A decir verdad, el rastro terminaba allí. Si Curruthers había tomado el tren allí, los empleados de la estación no lo recordaban. Pero Casey estaba convencida de que se había dirigido al oeste en ferrocarril. Era lo lógico si su verdadero propósito era establecerse en un pueblo recién fundado. Sin embargo no lo averiguarían si no seguían el mismo camino.

Damian, naturalmente, dispuso que transfiriesen su elegante vagón al nuevo tren. En realidad Casey empezaba a acostumbrarse a su comodidad y se quejaba sólo por principio. Y dado que la mitad de las paradas se hacían en apeaderos donde sólo era posible comer, comenzaron a dormir a menudo en el vagón... al menos Casey, hasta que una noche se despertó y encontró a Damian inclinado sobre ella.

CAPITULO 22

Casey dormía en uno de los bancos tapizados del vagón. Era estrecho, pero mucho más blando que algunas de las camas en que se había acostado últimamente. Soñaba además con Damian, y quizá por eso no tenía prisa en despertar

Era un sueño agradable. Se celebraba una fiesta en el K.C., y ellos dos bailaban. Casey no se había preguntado qué hacía Damian en el rancho; lo encontraba natural. Incluso sus padres lo trataban como si estuviesen acostumbrados a verlo por allí. Y de pronto él la besaba en la pista de baile, entre una docena de parejas, pero nadie parecía darse cuenta. Y ella experimentaba la misma sensación que aquella otra vez, sólo que en el sueño el beso se interrumpía.

Los sentimientos que le había provocado antes volvían a producirse, pero con mucha mayor intensidad en su presente estado de relajación. y el beso no sólo era más largo sino también más profundo. Damian recorría con la lengua todos los rincones de su boca, explorándolos con detenimiento. Succionaba su labio inferior como si desease apropiárselo. y Casey notaba las caricias de sus manos, pero no en la espalda donde debían estar. Era extraño.

No estaba segura de por qué se dio cuenta finalmente de que como mínimo el beso no era un sueño. Quizá se debió al sobresalto de notar la mano de Damian amasándole suavemente el pecho. Encontraba en eso un placer tan intenso que le era imposible permanecer relajada o dormida. Todo su cuerpo se tensó de pronto al tomar plena conciencia que Damian se hallaba en efecto arrodillado junto al banco con sus manos y labios sobre ella. Casey buscó una explicación a aquello, pero no conseguía pensar con claridad. Solo se le ocurrió decir:

-Damian, ¿qué haces?

Tuvo que repetir tres veces la pregunta antes de que él se echase hacia atrás para mirarla. Bajo la tenue luz de la única lámpara de pared que quedaba encendida, advirtió que Damian parecía confuso.

Sin embargo mucho mayor fue la confusión de Casey cuando él replicó:

-¿Qué haces en mi cama?

-¿Qué cama? Aquí no hay camas, sino sólo bancos donde no cabe más de una persona -dijo Casey enérgicamente-. y estás en mi lado del vagón, Damian.

Damian echó un vistazo alrededor y comprobó que ella tenía razón.

-¡Vaya! No estaba mal, el sueño.

Casey parpadeó estupefacta. Ella había tenido un sueño con él francamente agradable, así que debía aceptar la posibilidad de que a él le hubiese ocurrido algo semejante. No necesariamente con ella. En realidad, era mucho más probable que soñase con Luella.

Aun así lo miró recelosa con los ojos entornados.

-¿ Siempre intervienes físicamente en tus sueños ?

-No que yo sepa... hasta ahora. ¿He hecho...? Es decir, ¿te debo una disculpa?

¿ Una disculpa por proporcionarle un considerable placer. Pero él no sabía qué sensaciones le había causado aquello, ¿ Cómo iba a saberlo ? Ella no se había delatado con ningún sonido o movimiento, ¿ o quizá sí?

A decir verdad, Casey ignoraba en qué medida había participado en lo que él hacía, porque estaba demasiado absorta en sus sensaciones para prestar atención a nada más. No obstante Damian entonces no había despertado todavía, así que aun si ella había dejado traslucir el placer que le producían sus besos, él no lo habría percibido.

-Me tiene sin cuidado que camines o hagas cualquier otra cosa dormido, Damian, siempre y cuando limites toda participación activa a tu lado del vagón.

-Por supuesto -contestó Damian. Tras un largo silencio, comentó-: Pero tengo la impresión de que era muy agradable.

Casey se sonrojó de la cabeza a los pies. Pero probablemente en la tenue luz Damian no advirtió su vergüenza. y la «agradable» impresión debía permanecer en su mente, a juzgar por su siguiente proposición:

-¿Desearías quizá comprobar a qué me refiero ?

Casey sabía ya de sobra a qué se refería. Sugería que continuasen besándose y dejaba a ella la decisión. La tentación era irresistible y esta vez no soñaría que besaba a Luella. Sabría exactamente a quién pertenecían los labios que se rendían a los suyos.

No se atrevía a aceptar. Si simplemente la hubiese besado, sin preguntar antes, tal vez no se habría resistido. Pero preguntándole, la obligaba a admitir que deseaba sus besos, y Casey no podía hacer una cosa así y sostener luego que él no le interesaba. Le convenía aún dar esa impresión. Debía darla.

¿ Por qué demonios había tenido que preguntarlo ? Pero mejor así. Se acercaba el día en que deberían separarse, siguiendo cada uno por su camino. Tal como estaban las cosas, esta segunda vez sería mucho más difícil despedirse. Un contacto íntimo lo complicaría aún más.

Así pues, antes de que pudiese cambiar de idea, se apresuró a decir;

-Lo que desearía es volver a dormirme, Damian. Te aconsejo que hagas lo mismo, y procura no implicar a los demás en tus sueños.

¿Fue un suspiro lo que Casey oyó? Probablemente no.

Damian asintió con la cabeza y se puso en pie. No obstante, pareció vacilar antes de volverse de espaldas. No transcurrió más que un momento, suficiente sin embargo para crear en Casey una tensa expectación. Finalmente regresó al asiento donde solía dormir -los bancos eran demasiado cortos para su estatura- y con gran aparato se acomodó en él. Esta vez no había duda acerca de sus suspiros.

Casey se volvió de cara a la pared, preguntándose si alguna vez conseguiría conciliar de nuevo el sueño.

CAPITULO 23

Casey tenía la costumbre de preguntar en todas las paradas de tren por si alguien recordaba a un individuo que coincidiese con la descripción de Curruthers. Pero la tarea empezaba a parecer infructuosa, y de hecho cuando Damian pensaba ya que era un pérdida de tiempo seguir la línea de ferrocarril en dirección oeste a través de la mitad sur de Texas, Casey obtuvo por fin un respuesta afirmativa.

Puesto que aquel día Damian tenía un par de horas libre hasta que el tren reemprendiese la marcha, acompañó a Casey mientras recorría el pueblo interrogando a la gente. Sin

embargo cuando vio que se dirigía a la barbería, pensó que daba palos de ciego. Pero casualmente el barbero recordaba a Henry .

Tras reflexionar, Damian recordó el escrupuloso esmero con que Henry cuidaba de su apariencia personal. El hecho de que huyese de la justicia no significaba que de pronto se hubiese vuelto desaliñado, y por tanto existían muchas probabilidades de que un barbero hubiese tratado con él.

Aquel barbero en particular era de los que daba conversación a los clientes mientras trabajaba, y había conseguido hacer hablar a Henry. Entre otras cosas, recordaba que Henry preguntó cuándo se celebraban las siguientes elecciones en el pueblo y si la población estaba contenta con el actual alcalde.

A primera vista, aquello podía interpretarse como simple curiosidad de parte de Henry o como un intento de mantener conversación. Pero si a eso añadían el anterior dato respecto al interés de Henry por tener un pueblo «en propiedad> la información adquiría un cariz muy distinto.

Al fin y al cabo, podía decirse que una persona con la autoridad de un alcalde controlaba un pueblo, lo cual en muchos casos representaba un poder mayor que ser «propietario» del pueblo. ¿ Había cambiado Henry de idea sobre cómo obtener el poder que buscaba, o pensaba en la política desde el principio?

Pero, por lo general, un pueblo con un alcalde estaba ya bien asentado, y eso aumentaba el número de lugares donde buscar.

Aquellas conclusiones contrariaron a Casey.

-Sabemos que llegó hasta aquí -dijo-, pero en adelante tendremos que indagar en todos los pueblos tanto de la línea principal como de los ramales.

Así era, y probablemente eso implicaba todavía más tiempo hasta que diesen por fin con Curruthers. Pero cuanto más se prolongase la búsqueda, más tiempo pasaría Damian en compañía de Casey, y eso no le disgustaba tanto como habría cabido esperar.

Por una parte, deseaba encontrar al asesino de su padre y volver a casa, volver a la vida a que estaba acostumbrado. Sin embargo, debía admitir, la idea de dirigir Rutledge Imports sin su padre lo deprimía. Siempre había sabido que eso llegaría algún día lo habían preparado para ello-, pero nunca había pensado que tendría que sustituir a su padre tan pronto.

Y por otro lado estaba Casey.

Desde el primer momento sabía que le sería difícil no ponerle las manos encima, pero no contaba con que llegaría a desearla cada minuto del día. Luella Miller le había servido de distracción por un tiempo, pero no lo suficiente. La debutante de Chicago podía poseer una belleza excepcional, pero su continua e insustancial cháchara pronto le resultó en extremo irritante, hasta tal punto que de buena gana la habría hecho callar.

En cuanto a la silenciosa Casey y sus secretos celosamente guardados, apenas conseguía sonsacarle unas palabras de vez en cuando, y nunca sobre nada referente a ella. A la vez, sentía una permanente curiosidad por ella, por los motivos que la habían empujado a hacer lo que hacía, por su pasado, por las causas que la habían llevado a esconderse de su familia, si es que tenía más familia aparte de aquel padre de aspecto siniestro.

Pero sobre todo deseaba hacerle el amor. Y la otra noche en el tren había sucumbido, no había sido capaz de mantener la distancia un instante más.

No podía conciliar el sueño ni dejar de contemplarla mientras dormía. y viendo su cara suave y relajada, cayó irremediablemente en la tentación. y de pronto ella despertó. Damian no estaba acostumbrado a fingir, pero lo hizo para evitar un enfrentamiento cuando ella le habló en tono acusador.

¡Representar sus sueños! Casi resoplaba de rabia cada vez que se acordaba de esa pobre excusa. Pero en pleno arrebato de pasión no pensaba con demasiada claridad, y como mínimo Casey le había creído. Sin embargo no podía menos que desear que hubiera continuado dormida, porque su respuesta a él fue más de lo que esperaba... hasta que despertó.

La tarde siguiente llegaron a la pequeña localidad de Langtry donde el tren pararía toda la noche para que los pasajeros descansasen debidamente en el hotel. Damian encontró habitaciones y se retiró temprano. Casey dijo que llevaría a cabo sus indagaciones esa noche,

ya que partirían a primera hora de la mañana.

Damian se durmió en el acto.

Pero a la mañana siguiente no encontró a Casey en su habitación. Tampoco estaba en la estación ni con los caballos. De hecho, Damian fue incapaz de dar con ella hasta que alguien sugirió que preguntase en la cárcel. Y allí estaba, sentada tras unos sólidos barrotes de hierro, con su serena expresión de siempre No obstante, cuando Damian la observó con atención, vio en sus ojos chispas de ira.

-¿Es algo grave? -preguntó Damian cuando le permitieron acercarse a la celda.

-Es ridículo, eso es -gruñó Casey.

-No habrás matado a alguien a quien no debías, ¿verdad? -dijo Damian, simplemente porque fue la primera posibilidad que se lo ocurrió.

-Mi revólver no ha salido de la funda.

-¿ Qué haces aquí, pues ?

-A mí también me gustaría saberlo -fue su poco satisfactoria respuesta-. Anoche estaba tomando un whisky en la cantina Jersey Lilly, de pie ante la barra sin meterme con nadie, cuando se armó una pelea. Cuando terminó, yo seguía tranquilamente en la barra, y la mitad de los clientes de la cantina estaban tendidos en el suelo con los pañuelos en la nariz para contener la sangre.

-Y si no hiciste nada...

-A eso iba -lo interrumpió Casey-. El viejo juez Bean, borracho como una cuba, estaba allí y empezó a quejarse de que habían destrozado su juzgado.

-¿ Estás diciéndome que aquí la cantina hace las veces de juzgado ?

-Eso no es tan raro, Damian. Muchos pueblos pequeños que no tienen juzgado propio, y ya no digamos juez residente, usan la cantina cuando el juez del distrito visita el pueblo, porque normalmente es el espacio más amplio disponible. Pero la mayoría de los jueces no pasa día y noche en sus juzgados tanto si hay sesión como si no.

-¿ Por qué será que tengo la impresión de que conoces personalmente a ese juez Bean? -dijo Damian.

-No lo conocía, pero anoche escuché contar unas cuantas historias sobre Roy Bean al otro huésped de la cárcel con quien compartí la celda por unas horas hasta que vino a buscarlo su mujer. Según parece, el juez utiliza las leyes de Texas a su conveniencia, lo cual consiste en poner multas cuando anda corto de dinero para la bebida. Aunque, eso sí, condena a la horca sin pestañear a cuatreros y asesinos... siempre que no sean sus compañeros de juergas.

-¿Qué quiere decir eso? -preguntó Damian.

-Quiere decir que interpreta la ley a su antojo, y con toda impunidad. Si uno de sus compinches mata a alguien, encuentra la manera de absolverlo. En una de sus sentencias más tristemente famosas, dictaminó que la víctima no debería haberse puesto frente al arma que su amigo disparó.

Damian movió la cabeza en un gesto de incredulidad.

-Diría que tu compañero de celda te ha tomado el pelo, Casey.

-Me gustaría creerlo, pero francamente lo dudo -repuso Casey.

-¿ Por qué ?

-Porque recuerdo vagamente una anécdota sobre el juez Bean que contó un vaquero que pasó por Langtry hace unos años. Estaba en el pueblo cuando un hombre cayó muerto en la calle frente a la cantina. El juez, que en ese momento descansaba en el porche, bajó de inmediato balanceándose...

-¿ Balanceándose ?

-De beber, tiene una tripa tan grande que es incapaz de caminar derecho -aclaró Casey-. Pero como te decía, bajó del porche para actuar primero en calidad de forense. Luego, tras registrar el cadáver y encontrar algo de dinero y un revólver, asumió de nuevo su autoridad judicial para imponerle una multa póstuma por llevar un arma escondida. La multa, claro está, ascendía a la cantidad de dinero que había encontrado.

-¿ y puede permitírselo ?

-¿Por qué no? No hay en los alrededores más ley que él. Pero como te decía, anoche

estaba furioso porque el juzgado había quedado hecho añicos, y arrestó a todos los presentes. Alguien 1e recordó entonces que en la cárcel no había espacio para todos, así que rectificó su detención «oficia1», reduciéndola sólo a mí.

-¿Por qué? -preguntó Damian, frunciendo el entrecejo.

-Créeme, eso mismo pregunté yo, y me dijeron que como conocía a los demás implicados, sabía dónde encontrarlos para recaudar las multas. Aunque la mitad de ellos eran sus condenados compañeros de borracheras, así que probablemente ni siquiera los multará. Pero a mí no me conocía, y decidió que pasase la noche en la cárcel para asegurarse de que no me marchaba antes de abrirse la sesión esta mañana.

Damian lanzó un suspiro.

-Así pues, se trata de hacerte pagar una parte de los daños antes de ponerte en libertad, pese a que no causaste esos daños

-Algo así.

-Conociendo como conozco tu poca predisposición a hablar, me pregunto si te molestaste en mencionar que no habías tomado parte en la pelea.

Casey lo miró con fiereza.

-¿ Acaso crees que me apetecía pasar la noche en la cárcel. Claro que lo dije. Pero el juez, por una resolución «oficial« ordenó que los gastos de reparación debían repartirse entre todos sin excepción.

-¿Él incluido?

Casey soltó una risotada.

-Yendo todas las multas a parar a sus manos, y teniendo que pagar él la reparación, probablemente considera que su parte está más que cubierta.

-Supongo que perderemos el tren por esto. -comentó Damian.

-Quizá no. Alguien ha *ido* ya a despertar al juez. Me han *dicho que este asunto no se prolongará mucho más.*

-Bien, pase *lo* que pase, Casey, no *irrites* a ese hombre, o es muy *posible* que acabes otra vez aquí.

-Ya he pensado en esa posibilidad -masculló Casey con tono acre-. Así y todo, no es justo que te *multen* por algo que no has echo.

-No te preocupes por eso. Yo pagaré la multa.

-Ésa no es la cuestión.

Damian *sonrió.*

-No, pero nos permitirá salir de aquí y continuar nuestro viaje.

Como después se *vio,* habría *sido* mejor que Damian no pusiese *los* pies en la cantina-juzgado. Pero naturalmente no era p*osible* prever que esa mañana *el* juez Roy Bean estaría de peor genio que de Costumbre.

CAPITULO 24

La cantina *J*ersey *Lilly,* donde *el* juez Roy Bean impartía justicia tanto si había sesión como si no, era como cualquier otro establecimiento de su clase salvo por un detalle: la tribuna permanente para *el* jurado. Bean, por *el* contrario, no era como cualquier otro juez. Dada su extrema gordura, apenas podía abrocharse *el* botón *superior del* chaleco, y *el* resto de *los* botones eran una causa perdida.

El juez tenía cerca de setenta años, y sus ojos inyectados de sangre daban fe de su pasión por *el* ron. La marca de una soga en el cu*ello* inducía a pensar que en algún momento de su pasado se había visto con una turba de linchamiento. Circunstancia muy pro*bable,* ya que, según rumores, había participado en más de un duelo de dudosa honorabilidad que había terminado con *él* aún en pie y *el* otro individuo necesitando una caja de pino. Todo eso antes de ser nombrado juez de paz.

La noche anterior Casey estaba tan alterada por *el* arresto que no se había dado cuenta de que *los* daños causados en la cantina eran mínimos, y desde luego no justificaban las airadas quejas de Bean. Pero no le habría extrañado que su arrebato de cólera fuese una

simple pantomima para aprovechar una nueva oportunidad de imponer multas.

A una mesa le faltaba una pata y una silla había quedado hecha pedazos al estrellarse contra una espalda. Aparte de una cuantas botellas rotas, a eso se reducían los desperfectos en el amplio salón. Y Casey no recordaba haber visto nada peor la noche de antes, nada que hubiesen retirado ya en un esfuerzo por poner orden. En realidad, no daba la impresión de que se hubiese realizado aún el menor esfuerzo con esa finalidad.

Pese a la temprana hora, algunos compinches del juez se habían arrimado ya a la barra y tomaban las primera copas del día esperando a que él zanjase el «negocio> y se uniese a ellos. Según había oído Casey, incluso si se celebraba un juicio y el jurado ocupaba la tribuna, se alentaba a consumir bebida.

El propio Bean tenía un vaso alto de ron junto al mazo en la mesa donde se sentaba para pronunciar sentencia. Para él no había un estrado especial. Probablemente suponía que la tribuna del jurado bastaba para darle a la cantina la distinción de un juzgado y cualquier otro añadido habría sido malgastar el dinero. Sus juicios eran tan informales que el ujier, en lugar de hallarse de pie alerta para salvaguardar el orden de la sala, estaba sentado en la esquina de la misma mesa tomándose un café.

Casey fue conducida a aquella parodia de sala de justicia por uno de los ayudantes del juzgado. Damian la siguió y de hecho se colocó junto a ella frente a la mesa de Bean, circunstancia que inmediatamente llamó la atención del juez.

-Tome asiento, joven -ordenó el juez-. Le atenderé en cuanto acabe con esta señorita.

Casey se puso tensa, preguntándose cómo demonios había adivinado aquel viejo chocho que era mujer cuando todo el mundo que la veía llegaba a la conclusión opuesta. Incluso rió con socarronería al notar su reacción, complacido al parecer de haberla sorprendido.

-Tengo buena vista, señorita -se jactó-. Siempre he distinguido y siempre distinguiré a una mujer hermosa, por ridícula que sea su indumentaria. Aunque admito que no llegan muchas a mi juzgado -añadió con una ceñuda expresión de desaprobación que casi la hizo ruborizarse. El juez enarcó entonces una poblada ceja gris en dirección a Damian-. ¿Por qué sigue ahí de pie, hijo? ¿Es duro de oído ?

-Voy con... ella -explicó Damian-. He venido a pagar la multa para que podamos seguir nuestro viaje.

-¡Haberlo dicho antes! -exclamó el juez con un destello de avaricia en la mirada-. Por participar en la destrucción de propiedad privada, así como alterar el orden, cien dólares. Páguele al ujier.

-¡Cien dólares! -repitió Casey prácticamente a voz en grito.

-¿Alguna queja, señorita? -preguntó Roy Bean, lanzándole una mirada de advertencia.

Claro que tenía una queja, pero Damian le dio un codazo para recordarle que valía más que se la guardase. Y probablemente fue una suerte que el fajo de billetes que sacó y contó Damian ascendiese sólo a ciento sesenta dólares, o Bean habría encontrado algún otro pretexto para aumentar la multa. Damian entregó el dinero al ujier, que de inmediato se lo dio al juez, quien sin el menor pudor se lo metió en un bolsillo.

-Así pues, ¿queda en libertad? -preguntó Damian, interesado en que todo quedase claro.

-Sí, sí -contestó Bean con impaciencia, deseoso de abandonar el papel de juez ahora que volvía a tener dinero en el bolsillo-.pero ¿por qué ha pagado usted su multa? ¿Es su marido?

-No.

-¿ Su abogado ?

-No.

-Pero ¿viajan juntos?

A juzgar por la expresión de Damian, empezaban a inquietarle aquellas preguntas personales, así que Casey decidió intervenir.

-Buscamos a un hombre que cometió un asesinato en el Este, para entregarlo a la justicia.

-Encomiable actitud. -Bean asintió con la cabeza-. y no duden en traer a ese asesino a este juzgado si lo encuentran. Con mucho gusto lo enviaré a la horca como se merece. Aun así, viajan ustedes juntos, lo cual habla por sí mismo, ¿no cree, señorita? -dijo el juez,

frunciendo el entrecejo.

Casey lo miró también ceñuda.

-¿Qué habla por sí mismo? ¿Qué insinúa su señoría?

-Si viajan juntos, es bastante evidente que han estado retozando en pecado, y eso francamente no puedo tolerarlo. Ni hablar. Nunca lo he tolerado y nunca lo toleraré. Pero me complace decir que el problema tiene fácil remedio. Así que por los poder que me han sido otorgados, os declaro marido y mujer, y que Dios se apiade de vuestras almas. -Dio un mazazo y añadió- Serán otros cinco dólares más por la boda. Páguenle al ujier.

Casey quedó sin habla.

-Un momento -prorrumpió Damian.

Roy Bean lo miró entornando uno de sus ojos inyectados en sangre.

-No pretenderá discutir conmigo sobre el correcto proceder y las obligaciones morales, ¿verdad, joven? -preguntó el juez con tono amenazador.

En ese punto Casey sacó los cinco dólares de su bolsillo y los echó a la mesa ante el ujier. Acto seguido se llevó a Damian a rastras antes de que acabasen los dos en la mugrienta cárcel del pueblo.

Pero en el porche, dada la escasa colaboración de Damian, Casey se quedó sin fuerzas. Además, estaba aún demasiado aturdida por lo que había ocurrido para recordarle que debían apresurarse para tomar el tren.

-Eso no ha sido lo que parecía, ¿verdad? -dijo Damian.

-Si te refieres a que parece que nos han casado, por desgracia así es.

-Bueno, pero dime al menos que no ha sido legal.

-Ojalá pudiera -contestó Casey-. Pero Bean es un juez autentico, nombrado legítimamente.

-Casey, estas cosas no ocurren así sin más -comentó Damian con manifiesta frustración-. Normalmente los novios han de decir algo... como dar su consentimiento.

Hablaba con sarcasmo, y Casey no podía reprochárselo

-No siempre -se vio obligada a recordarle-. y desde luego no cuando se está ante alguien con el poder arbitrario de Bean. Ese viejo chocho y gruñón se ha ensañado con nosotros, y no hay nada que hacer... al menos aquí...

-¿ Por qué te interrumpes ?

-Porque acabo de caer en la cuenta de que estamos preocupándonos por nada.

-Dudo mucho que haber sido casados así de repente pueda considerarse «nada».

-No, claro que no, pero lo cierto es que podemos descasarnos con igual facilidad. De hecho, basta con encontrar a otro juez y explicarle lo que ha pasado aquí. y desde luego nos costará menos encontrar a un juez que a Curruthers, así que larguémonos de Langtry antes de que nos veamos metidos en otro lío, ¿ de acuerdo ?

Damian no tuvo nada que objetar a ese respecto, y consiguieron recoger los caballos y llegar al tren justo cuando sonaba el pitido de salida. Pero el ujier del juez Bean no tuvo problemas en alcanzarlos y retrasar aún más la marcha del tren. Tenía que devolverle a Casey su revólver. Ella se sorprendió de haber andado por ahí medio desnuda sin percatarse siquiera. Necesitaba asimismo sus firmas para las actas del juzgado, por el asunto de la boda. Casey se resistió.

-¿ y si no firmamos ?

-Entonces tengo orden de llevarlo de nuevo al juzgado –advirtió el ujier.

Casey había recuperado su arma y sólo tenía que desenfundar. A ella le correspondía decidir si obedecer o echar al ujier del con cajas destempladas.

Empezaba a decantarse por lo segundo cuando Damian dijo:

-Ya hemos tomado la decisión de poner remedio a esto, así que firma en las condenadas actas, Casey.

Casey supuso que tenía razón. y puesto que Damian ya la había llamado por su nombre, firmó: «Casey Smith.» Viendo lo que ella había hecho, él firmó: «Damian Jones.»

Al menos tenían algo de qué reír cuando el tren salió por fin de aquel horrible pueblo.

CAPITULO 25

Si bien sabía que era sólo una situación temporal, estar casada con Damian inquietaba a Casey. Tenía su encanto, al menos para ella. A él probablemente lo horrorizaba, y de hecho cuando llegaban a un pueblo, antes de nada preguntaba si había un juez o dónde estaba el más cercano.

A Casey le disgustaba que un acontecimiento que en principio debería ser algo especial se hubiese llevado acabo en sólo unos segundos, sin noviazgo, sin petición de mano... y sin acostarse juntos después. Y por alguna estúpida razón, la parte referente a acostarse juntos acudía una y otra vez a su mente.

Pero el hecho era incuestionable: podía hacer el amor con Damian y no sentirse después culpable. Ella no lo había elegido así. Había sido obra de un juez borracho. Pero así era. y le resultaba difícil convivir con la idea un día tras otro, porque tener «permiso>, por así decirlo, aumentaba más aún su deseo de experimentar el amor con Damian.

En el pueblo de Sanderson, Casey se llevó otro sobresalto, lo cual al menos alejó de su pensamiento la «boda» durante un rato. Hubiera jurado que había visto otra vez a su padre, esta vez cuando entraba en una de las pensiones del pueblo. Sin embargo no le había visto la cara. Y desde luego cualquiera podía llevar la clase de ropa que Chandos solía ponerse. Además, era imposible que hubiese viajado hasta allí desde Fort Worth a caballo en tan poco tiempo... a menos que fuese en el mismo tren que ella. Y no iba en el tren. En varias ocasiones había visto otros caballos en el vagón de ganado junto a los suyos, pero no el caballo de Chandos, que habría reconocido de inmediato.

Más tarde aquel mismo día consiguieron nueva información. A unos dos días al norte de la línea del ferrocarril, en una antigua ruta comercial, se había fundado un nuevo pueblo hacía apenas un año. La Southern Pacific no había tendido todavía un ramal hasta allí desde la vía principal, pero estaba ya proyectado a corto plazo, ya que Culthers crecía deprisa. Tenía ya su propia escuela, tres iglesias, ayuntamiento y alcalde.

Al oír mencionar aun alcalde, Casey y Damian decidieron *dirigirse* hacia *allí, pese* a que *implicaba* viajar otra *vez* a *caballo. En realidad, sólo el nombre,* tan *parecido* a *Curruthers,* habría orientado su búsqueda en esa *dirección. Pero* Casey, preocupada aún *por la posibilidad* de que su padre *se hallase* en *el pueblo, entró furtivamente* en la habitación de Damian, *lo* sacó de la cama, *huyeron poco* más *o menos del pueblo* en *aquel mismo instante. Inesperadamente, Damian se* quejó.

-¿Sabes una cosa? Aunque yo no *me* he *beneficiado mucho* de este *«matrimonio» nuestro,* tú sí has sacado *provecho.*

Casey *hizo* caso *omiso. Pero* cabalgaban a paso *lento* y cauteloso *por el camino,* al *menos* hasta *el* amanecer, y *oyó con* toda claridad a Damian cuando *volvió* a protestar:

-No, a mí *este «matrimonio» temporal* no *me* ha reportado ningún *beneficio.*

Hablaba *con* un tono tan *Corrosivo* que Casey no pudo *evitar p*reguntar:

-¿y qué *beneficio* he sacado yo?

-¿No has pensado que, *Como mujer* casada, no *puede llevarte a casa ni* a ninguna otra parte, *al menos sin mi permiso* ? *Los derechos del marido tienen prioridad sobre los del* padre.

Casey *sonrió.*

-Ésa es una *observación interesante.* No *es* que *se me* haya ocurrido *ni por* Un *momento* enfrentarme así a *mi* padre, y *menos c*onsiderando que no *es* un verdadero *matrimonio... pero eso él no tendría por* qué *saberlo,* ¿verdad ?

-*No,* a no *ser* que tú *se lo* digas.

-Sí, bueno, en todo caso *preferiría* no *probarlo, si* no te *importa. Así que, ¿por* qué no dejas de quejarte *por* haber *perdido unas cuantas horas de sueño* ? *Si quieres,* hoy *podemos* acampar temprano.

Damian no dejó de quejarse, *ni* en *realidad* Casey *lo* esperaba. Simplem*ente aquel* día tenía ganas de quejarse, *supuso.* No obstante, acamparon temprano, y *por suerte* había cerca un arroyo.

Casey pensaba *sugerir* que *prescindiesen del fuego aquella noche sólo por precaución.*

En *el pueblo* había cargado comida que no requería *calentarse,* y la tarde no era fría. *Pero Damian seguía ta*n arisco que Casey *prefirió* no *mencionarlo. Luego vio* peces en el río, y la tentación de cenar pescado frito era demasiado grande para resistirse.

Dejó a Damian a cargo de los caballos y fue a fabricarse un arpón. Se hallaba en el arroyo con el agua hasta las rodillas, habiendo capturado sólo un pez hasta el momento, cuando apareció Damian.

-Hay una manera más fácil y relajada de hacer eso -comentó desde la orilla.

Casey no se molestó en levantar la vista, atenta corno estaba al pez que la esquivaba una y otra vez.

-Yo no veo ningún hilo a mano, a no ser que deshagas una de esas elegantes camisas tuyas.

-He pensado darme un baño para quitarme el polvo. mirarás, ¿verdad?

Casey parpadeó.

-¿Mirar? -La vista se le fue hacia él, que empezaba a quitarse el chaleco-. Un momento. Ya te bañarás cuando termine de pescar la cena.

-Estoy demasiado sucio para esperar.

-¡Vas a espantar a los peces! -protestó Casey a voz en cuello.

-Apenas moveré el agua -contestó Damian, comenzando a desabotonarse la camisa.

-Estás loco.

-Estoy sucio.

Casey no había visto nunca tan fastidiosa obstinación, pero también ella podía ser muy obstinada si se lo proponía.

-Como quieras -gruñó-, pero serás tú quien se quede sin comer pescado esta noche si no consigo capturar ningún otro.

Casey no estaba dispuesta a marcharse del arroyo sólo porque aquel chiflado fuese a desnudarse. A ella le traía sin cuidado. Se volvería de espaldas y seguiría con lo suyo. Pero eso era más fácil decidirlo que hacerlo.

Al cabo de unos segundos Damian estaba ya en el arroyo. Casey enloquecía por momentos, sabiendo que se hallaba tan solo a unos pasos de ella y completamente desnudo. Lo oía remojarse. Y en efecto no movía el agua. Tampoco habría importado en todo caso, pues en esos instantes aunque hubiese pasado un pez ante sus *ojos,* no lo habría visto. Su mente, todo su cuerpo, estaban concentrados en Damian y lo que hacía.

Trató de alejarse discretamente arroyo arriba para, por lo menos, no oírlo. Allí el agua estaba más fría porque se había represado a causa de la acumulación de sedimentos y era más profunda, pero podía soportarse. Además, la piel le ardía de tal modo que apenas notaba el frío.

Y de pronto, justo detrás de ella, oyó:

-¿ Estás escapándote de mí, Casey ?

Casey se volvió sobresaltada. Un grave error, y era ya demasiado tarde para rectificar.

Damian se había acercado sigilosamente a ella. Estaba sumergido en el agua, pero se levantó lentamente hasta revelar todo su torso, y las gotas resbalaron por su pecho y sus brazos, resplandecientes bajo el débil sol vespertino. Casey quedó fascinada por sus contornos masculinos. Era aún más musculoso de lo que habría imaginado, los brazos robustos, el pecho velludo muy ancho en comparación con la esbelta cintura.

Casey no le había contestado, no recordaba siquiera su pregunta, pero él formuló otra:

-¿O quizá has decidido bañarte tú también, aquí donde el arroyo es más profundo ?

Casey seguía sin oírlo, pero lo veía con toda claridad, y notó con igual nitidez la caricia de su dedo en la mejilla y el hilo de agua fría que corrió por su cuello. Fue el escalofrío que siguió lo que la arrancó en parte de su aturdimiento, aunque no por eso desapareció por completo la bruma que obnubilaba su mente.

Sí lo oyó decir no obstante:

-Pero parece que necesitas un poco de ayuda.

Notó cómo la despojaba del poncho y, de reojo, lo vio volar por el aire y aterrizar en un montículo de la orilla. Siguió su revolver, que fue a caer justo encima del poncho. Al ver el

arma fuera de su alcance, salió de inmediato de su estupor.

-¿ que estas...?

No consiguió acabar la frase, o mejor dicho, sí la acabó, pero el sonido se perdió bajo el agua, donde nadie pudo oírlo. Damian la había sumergido. Se había atrevido a hundirla bajo el agua.

Casey asomó a la superficie farfullando de incredulidad. Lanzó a Damian una mirada iracunda a través de una cortina de cabello mojado, vio en sus labios la sonrisa que no tuvo la sensatez de disimular y, golpeando el agua con la palma de la mano, le salpicó. Damian ahogó un grito al notar el contacto frío del agua en el pecho, enarcó una ceja y se abalanzó hacia ella.

Casey dejó escapar un chillido y saltó a un lado, pero la ola que levantó Damian con todo el peso de su cuerpo volvió a empaparla por completo. Cuando consiguió enjugarse el agua de los ojos, Damian no estaba a la vista. y de pronto notó un tirón en las piernas.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Casey retozó con sus hermanos en una charca, pero recordaba aún cómo «desquitarse». Al cabo de unos veinte minutos, Damian pedía ya una tregua. Casey se había quedado sin aliento, básicamente de tanto reír. ¿ Quién le habría dicho que podía llegar a divertirse con alguien del Este ? Nunca lo habría imaginado.

Se arrastró hasta la orilla, dejando a Damian sentado en el agua, contemplándola. Casey aún sonreía. También él sonreía y de pronto Casey comprendió el motivo de su sonrisa. La ropa mojada se le había adherido a la piel. Si hubiese estado tan desnuda como él no habría habido gran diferencia.

Se sonrojó, pero el rubor desapareció por completo en cuanto se fijó en los ojos de Damian. Normalmente eran de un gris muy claro, pero en ese momento poseían un color más oscuro, más turbulento, reflejo de una intensa emoción. y había empezado vadear el arroyo hacia ella. Seguramente no pensaría salir del agua estando ella allí, mirándolo. ¿O sí? No sería capaz... Sí fue capaz y antes de que Casey tuviese la sensatez de desviar la mirada.

Con toda probabilidad esa imagen acompañaría a Casey hasta la tumba, tan hondamente se había grabado en su memoria. Damian era como una estatua labrada hasta la perfección, el artista demasiado orgulloso para aceptar el mínimo defecto en tan magnífica creación. y ante esa breve visión Casey sintió en su interior un intenso hormigueo.

Más que oír, percibió que Damian se arrodillaba en la orilla junto a ella. No tenía intención de volverse para comprobarlo, pero, expectante, contuvo el aliento. Debería haberse levantado y alejado de allí; sin embargo, por alguna razón, sus piernas se negaban a cooperar. Y entonces él ahuecó las manos en torno a sus mejillas y la obligó a mirarlo a la cara.

Un fuego descontrolado, eso creyó ver Casey en sus ojos. El sol ya se ponía, envolviéndolos a ambos en un resplandor dorado, pero quedaba aún luz suficiente para distinguir aquella extrema intensidad.

-Ya no sirve de nada, Casey -dijo Damian con voz empañada.

¿ Esperaba que ella hablase cuando apenas era capaz de pensar ?

-¿Qué... no sirve?

-Repetirme una y otra vez que nuestro matrimonio no es real.

-Pero no es real.

-Ahora, en este preciso instante, es muy muy real.

No debía desear otra respuesta de Casey, porque en el acto selló con su boca los labios de ella, impidiéndole hablar. ¿ Un fuego voraz ? «Erupción volcánica» sería una expresión más exacta para describir sus besos. y en cuestión de segundos la pasión de Casey se inflamó hasta cobrar igual intensidad.

Aquello era lo que rondaba por su mente desde que aquel huraño juez los casó, así que estaba plenamente de acuerdo con Damian: en ese preciso instante su matrimonio era real. y Casey estaba ya cansada de resistirse a las sensaciones que su «marido» podía despertar en ella.

Pero desde luego, ni aun queriendo -y no quería-, hubiese podido resistirse a lo que sentía en ese momento. Sencillamente el desenfreno se adueñó de la situación cuando Casey se arrodilló para acercarse más a Damian, rodeó su cuello con los brazos y lo besó con ardor. Notar sus brazos en torno a ella estrechándola contra sus contornos le producía una emoción

jamás imaginada, y entretanto sus labios seguían devorándola, atrayéndola más *y* más en su apasionado beso.

Tan embelesada estaba con su beso que instantes después ni siquiera se dio cuenta de que él tenía que apartarle los brazos de su cuello para quitarle la camisa. La camisola de seda y sobre todo los calzones de encaje lo detuvieron por un momento, pero únicamente por la sorpresa de encontrar unas prendas tan femeninas

en comparación con el resto de su atuendo. y Casey apenas advirtió que extendía el poncho en la tierra y luego la colocaba a ella encima. Sí tuvo plena conciencia, en cambio, cuando se tendió junto a ella y la inició en el placer de las caricias.

Sin la menor vacilación, la mano de Damian recorrió sus brazos y su cuello, se entretuvo en sus pechos, explorando su forma y su sensibilidad, y luego bajó por su vientre, con una audacia posesiva que no por inesperada era menos placentera.

Y después Damian se dispuso a inflamar su pasión más allá de lo que la limitada experiencia de Casey podía resistir. Se inclinó para lamerle un pezón erecto, arrancándole un incontenible gemido. Casey trató de estrecharlo más contra su cuerpo, pero él no se movió. Estaba decidido a atormentar sus pechos hasta cansarse sin importarle que los tuviese ya tan sensibles que se hallase apunto de enloquecer. Cuando finalmente Casey notó el calor de toda su boca en el pecho, pensó que su cuerpo entero iba a incendiarse.

Fue entonces cuando la mano posada sobre su vientre continuó descendiendo, hasta que los dedos se deslizaron en la humedad de entre sus piernas. La reacción de Casey fue inmediata, un estallido de placer tan intenso que jamás lo habría concebido. Aquel palpitante éxtasis se propagó en espiral por su cuerpo, sumiéndola en un estado de languidez, eliminando todo rastro de tensión.

El peso de Damian sobre ella le recordó que no estaba sola. Abrió los ojos, vio su dulce sonrisa y no pudo evitar devolvérsela. Experimentaba una sensación de intimidad con él que nada tenía que ver con la proximidad de sus cuerpos. Era una sensación grata, demasiado grata de hecho, pero no iba a preocuparse por eso en aquel momento.

Volvió a besarla y otra parte de él se abrió paso entre sus piernas. En esta nueva intrusión intervenía algo mucho más grueso, mucho más caliente. De pronto Casey notó en su interior una leve resistencia y de inmediato un ligero desgarrón. Sobresaltada volvió a abrir los ojos y vio de nuevo la intensidad de su mirada. Y al instante percibió otra vez la tensión dentro de ella, palpitando en torno a esa parte de él que había ganado acceso y seguía adentrándose poco a poco.

Casey se olvidó de respirar, maravillada por las nuevas sensaciones que le causaba su profunda penetración, e instantes después empezó a respirar entrecortadamente, porque él había empezado a moverse en su interior, había impuesto un ritmo al que ella no pudo evitar unirse. Volvía a ocurrir, pero esta vez lo esperaba y se aferró a él, prolongándolo, jadeando, dejando que el placer la envolviese y la saciase.

Después, cuando él la estrechaba contra su pecho, besándole la frente y acariciándole tiernamente la espalda, Casey sintió una increíble satisfacción. Podría haber permanecido así indefinidamente si no hubiese oído los ruidos que provenían del estómago de Damian. Sonrió... y acabó compartiendo el único pescado que había conseguido para la cena.

CAPITULO 26

Al principio, Damian lo encontró divertido: la legendaria imperturbabilidad de Casey había desaparecido. Al día siguiente, cada vez que la miraba, sus mejillas se sonrojaban visiblemente. Solo cuando empezó a preguntarse por qué ocurría aquello, sintió cierta preocupación.

Probablemente Casey albergaba sentimientos encontrados respecto a lo que había ocurrido. A él le pasaba lo mismo. Pero esperaba que Casey no estuviese arrepentida. Él debería estarlo, pero no lo estaba.

Antes de aquello sus hábitos sexuales en lo referente a mujeres eran bastante elementales. Pasaba unas horas con una mujer y después regresaba a su lecho de soltero.

Tanto si volvía a verlas como si no, el hecho nunca tenía demasiada trascendencia. Casey era la primera mujer con quien había pasado una noche entera y con quien después, por la mañana, había tomado el café. Era una nueva experiencia para él, y no sabía bien cómo comportarse para no agravar la vergüenza que ella sentía.

Debería haberle hecho el amor otra vez esa mañana para aliviar la tensión sexual que al parecer ambos sentían. Ése habría sido el deseo de Damian. Pero Casey adoptó de nuevo su eficiente actitud de viajera presta a emprender camino, y él desistió. Además, Casey era virgen... o lo había sido hasta la noche anterior. Por lo poco que Damian sabía al respecto, las mujeres sentían cierto escozor durante varios días después de su primera unión sexual; y nada más lejos de las intenciones de Damian que causarle dolor a Casey en aquel momento, cuando afortunadamente sus molestias habían sido mínimas.

Sin embargo Damian tenía sobrados motivos para fustigarse, por haber sucumbido a la tentación. Contra todo pronóstico, había esperado encontrar pronto a un juez, porque aquel «matrimonio» temporal lo enloquecía, viendo que en cierto modo tenía derecho a hacerle el amor a Casey y a la vez tratando de actuar noblemente y no aprovecharse de la situación.

El día anterior, no obstante, sus pensamientos no eran precisamente nobles, sino todo lo contrario. Había hilvanado un pretexto tras otro para convencerse de que era una estupidez sufrir de aquel modo cuando no tenía por qué. Pero no eran más que eso: pretextos. Sabía que no debería haberle puesto las manos encima.

Aun así, era incapaz de un sincero arrepentimiento. Ella había sido una delicia en todos los sentidos posibles. y además tan apasionada. Eso de hecho había sorprendido a Damian, considerando su propensión a mantener ocultas sus emociones.

Cuando llegaron a Culthers ya entrada la tarde, seguían sin hablar apenas. Como les habían informado, el pueblo era pequeño pero se hallaba obviamente en rápida expansión. Compuesto de dos manzanas de casas y una tercera en construcción, ofrecía diversos comercios para tentar a los colonos a establecerse en la zona. Parecía asimismo más apacible que otros muchos pueblos por donde habían pasado, con niños y animales doméstico jugando en la calle, claro indicio de que pocos tiroteos perturbaban la paz. Había más de una cantina, pero al entrar habían visto también más de una iglesia.

En cuanto llegaron, Casey preguntó por una pensión. Para Damian eso fue casi como una bofetada, pues ella sabía que él acostumbraba alojarse en el mejor sitio de cada pueblo, y en Culthers había un hotel, pequeño, pero un hotel. Con eso quería decirle obviamente que se quedase en su lado del pueblo, y que ella se quedaría en el suyo. Dicho de otro modo, no deseaba más trato íntimo con él.

Si lo hubiese expresado con palabras, el mensaje no habría sido más claro. Otra cosa era qué pensaba Damian al respecto. No le gustaba en absoluto. Si Casey le hubiese dado opción, habría tomado una única habitación para los dos. Pero Damian respetaría sus deseos. Era evidente que se arrepentía de lo ocurrido, y quería asegurarse de que no tenía nuevos motivos de arrepentimiento.

Se separaron después de dejar los caballos en un establo y acordaron reunirse en un restaurante que habían visto al pasar a la hora de la cena para hablar de cómo proceder si Henry se hallaba en Culthers.

Cuando Damian entró en su hotel, vio el periódico en la recepción... y el rostro de Henry en la primera plana. Se detuvo en seco. Curruthers era candidato a la alcaldía en unas elecciones que debían celebrarse varias semanas después.

Leyendo por encima el artículo, Damian llegó a la conclusión que se reducía a una sarta de calumnias de un candidato contra el otro, siendo Henry el que esgrimía las acusaciones. Como artículo de carácter estrictamente político, no incluía datos personales acerca de Curruthers, tales como cuánto tiempo llevaba residiendo en Culthers o de dónde procedía. Ni siquiera mencionaba s*u* nombre de pila, pero en un pueblo de aquel tamaño probablemente todo el mundo se conocía y el nombre se daba por entendido.

Damian tenía dos opciones: ir a buscar a Henry de inmediato y ocuparse de él; o ir a buscar a Casey para que estuviese presente en aquel enfrentamiento tan largamente esperado. Si bien se moría de impaciencia por zanjar de una vez aquel asunto, debía a Casey un asiento

de primera fila, por así decirlo, en pago por el tiempo y el esfuerzo que había dedicado a guiarlo hasta Henry. Sin duda se había ganado el dinero de la recompensa.

Fue sencillo localizar la pensión que le habían aconsejado. Ésta como mínimo era limpia y más o menos acogedora, propiedad casualmente de la maestra del pueblo. La recatada joven probablemente no habría permitido entrar a Damian por nada del mundo si hubiese sabido que Casey era una mujer. Pero como no lo sabía, le indicó que llamase a la segunda puerta de la izquierda del piso superior... que estaba abierta, y la habitación vacía.

Oyó correr agua tras la otra única puerta cerrada. Se acercó y llamó con impaciencia.

-¿ Estás ahí, Casey ?

-¿ Qué haces aquí? -dijo ella al instante.

A Damian no le gustaba hablar a través de las puertas, y en lugar de contestar, preguntó:

-¿ Estás presentable ?

-Apenas. Iba a darme un baño.

Como no era de extrañar, la imagen de Casey en una bañera de agua humeante cambió la dirección de sus pensamientos. Se preguntó si la puerta estaría cerrada por dentro. Se disponía a averiguarlo cuando volvió a oír la voz de Casey.

-¿ Sigues ahí?

-Sí -respondió Damian, y lanzó un suspiro, recordando el motivo de su visita.

-No has dicho a qué has venido.

-Henry está aquí.

-Ya lo sé.

Damian frunció el entrecejo.

-¿ Cómo que ya lo sabes ?

-Probablemente he visto el mismo periódico que tú, con la foto en la primera plana -aclaró Casey.

La expresión de Damian se tornó aún más ceñuda.

-¿ y has venido a darte un baño en lugar de ir a avisarme.

-No se irá a ninguna parte, Damian. Seguirá aquí cuando haya acabado de bañarme.

-Yo no puedo esperar -repuso Damian.

Oyó un gruñido de enojo e inmediatamente después se abrió la puerta. Desilusionado, Damian advirtió que Casey estaba vestida, salvo por el poncho y el cinto con la pistolera.

-¿A qué viene tanta prisa? -protestó.

-Considerando el tiempo que hace que busco a Henry ¿te parece realmente necesaria esa pregunta?

La hostilidad de Casey se desvaneció. Incluso dejó escapar un suspiro.

-No, supongo que no. -Se volvió para coger el cinto y, bajando la vista, se lo ciñó. Entretanto, añadió-: ¿Te has tomado la molestia de preguntar dónde podemos encontrarlo a estas horas ?

-En la cantina Barnet's. Según parece, organiza desde allí su campaña política.

-No lo digas tan indignado. -Casey sonrió-. Resulta que las cantinas son un sitio excelente para muy diversos negocios aparte de beber, jugar y... -Se interrumpió para toser-. Bueno, ya me entiendes.

En efecto la entendía, pero lo negó:

-¿Y?

Obstinadamente, Casey se resistió a mencionar de manera explícita cualquier actividad de naturaleza sexual.

-y pasar un buen rato en general -improvisó con el entrecejo fruncido.

Damian se inclinó y le dio un furtivo beso. Mientras Casey estaba aún demasiado sorprendida para hablar, preguntó:

-¿Esa clase de buen rato?

Casey resopló y cogió el poncho, pero había vuelto a ruborizarse y eludió la risueña mirada de Damian. Lanzó un último vistazo melancólico al agua caliente que dejaba en la bañera y se dirigió hacia la puerta con un lacónico:

-Bien, vamos allá. Acabemos de una vez con esto.

CAPITULO 27

En cuanto Casey entró en la cantina Barnet's, le llamó la atención lo limpia que estaba. Advirtió asimismo que no se parecía en nada a las otras cantinas que conocía. Tenía las mesas forradas de cuero rojo y las sillas tapizadas. La barra era una obra de arte, muy labrada y lustrada, con la superficie de mármol. Las paredes estaban empapeladas. Una fina alfombra cubría el suelo y, asombrosamente, no había una sola escupidera a la vista. A no ser por la barra, habría podido pasar por el vestíbulo de un hotel de lujo o por un selecto club de hombres.

Casey estaba impresionada. Incluso salió otra vez a la calle para mirar el cartel y comprobar que no se habían equivocado de establecimiento. No se habían equivocado, pero Barnet's tenía aspecto de un local extranjero, como si lo hubiese diseñado alguien llegado de Europa... o del Este, y eso hizo pensar a Casey de nuevo en Henry Curruthers.

Se hallaba allí sentado, inconfundible con aquellas gafas de gruesos cristales y el lunar en la mejilla, tal como Damian lo había descrito. Compartía la mesa con tres hombres, y otros dos escuchaban la conversación de pie junto a ellos. Iban todos trajeados, pero Henry era el único que parecía a gusto con esa indumentaria. Daba la impresión de que el grupo estaba en su guarida, planeando su siguiente robo, en lugar de sentado en aquella elegante cantina hablando de estrategias políticas.

Casey desechó la idea de inmediato. No había motivos para tanto recelo. El hecho de que los cinco hombres que acompañaban a Henry tuviesen ese característico aspecto amenazador asociado normalmente a los pistoleros no significaba que fuesen pistoleros. En realidad, ni siquiera iban armados.

Por lo visto, Damian no se había fijado en la decoración ni le parecía fuera de lo común; pero en cuanto vio a Henry , concentró en él toda su atención. Esperaba a que Henry advirtiese su presencia. Casey aguardaba también ese momento, como confirmación de su identidad. En realidad no era necesaria, pero Henry reconocería a Damian, y en ese instante de sorpresa, su reacción podía delatar su culpabilidad.

Lamentablemente no fue ése el caso. Cuando por fin miró hacia la puerta y los vio allí parados, reveló cierta sorpresa pero nada más. y quizá el establecimiento tenía alguna norma en cuanto a la vestimenta que sólo permitía la entrada a hombres con traje, y ella y Damian desde luego no la cumplían, y menos de toda una jornada a caballo. Si ése era el problema, también los demás clientes, y no sólo Henry , se sorprenderían de su presencia.

Y eso ocurrió. Al cabo de un momento todo el mundo observaba con cierta curiosidad, algunos incluso escandalizados.

-¡Eh, oigan! -dijo uno con tono de queja-. Esto es una cantina privada, sólo para socios. Si quieren una copa, enfrente encontrarán la Eagle's Nest.

Por supuesto, Damian y Casey no se movieron, y ella empezaba a pensar que quizá convenía reafirmar su posición con el Colt, al menos hasta que dejasen resuelto el asunto que les atañía. Sin embargo no fue necesario.

-Queda arrestado, Henry -anunció Damian-. ¿Me acompañará por las buenas o me dará el placer de sacarlo a rastras ?

Casey no pudo menos que admirar la contundencia de Damian, aun cuando careciese de autoridad para realizar un arresto legal. Los allí presentes, sin embargo, encontraron cómicas sus palabras; casi todos reían, incluido Henry

-¿Qué has hecho, Jack? ¿Otra vez le has dado una patada al rosal de la señora Arwick? -bromeó alguien.

-No, ya sé -dijo otro entre risas-. El viejo Henning debe de haber demandado a Jack por dejarlo en ridículo en el periódico. ¡Como si no fuese verdad hasta la última palabra!

Henning era el otro candidato a la alcaldía, a quien Henry había denostado en el periódico local, pero ¿ quién era ese Jack al que nombraban ? Alguien más estaba también un poco confuso, aunque a la inversa.

-He oído llamarlo de muchas maneras, señor Curruthers, ¿Henry?

-En realidad, no es la primera vez que me llaman Henry -contestó Curruthers, sonriente- pero, santo cielo, hacía más de veinte años que nadie cometía el error de confundirme con mi hermano gemelo. -A continuación miró a Damian y preguntó-: ¿Es ése el problema, caballero? ¿Me ha confundido con mi hermano Henry ? ¿ y quién es usted, si puede saberse ?

Damian fruncía el entrecejo, obviamente contrariado por las implicaciones de esas preguntas.

-Damian Rutledge... y veamos si le he entendido. ¿ Está diciendo que usted y Henry son gemelos idénticos ?

-Sí, por desgracia.

-¿Por desgracia ?

Curruthers se encogió de hombros.

-En realidad, no tengo nada contra mi hermano, aunque siempre lo he considerado un tanto retraído, no sé si me explico. Pero nunca me ha gustado tener cerca a alguien que puede hacerse pasar por mí sin mayor problema simplemente porque su cara y la mía son idénticas. Por eso me marché de Nueva York y dejé atrás mis lazos familiares en cuanto tuve edad suficiente para vivir por mi cuenta. Y nunca he vuelto ni me he arrepentido de irme. Me he mantenido en contacto y recibo noticias de Henry de vez en cuando, pero si nunca vuelvo a ver a mi hermano, no me importará demasiado.

-¿ Cuándo tuvo noticias suyas por última vez ? -preguntó Damian.

-De hecho, un par de veces este año. Me sorprendí mucho cuando la primavera pasada me escribió para anunciar que pensaba venir a visitarme. Nunca habría imaginado que Henry dejaría Nueva York y su cómodo empleo. Es contable, ¿sabe?

-Sí, estoy enterado.

-Es un hombre muy tímido, no sé si me explico, y esta parte del país... en fin, no es para los tímidos. -Varios de sus amigos rieron el comentario. A continuación, Curruthers añadió-: En todo caso, debe de haber cambiado de idea, ya que volvió a escribirme hace unos meses desde San Antonio... hasta ahí llegó... pero no ha aparecido.

-¿No espera, pues, que aparezca? -inquirió Damian.

-¿Después de tanto tiempo? No se tarda tres meses en llegar desde San Antonio. Supongo que Henry se asustó. Para alguien que ha pasado toda su vida en una gran ciudad como Nueva York, Texas puede parecer bastante primitiva. Sólo cierta clase de hombres es capaz de establecerse aquí, y Henry no pertenece a esa clase, no sé si me explico.

-Pero ¿usted sí?

-Bueno, vivo en Texas desde hace quince años. Supongo que eso habla por sí solo.

-Este pueblo no existe desde hace tanto tiempo -dijo

-He dicho que he vivido en Texas, no en este pueblo -precisó Jack con tono condescendiente-. No, en Culthers llevo sólo unos ocho meses, ¿no es así, chicos ?

-Sí, hará unos ocho meses que apareciste por aquí, Jack –dijo el hombre sentado a la derecha de Curruthers.

-Un par de meses después de Año Nuevo, creo recordar-confirmó otro.

Jack asintió y se volvió de nuevo hacia Damián con una sonrisa de suficiencia.

-Por cierto, ¿qué ha hecho Henry para merecer un arresto?

-Cometió un asesinato.

-¿Henry? -Curruthers irrumpió en carcajadas. Tardó un rato en recobrar la compostura-. Me parece que vuelve usted a equivocarse. Henry *sólo* sería capaz de matar pagando a alguien por hacerlo. No tendría agallas para matar a una persona él mismo.

-Pero usted sí, ¿verdad..., Jack? El hombrecillo se puso tenso, posiblemente porque el breve silencio que Damian había intercalado antes de pronunciar su nombre indicaba que no daba crédito a todo lo que oía. No era de extrañar, ya que Casey tenía también serias dudas. Pero Jack se *limitó* a contestar a su pregunta.

-Mataría en defensa propia, desde luego. Pero en ningún momento he dicho que yo fuese como mi hermano. De hecho, .somos tan distintos como la noche y el día. Personalmente no tolero la debilidad, y *sólo* en esa categoría puede incluirse a mi hermano, no sé si me explico.

Casey tenía esa impresión desde que Jack había empezado a hablar. En aquel diminuto individuo se percibía una inconfundible arrogancia que no coincidía en absoluto con la forma de ser de Henry, según la descripción de Damian. No necesitaba más ocasiones para darse cuenta de que un hermano era más bien cobarde y el otro, en cambio, tendía a fanfarrón. Ya *sólo* queda por ver si era todo una farsa, o si Curruthers tenía el sentido común de corroborar su identidad.

Pero Casey podía quedarse al margen de aquel interrogatorio, ya que Damian se desenvolvía perfectamente. De hecho, percibiendo su furia ante aquel inesperado giro en *los* acontecimientos, la asombraba que fuese capaz de mantener la calma. En principio, cabía esperar que aquél fuese el final de su búsqueda. Para él debía de ser exasperante que, después de todo, se hallasen en apariencia ante un callejón sin salida.

El silencio de Damian, o acaso su expresión de escepticismo, indujeron a Jack a cambiar su actitud de «ofendido», ya que suspiró y dijo:

-Mire, señor Rutledge, si no me cree, y supongo que así es porque nunca había oído hablar de mí, le sugiero que envíe un telegrama a mi tía de Nueva York. por lo que sé, aún vive. Ella confirmará que Henry y yo somos gemelos.

-¿ Dónde está la oficina de telégrafos ? En ese punto Jack volvió a sonreír.

-Aquí en Culthers no hay. Esperamos tenerla antes de fin de año, pero por ahora la más cercana está en Sanderson, a uno o dos días de aquí a caballo en dirección sur. Naturalmente, espero que regrese y me presente una disculpa. No puedo permitirme el menor descrédito durante una campaña electoral, no sé si me explico.

El hombrecillo se mostraba muy seguro de sí mismo, pero una seguridad irritante.

CAPITULO 28

-¿ Dos hermanos, y los dos aspirantes a alcalde ? ¿Tú lo crees, Casey?

Deliberadamente Damian se había abstenido de hablar sobre el encuentro con Jack Curruthers hasta ese momento. Él y Casey comían sendos bistecs casi crudos, como al menos a *ella* le gustaban. Al principio, la decepción de no haber hallado a Henry en la cantina lo enfureció. Una botella de vino tinto y buena parte de otra lo habían serenado lo suficiente para hablar.

Casey masticó pensativamente unas patatas fritas antes de contestar:

-Quizá Henry decidió seguir los pasos de su hermano. Ya sabes, como hacen los hijos con sus padres -añadió intencionadamente, puesto que Damian pertenecía a ese grupo-. por otra parte, puede que Henry preguntase allí adonde iba para conseguir información que le permitiese llegar hasta su hermano. Tal vez, había olvidado el nombre del pueblo, pero recordaba que era nuevo. De ser así, lógicamente habría preguntado por pueblos nuevos, ¿ no ?

-Es una interpretación un tanto traída por los pelos, Casey.

-Quizá, pero no imposible. Intenta imaginarlo. Henry necesita desaparecer y decide que su hermano puede ayudarlo. Recorre medio camino hasta aquí, pero pierde la carta donde Jack menciona el nombre del pueblo donde acaba de establecerse y no consigue recordarlo ni a tiros. Así pues, empieza a preguntar por pueblos recién fundados. O acaso en Texas hay dos pueblos con el mismo nombre, y él llega al pueblo equivocado. Sabe además que Jack se presenta como candidato a alcalde, de modo que limita la búsqueda a pueblos pequeños con alcalde. Pero al final se da cuenta de que Texas es demasiado grande y nunca encontrará a su hermano por ese camino, así que renuncia y vuelve al Este.

-En fin, espero que no estés en lo cierto, porque con un callejón sin salida como ése...

-Yo no lo llamaría aún un «callejón sin salida», Damian -repuso Casey enigmáticamente.

-¿Crees que Henry puede estar aquí, y Jack se ha inventado todo eso para protegerlo ?

-Ésa es una posibilidad, supongo. Pero en ese caso, ¿por qué iba Jack a admitir que Henry planeaba visitarlo?

-Porque le hemos seguido el rastro hasta aquí -contestó Damian,

Casey asintió lentamente con la cabeza.

-Sí, eso lo explicaría. Así y todo, centrémonos en el hermano Jack por un momento. Parece un hombre de armas tomar, pero cualquier cobarde puede hacerse el gallito rodeado de cinco matones descomunales y amenazadores dispuestos a corroborar cada palabra que dice, que es a lo que se dedicaban los tipos que estaban con él. Podría haber comprado su arrogancia, no sé si me explico.

Damian sonrió al oírla usar la muletilla preferida de Jack, pero en cuanto a su razonamiento, dijo:

-Sí, ya había pensado en eso. Salvo que es a Henry a quien yo conozco, no a su osado hermano. Sería más probable que estuvieran cortados por el mismo patrón y no que fuesen tan distintos como Jack induciría a creer.

-No veo por qué -replicó Casey-. Yo tengo dos hermanos que son polos opuestos. Uno no levantaría la cabeza de los libros, detesta la vida del rancho y de hecho no tardará en ejercer de abogado; el otro, en cambio, tiene un mal genio de mil demonio es difícil sacarlo de la pradera, y...

-¿ Tienes hermanos ?

Casey se ruborizó en el acto al oír la pregunta. Por lo visto esa alusión era involuntaria, pero había tomado su correspondiente porción de vino, y si bien el alcohol tenía a veces un efecto estimulante, también podía aflojar la lengua lo suficiente para olvidar que ciertas cosas debían guardarse en secreto.

-Bueno, sí -respondió sin mucho entusiasmo.

-¿ y qué más tienes ?

Casey bebió otro sorbo de vino y después contestó irritada.

-Una madre, por ejemplo, al igual que tú.

Había mencionado a la madre de Damian a propósito, porque sabía que a él no le gustaba hablar de ella, y era una manera de decir: «No saquemos a la conversación cuestiones personales>> y Damian estaría de acuerdo, a no ser porque se moría por conocer hasta el último detalle de la vida de Casey.

-¿ Hermanas ? ¿ Tíos, tías ? -insistió Damian.

Casey entornó sus ojos dorados y contraatacó con un golpe directo:

-¿Cómo es que no te gusta hablar de tu madre, Damian?

Damian habría deseado que ella no jugase tan sucio. El solo recuerdo de su madre lo enfurecía.

-Si contesto a eso, ¿ recibiré a cambio algunas respuestas?

El hecho de que él no eludiese su pregunta la sorprendió, pero se limitó a encogerse de hombros en un gesto evasivo.

-Quizá.

No era una respuesta muy satisfactoria, pero Damian supuso que no podía aspirar a más.

-Muy bien. Para empezar, aclararé que yo quería tanto a mi padre como a mi madre como cualquier otro niño. Pero mi madre no me devolvió ese amor, o cuando menos su amor por otro hombre fue para ella mucho más importante. Se divorció de mi padre hace muchos años, causándole una indecible aflicción personal, así como la inevitable vergüenza pública. Parecería que se divorció también de mí, porque cuando abandonó Nueva York para casarse con su amante, nunca volví a verla.

-¿Nunca? ¿Por decisión de ella o tuya?

-¿Cómo?

-Quiero decir si nunca regresó a Nueva York para visitarte, y de ser así, si tú intentaste alguna vez descubrir por qué -aclaró Casey.

-No a las dos cosas. Pero ¿por qué iba yo a hacer el esfuerzo si ya conocía la razón? Sencillamente no me quería lo bastante para molestarse. Se marchó para iniciar una nueva vida por su cuenta y mandó al diablo lo que dejaba atrás.

Damian era incapaz de hablar de aquello sin amargura. ¿ Por demonios seguía doliéndole después de tantos años ?

-No sé. ..-dijo Casey con una expresión compasiva que incomodó a Damian-. Yo en tu

lugar le habría seguido el rastro y exigido respuestas. y si esas respuestas no me hubiesen gustado, le habría reprochado su falta de sensibilidad para que le remordiera la conciencia. Aunque, claro está, la gente insensible normalmente no se siente culpable de nada. Por eso son insensibles. Pero hubiese tirado a matar.

¿ Pretendía hacerlo reír ?

-¿Verbalmente... o con el revólver que llevas?

Casey lo miró molesta. Por lo visto, hablaba muy en serio.

-Hace muchos años que cargas con eso basándote en una suposición, Damian. ¿ No te molesta ? Yo buscaría una confirmación, en un sentido o en otro.

-Mi madre no estaba cuando la necesitaba. Ahora ya no la necesito. ¿De qué serviría ?

quizá te devolvería la paz de espíritu. Quizá porque es la única familia que te queda. Quizá porque recientemente te has enterado de que ha enviudado y está sola. Pero eso es sólo lo que yo pensaría en tu situación. En todo caso, yo siempre he tenido cerca a mis padres, así que en realidad no puedo saberlo.

Sermoneadora y arrepentida al mismo tiempo. ¿ Cómo conseguía hacerlo? Pero quizá tenía razón. Tal vez Damian debería haberse enfrentado con su madre mucho tiempo atrás para escuchar su versión. No podía herir ya más sus sentimientos. Al fin y al cabo, él ya daba por sentado lo peor.

-Lo pensaré -admitió con voz apagada.

La respuesta de Casey fue una sonrisa y un cambio de tema.

-Volvamos a Jack Curruthers...

-No tan deprisa -la interrumpió Damian-. ¿ Olvidas tu «quizá» de hace un momento ? Seamos justos, Casey. Oigamos ahora un poco más acerca de tu familia.

Casey lanzó un suspiro de resignación y cogió la botella de vino para volverse a llenar el vaso.

-Bien, ya sabes que mis padres viven aún.

-¿Juntos?

-Ah, sí; el suyo es un amor profundo y duradero. A veces hasta resulta embarazoso cuando son incapaces de quitarse las manos de encima.

Casey consiguió decir eso sin ruborizarse. No obstante, Damian no debería haberlo preguntado. La mayoría de los matrimonios con hijos permanecían juntos, sobre todo porque el divorcio, al menos en la alta sociedad, podía llegar a ser un verdadero escándalo.

-Tengo dos hermanos varones y ninguna hermana –prosiguió Casey-. Tyler me lleva poco menos de un año. Es el futuro abogado de la familia. Dillon es el alborotador, aunque tiene sólo catorce años. Recientemente perdí a un abuelo, un viejo cascarrabias que yo adoraba. Pero me queda el otro, que ha sido médico toda su vida y todavía ejerce, aunque sólo con sus paciente antiguos. Ésos son todos mis parientes, porque ni mi padre ni mi madre tienen hermanos.

-¿Y por qué te fuiste de casa?

Casey arrugó la frente. y casi transcurrió un minuto de silencio hasta que finalmente dijo:

-por una pequeña discrepancia con mi padre.

-No debió de ser tan pequeña, Casey, cuando decidiste echarte a vivir por tu cuenta -observó Damian.

-Bueno, para mí era un asunto importante. No me creía capaz de ciertas cosas porque soy mujer, y se puso terco como una mula.

-Así que tú te propusiste demostrarle que estaba equivocado, ¿y qué mejor que convertirte en cazarrecompensas, un trabajo que la mayoría de las mujeres ni se le pasaría por la cabeza?

-Algo así -masculló Casey.

-y considerando los peligros de la actividad que elegiste, ¿quién se puso en realidad más terco ?

-No he pedido tu aprobación, Damian -le recordó.

-No, no me la has pedido. y ya puedes dejar de mirarme con cara de odio. Soy

consciente de que te he sonsacado mucha información. Pero no me disculparé. Eres una mujer fascinante, Casey, y desearía saberlo todo sobre ti. No puedo reprimir mi curiosidad.

Casey se sonrojó y atacó con furia el resto de su bistec.

Probablemente Damian no debería haber dicho aquello. Era obvio que Casey prefería que la conversación no derivase hacia un terreno aún más personal. Pero después de aquel largo rato sentado frente a ella y mirándola, porque mirar era aceptable durante la conversación, empezaba a tener problemas con otro de sus <<deseos».

y ciertamente no debía ceder a él, conocía de antemano la probable respuesta, pero lo propuso de todos modos:

-¿Vendrás a mi habitación esta noche, señora Rutledge?

Al instante Casey lo miró con expresión ceñuda.

-¿ Quieres decir que no has averiguado aún si hay juez en este pueblo?

-No hay.

Casey contrajo los labios en una leve mueca de disgusto.

-¿Por qué imaginaba yo que ya lo sabías? -Todavía ceñuda, se puso en pie-. Tengo habitación, muchas gracias. y si mañana hemos de salir temprano, mejor será que me retire a ella.

-Casey...

Ella no lo dejó acabar.

-Concéntrate en lo importante y deja de actuar como si yo fuese la única mujer del pueblo. No lo soy, y quizá desees aprovechar esa circunstancia antes de que reemprendamos el viaje.

Se marchó airada. De todos modos, Damian esperaba ya una reacción así, considerando cómo se había comportado durante todo el día, Pero la velada insinuación de que se buscase una prostituta servicial era ridícula. Él no deseaba a cualquier mujer; deseaba a la mujer con quien estaba casado.

CAPITULO 29

Casey no estaba en plena forma a la mañana siguiente. Al salir del restaurante la noche anterior, había entrado en una cantina a comprar otra botella de vino para llevársela a su habitación. No había sido muy inteligente de su parte, pero no se le ocurrió mejor solución para el caos absoluto en que se hallaban sumidas sus emociones. Sin el vino, no habría conseguido conciliar el sueño.

El día anterior, estaba convencida de que encontrarían a Henry en Culthers, y por tanto suponía que ella y Damian se separarían para siempre antes de anochecer. Tenía aún el presentimiento de que Henry se hallaba en efecto allí, ya fuese escondido, o simulando ser su propio hermano Jack. Pero la búsqueda no había concluido. y continuaba asimismo el caos emocional de Casey.

No debería haber hecho el amor con Damian la otra noche. No debería haberse sometido a los dictados de su cuerpo, desoyendo las advertencias de su mente. Satisfaciendo su curiosidad sólo había conseguido una cosa: ahora sabía qué más echaría en falta cuando él se marchase. Bastante grave era ya que fue a echarlo en falta aun al margen de aquello. Pero le constaba que sería por alguna razón, se sentía ligada a él de un modo que tenía nada que ver con su matrimonio temporal. Había sido una estupidez dejar que sus sentimientos llegasen a ese punto, pero en realidad no había tenido elección.

Y a la vez experimentaba ya la pérdida. Eso era lo más insólito. Damian no se había ido aún, pero Casey sabía que se iría pronto... y le molestaba sentirse como se sentía ante la e expectativa, es decir, moralmente hundida.

Sin embargo no era justo descargar en él su frustración, como había hecho el día anterior. Damian no tenía la culpa de que no fuesen, ni pudiesen llegar a ser, compatibles. Se habían educado de maneras muy distintas, en dos culturas por completo diferentes. Ella nunca sería feliz en la de él, y él nunca sería feliz en la de ella, yeso no tenía vuelta de hoja.

El día anterior tampoco había llevado a cabo todas s pero a eso puso remedio por la

mañana, deteniéndose con la señorita Larissa, la maestra del pueblo y dueña de la pensión. Habló asimismo con varias personas que se encontró camino del establo.

-Jack Curruthers no lleva en el pueblo tanto tiempo como dice. Eso era una mentira descarada, con el respaldo de las mentiras de sus compinches.

-¿ Es sólo tu opinión, o lo has verificado ? -preguntó Damian.

-Al principio sólo lo sospechaba, pero suponía que no podía tener en nómina a todo el pueblo, así que ha sido fácil averiguar la verdad. La maestra sostiene que Curruthers llegó aquí aproximadamente en las mismas fechas que ella, hace menos de cinco meses. Otros dos vecinos del pueblo lo han confirmado.

-¿ y se sabe si Henry ha aparecido por aquí?

-Nadie recuerda a un hermano gemelo; incluso se han sorprendido cuando lo he mencionado. Pero un tipo ha comentado que la comisión electoral de Jack le *aconsejó* que votase por él.

Damian enarcó una ceja.

-¿Llevaba eso implícita una amenaza de violencia?

-Proviniendo de esos matones en particular, diría que se trataba más bien de una promesa.

-¿Se propone, pues, llegar a la alcaldía por la fuerza?

-No sería el primero en hacerlo -contestó Casey.

-En una ciudad grande, admito que así es. Pero habría pensado que era distinto aquí en el Oeste, donde la gente inicia una nueva vida por su cuenta.

-Sí, pero Curruthers no es de aquí; viene de la gran ciudad. Además, hay corrupción en todas partes, Damian, por poco que te molestes en buscarla. Posiblemente no se da con tanta frecuencia en sitios donde todo el mundo se conoce, como ocurre en la mayoría de los pueblos del Oeste. Pero en cuanto a Jack, la cuestión es: ¿qué necesidad tiene de mentir si es realmente el hermano gemelo de Henry, y no el propio Henry haciéndose pasar por Jack.

-¿Crees que quiere alejarnos del pueblo sólo para ganar tiempo e intentar escapar de nuevo? -preguntó Damian.

-No, dudo mucho que esté dispuesto a renunciar a sus proyectos en Culthers. Más probablemente nos considera un problema que intentará eliminar.

-¿ Esperas complicaciones, pues ?

-De eso puedes estar seguro -respondió Casey, y en su estado de ánimo casi las deseaba.

-Entonces ¿por qué nos molestamos en ir a Sanderson a enviar el telegrama ?

-Porque necesitarás toda la información que puedas reunir antes de encararte otra vez con él. Y a propósito, supongo que conoces ya el nombre de la tía de Curruthers, puesto que ayer lo preguntaste.

-Sí -contestó Damian-. Cuando Henry desapareció, la interrogaron. Juró que su sobrino era inocente, incapaz de hacer algo tan «ruin», como ella dijo. No olvides que la mantenía desde hacía muchos años. Lo extraño habría sido que no lo defendiera incondicionalmente.

-¿No mencionó que tuviese un hermano gemelo?

-No. Pero, como imaginarás, no se mostró muy dispuesta a cooperar. Se limitó a contestar las preguntas, sin facilitar un solo dato más que pudiese ayudar a encontrarlo.

Casey asintió con la cabeza.

-Muy bien, pongámonos en marcha. Cuanto antes envíes ese telegrama, antes podremos volver para poner fin a este asunto.

-Crees que Jack es Henry, ¿verdad? -dijo Damian.

-En realidad, no. Sí creo, sin embargo, que Jack sabe donde está Henry. Sea aquí o en alguna otra parte, lo sabe. Será interesante encontrar la manera de arrancárselo.

Damian frunció el entrecejo.

-No estarás sugiriendo que lo obligue a hablar a golpes ¿verdad?

-Sólo como último recurso -contestó Casey con una sonrisa.

CAPITULO 30

Previendo problemas, Casey no durmió mucho aquella primera noche en el camino de regreso a Sanderson. Tampoco Damian consiguió dormir apenas, así que montaron guardia por turnos durante toda la noche. Pero no apareció nadie para intentar convencerlos de que abandonasen la Zona y dejasen en paz al futuro alcalde Curruthers.

Damian envió el telegrama y tomó una habitación en el hotel para esperar la respuesta y recuperar el sueño atrasado. Casey estaba aún demasiado nerviosa para retirarse a descansar. Entró en la más bulliciosa de las dos cantinas de la calle principal, tomó primero una copa en la barra y luego se sumó a una de las tres partidas de póquer en curso.

Escogió la mesa donde parecía haber más diversión que apuestas serias, con tres tipos muy animados que charlaban y contaban chistes sin cesar mientras jugaban, que era precisamente lo que a ella interesaba, cuando menos en *lo referente* a la charla. y la aceptaron de inmediato, como si la conociesen desde hacía años, permitiéndose incluso algunas bromas respecto a su edad y expresando sus dudas sobre si realmente sabía jugar al póquer.

Casey dejó pasar media hora larga, durante la cual perdió una mano tras otra sistemáticamente, antes de formular con aparente despreocupación su primera pregunta:

-Por cierto, chicos, ¿habéis oído hablar de Jack Curruthers, el candidato a la alcaldía de Culthers en las próximas elecciones ?

-Apenas -Contestó John Wescot-. ¿Por qué?

John se había presentado como el único dentista del pueblo, garantizándole a Casey una experiencia indolora si en alguna Ocasión llegaba a necesitar sus servicios. Ella había conseguido declinar el ofrecimiento sin reírse.

-Yo he oído decir que es un gallito que pretende calzarse unos zapatos que le vienen demasiado grandes -comentó Bucky Alcott.

Bucky, un hombre ya entrado en años, cocinaba para *los* vaqueros en uno de *los* ranchos de *los* alrededores. Hasta que mencionó su ocupación, Casey no cayó en la cuenta de que era sábado por la noche y por eso estaban tan concurridas las cantinas; como era lógico, *los* vaqueros habían acudido al pueblo en busca de los típicos alborotos de fin de semana.

-Acabo de pasar por allí -dijo Casey, de nuevo con toda naturalidad, mientras estudiaba las cartas de su presente mano-. He oído contar más de una vez que sus hombres están presionando a la gente para que voten por *él.*

-¡Vaya, vaya! -exclamó Pete Drummond, moviendo la cabeza-.¡Eso sí que no me sorprende en absoluto!

Pete había llegado al Oeste hacía sólo dos años. Aunque relativamente novato, se había adaptado bastante bien, e incluso hablaba con el descuido propio de aquellas tierras, pese a que sin duda era capaz de hablar con una perfecta dicción si se lo proponía. Se ganaba la vida vendiendo armas y había abierto una tienda en Sanderson.

-¿Conoces a Jack, pues? -preguntó Casey a Pete.

-No, pero lo vi cuando pasó por aquí camino de Culthers. Un fulano pequeño que actuaba como si fuese el dueño del pueblo o de todo el puñetero estado, si a eso vamos. En mi vida había visto a alguien con semejante arrogancia.

-¿ Conocéis a los hombres que trabajan para él en Culthers? -prosiguió Casey.

-Puede que sean Jed Paisley y sus chicos -respondió el dentista arrugando la frente en ademán pensativo-. Trabajaron en el rancho Hastings una temporada, más o menos a mitad de camino entre Sanderson y Culthers, pero, según me contaron, se quejaban de que aquel empleo era demasiado tranquilo para ellos y acabaron marchándose.

-Puede que tengas razón, John -dijo Pete-. Mi hermana estuvo por esa zona hace unas semanas y mencionó que vio a Jeb y uno de sus chicos en Culthers... y nada menos que trajeados ¿Os imagináis a ese tipo con un traje?

-¿Quién es Jed Paisley exactamente? -preguntó Casey

-Bueno, son sólo rumores, nada demostrado, pero dicen que antes andaba con la banda de Ortega, en México, aterrorizando a los campesinos y matando por pura diversión. -Pete hablaba del tema cada vez más animado-. Se dedicó a eso durante par de años y luego probó con trabajos legales por los ranchos de esta zona. El año pasado mató a un tipo en esta misma cantina. Fue una excusa estúpida para matar a un hombre, si quieres que te sea sincero, pero

de todos modos quedó impune.

A Casey le venció la curiosidad.

-¿Cuál fue la razón?

-Por lo que me han contado, la víctima, para ahorrarle el bochorno a Jed, tuvo la amabilidad de susurrarle al oído que se había olvidado de abrocharse la bragueta al salir del retrete. Sin embargo Jed tomó como un insulto el hecho mismo de que el tipo se hubiese fijado y lo mató de un tiro.

-Un poco susceptible -comentó Casey, moviendo la cabeza un gesto de disgusto.

-*Muy* susceptible, diría yo. Jed no es un tipo agradable en ningún sentido. Aquí nadie lo echó de menos cuando dejó de venir -aseguró Pete, remarcando sus palabras con un gesto categórico.

-Yo una vez tuve que sacarle una muela -explicó John-. En mi vida he sudado tanto como aquel día. No despegó la mano del revólver en todo el rato.

-Sus chicos estarán cortados por el mismo patrón, imagino dijo Casey.

-Eso sin duda -afirmó Pete-. Eran cinco en total. Tropezarse con uno o dos de ellos no representaba un grave problema, ya que no se metían en líos intencionadamente; más bien se limitaban a aprovechar la ocasión cuando se presentaba. Pero cuando se reunían los cinco y para colmo bebían... en fin, siempre resultaba alguien herido. y el puñetero sheriff les tenía demasiado miedo para intervenir.

-¿Es de suponer, pues, que son pistoleros rápidos? –preguntó Casey, considerando necesario aclarar ese detalle.

John se encogió de hombros.

-Yo no diría eso exactamente. «Certeros» sea quizá la palabra correcta.

-Mason es rápido con el revólver -precisó Bucky-. En los tiempos en que cortejaba a la señorita Annie, le vi hacer una demostración para impresionarla. En cuanto a Jed, como bien dice donde pone el *ojo* pone la bala. Un domingo un par de niños sacudieron un avispero cuando Jed pasaba por al lado, y en vez de apartarse, no se le ocurrió otra cosa que matar a tiros a tres avispas; incluso recargó el revólver para no dejar viva a una sola. Algunos comentaron que los niños habían tenido suerte de que no la emprendiese a tiros con ellos, y la mayoría de la gente compartió esa opinión. y quizá lo habría hecho si no hubiesen salido corriendo como desesperados.

-¿ Sabéis algo de los otros tres ? -preguntó Casey.

-El más joven se llama Jethro, que además es el hermano menor de Jed. Vino a reunirse con Jed hace unos años. Es un bravucón de tres al cuarto que se vanagloria de la fama de su hermano y saca partido de ella, pero solo sería un don nadie.

John decidió intervenir nuevamente y dijo:

-Otro es Elroy Bencher, muy aficionado a exhibir su fuerza sin recurrir casi nunca a las armas. Se considera invencible cuando se trata de usar los puños. De hecho, andaba siempre buscando a alguien dispuesto a medirse con él en un par de asaltos, pero aquí no nos criamos estúpidos. El único que aceptó el reto acabó con el espinazo roto y no ha vuelto a caminar desde entonces.

Casey hizo una mueca de repulsa.

-¿ y el último ?

Pete movió la cabeza en un gesto de negación.

-Nadie sabe gran cosa de Candiman, lo cual, para mí, lo convierte en el más peligroso. Es un hombre callado, demasiado callado, y siempre está observando.

-un nombre curioso1-comentó Casey.

-Así se hace llamar. Sus amigos lo llaman Candy, y cuando están todos juntos, siempre hay por lo menos uno que le lanza un caramelo. Creo que nunca lo he visto sin algo dulce en la boca.

-Me encantaría tenerlo en mi sillón -bromeó John-. Es decir, siempre y cuando dejase fuera los revólveres.

Los demás rieron el comentario. Luego Pete preguntó:

-¿ A qué vienen tantas preguntas, Kid ?

Casey dio una explicación sencilla que no requería detalles.

-Tuve un roce con Curruthers y su grupo cuando estuve allí y como he de volver por un asunto de trabajo, quería saber si había algún motivo para preocuparse.

-Yo que tú no me acercaría a ellos -recomendó John.

-Yo que tú ni siquiera pondría otra vez los pies en Culthers.-añadió Bucky.

-Date por contento de haber salido de allí entero la primera vez, Kid. No tientes una segunda vez a la suerte –sugirió Pete.

1. Candy-man significa «vendedor de dulces». (N. del T.)

Un consejo sensato y bienintencionado de gente agradable y cordial, que Casey agradeció antes de marcharse. Sin embargo no podía seguirlo, por desgracia. Pero en realidad *los* pistoleros de Jack le preocupaban *sólo* hasta cierto punto. Al fin y al cabo, ni siquiera iban armados, probablemente porque habría perjudicado a la imagen política de Jack. ¿ y podían ser muy peligrosos sin armas?

CAPITULO 31

La emboscada se produjo a la mañana siguiente a una hora de camino de Sanderson. El primer disparo llegó de la izquierda, de entre unos árboles que bordeaban un empinado barranco. El segundo procedía de un desfiladero formado algo más adelante por unos peñascos que estrechaban más aún el camino de por sí angosto. No era la única ruta hacia Culthers, pero sí la más rápida y en ese momento el paso estaba cortado.

Pero a decir verdad aquellos disparos no eran una simple advertencia para que se diesen media vuelta y buscasen otra ruta. Aquello iba muy en serio, tanto que Casey fue a ponerse a cubierto de inmediato y dijo a Damian que hiciese lo mismo. Por desgracia eligieron lados opuestos del camino, lanzándose Casey tras gran roca a la derecha y adentrándose Damian entre *los* árboles a la izquierda.

Eso les impidió planear una estrategia, pero Damian no parecía necesitar consejos. Devolvía ya *los* disparos. Casey cogió su rifle y se unió al tiroteo. Esperaba que las balas procediesen de cinco p*untos* distintos, pero localizó *sólo* dos, lo cual no significaba gran cosa, puesto que desde donde se hallaba no tenía una clara perspectiva de toda la Zona.

La verdad era que no preveía una emboscada a plena *luz* del día. Un ataque nocturno, sí, pero ¿por qué durante el día, cuando era posible ver a *los* autores de *los* disparos? Aunque naturalmente si los atacantes no tenían intención de dejar testigos con vida no importaba que fuese de día o de noche.

Casey supuso que, después de lo que había averiguado acerca de Jed Paisley y sus compinches la noche anterior, debería haber contemplado aquella posibilidad. y dado que aquello podía haber ocurrido ya en el camino de ida a Sanderson -habían tenido tiempo y oportunidades de sobra-, cabía pensar que Jeb había esperado antes de actuar por si Casey y Damian decidían marcharse en lugar de regresar a Culthers. Jack debía haber dado órdenes de detenerlos sólo si volvían.

Disparó un par de veces hacia los árboles, a unos veinte pasos del sitio donde Damian había buscado refugio. Allí se encontraba el tirador más próximo a Damian, y era por tanto el que más la preocupaba. Obviamente, si no hubiese estado tan pendiente de los árboles por miedo a que alguien se acercase furtivamente a Damian, habría tomado mayores precauciones para evitar que eso mismo le ocurriese a ella...

-¿Qué hay, Kid? Deberías haber seguido nuestro consejo y volver al lugar de dondequiera que vinieses.

Casey reconoció al instante la voz que acababa de oír detrás de ella. Era John Wescot, el dentista de Sanderson. Sin embargo no lograba explicarse qué hacía allí, apuntándola a la espalda con un rifle, pues un segundo antes de oír su voz había distinguido el chasquido del percutor.

Cuando se dispuso a volverse para confirmar su identidad con sus propios ojos, puesto que su mente se negaba a aceptarlo, él ordenó:

-No te muevas, salvo para soltar ese rifle muy despacio.

Casey obedeció. Al fin y al cabo, el rifle era demasiado poco manejable para una acción rápida, y John no le había pedido que dejase también el revólver, probablemente porque el poncho le impedía verlo. Además, no todo el mundo llevaba un arma al cinto, y menos los «muchachos» de la edad que él le calculaba.

-Tienes suerte de que seamos nosotros y no el bueno de Jeb -prosiguió John con su tono desenfadado-. Para serte sincero, Jed es mucho peor de lo que dejamos entrever anoche. Disfruta torturando a sus víctimas antes de matarlas. Le encuentra placer a eso. A mí me pagan por matar, y prefiero una muerte rápida y limpia. Después de todo, es sólo un trabajo. Así que tú eliges: ¿en la cabeza o en el corazón? Por experiencia sé que tan rápido es lo uno como lo otro, o sea que no debe doler demasiado.

Casey no daba crédito a sus oídos. Hablaba de la muerte como si fuese simplemente una molestia menor. ¿ y cómo demonios sabía él si dolía o no?

-Contéstame primero a una pregunta, si no te importa -dijo, consiguiendo adoptar el mismo tono despreocupado que él empleaba-. ¿Os encargaron este trabajo antes o después de nuestra charla de anoche ?

-Fue después de marcharte. Admito que lo pasamos bien en tu compañía, Kid. No tenemos a menudo la oportunidad de alardear de nuestros amigos de esa manera -respondió, sonriendo-. Fue francamente divertido. y por si te sirve de consuelo, a Bucky le remordía la conciencia por aceptar el trabajo, considerando que te conocemos y que eres tan joven. Pero un trabajo es un trabajo.No es nada personal, compréndelo.

Sí, lo comprendía perfectamente. Ésa era una actitud característica de los asesinos a sueldo, eximirse de toda culpa que pudiese perturbarlos. Por supuesto, la mayoría ni siquiera tenía conciencia, así que de todos modos la culpabilidad no tenía cabida en sus estrechas mentes.

Casey hizo otra pregunta, más por ganar tiempo que por autentica curiosidad.

-No eres dentista, ¿verdad?

-¡Claro que no! -respondió, casi resoplando-. ¿Por qué iba a dedicarme a un trabajo ridículo como ése cuando esto resulta mucho más rentable ? y ahora contesta, porque no puedo perder más tiempo: ¿ dónde prefieres la bala ?

-Entre las cejas, si es que antes te atreves a mirarme a los ojos.

- Tienes mucho descaro para ser tan joven, ¿ no ? De acuerdo, Kid date la vuelta, pero muy despacio. No empeores las cosas.

Empeorar las cosas, ¿para quién? Para ella, naturalmente. Aquel tipo o tenía nervios de acero, o realmente no esperaba que le causase el menor problema, y Casey supuso que se trataba de lo segundo. y efectivamente era John Wescot. Si algo la desconcertaba, no obstante, era su propia credulidad, el hecho de que aquellos individuos habían conseguido engañarla tan fácilmente, haciéndole creer que eran inofensivos ciudadanos reunidos en la cantina para pasar un buen rato el sábado por la noche.

-¿Satisfecho? -dijo John, apuntando el rifle con más cuidado. Ha llegado el momento...

Casey se echó al suelo a la vez que desenfundaba el revólver. Pero ni aun su extrema agilidad bastó para esquivar la bala de un rifle ya amartillado. Sólo consiguió desviar ligeramente el disparo de John. También ella descerrajó un tiro, pero la explosión que sintió simultáneamente en la cabeza no le permitió ver si por lo menos había logrado llevárselo a la tumba consigo.

CAPITULO 32

Damian no veía detrás de la roca que Casey había elegido para ponerse a cubierto, pero sí veía por encima. y cuando oyó dos disparos casi simultáneos y vio dos bocanadas de humo flotando justo encima de aquella roca, le dio un vuelco el corazón.

Lo separaban de la roca unos cuarenta pasos de terreno abierto y llano, pero eso no lo disuadió de echarse a correr hacia allí. Las balas daban en la tierra a sus pies y volaban sobre su cabeza. Con su estatura y corpulencia, ofrecía un blanco perfecto, pero a él no le preocupaba ni se había parado siquiera a pensar en ello. Y los disparos no tenían nada que ver

con el hecho de que en su vida hubiese corrido tan deprisa.

Al llegar a la roca encontró un cuerpo tendido en el suelo y otro recostado contra una roca contigua, de pie con una ligera inclinación... y muerto. Había sangre por todas partes.

Casey era la que yacía en el suelo, y Damian no pudo soportarlo. Parecía tan muerta como el otro cuerpo, tumbada cara arriba, los brazos extendidos, el revólver aún en su mano derecha. No sabía si respiraba. y estaba cubierta de sangre, lo cual no le permitió localizar inmediatamente la herida.

Se habría tranquilizado quizá si hubiese advertido que la mayor parte de la sangre no era de ella, sino del hombre al que había disparado en el pecho a quemarropa. Sin embargo Damian no se hallaba en situación de reparar en esa clase de detalles cuando se arrodilló junto a ella y la cogió con delicadeza entre sus brazos.

En ese momento los atacantes podrían haberse acercado y acabado con él, porque tenía puesta toda su atención en Casey. mientras la mecía en sus brazos, sumido en la mayor angustia. Pero dado que los pistoleros restantes no veían qué ocurría tras la roca, en lugar de aproximarse, siguieron disparando en esa dirección, mellando a balazos la dura piedra, cuyas esquirlas en una ocasión cayeron peligrosamente cerca de Damian.

Él era el único culpable de aquello, pensó Damian. Había llevado a Casey hasta allí. La había tentado con una suma de dinero que nunca antes había cobrado por un solo trabajo. Si él le hubiese hecho una oferta razonable, ella podría haberla desechado y seguir su camino; pero Damian no había querido correr el riesgo, y su oferta había sido desorbitada. y ahora...

El calor de la piel de Casey debería haberle indicado que aún no estaba muerta, pero la conmoción no le permitió pensar en eso. Era fácil abandonarse a la culpabilidad y las recriminaciones, y el propio Damian, en su abandono, no podía apenas respirar a causa del nudo que tenía en la garganta, no dándose cuenta de que ella todavía respiraba.

Fue necesario un sonoro gemido para traspasar por fin su barrera de dolor, un gemido causado no por la herida sino por la fuerza con que él la estrujaba entre sus brazos. Damian lanzó un grito de alegría y volvió a dejarla con cuidado en la tierra. Aunque sin llegar a abrir los ojos, Casey parpadeó fugazmente. Estaba viva... viva y quizá a punto de desangrarse.

El pánico se adueñó nuevamente de Damian al concebir esa posibilidad, y de inmediato intentó localizar la herida para restañarla. Mientras palpaba su cuerpo Casey no se movió, pero en cuanto le tocó la cabeza, volvió a gemir y abrió los ojos... justo a tiempo de disparar contra el hombre que se aproximaba sigilosamente a él por detrás.

Damian se volvió en el acto y lo vio caer de bruces. Casey había perdido otra vez el conocimiento cuando él la miró de nuevo, y en esta ocasión el revólver aún humeante resbaló de su mano flácida. Damian se apresuro a colocarse el revolver en su propio cinturón y examinó la cabeza de Casey.

Justo sobre la sien derecha tenía un surco de cuatro dedos de largo por donde la bala había pasado rozando. El pelo había desaparecido en esa franja, como si le hubiesen arrancado una mínima porción de cabellera. Tenía además chamuscado el borde superior de la oreja por efecto del calor de la bala.

La herida sangraba aún, pero sólo ligeramente. En ese momento era su estado de inconsciencia lo que más lo preocupaba. Los golpes en la cabeza podían afectar al cerebro de muy diversas maneras. Él podía considerarse afortunado de que su reciente herida en la cabeza no le hubiese producido más que jaqueca

Debía llevarla a un médico. y debía asegurarse asimismo que no volvían a disparar contra ella en el camino. Eso implicaba ocuparse en primer lugar del resto de los atacantes, o acaso del último, ya que oía las descargas de una única arma. Aunque eso no quería decir nada, desde luego; podía haber más. Encontrar el lugar donde habían dejado los caballos le serviría para conocer el número exacto, y eso se propuso hacer después de vendar la cabeza a Casey con su pañuelo.

Agachado ya veces arrastrándose, rodeó las grandes rocas y se dirigió hacia el desfiladero situado algo más adelante. Supuso que los caballos se hallarían al otro lado, pero cuando llegó allí no encontró caballos ni rastro alguno de que hubiesen estado atados en aquel lugar, así que desanduvo el camino.

Los disparos habían continuado, dirigidos hacia la roca donde lo habían visto esconderse. Pero cuando Damian consiguió atravesar el desfiladero, habían ya cesado por completo. Tampoco eso quería decir nada, o más exactamente podía querer decir muchas cosas. No obstante, se apresuró a volver junto a Casey... y al llegar allí descubrió que había desaparecido.

Los dos cadáveres seguían tras la roca, pero no así sus armas ni Casey ni *Old Sam.* Con todo, Damian sabía que Case no se habría marchado dejándolo allí. No tenía motivo alguno para hacer eso, a menos que pensase que estaba muerto. Pero antes comprobaría si estaba o no muerto... a no ser que se hubiese olvidado totalmente de él. y la pérdida de la memoria era uno de los peculiares efectos de las heridas en la cabeza que lo preocupaban. Había oído de casos en que una persona, tras un golpe en la cabeza, olvidaba a los amigos, la familia e incluso las experiencias de toda una vida. Si Casey había recobrado el conocimiento y se había ido de allí sin más, ¿qué otra cosa podía pensar Damian? En esos momentos quizá no se acordaba de él en absoluto.

CAPITULO 33

Al despertar, Casey descubrió que viajaba a lomos de un caballo, atravesada sobre la silla y con la cabeza colgando. El ruido de los cascos contra la tierra le causaba un intenso dolor que la traspasaba de sien a sien. Lo primero que pensó fue que Damian podría al menos haberla sostenido erguida entre sus brazos, en lugar de transportarla en aquella innoble posición. Se disponía a decírselo cuando advirtió que la pierna que había junto a ella no era de Damian, o como mínimo la bota no lo era.

Había disparado contra John Wescot. No estaba segura, pero creía haber disparado también contra Pete Drummond. ¿Significaba eso que era Bucky, el tercero del grupo, quien la acarreaba? pero ¿por qué? Si la había encontrado, ¿por qué no había acabado el trabajo que le habían encargado?

« y por si te sirve de consuelo, a Bucky le remordía la conciencia por aceptar el trabajo, considerando que te conocemos y que eres tan joven.»

Recordó de pronto esas palabras y en efecto le sirvieron de consuelo. Bucky no quería matarla. La llevaba a alguna parte para no verse obligado a hacerlo... si realmente era Bucky y no Jed Paisley o uno de sus chicos.

Pero ¿qué otra opción tenía Bucky? ¿Dejarla marchar sin más? Casey lo dudaba. Aunque aquel trabajo no le gustase, lo había aceptado. No tenía la menor idea de cuáles podían ser sus planes .Por otra parte, ¿cómo debía reaccionar ella? ¿Mostrándose indignada? ¿Poniéndolo de vuelta y media por haber intentado matarla? No, podía salirle el tiro por la culata.

Una nueva punzada de dolor en la cabeza le recordó lo delicada que era todavía la situación. Se abstuvo de palparse la herida para determinar su gravedad. Prefería que Bucky no supiese aún que había recobrado el conocimiento. Pero no podía ser nada serio cuando recordaba con toda claridad...

¡Ésa era la solución! Se haría la tonta, fingiría que había perdido la memoria a causa de la herida. Si no se acordaba de él, de Culthers ni de lo ocurrido, no tendría motivo alguno para retenerla. Le resolvería así el dilema. Es decir, si Bucky tenía inteligencia suficiente para llegar a esa conclusión por sí solo, y Casey esperaba que así fuese, puesto que ella no podría ayudarlo a razonar si no sabía siquiera por qué le habían disparado.

Por el momento, esperaba que no tardasen mucho más en llegar adondequiera que Bucky hubiese decidido llevarla, o si no, el contenido de su estómago acabaría ensuciándole la bota...

Desde su posición invertida, Casey tuvo la impresión de que se acercaban a una granja, aunque aparentemente en desuso, quizás comprada por poco dinero a un granjero que había desistido de su empeño y cambiado de aires. Un lugar agradable que un tipo como Bucky pudiese considerar su hogar... en caso de que no fuese un fugitivo de la justicia. Incluso podría haberla compartido con sus dos amigos muertos. La casa en sí era bastante grande para

alojar holgadamente a tres personas.

Bucky ni siquiera se molestó en Comprobar si estaba despierta cuando desmontó y se la cargó al hombro para llevarla al interior *de la casa. Casey apenas pudo contener un gruñido al clavársele en el estómago su huesudo hombro. y la tiró, literalmente, al suelo. Quizá Casey había estado albergando falsas esperanzas. Bucky se había pasado de la raya en su desinterés por el esta ella. Sin embargo eso dio a Casey una excusa para despertarse... Con un gemido.*

Abrió los ojos y Vio que en efecto era Bucky Alcott quien estaba agachado junto a ella, observando el pañuelo manchado de sangre que llevaba aún atado alrededor de la cabeza.

-¿ Quién es usted ?

-No me tomes el pelo, Kid -replicó Bucky-. Me conoces de sobra.

-Se equivoca usted. Es la primera vez que lo veo.

-Mira, muchacho, no Soy idio...

-¿Muchacho? -lo interrumpió Casey, mostrándose ofendida- ¿A qué viene eso de «muchacho»? ¿Es que está ciego? Soy una mujer. ¿No irá a decirme que no lo sabe?

La escrutó con *los* ojos entornados y de repente se irguió, exclamando:

-¡Por mil demonios, una mujer! ¿Qué diablos hace, pues, vestida así, como si fuese un criajo recién salido del cascarón?

Casey se examinó la indumentaria, pero *sólo* fue capaz de fijarse en la sangre, y su sorpresa fue genuina, llevándola a olvidarse por un momento del papel que estaba representando.

-Estoy muriéndome, ¿verdad? Si he perdido tanta sangre...

Bucky la interrumpió con un resoplido de sorna.

-Dudo mucho que toda esa sangre sea suya.

Casey recobró la calma justo a tiempo de seguir con su papel.

-¿ De quién es, pues ?

-No tengo ni idea -mintió Bucky-. La llevaba ya encima cuando la he encontrado.

¿ Estaba bromeando ? Casey prefirió pensar que no era así y volvió a referirse a su indumentaria, diciendo con el entrecejo fruncido:

-En cuanto a esta ropa de hombre, no sé exactamente por qué la llevo puesta, la verdad. Debe de ser porque he viajado mucho a caballo, Supongo. Cuando salgo con el ganado a la pradera, me pongo pantalón, de eso estoy segura.

-Lo dice como si en realidad no estuviese muy segura -señaló Bucky.

La expresión de Casey se hizo aún más ceñuda.

-Bueno, no del todo segura. Por alguna razón, me cuesta recordar algunas cosas. ¿ Me han dado algún medicamento ? ¿ Es por eso que así, de pronto, mis recuerdos son tan confusos ? ¿ y qué demonios me arde de esta forma la cabeza ?

Bucky carraspeó.

-Creo... creo que tiene una herida de bala en la cabeza, señorita.

-¿Cómo? ¿Quién se ha atrevido?

-¡Vamos, vamos, no se sulfure! La verdad es que debería estar muerta. Para serle sincero, debería haberla matado yo mismo. Pero ahora que John y Pete...

A Casey la asaltó un profundo desánimo al ver que Bucky admitía eso. Obviamente aún no había descubierto las ventajas de su pérdida de memoria. Aun así, continuó con su papel.

-¿Me ha disparado *usted?*

-No, no -masculló Bucky-. Pero como le he dicho, así debería haber sido.

-¿ Por qué ? ¿ Qué mal le he hecho yo para justificar una atrocidad como...?

-No me ha hecho nada. Simplemente era un trabajo que me encargaron. Nada personal, compréndalo.

Era curioso cómo tendían los amigos a compartir una misma filosofía para mantener su conciencia tranquila.

-Entonces ¿aún se propone matarme? ¿Eso quiere decir?

-Si ése fuera mi propósito, estaría ya muerta. La he traído aquí para convencerla de que se aleje de Culthers, y así no tener que matarla.

-¿ Quién es Culthers ?

-¿Quién? Es... da igual-dijo Bucky-. Si no lo sabe, tanto mejor.

Por fin había caído en la cuenta, y Casey empezaba a pensar.

-¿ Sabe quién soy ? -preguntó, aprovechando la ocasión- Ni siquiera recuerdo de dónde vengo.¡Maldita sea, esta situación es desesperante!

Bucky no parecía compadecerse de ella; en realidad, se lo veía francamente contento.

-He visto la marca K.C. en su caballo. Eso es un rancho del este de Texas. Quizá debería preguntar allí si alguien la conoce.

A Casey le sorprendió que alguien conociese el rancho K.C. tan al oeste. Debía admitir que había sido muy sagaz de su parte fijarse en la marca del caballo. y si lo había mencionado, significaba que estaba dispuesto a dejarla marchar.

-Una idea excelente. A mí nunca se me habría ocurrido. Pero ¿ dónde está exactamente ese rancho ?

-Cerca de Waco, creo. Nunca he estado allí, y he oído de él sólo porque es de los más grandes. Para llegar, lo más fácil es coger el tren hacia el este.

-¿Pasa el tren por aquí cerca? -preguntó Casey.

-Sí, con mucho gusto la llevaré a la estación.

-Muy amable de su parte, pero ¿no debería antes verme un médico ?

-Pues... no sé -contestó Bucky-. Déjeme echarle un vistazo a su cabeza.

Sin esperar permiso de Casey, le quitó el pañuelo y apartó el pelo, que tenía ya pegado a la herida. A ella se le saltaron las lágrimas del dolor, pero apretó los dientes y lo dejó examinarla por un momento.

-No le vendrían mal unos puntos, supongo -comentó Bucky-. Quiere que vaya a por la aguja?

-¿Tan profunda es la herida?

-Bueno, no, pero los puntos no duelen.

¡y un cuerno, no duelen!, pensó Casey.

-Gracias, pero mejor será dejarlo. Quizá podría lavarme la herida, si me da un poco de agua. Ah, y las alforjas. Vale más que me cambie de ropa, ¿ no cree ?

Bucky cooperó de buena gana. Después la llevó a Sanderson, directamente a la estación, donde él mismo compró el billete. Casey confiaba en tener que esperar al tren para planear entretanto qué hacer a continuación, pero no hubo suerte; llegaron justo a tiempo y él la acompañó hasta el mismo vagón. ¿ Por qué tenía Casey la sensación de que estaban echándola del pueblo?

Al despedirse, Bucky aconsejó:

-Señorita, cuando recupere la memoria, si llega el caso, olvídese por el bien de ambos de qué la trajo a esta parte del estado. Sería una lástima que tuviese que matarla.

Sería también una lástima que *ella* tuviese que matarlo a *él.* En cierto modo le había salvado la vida... decidiendo no. quitársela. Pero Casey volvería. Su trabajo aun no había terminado. Simplemente procuraría evitar a Bucky.

CAPITULO 34

Habían pasado ya varios días desde que vio a Casey por última vez. Damian no había tardado en llegar al punto en que si alguien lo miraba con malos ojos, probablemente le volaría la cabeza. Sentía una profunda frustración por su incapacidad para averiguar qué había sido de Casey. Había necesitado un día entero y una exhaustiva búsqueda por todo Sanderson para llegar a la conclusión de que Casey no podía haberse marchado por sus propios medios. Quizás aquel último atacante la había encontrado y se la había llevado.

Pero ¿por qué? Ésa era la pregunta que había atormentado su mente durante aquella primera noche de insomnio. ¿ Se había marchado a pie ? ¿Había visto al pistolero e intentado seguirlo? Era obvio que se habían ido los dos, ya que Damian encontró sólo su caballo en los alrededores.

Se había apresurado a regresar a Sanderson y horas después aquel mismo día decidió acudir al sheriff. Pero no había si posible seguir el rastro de los caballos: se cruzaban con

otras muchas huellas, y eso ponía fin a cualquier esperanza de dar con ella por ese método.

El sheriff aseguró rotundamente que no conocía a ninguno de los dos hombres muertos y que no tenía la menor idea de quien podía ser el tercero. Damian no supo si creerlo o no, pero acabó decantándose por el «no», dadas sus continuas evasivas. Aun sin pruebas, nada podía hacer.

Eso le dejaba sólo una alternativa: encararse con quienquiera que hubiese contratado a aquellos hombres, pues no alberga la menor duda de que eran pistoleros a sueldo. Encararse con Curruthers.

Cabalgando sin detenerse siquiera a dormir , llegó a Culthers un día y medio después. El caballo pinto no parecía muy de acuerdo, y su cuerpo tampoco, pero Damian estaba demasiado preocupado por Casey para pensar en su propia comodidad.

Entró en el pueblo en plena noche y fue derecho a la pensión donde se había alojado Casey, no porque esperase encontrarla allí, sino porque suponía que la maestra no estaría en la nómina de Jack. En su opinión, un empleado de hotel era menos de confianza.

Por desgracia, la dueña de la pensión tenía el sueño muy profundo, y cuando por fin despertó no estaba muy dispuesta a admitirlo a aquellas horas. Sólo después de escuchar una rápida explicación de los sucesos de los últimos días accedió a darle una habitación. Afortunadamente, detestaba a Jack Curruthers.

Si bien Damian habría deseado salir de inmediato en busca de Curruthers o alguno de sus compinches, estaba muerto de cansancio y antes necesitaba unas horas de sueño. Pidió a la maestra que lo despertase al amanecer, y ella no tuvo inconveniente. Le facilitó además los nombres de cuantos trabajaban al servicio de Jack, por lo que ella sabía, y la dirección de uno de ellos, que fue el primer lugar que Damian visitó a la mañana siguiente.

Encontró a Elroy Bencher todavía acostado a aquella hora de la madrugada, y profundamente dormido, gracias a lo cual le resultó muy sencillo penetrar en la casa. En realidad el tipo no cerraba la puerta por dentro y dejaba casi todas las ventanas abiertas. y por suerte estaba solo. Damian no quería asustar a una mujer con lo que planeaba hacer, que era darle una soberana paliza si se negaba a ofrecerle las respuestas que buscaba.

La maestra, no obstante, había olvidado mencionar el enorme tamaño de Elroy, y Damian tampoco se había fijado en ese detalle cuando lo vio en la cantina unos días atrás porque entonces tenía toda su atención puesta en Jack. Sí lo advirtió esa mañana cuando apoyó el cañón del rifle a la mejilla de Elroy para despertarlo y él se incorporó en la cama bramando y con el pecho desnudo.

-No se mueva demasiado, Elroy -advirtió Damian-, o su cabeza viajará al otro lado de la habitación sin el resto del cuerpo.

Elroy lo miró con los ojos entornados. El sol apenas asomaba todavía, y la habitación, situada en el lado oeste de la casa, no recibía aún mucha luz, así que no fue extraño que preguntase:

-¿ Quién demonios es usted ?

-¿ Le suena de algo el nombre Damian Rutledge ? Intenté arrestar a su jefe, ¿recuerda?

-¡Ah, es usted! -masculló Elroy-. No pensaba que fuese tan estúpido como para volver.

-y yo no pensaba que usted y *sus* amigos fuesen tan estúpidos como para intentar impedírmelo. Es una manera de admitir Culpabilidad, ¿ no le parece ?

-No sé de qué me habla -repuso Elroy con hostilidad.

-Claro que lo sabe -discrepó Damian-. Pero si tengo que aclarárselo, lo haré. Hablo de los tres hombres que enviaron para atacarnos a mí y al muchacho en el camino de regreso. Por cierto, dos de ellos están muertos.

Damian notó que los poderosos músculos de Elroy se tensaban con este último comentario. y por lo que a él respectaba, esa ligera reacción bastaba para confirmar su culpabilidad. Aun así, Elroy siguió en su determinación de no darse por aludido.

-Está loco. ¿Lo atacan unos salteadores de poca monta y culpa de ello al señor Curruthers? ¡Como si a él le importase adónde va o qué hace! Él no tiene nada que temer de usted, Rutledge. No es el hombre que anda buscando.

-¿No? En fin, da igual. Ahora ése es un asunto secundario porque curiosamente, Elroy,

de momento sólo quiero saber los nombres de esos tipos y dónde viven. Busco al que sigue vivo.

Elroy resopló.

-Con eso no puedo ayudarlo, ni lo haría aunque pudiese. Y hay que tener desfachatez para entrar así en mi casa. Existen leyes en este pueblo, ¿ sabe ?

-¿Ah, sí? ¿Jack también tiene al sheriff en el bolsillo?

-Lárguese de aquí antes de que pierda la paciencia -gruñó Elroy-. Sea como sea, no pienso contestarle.

-En eso no estoy de acuerdo -respondió Damian con calma. Me dirá lo que quiero saber... sea como sea.

-¿ Usted cree? -Una mueca de desdén se dibujó en el rostro de Elroy-. ¿ y cómo va a obligarme ? Si dispara ese rifle, el sheriff lo arrestará, sea usted agente de la ley o no. Así que dígame como piensa obligarme a hablar, eh, mequetrefe.

Damian era consciente de que Elroy estaba provocándolo. Veía en sus ojos el deseo de enfrentarse a él. y si bien hacía muchos años que no tenía el gusto de enzarzarse en una buena pelea en la que no debiese preocuparse de si rompía o no la nariz a su adversario, existía la posibilidad de que en aquélla llevase las de perder. ¡Pero qué más daba! Se moría de ganas por descargar su frustración en alguien, y por lo menos Elroy Bencher prometía ser un rival a su medida, y no un alfeñique que se viniese abajo al primer puñetazo bien dado.

Damian dejó el rife apoyado contra la mesa próxima a la cama y dijo:

-Muy bien, empecemos.

Resultaba asombroso que sus puños diesen siempre en el blanco, y la nariz de Elroy demostró ser tan sensible como cualquier otra... rompiéndose de un solo golpe. El gigante aulló, y la sangre corrió a chorro por su pecho desnudo. Al instante, trató e derribar a Damian abalanzándose hacia él. Una maniobra poco inteligente partiendo de su posición, es decir, sentado aún en la cama. Damian sólo tuvo que retroceder un paso, y Elroy cayó al suelo de bruces a sus pies. Debería haberle asestado un puntapié mientras lo tenía a su merced, realmente habría sido lo más sensato, pero su sentido del juego limpio no se lo permitió. y aguardar a que Elroy se levantase fue uno de los mayores errores de su vida. Los puños de aquel hombre eran como mazos de hierro macizo, y llegaban con toda la fuerza de su colosal brazo. y de inmediato sus puñetazos empezaron a alcanzar su objetivo con demasiada frecuencia.

Damian consiguió mantenerse en pie por pura fuerza de Voluntad, pese a la severa paliza que estaba encajando. Conseguía asestar algún que otro puñetazo, pero aparentemente sin grandes resultados. ¿ Una pelea larga? Comenzaba a pensar que nunca terminaría. Pero de pronto le sonrió la suerte...

De un solo golpe logró romperle a Elroy no una sino dos costillas del lado derecho, haciéndolo gritar de dolor. A partir de ese momento, el gigante se protegió ese costado con el brazo derecho. Y bien el dolor mermaba la movilidad de su brazo izquierdo, o bien simplemente tenía un débil golpe de izquierda.

En cuestión de minutos, Elroy volvió a desplomarse, y esta vez Damian, con o sin principios, no dudó en lanzarle varios puntapiés.

-Déme esos nombres, a no ser que prefiera notar mi pie en esas costillas rotas.

Elroy obedeció.

CAPITULO 35

A primera hora de la tarde del día siguiente Damian llegó a la granja de Bucky Alcott en las afueras de Sanderson. Para llegar allí cuanto antes apenas había dormido. La casa se hallaba aproximadamente a una milla del pueblo, justo donde Bencher le había dicho.

Existía la posibilidad de que Alcott lo reconociese en el acto, pese a las magulladuras del rostro y un ojo casi cerrado a causa de la hinchazón. Pero a Damian lo traía sin cuidado.

El humo de la chimenea indicaba que Alcott estaba en la casa, así que Damian simplemente se acercó a caballo hasta el estrecho porche delantero, desmontó y llamó a la

puerta con enérgicos golpes. Si Bucky lo había visto llegar y había cogido un arma, inevitablemente se produciría un intercambio de disparos. Damian sólo debía procurar no matarlo antes de que contestase a sus preguntas.

Se abrió la puerta. El hombre que apareció no iba armado. Era de mediana edad, no muy alto y en extremo delgado. Tenía el rostro curtido, los ojos castaños y el pelo cano, y arqueaba las piernas de ese modo tan peculiar propio de quienes han pasado buena parte de su vida a lomos de un caballo.

Tampoco reconoció a Damian, al menos no de inmediato. Debía de estar guisando, porque llevaba un largo delantal de cocina plagado de manchas y rastros de harina en una mejilla. Además, se restregaba las manos, también sucias de harina, en la mitad inferior del delantal.

Bucky sí reconoció, no obstante, la agresiva actitud con que Damian empuñaba el rifle.

-Es de mala educación ir por ahí llamando a las casas con un arma en las manos -dijo Bucky con expresión ceñuda-. En la mayoría de los casos, da una impresión equivocada.

-No en este caso -replicó Damian. A continuación, sólo para asegurarse, preguntó-: ¿Es usted Bucky Alcott?

Bucky asintió con la cabeza pero, frunciendo aún más el entrecejo, preguntó a su vez:

-¿ Lo conozco de algo ?

-Puesto que hace unos días intentó matarme, podría decirse que sí. y ahora explíqueme qué le ha pasado al muchacho antes de que...

-¡Eh, un momento! -exclamó Bucky-. Alguien le ha informado mal. No tengo la menor idea...

Damian le dio un revés en plena cara, lanzándolo de lado contra una caja de basura colocada junto a la puerta. Entró en la casa y se plantó frente a él, decidido a no tolerar más negativas e ir derecho a la verdad.

-Aún me duelen los nudillos de arrancarle a golpes su nombre y dirección a Elroy Bencher -dijo, frotándose las costras de los nudillos-. No me gustaría tener que hacer lo mismo con usted, pero si insiste...

-¡Alto ahí! -repuso Bucky, alzando las manos a la defensiva-. No conozco a ningún Elroy Bencher. Quienquiera que sea, me parece que le ha mentido sobre mí, sólo por decirle lo que deseaba oír para que lo dejase en paz. Piénselo: ¿ Por qué iba a decirle nada, y menos la verdad ? ¿ Sólo porque le pegó un poco ?

El razonamiento parecía lógico, demasiado lógico, y por desgracia también demasiado sincero. Damian empezaba a albergar serias dudas. ¿Podía ser un asesino a sueldo aquel hombre de mediana edad y aspecto inofensivo, aquel hombre que aparentemente tan en serio se tomaba sus guisos ?

¡Por amor de Dios, Bucky Alcott era un granjero! Al acercarse a la casa, Damian había visto el granero, el corral de gallinas, la porqueriza; no había campos cultivados en las inmediaciones, pero obviamente aquello era una granja. y Bencher, aquel oso pendenciero, podía en definitiva haberle mentido, haber dicho cualquier cosa para que Damian se alejase de su casa... y de sus costillas rotas.

Damian retrocedió un paso. Si Bencher lo había engañado, y esa impresión daba, había cometido un grave atropello presentándose allí de aquel modo y acosando a un hombre que al parecer era inocente.

Se disponía a disculparse, y efusivamente además, cuando por casualidad echó un vistazo a la vieja caja de basura situada junto a Bucky... y vio, colgando del borde, la pata de un pantalón azul, manchada de sangre.

Era el pantalón vaquero de Casey.

Alzó de inmediato el cañón del rifle y apuntó a Bucky a la cabeza. Era lo mínimo que podía hacer para resistirse a la tentación de apretar el gatillo en aquel mismo instante, furioso como estaba por haberse dejado embaucar tan fácilmente.

-La ropa que hay en esa caja de basura es de *ella* -dijo a Bucky , ahora encogido de miedo-. Tiene cinco segundos par explicarme con qué propósito le quitó la ropa. y luego dígame exactamente dónde está. Si se le ocurre mentir otra vez, su cadáver se pudrirá justo

ahí. Uno...

-¡Espere! ¡Espere! De acuerdo, me rindo. No es la primer vez que no acabo un trabajo por el que me han pagado. y considerando que esta vez he perdido a dos buenos amigos, no me siento obligado a devolver el dinero sucio.

-Dos...

-¡Yo no le quité la ropa! Maldita sea, ¿qué clase de hombre cree que soy ?

-Tres...

-¿ Va a parar de contar o no ? -continuó Bucky-. Le diré todo lo que sé. Yo la *ayudé, ¡*por amor de Dios! No quería matar a alguien tan joven, ni siquiera cuando pensaba que era un muchacho. y desde luego no me dedico a matar a mujeres.

Damian mantuvo el rifle en alto.

-¿ y cómo descubrió que era una mujer? -preguntó con manifiesto escepticismo-. Ella no va por ahí contándoselo a cualquiera.

-Eso se cree usted. A mí sí me lo dijo, y bien que se ofendió cuando la llamé «muchacho». Se puso furiosa.

-Está mintiéndome otra vez...

-¡No, se lo juro! -lo interrumpió Bucky-. Fue tal como se lo cuento. Tenía una herida de bala en la cabeza. No era grave, pero por su causa había perdido la memoria. No recordaba nada de si misma, y eso incluía, supongo, el motivo por el que se hacía pasar por un muchacho.

Damian dejó escapar un suspiro, viendo confirmadas sus pechas. Bajó el rifle y preguntó:

-¿ De verdad había perdido la memoria ?

Bucky asintió con la cabeza y añadió:

-También ella estaba un poco preocupada por eso, y no me extraña. Yo me volvería loco si no pudiese recordar ni mi propio nombre.

-Ha dicho que la ayudó -prosiguió Damian-. ¿ Cómo?

-Mi intención era convencerla de que abandonase esta zona; por eso la traje aquí. Pero cuando comprendí que no sabía por qué le habían disparado, le traje ropa de sus alforjas, la ayudé a lavarse la sangre de la cabeza, y la metí en un tren con dirección al este.

-¿Cómo? -exclamó Damian, incrédulo-. ¿Por qué demonios hizo eso?

-Porque esto no era un lugar seguro para ella. y porque queria averiguar quién es.

Damian de nuevo estuvo a punto de disparar contra él, esta vez por su estupidez.

-¿ y cómo va a averiguar quién es en un condenado tren, sin saber adónde va ni a quién preguntar ?

-Cálmese, no la envié a ciegas -repuso Bucky, indignado-. Se dirige a Waco, y de allí al rancho K.C. Su caballo venía de allí, o al menos en ese rancho lo marcaron. Supuse que quizá allí alguien la recordaría, o si no a ella, al caballo, tratándose de un animal de primera clase como ése, y podría decirle quién es.

Muy bien, así que el tipo no era un absoluto idiota, pero...

-¿ y no se le ocurrió pensar que yo podía encargarme de eso ? al fin y al cabo, viajábamos juntos.

-Mire, con la clase de gente que anda tras su cabeza, imaginé , que no viviría lo bastante para ayudar a nadie. y no quería que esa joven se viese envuelta en el embrollo que usted ha organizado. Así que la envié a donde podía encontrar respuestas sin peligro de salir herida. Y confío en que si recupera la memoria, tenga la inteligencia suficiente para no volver aquí.

Damian suspiró. Era absurdo seguir haciéndole reproches a un hombre cuando en suma su único propósito había sido ayudarla. Él no podía saber que el caballo se lo había regalado su padre, ni Casey privada de memoria, podía decírselo. y era imposible adivinar a quién había comprado su padre el caballo, o por cuantos dueños había pasado antes. Casey buscaba una aguja en un pajar.

Damian no podía más que seguir...

CAPITULO 36

Damian se encontraba ante el frustrante dilema de si salir en busca de Casey de inmediato, o resolver antes su asunto pendiente con Curruthers. Éste se hallaba sólo a un día de viaje, y por ese lado todo se reducía al enfrentamiento final. Respecto a Casey, en cambio, Damian ignoraba cuánto tiempo tardaría en dar con ella.

¿ y adónde iría al llegar a Waco y descubrir que nadie podía ayudarla? ¿Se le ocurriría regresar a Sanderson para encontrar las respuestas que buscaba ? ¿ O habría perdido, junto con la memoria, su asombrosa capacidad de deducción?

El horario de ferrocarriles tomo la decisión por el. De la estación de Sanderson no salía ningún tren en dirección este hasta dentro de cuatro días. En ese plazo de tiempo Damian podía dejar zanjado el asunto que lo había llevado hasta allí. Incluso podía recuperar parte del sueño atrasado antes de encaminarse de regreso a Culthers a la mañana siguiente, y así lo hizo.

Sin embargo le habría convenido prescindir de esas horas de sueño. Ese breve tiempo resultó más importante de lo que había previsto. Si hubiese vuelto a Culthers un rato antes, quizás habría podido impedir el tiroteo que presenció nada más llegar... y la batalla campal que siguió.

Entrar en la cantina Barnet's vestida como iba no era buena idea. Así que Casey esperó, y como era previsible, Jack y su « equipo electoral» salieron de la cantina a la hora del almuerzo y se dirigieron al restaurante situado en la acera de enfrente.

Unos minutos después Casey entró en ese mismo establecimiento y ocupó la mesa contigua a la de ellos. Sólo dos miembros del grupo se volvieron a mirarla cuando cruzó la puerta, indiferencia, uno con indiferencia y el otro con cierto interés masculino. Pero estaban demasiado ocupados riendo y bromeando acerca de la nariz rota y el lamentable estado general del más corpulento de ellos para prestar demasiada atención a Casey.

Aquél debía de ser Elroy Bencher, el aficionado a exhibir su fuerza. Las bromas eran comprensibles. Daba la impresión de que lo hubiese pisoteado un caballo y después otro. Casey no concebía que otro hombre hubiese podido dejarlo tan maltrecho, considerando su descomunal tamaño, pero uno de sus airados comentarios la hizo cambiar de idea.

-Por lo menos él no salió mejor parado. Ahora tampoco tendrá muy buen aspecto. Si no hubiese tropezado y me hubiese roto las costillas, ahora ese tipo no sería ya un problema.

Lo cual llevó a Casey a pensar que quizá hablaban de Damian.

Después de parar el tren en el que la había dejado Bucky -para disgusto del maquinista-, se había encaminado directamente a Culthers, con la esperanza que Damian hubiese regresado allí. Y en efecto había estado allí, según Larissa, la maestra. Casey dio gracias a Dios. Eso disipaba su mayor temor: Damian no había muerto en la emboscada. Pero ya se había marchado otra vez de Culthers, para ir en busca de ella. Por lo visto, no habían coincidido por apenas unas horas.

Pero Casey estaba segura de que volvería, y entretanto se proponía averiguar todo lo posible acerca de Jack Curruthers. El plan, apresurado y poco meditado -debía admitirlo-, consistía en entablar una relación personal con el candidato a la alcaldía, y la manera más rápida de conseguirlo era como mujer.

Tenía que agradecer a Larissa la ropa que en ese momento llevaba. Había comprado a la maestra el último vestido no retocado de sus tiempos en el Este, uno que, según ella, era demasiado elegante para aquellas tierras. La profusión de encajes y lazos no era el estilo de Casey, pero el vestido se ajustaba perfectamente al propósito, que era parecerse lo menos posible al «muchacho».

Pasados unos minutos, consiguió cruzar una mirada con Jack y le sonrió. Eso bastó para atraer su total atención. Al fin y al cabo, con su corta estatura y su aspecto anodino, no era precisamente un donjuán; además, le doblaba la edad. No era, pues, de extrañar que una tímida sonrisa de una joven fuese suficiente para inducirlo a presentarse.

-Es usted nueva en nuestro hermoso pueblo, veo -dijo después de dar su nombre y sentarse junto a ella sin esperar a ser invitado-. ¿Sólo está de visita?

Casey asintió con la cabeza, consciente de que ahora todos los hombres de Curruthers le prestaban mucha más atención, lo cual no formaba parte de su plan. Si demasiados ojos se fijaban en ella como mínimo un par inevitablemente advertiría el parecido con el acompañante de Damian.

-Su cara me resulta familiar -comentó Jack pensativamente y Casey gimió para sus adentros. No eran sus ojos los que temía que fuesen tan perceptivos-. ¿Nos hemos visto antes quizá?

-Bueno, he viajado mucho, al menos aquí en Texas. ¿ y usted?

-Mucho.

-Recientemente estuve en San Antonio y en Fort Worth -explicó Casey.

Al oír esos dos nombres, Jack arrugó la frente. Casey sabía que mencionar pueblos por donde Henry o el propio Jack había pasado era tentar a la suerte, y por eso se apresuró a añadir -y también en Waco. Ése sí es un pueblo precioso.

-En fin, poco importa si la he visto o no en alguna parte, en todo caso estoy seguro de que no la conozco. Eso lo recordaría. ¿ y su nombre, señorita?

-Jane. -Fue el primer nombre que le acudió a la mente. Para el apellido, recurrió a los condimentos dispuestos en la mesa ella-. Peppers1

-¿ y quién disfruta del placer de su compañía durante su estancia aquí? -preguntó Jack.

-¿ Cómo dice ?

-¿A quién ha venido a visitar concretamente? -aclaró.

-¡Ah! A Larissa Amery .Seguramente la conoce usted, ya que por ahora es la única maestra de Culthers. Fuimos juntas al colegio, y hacía mucho tiempo que no nos veíamos, así que pensé que era ya hora de visitarla.

-¿Es usted del Este, pues? -Jack volvió a arrugar la frente-. Resulta extraño, pero tiene un inconfundible acento del Oeste de Texas para ser más exacto.

-Bueno, es lógico. Nací y me crié aquí. En el Este simplemente acabé mis estudios. Pero, ya que lo menciona, usted sí parece del Este. ¿ Ha llegado a Texas recientemente ?

1. Pepper significa «pimienta". (N. del T.) 184

-No hablemos de mí, señorita Peppers. Personalmente, estoy mucho más interesado en usted.

Eso pretendía ser un halago pero sólo sirvió para que Casey se lamentase mentalmente. Empezaba a resultar obvio que aquello no había sido buena idea. y dos de los hombres de Jack la miraban con recelo desde la mesa contigua. Casey buscaba ya alguna excusa para levantarse y salir de allí cuando Jed se puso en pie y se acercó a Jack para susurrarle al oído.

El hombrecillo se levantó de un salto y comenzó a proferir obscenidades. Casey supo de inmediato la razón en cuanto advirtió la mirada de indignación que le dirigía. Se puso en pie, llevándose la mano instintivamente al revólver...que no estaba allí.

Sin embargo llevaba un arma, oculta en su amplio bolso de malla. La había comprado al llegar al pueblo, puesto que encontró vacía su pistolera el día que Bucky la acarreó hasta la granja. La pistolera estaba también en el bolso. El problema era cómo acceder a ella en ese momento.

Pero ninguno de los seis hombres iba armado. Además, se hallaban en un establecimiento público. Había allí otros clientes, empleados... en una palabra, testigos. Como candidato a un cargo municipal, Jack no cometería la estupidez de ordenar que la matasen allí mismo. Su estilo era enviar esbirros a perpetrar sus crímenes, y de las maneras menos honrosas imaginables, tal como había hecho con el padre de Damian.

Así que Casey intentó eludir el enfrentamiento. Al fin y al cabo Jack no le había revelado nada. Nada grave había ocurrido. Que seis hombres la mirasen como si desearan echarle las manos al cuello no significaba que hubiese motivos para preocuparse.

-C reo que he perdido el apetito -dijo Casey a la vez que intentaba coger el bolso.

Una mano le aferró el brazo, impidiéndole llegar a él.

-Esto es una desfachatez, señorita -exclamó Jed.

La mano era suya, y no tenía intención de soltarle el brazo.

-¿Usted cree? -replicó Casey-. Yo simplemente tenía hambre y he pensado que éste era

un buen sitio para tomar algo. ¿ O hay alguna ley en este pueblo que prohíba comer?

-Será fresca...

-Tiene gracia...

Jack chistó para hacer callar a sus hombres.

-Sé exactamente qué se propone, jovencita, y eso para mí es un delito.

A continuación lanzó una mirada a Jed, y no se requería gran inteligencia para interpretarla. Significaba ni más ni menos: «Deshazte de ella y esta vez ocúpate tú personalmente.» Cuando Casey notó que variaba la presión en su brazo, como si Jed dispusiese a llevársela de allí a rastras, pensó que había llegado el momento de empezar a preocuparse, y cambió de táctica.

-Muy bien, ¿quién de ustedes va a darme una satisfacción.

-¿ Una satisfacción? -preguntó Jed con cara de incomprensión.

-En una pelea justa -aclaró Casey.

-Yo -se ofreció Elroy con una sonrisa.

-Con el revólver -volvió a aclarar Casey-. ¿ O son todos demasiado cobardes para eso?

Se oyeron risas y luego alguien dijo:

-Me parece que no sabe con quién trata.

-Lo sé de sobra -replicó Casey con desdén-. Ya estoy enterada de que las emboscadas son más de su estilo.

Más de uno se sonrojó al oír ese comentario. Entonces el que tenía un caramelo en la boca dijo con calma:

-Yo le daré la satisfacción.

-No, ya me encargo yo -saltó de pronto el más joven del grupo con visible entusiasmo-. Déjame, Jed. No me importa matar a una mujer... si en realidad lo es -añadió, mirando de arriba abajo con sorna. Luego ahogó una risa-. Supongo que después en la funeraria lo comprobarán ¿ no ?

-Pero salid a la calle -ordenó Jack remilgadamente-. El humo de la pólvora se queda en el aire, y preferiría no olerlo mientras como.

CAPITULO 37

La condujeron a la cantina, donde el camarero, a una simple indicación, se agachó tras la barra y empezó a colocar armas sobre el mostrador. Las armas de los hombres de Jack que en realidad nunca habían estado desarmados; se limitaban a no exhibirlas, probablemente por razones políticas.

Se decidió que se enfrentase a ella Mason. El hermano menor de Jed se enojó al verse relegado y estuvo a punto de llevarse un revés por quejarse. Jed no tenía intención de correr riesgos. Quería que se ocupase de aquello su pistolero más rápido.

No obstante, todos sin excepción se ciñeron sus cartucheras, y Casey no pudo menos que preguntarse hasta qué punto iba a ser un duelo justo. Incluso le ofrecieron un arma. No le habría sorprendido que estuviese descargada. Naturalmente la rechazó y sacó la suya.

Le habría gustado cambiarse antes de ropa, pero dudaba que se lo hubiesen permitido, así que ni siquiera se molestó en pedirlo. Simplemente resultaba... raro ponerse la pistolera sobre un vestido tan elegante. Las risas de que era objeto no la sorprendieron. Ninguno de aquellos hombres esperaba que supiese demasiado de armas. Preveían una simple inmolación, con ella como victima.

Una vez fuera del local, Casey se situó en medio de la calle. Mason fue el último en salir de la cantina. Era un hombre alto y delgado, de cabello negro largo hasta los estrechos hombros y barba muy cuidada. Pese a ser un frío día de octubre, se había quitado la chaqueta. Debajo llevaba un chaleco de seda bordado, a juego con el traje. Con su doble pistolera, ofrecía un aspecto casi tan insólito como Casey. No había nada tan extraño como parecer civilizado e incivilizado a la vez.

La calle quedó despejada al instante, como si los vecinos supiesen qué iba a ocurrir. Tuvo ese efecto la mera aparición de los hombres de Jack con sus armas. Eso llevó a Casey a

preguntarse cuanta sangre se habría derramado frente a la cantina Barnet's desde la llegada de Jack a Culthers.

Su padre le daría una paliza si alguna vez se enteraba de aquello. Muy distinto era capturar forajidos. Chandos la había aleccionado hacía mucho tiempo sobre la importancia del factor sorpresa y Casey había hecho buen uso de esa enseñanza en su trabajo de cazarrecompensas. No daba oportunidad de desenfundar a los forajidos, y aún si lo conseguían, el revólver de Casey estaba ya fuera, dueño de la situación.

Allí las circunstancias eran por completo diferentes, hallándose de pie frente a un hombre preparado ya para desenfundar. Casey era rápida sacando el revólver. Tenía además buena puntería. Aun así, en aquel caso el tiempo lo era todo, y eso la desconcertaba. Y Bucky y sus amigos le habían advertido que Mason era rápido...

De hecho, empezaban a sudarle las palmas de las manos. Proponer un duelo había sido una auténtica estupidez de su parte. Podría haber encontrado otra manera de salir del restaurante... si hubiera tenido más tiempo para pensar. Incluso podría haber empezado a gritar, representando el papel de mujer amenazada. Quizá alguien habría acudido en su defensa... y acabado muerto también. No, no habría sido la solución. Pero presentía que iba a morir.

Mason, por su parte, parecía absolutamente tranquilo. Estaba acostumbrado a aquella clase de situaciones. Casey tampoco aparentaba nerviosismo, pero tenía que recurrir a su natural aptitud para disimular sus emociones. En realidad, no había estado tan nerviosa en toda su vida.

Observó los ojos de Mason, fríos e imparciales. No le preocupaba matar a otras personas. Tampoco le preocupaba matarla a ella. Se requería cierta clase de hombre para eso, la clase de hombre que a ella no le interesaba conocer. De pronto llegó el momento y Casey no tuvo ya tiempo de pensar en ello, simplemente reaccionó con naturalidad como le habían enseñado.

Y debía admitir que le habían enseñado bien. Ella seguía de pie. Mason se desplomaba. Tal era su sorpresa por aquel lace que no advirtió que Jethro desenfundaba su revólver para disparar contra ella. Oyó a su izquierda el estampido de un rifle. La bala alcanzó a Jethro en la mano con que sujetaba el arma. Gritó de dolor. Los otros sacaron también sus revólveres para repeler el ataque.

Casey se echó al suelo y rodó por el polvo antes de disparar de nuevo. y de repente se oyeron nuevas detonaciones, aparte de las del rifle, y una lluvia de balas salpicó la calle y la fachada de la cantina -ninguna sin embargo daba cerca de Casey-, obligándolos a todos acorrer para ponerse a cubierto.

Casey no veía de dónde procedían los tiros, pero indudablemente alguien en el pueblo no aceptaba de buen grado que Jed y sus chicos se ensañasen con una mujer.

Casey no estaba dispuesta a quedarse allí tendida al descubierto, con su vestido de volantes arrugado, esperando a que una bala hiciese blanco en ella. Por suerte, el fuego continuado del rifle le proporcionaba oportunidad de sobra para levantarse y ponerse en movimiento, cosa que hizo de inmediato, dirigiéndose como una flecha hacia el restaurante. Una vez dentro, se apostó junto a la puerta y devolvió el favor. Instantes después Damian se hallaba ante ella, fulminándola con la mirada.

-Ahora no -dijo Casey, adivinando sus deseos de lanzarle una reprimenda.

El estallido de la ventana más próxima a ellos debió disuadirlo, porque se asomó a ella y empezó a disparar de nuevo su rifle. Teniendo en ese momento ocasión de contemplar la situación en el exterior, Casey vio que Elroy Bencher no había conseguido ponerse a cubierto a tiempo, probablemente a causa de las costillas rotas. Había recibido un balazo en una rodilla y yacía hecho un ovillo en el porche de la cantina, gimiendo desesperadamente.

Candiman, tendido en los peldaños, parecía muerto. Mason seguía en la calle, inmóvil, y si estaba o no muerto, no era la principal preocupación de Casey en esos instantes. Los otros tres habían logrado entrar en la cantina, y por lo menos uno disparaba desde detrás de la puerta.

-¿He de suponer que has recuperado la memoria? –preguntó Damian entre disparo y

disparo.

-Nunca la he perdido.

El resopló enojado.

-¿Qué demonios te proponías ahí afuera?

Así pues, Damian no iba a esperar.

-No he estado dedicándome a retar a medio pueblo, si es eso lo que piensas. Sólo pretendía aprovechar el tiempo hasta que tú aparecieses, intentando que Jack entrase en confianza. Es sabido que a los hombres les gusta alardear cuando hay mujeres cerca, y con esta ropa no parezco la misma.

-¿De verdad creías que no te reconocerían? -dijo Damian, dirigiéndole una mirada de incredulidad.

Casey consiguió disimular su vergüenza.

-Bueno, el día que te encaraste con Jack a mí no me prestaron mucha atención. En cuanto anunciaste que estabas allí para arrestar a su fuente de ingresos, todos se volvieron hacia ti y ya no te quitaron ojo. Yo era sencillamente un muchacho insignificante que por alguna razón te acompañaba. De modo que sí, creía que no me reconocerían, y no me han reconocido, al menos al principio. y el resto ya puedes imaginártelo. Jack se ha dado cuenta de que intentaba sonsacarle sus secretos y lo ha tomado a mal.

Damian abandonó el tema... de momento. Pero después de descerrajar otros dos tiros por la ventana miró de nuevo a Casey y comentó:

-Por cierto, estás... estás muy guapa con ese vestido.

Esta vez fue Casey quien resopló.

-¡Lacitos ! Tenían que gustarte los ridículos lacitos, cómo no.

-¿ Qué ? ¿ Te hago un cumplido y arremetes contra mí?

-No, me siento como una completa estúpida, por eso arremeto contra ti. ¿ y no tendrás más balas, por casualidad ? -preguntó, Casey después de introducir en el tambor la última de la cartuchera.

Una caja de balas se deslizó hacia ella por el suelo desde el fondo del restaurante, gentileza de un cocinero muy asustado. Al instante su propia pistola se deslizó hacia ella, impulsada por Damian. Con aquel arsenal de reserva, Casey empezó a pensar que podían dejar resuelto definitivamente aquel asunto.

-Quizá uno de nosotros debería intentar situarse detrás de la cantina -sugirió mientras guardaba la segunda pistola y las balas en su bolso, que llevaba colgado al hombro para tenerlo a mano pero sin estorbarle-. Antes de que se les ocurra marcharse.

-¿ Uno de nosotros, o sea tú ? Ni hablar. y no estoy dispuesto a perderte de vista, así que no cuentes tampoco con que vaya yo. ¿ Dónde demonios está el sheriff cuando uno lo necesita?

-De pesca en el momento oportuno, supongo. Pero esos tipos no tienen reparos en mantener una pelea desigual, así que si estuviese aquí, probablemente dispararía desde su lado. Mejor será que no aparezca.

-Es ya una cuestión intrascendente -dijo Damián.

-¿ Por qué ?

-Porque acabo de ver a uno cruzar el callejón contiguo a la cantina. Parece, pues, que se marchan.

Casey volvió a mirar al otro lado de la calle. Disparó una vez más, esperó, pero en esta ocasión no hubo respuesta.

-¿Sólo has visto a uno? -preguntó, frunciendo el entrecejo. -Ése casi me ha pasado inadvertido. Los otros dos podrían haber cruzado ya.

Casey asintió con la cabeza.

-Yo no pienso salir a la calle para comprobarlo. ¿ y si nosotros vamos también por detrás e intentamos cortarles el paso en establo ?

-Ahora sí estoy de acuerdo. Vamos.

El establo se hallaba a una manzana y media de allí. Optar por el acceso de la calle trasera cuando en realidad no había tal calle exigía saltar unas cuantas cercas. O más

exactamente las saltaba Damian, Casey se veía izada sobre cualquier obstáculo que se cruzase en su camino, y después de la primera muestra de tan indeseada ayuda no se molestó en volver a quejarse. Si quería llevar vestido, argumentó Damian, bien podía dejarse tratar como alguien que llevaba un vestido.

Detalles galantes... y de un hombre todavía furioso con ella, por encontrársela en medio de un tiroteo nada más llegar al pueblo .Con todo, Casey no era tan tonta como para discutir, al menos de momento. Pero más tarde no se olvidaría de mencionar el hecho de llevar un vestido no definía a una persona ni sus aptitudes. Al fin y al cabo, ¿no se había marchado de casa precisamente para demostrar eso ?

Por fortuna, el establo se hallaba en su lado de la calle. La parte de atrás estaba cercada para utilizarse como corral de ejercitación, pero era el camino más accesible para entrar sin ofrecer un blanco fácil, en caso de que Jack y los hermanos Paisley hubiesen ya llegado, si era ése su destino. y no parecía serlo. El dueño del establo echaba heno parsimoniosamente al interior de una cuadra.

Pero observándolo con mayor atención resultaba obvio que estaba un poco nervioso, demasiado nervioso de hecho considerando que no sabía qué habían ido a hacer allí. Llevaban las armas empuñadas y listas para disparar, pero no apuntaban a él...

Casey intentó sujetar a Damian del brazo para impedirle seguir adelante, pero se le había adelantado demasiado. y pensando que sería más rápido que una advertencia, se lanzó sobre él los dos cayeron al suelo... justo en el momento en que dispararon contra ellos.

Gritando, el dueño del establo corrió hacia la puerta delante abierta de par en par. Damian rodó a su izquierda y disparó a nada en particular, puesto que aún no tenía un blanco visible. por desgracia, Casey rodó al mismo tiempo en dirección opuesta poniéndose al alcance de Jack Curruthers.

Notó el cañón de un arma contra el cuello y a la vez oyó que le susurraba al oído:

-Suéltela.

Sus instintos le decían que no debía soltar su arma, pero no se le ocurrió modo alguno de conservarla y seguir viva. La soltó y Jack la ayudó a levantarse sin demasiada delicadeza; era mucho más fuerte de lo que cabía imaginar en un hombre de su tamaño.

-Atrás, Rutledge, o acabo con la jovencita aquí mismo - advirtió a Damian-. Nos la llevamos en prevención. Si nos sigue, ella morirá. Así de sencillo.

Damian se limitó a observarlos, probablemente buscando la manera de abatir a Jack sin herirla a ella. Pero no existía la menor posibilidad, siendo ella algo más alta que Jack y poniendo este todo su empeño en escudarse tras su cuerpo. Casey se disponía a lanzarse de nuevo al suelo para dejarle vía libre a Damian, pero en ese preciso instante aparecieron los hermanos Paisley, y viendo el revólver de Jed apuntando al pecho de Darnian, prefirió no correr riesgos.

Damian resultaba prácticamente inofensivo si no quería poner en peligro la vida de Casey, y ellos lo sabían. Tan seguros estaban de que no intervendría que ni siquiera le pidieron que tirase el arma. y no intervino.

Casey montó en el caballo de Jack, sentada ante él y notando aún la presión de su arma. La situación no parecía muy prometedora en esos momentos, al menos para ella. De hecho, se preguntaba cuánto tardaría Jack en decidir que ya no la necesitaba en prevención y apretar el gatillo.

CAPITULO 38

La pequeña cabaña debía de usarse asiduamente como guarida porque fueron derechos allí. Al menos eso pensó Casey en un primer momento cuando la lanzaron a un rincón. Sin embargo no daba la impresión de que estuviese habitada; de hecho, una considerable capa de polvo lo cubría todo. No obstante, poco después vio que además estaba bien provista de comida enlatada, oculta bajo una tabla suelta del suelo. Aquel amplio hueco de almacenamiento contenía asimismo mantas y una pequeña caja de armas y munición de

reserva.

¿ Un escondrijo preparado de antemano para una larga estancia ? Aparentemente podía ser de gran utilidad para Jed, dadas sus actividades, pero ¿para Jack?

Casey, sentada en el rincón y por el momento con la boca cerrada, no veía ya su futuro con tanto pesimismo como al principio. Habían tardado unas cuatro horas en llegar a la cabaña, y cuando por fin recordó que el bolso de malla prestado pendía aún de su hombro, cambió por completo su perspectiva.

A aquellos tipos no les preocupaba en lo más mínimo el bolso, y no iban a molestarse en quitárselo porque ya lo habían revisado en la cantina y habían encontrado sólo un arma en su interior, que posteriormente habían abandonado en el establo por orden de Jack. No podían sospechar siquiera que entre la cantina y el establo, había llegado a sus manos otro revólver y lo tenía aún guardado en el bolso.

Era sólo cuestión de aguardar el momento oportuno, dejando pasar el tiempo hasta que dejasen de someterla a tan estrecha vigilancia. Y eso ocurriría pronto, puesto que se acercaba la hora cena.

Por esa razón, no le complació oír a Jed ordenar a su hermano:

-No apartes la vista de ella.

Jethro estaba arreglándose el trapo ensangrentado que usaba como venda en la mano todavía sangrante, y fue comprensible por tanto la hosca mirada que lanzó a Jed.

-Aún no entiendo por qué no has matado a ese alguacil cuando lo tenías a tiro. Así no tendrías que preocuparte ahora de si nos sigue, ni habría necesidad de retenerla a ella por si acaso.

-Pedazo de idiota, uno no mata sin más a un alguacil, y menos con un pueblo entero como testigo, a menos que quiera que otros treinta vengan a buscarlo -replicó Jed con tono cortante-. Según parece, se lo toman como algo personal cuando muere asesinado uno de los suyos. Si eliminas a un alguacil, puedes darte por muerto.

-Dudo que sea alguacil-terció Jack con voz débil por el cansancio. El hombrecillo no estaba habituado a cabalgar al galope-. Pertenece a la clase alta neoyorquina, y además es muy rico. No tiene sentido que alguien como él se convierta en agente de la 1ey.

-Ya hemos hablado de eso, Jack. podría haber conseguido la placa sólo para venir a buscarte. Así que tanto si es verdad como si es mentira, no pienso arriesgarme. Con un poco de suerte se presentará aquí y podremos acabar con él.

A Casey le encantó verse situada en la categoría de «no testigo». Eso significaba obviamente que en cuanto dejase de ser útil como escudo contra Damian, estaría tan muerta como él si sus planes se cumplían. Aunque desde luego ella no iba a permitir que las cosas llegasen tan lejos. Tenía gracia que la insignificante mentira de Damian acerca de su condición de alguacil fuese el único motivo de que no lo hubiesen matado en el establo hacía unas horas. Y Casey no pensaba desvelar que era mentira.

No pasó por alto las reveladoras palabras de Jack. Si sabía que Damian pertenecía a la alta sociedad neoyorquina, siendo que Damian no se lo había mencionado, cabía deducir que o bien Jack era Henry y conocía personalmente a Damian, o bien Henry lo había confesado todo a su hermano en fecha reciente. Habría jurado que se trataba de lo primero, salvo por un detalle: en cuanto a personalidad, Jack no coincidía prácticamente en nada con la descripción que ella conocía de Henry .La gente podía cambiar, suponía Casey, pero ¿ hasta ese punto ?

Decidió averiguar la verdad. Al fin y al cabo, a esas alturas, Jack no tenía ya por qué aferrarse a su versión inicial. Volvía a ser un fugitivo. Necesitaría una sarta de excusas bastante forzadas para explicar lo que había ocurrido en la calle aquel día, con lo cual más le valía irse despidiendo de la alcaldía de Culthers.

Y como se proponía matar a Casey antes de que aquel asunto terminase, no tenía razón alguna para mantener sus secretos.

Así que sin gastar saliva en superfluos rodeos, preguntó directamente:

-¿Quién es quién, Curruthers? ¿Es usted Jack o Henry?

Dirigió hacia ella sus ojos de resabido y dijo con sorna:

-Habría pensado que el miedo no la dejaría abrir la boca, señorita. y por cierto, ¿ qué

hace usted con ese tipo del Este ?

-Con mucho gusto contestaré a todas sus preguntas tan pronto como conteste usted la mía.

Soltó un resoplido, pero luego hizo un gesto de indiferencia.

-¿Quiere satisfacer su curiosidad malsana? Muy bien, Henry está muerto. Murió hace alrededor de un año.

Eso no era exactamente lo que Casey esperaba oír, pero ¿hablaba en sentido figurado o literal? Sin embargo, antes de pedir una aclaración, se le ocurrió otra posibilidad mucho más pertinente.

-Lo mató usted, ¿verdad?

Otro gesto de indiferencia.

-En cierto modo. Había ido a visitarlo, pensando que ya era hora después de tantos años. Nos peleamos, tropezó y se dio un golpe en la cabeza. Fue un accidente, pero no me dolió demasiado.

-y no se lo dijo a nadie, claro.

-¿ Para qué ? ¿ Para que me acusasen de su muerte ? Ni hablar. -con una cínica sonrisa, añadió-: Además, nadie echó de menos a Henry.

Cuando Casey vio aquella expresión de suficiencia, todas las piezas encajaron en su mente.

-Se hizo pasar por Henry, incluso en su trabajo.

Jack ahogó una risa.

-¿ y por qué no ? No sé mucho de números, salvo cuando se trata de que las cuentas salgan a mi favor. Al fin y al cabo, me había tomado la molestia de ir hasta allí. Era una manera sencilla de sacarle rentabilidad al viaje. y la empresa podía permitirse unas pequeñas pérdidas. El viejo Rutledge ya había amasado su fortuna. No debería haber metido la nariz en los libros. Me disponía ya a abandonar la ciudad cuando empezó a entrometerse y exigir explicaciones.

-¿ y por qué no lo dejó en ese momento si lo tenía ya planeado ? ¿Qué necesidad había de matarlo ?

-Algunas de sus preguntas eran demasiado personales. Desde luego es más fácil hacerse pasar por un hombre débil como mi hermano que a la inversa; pero supongo que no representé demasiado bien el papel -concluyó, sonriendo.

-¿Qué quiere decir?

-Quiere decir que Rutledge sospechaba de mi comportamiento, probablemente porque no inclinaba tanto la cabeza ante él como habría hecho mi hermano -respondió Jack con sorna-. Una vez que empezó a dudar de mí, no le habría costado mucho interrogar a mi tía y descubrir que el hermano gemelo de Henry había estado de visita recientemente en la ciudad.

-De hecho, a nadie le hubiese costado mucho -señaló Casey.

-Sí, pero sólo el viejo notaba algo extraño en Henry .¿Cómo iba a ocurrírsele a alguien más preguntar por un hermano gemelo? No había ninguna razón. No, el plan era que culpasen a Henry y lo buscasen a él, no a mí. Para que eso ocurriese, el viejo tenía que morir. y habría dado resultado si el hijo de Rutledge no se hubiese obstinado en vengarse.

-¿Vengarse? -preguntó Casey-. ¿y por qué no verlo como una simple cuestión de justicia? Mató a su padre. Puede que alguna gente considere que nada puede hacerse y se resigne, pero otra no.

-¡Estaba previsto que pareciese un suicidio! -protestó Jack airadamente-. Con eso debería haberse zanjado el asunto.

-A menos que alguien conociese bien a la víctima y su y supiese que nunca se quitaría la vida. Pero supongo que usted no tuvo eso en cuenta, ¿verdad? A propósito, ¿por qué pagó a unos matones en lugar de ocuparse personalmente? ¿Sólo porque Henry no lo habría hecho ?

-Bueno, en parte por eso -respondió Jack con un nuevo gesto de indiferencia-. Pero también porque el viejo Rutledge era un tipo enorme, como su hijo. Para simular un suicidio se requería un poco de fuerza bruta, y no podía encargarme yo solo. Ahora le toca a usted. ¿ Qué hace en compañía de Rutledge, aparte de calentarle la cama ?

Muchos hombres tenían la irritante costumbre de sacar conclusiones como ésa, negándose a admitir que algunas mujeres pudiesen tener otras aptitudes además de cocinar, criar hijos y calentar camas, que quizá algunas mujeres pudiesen hacer lo mismo que los hombres, posiblemente igual o incluso mejor. Eran incapaces de aceptarlo, y menos aún de permitir a las mujeres demostrarlo.

Movida por el resentimiento, Casey replicó:

-Le gané la partida a su pistolero más rápido, ¿eso le sugiere algo? Fui yo quien le siguió la pista hasta Culthers, Jack. Recibí una oferta nada menos que de diez mil dólares por encontrarlo. y cualquiera con la mitad de mi habilidad para rastrear habría dado con usted. Deja un rastro demasiado claro a su paso, Jack.

El esfuerzo de Casey por menospreciarlo provocó la previsible reacción de ira.

-Pensándolo bien, quizá no la mate. La tendré a mi lado una temporada para que haga lo que mejor sabe hacer.

-Acérquese a mí y le enseñaré cómo tratan los comanches a los canallas -repuso Casey-. El problema es que usted no tiene mucho pelo que agarrar, y podría resultar un tanto doloroso.

El rostro de Jack enrojeció, ensombreciendo aún más su ceñuda expresión. Pero quizá parte de su cólera se debía a las repentinas carcajadas de Jed.

-¿Qué ha querido decir con eso? -preguntó a su esbirro.

-Por cómo habla, Jack, tengo la impresión de que ha aprendido ciertas habilidades de algún indio. Los indios siempre han sido los mejores rastreadores. Así que probablemente no bromea en cuanto a arrancarte la cabellera. -Jed soltó una risotada-. No me extrañaría que fuese capaz de despellejarte en menos de lo que se tarda en escupir.

-Necesito un médico, Jed -lo interrumpió Jethro con tono lastimero-. Esta mano no para de sangrar, y empiezo a marearme.

-Acuéstate, Jeth, y descansa un poco -contestó su hermano con escasa preocupación-. Te despertaré para la tercera guardia.

-Enciendan fuego y le cortaré la hemorragia -propuso Casey.

Jethro palideció, pero Jed se echó a reír de nuevo.

-Sí, no hay duda de que la han enseñado los indios.

Casey se encogió de hombros. Se había ofrecido sólo porque cauterizar la herida era un procedimiento doloroso, y Jethro no parecía poseer mucha tolerancia al dolor. Quizá se desmayase, un par de ojos menos vigilando sus movimientos era precisamente lo que necesitaba para salir de aquella cabaña, si no ilesa, cuando menos respirando.

CAPITULO 39

Oscurecía muy deprisa, demasiado deprisa. Jethro, siguiendo la recomendación de su hermano, había extendido en el suelo uno de los varios colchones apoyados contra las paredes y se había acostado. Era poco probable, no obstante, que el dolor de la mano le permitiese conciliar el sueño, por más que lo intentaba.

Jack estaba sentado a la única mesa de la cabaña y había asumido la tarea de vigilar a Casey, mientras Jed encendía el fuego y abría unas latas de comida. Por lo visto, no tenía intención de calentarlas, pues empujó sin más una de las latas recién abiertas en dirección a Jack, quien por el momento ni siquiera la tocó.

No ofrecieron comida a Casey, pero en realidad estaba demasiado tensa para Comer, así que apenas reparó en ese elocuente desaire. Al fin y al cabo, ¿por qué malgastar la comida con alguien que tenían pensado matar ?

Casey seguía esperando el momento oportuno, aunque que no le quedaba ya mucho tiempo. Consideró la posibilidad de quitarse la cartuchera vacía para guardarla y, aprovechando esa excusa, abrir el bolso y coger el arma. Pero el inconveniente de esa táctica era que la acción debería ser inmediata. En otras palabras, tendría que sacar el revólver en el acto y empezar a usarlo.

Ellos sabían o, mejor dicho, pensaban que no llevaba nada más en el bolso, y por tanto no tenía motivo alguno para andar revolviendo en el interior. Sin embargo necesitaba como

mínimo unos segundos para Comprobar cuántas balas quedaban en el tambor del revólver, cosa que absurdamente no se le había ocurrido al meterlo en el bolso, y no recordaba el número de dispar había hecho la última vez que lo usó.

Si el revólver estaba descargado, resultaría muerta al instante intentara lo que intentase. Si sólo quedaban una o dos balas, debería recurrir a severas amenazas y cerciorarse de que aquellos hombres la creían, para no verse obligada a utilizar la munición. Pero si disponía de tres o más balas, y esa esperanza albergaba, no tendría el menor reparo en dirimir la cuestión a tiros si *ellos* insistían en disparar en lugar de rendirse. Estaría preparada para cualquiera de esas eventualidades.

Pero era necesario actuar con premura, porque temía que Damian apareciese en cualquier momento, tal como *ellos* esperaban. Y bastaba con que sospechasen que se hallaba cerca para que, utilizándola a ella como rehén, lo obligasen a ponerse al descubierto y entonces lo matasen. y Damian podía estar ya merodeando por las inmediaciones de la cabaña.

Aun si no había visto qué dirección tomaban al salir del pueblo, con las ligeras nociones sobre rastreo que ella le había enseñado probablemente conseguiría encontrar la cabaña antes de anochecer.

Si estaba ya fuera, aguardaba prudentemente a que oscureciese por co*mpleto,* lo cual ocurriría en cuestión de minutos.

Con todo, la mayor preocupación de Casey era qué estrategia seguiría Damian cuando por fin decidiese actuar. Al fin y al cabo, no tenía muchas opciones, y tratar de parlamentar con aquellos tipos era la peor.

La cabaña tenía ventanas, pero estaban tapiadas. y la puerta estaba atrancada con un travesaño, firmemente colocado en su alojamiento, y echarla abajo requeriría varios intentos. No era fácil entrar en la cabaña ni atisbar el interior desde fuera previamente. Con lo cual la solución más sencilla y segura quedaba en manos de Casey.

Jed era el único de quien realmente debía guardarse. Jack tenía un arma, pero era más que dudoso que supiese manejarla con la mínima destreza. y Jethro no podría valerse de su mano derecha en mucho tiempo, y las probabilidades de que fuese capaz de utilizar la izquierda con cierta precisión eran remotas, así que por él debía preocuparse aún menos.

En realidad, pensándolo bien, no necesitaba más que una bala. Si quitaba de en medio a Jed, sería fácil mantener a raya a *los* otros dos, al menos el tiempo suficiente para apoderarse del arma de Jed, que ya le había visto recargar. Además, no quería matar a Jack. Por poco que las circunstancias lo permitiesen, deseaba dejar a Damian la satisfacción de entregarlo a la justicia.

y en el tambor del revólver debía de haber al menos una bala. Damian no le habría lanzado un arma descargada cuando ella pidió balas, ¿ o sí? De modo que no había razón alguna para alargar la espera.

En cierto sentido, Jack incluso parecía dispuesto a cooperar. Mantenía la vista fija en Casey, pero en realidad no la veía. Daba la impresión de que tenía la mente en otra parte, meditando sin duda sobre el aprieto en que se hallaba, así que posiblemente no advertiría los movimientos de Casey hasta que fuese demasiado tarde.

Casey se puso en acción. y desechó el plan de quitarse primero la cartuchera. El bolso estaba en el suelo junto a su cadera derecha. Sólo tuvo que levantar las rodillas para que su falda lo ocultase parcialmente a la vista. Con extrema lentitud, acercó al bolso la mano, tapada también por la falda. Al cabo de unos segundos, empuñando el arma, se puso en pie de un salto.

Por desgracia, Jed se volvió de inmediato hacia ella y, aun viéndose encañonado, se llevó la mano al revólver. En esta ocasión Casey no podía perder el tiempo en consideraciones morales. Jeb estaba desenfundando dispuesto a matar. Casey le apuntó al corazón y apretó el gatillo... y tuvo la sensación de que su propio razón se paraba al oír el ligero chasquido de una recámara vacía.

La muerte. De nuevo se hallaba cara a cara ante ella. y cuando oyó el retumbante estampido del revólver de Jed... pero el sonido que la había hecho palidecer no procedía de su

revólver. Era la puerta abriéndose de par en par, y no tras varios intentos como Casey había supuesto, sino de una única y contundente embestida. Una vez más se había olvidado de valorar en su justa medida la fuerza y el enorme tamaño de Damian. Irrumpió con el rifle en una mano y el dedo ya en el gatillo.

Jed apenas había tenido tiempo de volverse hacia Damian cuando una bala salió del rifle y, a tan corta distancia, lo alzó por completo en el aire, lanzándolo contra la pared. Jethro se incorporó, a la vez aterrorizado y colérico al ver desplomarse el cuerpo de su hermano junto a la pared. Sin embargo no tenía un arma a mano -el muy estúpido no había pensado en coger una al acostarse-; pero Casey, que era quien más cerca se encontraba de él, sí tenía la suya, y un arma descargada ofrecía también ciertas posibilidades. Lo golpeó con ella en la nuca.

Jack forcejeaba por sacar su revólver del bolsillo. No le quedaba mucho donde elegir: una condena a cadena perpetua o el enfrentamiento con Damian.

Si Damian tenía alguna preferencia al respecto, Casey lo ignoraba; sin embargo intentó disuadir a Jack de cualquier maniobra apuntándolo a la cabeza con el rifle.

-El estado en que puede quedar una cara con una bala de este calibre no es nada bonito -explicó-. Al dueño de la cara, por supuesto, después ya no le importaría demasiado.

Finalmente Jack decidió que la cárcel era una opción mejor. No movió ni un dedo. Casey se acercó a él y le quitó el arma que llevaba en el bolsillo de la chaqueta, una pequeña pistola.

Lo habían conseguido, o mejor dicho lo había conseguido Damian, sacándolos de aquel apuro y sin derramamiento de sangre... al menos la de ellos dos. El primer impulso de Casey fue echarse a su cuello y besarlo con furia, pero naturalmente lo descartó. En primer lugar, Damian no podía aún desviar su atención de Jack y Jethro. Así que Casey cedió a su segundo impulso.

-¿ Por qué has tardado tanto ? -preguntó con manifiesto enojo.

Damian le lanzó una breve mirada de sorpresa y contestó con tono sarcástico y casi tan hosco como el de ella:

-Yo también me alegro de verte. ¿ Hay por aquí alguna cuerda con la que atar a estos dos ?

-Probablemente no, pero bajo esta falda llevo un montón de enaguas inútiles que nos servirán.

El comentario era tan cáustico como su anterior pregunta, pero ejerció en Damian el efecto contrario. Le arrancó una sonrisa. Probablemente porque sabía que ella prefería su pantalón vaquero a aquel vestido que entorpecía sus movimientos y del que por el momento no podía librarse.

A ella no le molestó su sentido del humor o,.mejor dicho, sí le molestó pero se abstuvo de hacer comentarios y empezó a buscar una cuerda. En el interior de la cabaña no encontró ninguna, y tampoco en un cobertizo lleno de trastos viejos que localizó detrás, pero con la ayuda de un cuchillo redujo a jirones sus enaguas en cuestión de minutos, y aquel resistente tejido de algodón haría el mismo servicio que una cuerda.

Por entonces hacía ya varias horas que había oscurecido, Casey no tenía el menor deseo de pasar el resto de la noche en aquella cabaña, ni se sentía en absoluto cansada. De hecho, le fluía aún la adrenalina, y no entendía por qué, pues el peligro ya había desaparecido. Así pues, propuso que se encaminasen de regreso a Culthers inmediatamente, y Damian estuvo de acuerdo.

Envolvieron a Jed en una manta y lo sujetaron a su caballo. Llevaron afuera a los otros dos hombres, atados y amordazados, así no tendrían ocasión de tramar juntos ningún plan si se quedaban solos. y se quedaron solos cuando Damian entró una última vez en la cabaña para apagar el fuego.

Casey lo siguió, sin saber por qué, pero lo siguió. y de pronto, entrevió el motivo de que su corazón bombease aún con tal fuerza.

-Hoy he pensado que morirías -dijo Damian cuando se volvió y la encontró tras él.

-También yo lo he pensado -contestó Casey con voz apagada.

Y de repente Damian la atrajo hacia así de un tirón y empezó a besarla como ella había

deseado besarlo un rato antes. ¿También él experimentaba aquel sentimiento, pues ? ¿ Era acaso 1a necesidad de reafirmar la vida después de pensar los dos en más de una ocasión a lo largo de aquel día que nunca más verían salir el sol? y era una necesidad francamente imperiosa. No importaba que el suelo estuviese manchado de sangre, o que el colchón donde Damian la tendió no tuviese sábana, o que Jack y Jethro se hallasen fuera, tumbados en la fría tierra e inmovilizados. para ella, en aquel instante sólo importaba el contacto con alguien a quien quería, y el ardiente deseo que de inmediato cobró vida en su interior alejó de su mente cualquier otro pensamiento.

Tan grande era la urgencia de aquel deseo que Damian no la desnudó; sólo le levantó la falda y le rompió el calzón, probablemente no a propósito, sino porque la fina tela no resistió el fuerte tirón. Pero Casey no se dio cuenta de eso hasta más tarde. En ese momento sólo notaba el anhelado sabor de los labios y la lengua de Damian mientras devoraba su boca y el increíble placer de sentirse penetrada por él.

La invadió una sensación de bienestar, como si hasta segundos antes le hubiese faltado algo intangible y de pronto hubiese recobrado la plenitud. y su pasión se inflamó más aún. Sin embargo terminó demasiado pronto. Fue casi inmediato, el rápido ascenso y por fin, súbitamente, el vertiginoso estallido del éxtasis. A pesar de la brevedad, esta vez fue más intenso y también mucho más satisfactorio en un sentido distinto. y después esa paz la inundó por completo.

Era algo que necesitaba, al parecer, y lo necesitaba de manera acuciante. Y tuvo entonces la mala fortuna de pensar con aprensión que quizá Damian fuese el único hombre con quien podría experimentar aquello en toda su vida. ¿ Había admitido que lo quería ? Sí, lo quería demasiado.

CAPITULO 40

El vivo resplandor de una luna casi llena les permitió regresar en poco tiempo a Culthers. Era aún plena noche cuando llegaron. El pueblo estaba en silencio, salvo por los ladridos de algunos perros a su paso. Por entonces Casey estaba exhausta, y propuso ir directamente a la pensión, donde podía dejar a los prisioneros encerrados bajo llave hasta la mañana siguiente, y entonces ella y Damian decidirían qué hacer con ellos.

Damian movió la cabeza en un gesto de asentimiento, pero dijo:

-Sólo hay una decisión que tomar: ¿qué hacer con el joven Paisley? Jack regresará conmigo a Nueva York para ser juzgado.

En realidad Casey esperaba aquella respuesta, pero no habían hablado en todo el camino desde la cabaña hasta el pueblo, concentrados principalmente en evitar que algún caballo se rompiese una pata en la oscuridad. Tampoco habían hablado de lo sucedido en la cabaña, pero a ese respecto, ¿qué podía decirse? Que no debería haber ocurrido, desde luego. Que había sido beneficioso para los dos, desde luego. Que no volvería a ocurrir, desde luego. Nada de lo cual podía expresarse en voz alta sin resultar embarazoso para ambos.

Pero no había inconveniente en hablar de otras cosas. Casey aguardó hasta que hubieron conducido a Jack y Paisley a la despensa de la pensión y echado el cerrojo de la puerta. Antes de volverse a la cama, la maestra les hizo prometer que le ofrecerían un relato íntegro de los acontecimientos a la mañana siguiente.

Cuando subían por la escalera hacia sus respectivas habitaciones, Casey comentó por fin:

-No había tenido aún ocasión de mencionarlo, pero definitivamente Jack no es Henry.

Al oír eso, Damian se detuvo en el acto.

-¿Estás diciéndome que esto no ha terminado todavía?

-No, perdona; no era eso lo que quería dar a entender. Tienes al hombre que buscabas; sólo que ya desde un principio no era Henry. Según la versión de Jack, Henry murió «accidentalmente» durante una pelea que sostuvieron. Lo cierto es que Jack no sentía un gran remordimiento. Por lo visto, Jack había regresado a Nueva York para visitar a su familia, y al morir Henry Jack decidió sacarle provecho al viaje usurpando la identidad y el empleo de

Henry... al menos el tiempo suficiente para robar el dinero de tu empresa.

-Pero si es un ladrón, ¿por qué mató a mi padre? -preguntó Damian.

-Supongo que tu padre era una de las personas que mejor conocía a Henry. Según Jack, empezó a notar que Henry actuaba... en fin, de una manera extraña, podríamos decir. Jack no debió representar muy bien el papel de su hermano, supongo. Llegado un punto, tu padre comenzó a preguntar más de la cuenta, y Jack adivinó sus sospechas. El resto ya puedes imaginarlo.

-Así pues, si mi padre no hubiese advertido nada anormal en el comportamiento de Jack, ¿ ahora seguiría vivo ?

-Ése es el quid de la cuestión. Jack pretendía que Henry cargase con toda la culpa del robo, y por supuesto Henry nunca sería encontrado porque estaba muerto y su cuerpo había desaparecido. Y a nadie se le habría ocurrido buscar a Jack, puesto que sólo su tía conocía la existencia de un hermano gemelo. Era un plan repugnante, pero lógico, si lo piensas. Sin embargo, al final, Jack empezó a temer que tu padre, ya receloso, interrogase a su tía y averiguase que Henry tenía un hermano gemelo, que además había visitado recientemente la ciudad. Eso habría bastado para desenmascarar al verdadero culpable.

Damian dejó escapar un suspiro.

-Así que ahora podría desear que mi padre no hubiese sido tan perspicaz.

-Podrías, pero de poco serviría, ¿no te parece? No es posible cambiar lo ocurrido, y al menos ahora has atrapado ya al responsable. Como mínimo, se hará justicia.

-Sí, un pobre consuelo, pero algo es algo -contestó Damian.

Casey asintió con la cabeza y continuó subiendo por la escalera. Pero al llegar a su puerta, decidió abordar un tema por completo distinto y habló con un tono ligeramente airado.

-A propósito, la próxima vez que me des un arma descargada, ¿te importaría avisarme de que está descargada? He estado a unos segundos de morir por disparar contra Jed sin bala para corroborarlo.

-Lo siento -dijo Damian, sonrojándose-. Ya sabes que los revólveres no son mi especialidad. Ni siquiera se me ocurrió comprobar si estaba o no cargado. Pediste balas, y te pasaron una caja entera. Supuse que te vendría bien tener otra arma a mano, eso es todo.

Al oír su explicación, Casey se ruborizó, pues la responsabilidad del error recaía de nuevo en ella. Debería haberse tomado un minuto en el restaurante para cargar el condenado revólver.

-Ahora ya no tiene importancia -respondió. Al cabo de un instante, admitió-: Pero debo reconocer que has llegado en el momento oportuno, por si no te habías dado cuenta. Me has salvado la vida en esa cabaña, Damian. Te lo agradezco.

-Eso es lo último que debes agradecerme -repuso Damian con una media sonrisa.

Pero de pronto clavó en Casey una de aquellas penetrantes miradas que tan nerviosa la ponían. Probablemente debería mencionar que albergaba... ciertos sentimientos por él, si él no lo había adivinado ya. Sin embargo no veía qué utilidad podía eso tener. En cualquier caso, Damian no desearía seguir casado con ella. No desearía a una mujer como ella por esposa. y Casey acabaría por enfurecerse si continuaba pensando en eso.

Así pues, se apresuró a darle las buenas noches, entró en su habitación y cerró la puerta. En la oscuridad, avanzó a trompicones hacia la cama y se dejó caer en ella. Los ojos se le habían anegado ya en lágrimas.

El trabajo para el que había sido contratada estaba ya prácticamente terminado. En realidad, ella había cumplido ya su parte. En cuanto recibiese su dinero, no habría ya razón alguna para despedirse de Damian. y esa idea la desgarraba por dentro.

En el pasillo, Damian contempló la puerta cerrada por un 1argo momento, dudando si debía o no llamar y hacer salir de nuevo a Casey. Incluso alzó la mano, pero a medio camino volvió a bajarla.

Una vez más Casey actuaba como si no hubiesen hecho el amor, como si no hubiesen compartido aquella intensa intimidad. Eludía su mirada. ¿Tan avergonzada estaba de lo ocurrido ? ¿O la avergonzaba más bien el hecho de haber compartido aquella intimidad con él en particular ?

Hasta aquel momento Damian no había considerado esa posibilidad, pero era muy consciente de que carecía de todas las cualidades que, por lo visto, ella admiraba en un hombre. «Novato>> lo llamaba en el sentido más peyorativo de la palabra. Pero Casey vivía en una tierra anclada aún en el pasado. En poco se diferenciaba un pueblo del Oeste actual de los que allí existían cincuenta años atrás. En cambio, las ciudades del Este crecían a pasos agigantados, como era lógico, estando el nuevo siglo a la vuelta de la esquina ¿Acaso debía Damian permanecer ajeno al progreso que hacía la vida más fácil sólo porque ella viviese en el pasado ?

¿por qué se molestaba siquiera en planteárselo? Pronto se separarían. Casey estaba impaciente por regresar a casa y demostrar a su padre su valía. Con su actitud revelaba claramente que consideraba una equivocación la intimidad compartida. Ni una sola vez lo había alentado a insistir en ello.

Damian suspiró y se dirigió a su habitación. Mejor así, probablemente. No imaginaba a Casey a la cabecera de la mesa con él en una comida de negocios -como correspondería a su esposa- sin dejar el revólver sobre el mantel. No se la representaba supervisando al servicio de su gran mansión. Ciertamente *sí* la veía en su cama para el resto de su vida, pero ¿ dónde exigiría ella que estuviese esa cama? ¿En algún recóndito pueblo del Oeste? y con lo independiente que era, probablemente insistiría además en mantenerlo ella.

No, era mejor separarse. Sólo lamentaba no poder sacudirse el profundo desconsuelo que le producía esa perspectiva.

CAPITULO 41

En el momento en que dejaron a Jed en la funeraria a la mañana siguiente, se había congregado ya a su alrededor una nutrida muchedumbre, como era previsible, teniendo en cuenta que Jack y Jethro iban atados como trofeos de caza. Los individuos con aspecto de prisioneros despertaban siempre gran interés. Nunca fallaba, y por lo general era beneficioso. Aquélla no fue una excepción.

El sheriff salió al porche de su oficina a recibirlos en cuanto advirtió que una multitud se encaminaba hacia allí. Si estaba o no en la nómina de Jack, poco importaba en ese punto. Si deseaba conservar su puesto, se atendría a la ley, al menos en esa situación. y la razón era simplemente que una vez destronado Jack, por así decirlo, muchos de los ciudadanos allí reunidos lanzaban diversas acusaciones. Antes tenían miedo de quejarse sobre las coacciones recibidas en cuanto a su intención de voto, pero nada había ya que temer.

Damian incluso facilitó al sheriff el cambio de bando informándolo de inmediato sobre su propósito de llevarse a Jack a Nueva York, donde sería juzgado por asesinato. Sólo Jethro quedaría bajo su custodia. Aún estaba en libertad Elroy, pero no sería difícil dar con él para arrestarlo, puesto que se hallaba postrado en cama a causa de sus heridas.

Damian sacó una hoja de papel del bolsillo y la desplegó para que el sheriff la leyese. Casey quedó boquiabierta al mirar por encima de su hombro y ver qué era: su nombramiento como alguacil de la policía interestatal de Estados Unidos. Por lo menos podría haberle dicho que era realmente un alguacil, pensó Casey irritada, en lugar de dejarla extraer sus propias conclusiones. Pero naturalmente, Damian no sabía que ella no le creía.

En todo caso, fue una sorpresa, y además grata. y Casey no podía menos que admitir que tal como vestía en esos momentos, habiendo renunciado provisionalmente a sus elegantes trajes, era un apuesto alguacil, aunque fuese un cargo temporal obtenido sólo para encontrar y arrestar a Curruthers.

Algo más tarde aquella misma mañana salieron de Culthers por última vez, con Jack a rastras. En Sanderson tuvieron que aguardar un rato para tomar el tren en dirección este, pero pronto volvieron a viajar con toda comodidad, ya que el lujoso vagón de Damian seguía allí esperándolos.

Damian tenía aún que encontrar un banco capaz de realizar la transferencia de fondos necesaria para pagar a Casey, así que de momento ella prosiguió el viaje con él. Habría preferido no hacerlo, porque cuanto más tiempo permaneciese en su compañía más se

lamentaría de que su relación debiese interrumpirse. Pero dado que no quedaba más remedio se conformó con la segunda mejor opción, que consistía en prestarle a Damian la menor atención posible. y si casualmente él la sorprendía mirándolo, Casey se limitaba a fingir que estaba absorta en sus pensamientos y el lugar donde sus ojos se posaban carecía de importancia.

Debían pasar de nuevo por Langtry, pero esta vez el tren paraba sólo durante unas horas, y ambos coincidieron en que lo más prudente era quedarse en el vagón. Por razones obvias, ninguno de los dos deseaba otro roce con el imprevisible juez Bean. Por desgracia, en el pueblo recordaban el vagón, y el juez debía de andar escaso de dinero para su whisky, porque unos veinte minutos después de detenerse el tren en la estación su ujier llamó a la puerta. Casey pensó seriamente en declinar la invitación de presentarse ante el juez. Podía sacar a *Old Sam* del tren y marcharse antes de que el ujier consiguiese formar una partida de hombres para obligarla a acudir. Pero en ese caso dejaría abandonado a Damian, que ya había vendido su caballo y el de Jack, dando por supuesto que no volvería a necesitarlos. y desde luego podían cabalgar los tres juntos a lomos de *Old Sam.*

Así que, sin otra elección, acabó entrando en el juzgado de Roy Bean junto a Damian. Todos los compañeros de borrachera del juez se hallaban presentes. y el propio Bean los recibió con una sonrisa de oreja a oreja, lo cual aumentó más aún el recelo de Casey.

El ujier que había ido a buscarlos susurró algo al oído del *el.* Una expresión de sorpresa apareció en el rostro de Bean. Fuera cual fuese la razón por la que había ordenado la comparecencia de Damian y Casey, por lo visto había descubierto alguna otra cosa a la que hincarle el diente. No los mantuvo en vilo mucho tiempo, pues enseguida dijo:

-El ujier me informa de que llevan un prisionero en ese elegante vagón suyo. ¿Es el tipo que buscaban?

-Sí -contestó Damian.

-¡Estupendo! -exclamó Bean. A continuación, sonriente, lanzó una mirada a sus compinches, alineados contra la barra casi como parte integrante de la decoración-. Parece que tenemos alguien a quien ahorcar, chicos.

Damian movió la cabeza en un gesto de negación y echó sobre la mesa su nombramiento para que Bean la leyese.

-Lo siento pero no. Como alguacil, estoy autorizado a llevar este hombre al estado donde cometió el delito para ser juzgado allí.

La desilusión de Bean era evidente, e incluso dejó escapar un sonoro suspiro antes de decir:

-Así es, en efecto. En fin, es una lástima. Con mucho gusto, lo abría enviado a la horca por usted.

Damian recogió su documento de la mesa y dijo:

-Gracias, su señoría. y ahora, si eso es todo...

-Un momento -lo interrumpió el juez-. En realidad, no es todo. .¿Siguen casados?

Casey no pudo menos que recordar el empeño con que Damian había buscado un juez para modificar esa situación y replicó con descaro:

-Sólo porque no hemos encontrado a ningún juez de aquí a Sanderson... su señoría.

Bean recuperó la sonrisa.

-No es casualidad que por ahí digan que no hay más ley que yo al oeste del Pecos, señorita. y ahora debo reconocer que cuando se marcharon ustedes del pueblo, caí en la cuenta de que había actuado con cierta negligencia en su caso. Cumplí con mi obligación desde mi punto de vista, puesto que obviamente viajaban ustedes en pecado. Pero olvidé mencionar lo que suelo decir a todas las parejas que caso, y es que después, en cualquier momento, por cinco dólares estoy dispuesto a descasarlos si la relación no marcha bien. y viendo que, como ustedes mismos acaban de admitir, quieren descasarse, considero que no puedo hacer menos de lo que hago por otras parejas. Así pues, por los poderes que me han sido otorgados, declaro nulo este matrimonio. -Golpeó la mesa con el mazo-. Serán cinco dólares. Páguenle al ujier.

CAPITULO 42

En el siguiente pueblo el tren paraba una noche entera, y además había allí un banco mayor y mejor comunicado capaz de efectuar la transferencia de una suma tan grande de dinero. Llegaron con tiempo suficiente para que Damian obtuviese el cheque bancario destinado a Casey, que le entregó esa noche mientras cenaban en un pequeño restaurante cercano al hotel.

Eso era todo, pues. Casey había cobrado y ya no estaban casados. Seguían viajando en la misma dirección, pero no tenían por qué permanecer juntos. Sin mayor problema, Casey podía esperar al siguiente tren y marcharse sola del pueblo a caballo. No veía sentido a prolongar aquel suplicio ahora que no había ya razón para ello. y era un verdadero suplicio.

Miró a Damian, sentado al otro lado de la mesa del pequeño restaurante, y creyó que el corazón se le rompía; mientras tanto él examinaba la carta, ajeno a su estado de agitación. Se lo notaba taciturno desde el «divorcio», pero Casey lo comprendía. Deseaba la invalidación del matrimonio, pero recibirla como una imposición, exactamente igual que el casamiento, atentaba contra sus principios.

Los jueces arbitrarios como Bean, que jugaban con la vida de la gente por interesadas razones económicas, deberían ser apartados del cargo, y cabía esperar que fuesen una especie en extinción. Pero entretanto las personas con cuyas vidas jugaban no tenían nada que hacer... salvo seguir con sus vidas.

Ésa era ni más ni menos la intención de Casey. Además, no pensaba despedirse. No estaba dispuesta a llorar ante Damian, y temía que fuese precisamente eso lo que ocurriese si llegaba a pronunciar las palabras que pondrían fin a su relación para siempre. Damian esperaba verla en el tren por la mañana. Casey no volvería a verlo después de aquella noche.

Se alojaban en el mismo hotel; Casey no se había molestado siquiera en buscar una pensión. Sin embargo el regreso al hotel fue insufrible. Damian habló de trivialidades. Casey, con un nudo en la garganta, no despegó los labios.

Pero después de abrir la puerta de su habitación, se volvió a mirarlo una última vez, fijándose en los detalles de su fisonomía para saborearlos más tarde en el recuerdo: la barba que empezaba a asomar por las horas transcurridas desde el afeitado, labios firmes que en ocasiones podían ser extremadamente suaves, el hecho de que se hubiese dejado el cabello más largo de lo que solía, y los ojos grises, que la observaban con la misma intensidad que de costumbre.

Casey fue incapaz de resistirse a la tentación de un último contacto. Pretendía ser un beso de despedida, nada más que eso. Pero acabó convirtiéndose en algo muy distinto.

Cuando Casey se acercó, Damian debió de ver en su gesto mucho más de lo que había, interpretándolo como una insinuación por su parte. La estrechó contra sí y no la dejó marchar. Casey tampoco a eso fue capaz de resistirse. Al fin y al cabo, ¿qué había de malo en despedirse de él de aquella manera? Y sería algo mucho más especial, sabiendo Casey que aquélla era la última vez.

Probablemente Damian también lo presintió. Aunque esperaba volver a verla a la mañana siguiente, sin duda comprendía que aquél sería su último momento de intimidad. Por eso mismo, la trató con mucha más delicadeza, con mucha más ternura.

La levantó en brazos y la llevó a la cama. La desnudó muy despacio, entreteniéndose en besar cada parte que descubría. Sus hombros, su cuello e incluso sus dedos recibieron una especial atención. En sus besos, así como en las caricias que seguían, no había prisa, sino únicamente una conmovedora ternura.

Tampoco Casey se mostró vacilante en sus propias caricias. Los sonidos que arrancaba de él la animaban en su empeño, y había tanto que explorar en aquel cuerpo. Sus fuertes músculos se estremecían bajos sus dedos. Descubrió sus puntos más sensibles. Se maravilló ante lo que parecía tan duro. Casey se creció aún más y no dejó una sola parte de él por tocar. Incluso aquel poderoso atributo masculino experimentó la osadía de sus dedos, así como la fuerza de un firme apretón.

Contrastes, tan evidentes y sin embargo tan increíbles, las distintas texturas que los diferenciaban. No obstante, lo que complacía a él la complacía también a ella. En eso no había

distinción, sólo el asombro de que fuese así.

El cuerpo de Damian era fascinante. Incluso su olor embriagaba los sentidos de Casey. y también su sabor, pues no escatimaba besos. Al marcar un ritmo de exploración lenta y sensual, Damian le había dado ocasión de hacer todo lo que hasta ese momento eran sólo fantasías.

Pero un placer como aquél tenía un límite. Gradualmente se les calentó la sangre. La piel que se había deleitado en las suaves caricias no tardó en sensibilizarse demasiado para recibir más. Lo que era un pausado movimiento se convirtió en una vertiginosa y continua agitación. y cuando Casey se creía ya incapaz de resistirlo más, Damian la atrajo y la envolvió en su desnudez, llenándola con aquella aterciopelada dureza.

Damian la miró a los ojos, y para ella esa mirada fue casi tan erótica como sentir dentro su grueso miembro. y entonces comenzaron sus embestidas, una lenta retirada, una rápida acometida y en medio un beso apasionado, sólo para repetir otra vez el ciclo. Su manera de hacer el amor era tan exquisita, tan arrolladora...

Pronto sobrevino aquella oleada de sensación pura, que la e*levó al reino del éxtasis, estallando en sus sentidos con* una *palp*itante *culminación, consumiendo sus energías por completo. El* echo *de* que *él experimentase* su *propio clímax simultáneamente llenó de júbilo el* corazón *de* Casey.

Lo *estrechó entre sus* brazos. *Consiguió de algún modo contener las lágrimas.* Durante *aquel breve instante* Damian era *suyo. Después* cada u*no* se *iría por* su *camino, pero* Casey nunca *lo olvidaría...* nunca *dejaría de* amarlo. *Pero intentaría por todos los m*edios superar *el dolor,* y *quizá algún día,* esperaba, *reviviría aquellos momentos sin lamentarse, recordándolos simplemente co*mo una *de las* partes más *preciadas de* su *vida.*

CAPITULO 43

Courtney *se hallaba en la* pradera *oeste del rancho* cuando a lo *lejos vio* a *Chandos cabalgar hacia ella.* De *inmediato hundió los talones en* su montura y *galopó en dirección* a *él,* rezando *por que en esa ocasión volviese* a casa para quedarse.

No *había sido fácil* para *Courtney sobrellevar los últimos siete meses,* y *no sólo porque* Casey se *hubiese* marchado *o ella se hubiese visto obligada* a *asumir* muchas *de las responsabilidades de* la *administración del K.C. en ausencia de Chandos, sino sencill*amente *porque le disgustaba* separarse *de aquel modo de* su marido.

-¡Ya era *hora, demonios! -consiguió exclamar al llegar h*asta él, y al *instante saltó de la silla* y se *lanzó* a *sus* brazos *abiertos.*

Lo oyó *reír* antes *de* que *sus* bocas se *uniesen en* un abrasador *beso,* dando *rienda suelta* a su mutua añoranza. Cuando Courtney *consiguió* apartarse *lo suficiente* para *regalarse la vista con* su *presencia, le faltaba el aliento.* y *vio* que *Chandos sonreía. Fue eso lo* que más *llamó* su *atención,* y *no la* enmarañada barba ni el *largo cabello recogido en* una trenza; *la sonrisa...* y *el brillo de júbilo* en *sus claros ojos azules.*

Estaba *cambiado; se parecía* más *al Chandos de otros tiempos* . Courtney *lo había* notado ya *en sus anteriores visitas de los últimos siete meses, pero* esta *vez* era *mucho* más acusado. La *ira* había desaparecido. Sus ojos habían recobrado la vida. Por más que le doliese la ausencia de su hija y su marido, Courtney debía dar gracias a Casey por aquel cambio operado en él.

Para Chandos aquellos meses habían tenido un efecto benéfico, curativo, permitiéndole llevar a cabo una tarea que consideraba útil, una tarea que sabía hacer como nadie, en lugar de la monótona administración del rancho, que a veces tanto lo aburría desde la muerte de Fletcher. Cuando su padre vivía, al menos Chandos tenía una razón para dedicarse con ahínco al rancho, para humillar al viejo, para aventajarlo. Pero esa motivación m rió con Fletcher.

-¿Puedo esperar que esto no sea sólo otra breve visita? -preguntó.

Chandos no había tardado en encontrar a Casey cuando se marchó aquella noche hacía ya tanto tiempo. Courtney creía que eso pondría fin a la escapada de Casey, que su padre la llevaría derecho a casa. Pero no fue eso ni mucho menos lo que Chandos hizo. Movido por su

sentimiento de culpabilidad por haber provocado la huida de Casey, decidió dejarle demostrar lo que fuese que se proponía demostrar. Se limitó a «velar» por ella mientras perseveraba en su empeño.

-Ya ha terminado, Ojos de Gata -respondió Chandos con un breve suspiro-. Casey llega hoy en el tren de las doce del mediodía. La cuestión es si llegará o no al rancho antes de oscurecer. Viene arrastrando los pies como si fuese camino del patíbulo.

-Es comprensible -dijo Courtney-. Probablemente teme encararse contigo.

Chandos movió la cabeza en un gesto de negación.

-No creo que sea ése el problema. Al contrario, si por eso fuese, estaría impaciente por alardear de su proeza. Sin embargo las pocas veces que la he visto desde que emprendió el regreso a casa, parecía... no sé... como si llorase una pérdida.

-¿ Ha pasado algo recientemente que no hayas menciona tus en tus telegramas o cartas ? -preguntó Courtney.

-Sí, muchas cosas; pero, que yo sepa, nada que pueda haberla afectado de ese modo. Acabó su último trabajo, se separó del novato que la había contratado... a menos que, al verse tan cerca de la muerte, se haya dado cuenta de que esa clase de cosas le viene grande.

-¿Cerca de la muerte? ¡Cerca de la muerte! ¿Cuándo demonios ha ocurrido eso ? Se suponía que tú la vigilabas para que nunca corriese verdadero peligro.

Chandos sonrió irónicamente a su esposa.

-No siempre conseguía llegar a tiempo cuando a ella se le ocurría desenfundar ese revólver suyo. Alguna que otra vez se las arreglaba para despistarme, y luego me costaba lo mío volver a dar con ella.

-¿Cuando exactamente ha estado cerca de la muerte? -inquirió Courtney-. ¿ y cómo ha sido ?

-El último trabajo que aceptó fue algo más peligroso de lo que yo preveía. El tipo del Este la contrató para localizar a un tal Curruthers. Lo averigüé preguntando a la misma gente que ella había interrogado antes. Curruthers también era del Este, y fue lo que me llevó a engaño.

-¿ Era más peligroso de lo que imaginabas ?

-En realidad, no. Él personalmente era bastante inofensivo, pero se había rodeado de pistoleros a sueldo que no lo eran -explicó Chandos-. En Sanderson, Casey me dio esquinazo, marchándose en plena noche sin dejar rastro, y cuando volví a dar con ella, ya había encontrado al tipo y se disponía abatirse en duelo.

-¡Cómo! -exclamó Courtney.

-Cálmate, Ojos de Gata -dijo Chandos, sonriendo-. Ganó sin problemas, y hasta fue divertido, pensándolo ahora, claro, porque en su momento no tuvo ninguna gracia, con semejante lluvia de balas. De hecho, en ese punto decidí que ya había visto bastante. Me proponía traerla a casa a rastras en cuanto pasase la tormenta.

-¿ y qué tiene de divertido, si puede saberse, que nuestra hija participase en un condenado tiroteo? -preguntó Courtney muy atenta, sin la menor intención de calmarse como Chandos había sugerido.

-Bueno, si la hubieses visto, allí en medio de la calle principal de un pueblo pequeño y aparentemente tranquilo, con uno de los vestidos más elegantes que se ha puesto en su vida y la cartuchera ceñida a la cadera encima del encaje...

-¿ Y eso te parece divertido ?

-También a ti te lo parecerá cuando dejes de mirarme con esa cara de furia -respondió Chandos- y recuerdes que en este preciso momento viene camino de casa sana y salva.

Courtney hizo un gesto de indignación, pero dejó de mirarlo con ira.

-Muy bien, puede que algún día lo encuentre divertido... cuando tenga ciento diez años. y ahora explícame por qué no la trajiste a casa en ese mismo instante.

Con el recuerdo de lo ocurrido, una expresión ceñuda apareció en el rostro de Chandos.

-Porque mi estúpido caballo se rompió una pata.

-Pero estabas en el mismo pueblo que ella -señaló Courtney frunciendo también el entrecejo-. ¿Qué pinta ahí el caballo?

-El problema es que aquellos canallas con los que Casey iba a enfrentarse no estaban dispuestos a pelear en igualdad de condiciones. Yo intervine en ese punto, cubriéndola para que escapase de la calle, como así hizo. El novato se presentó también e momento. Por alguna razón, se habían separado al abandonar Sanderson. En todo caso, los disparos salían de ambos lados de la calle, pero cuando cesaron, tardé demasiado en darme cuenta que tanto un bando como el otro habían dejado sus respectivos edificios por la parte de atrás. Volvieron a encontrarse en el establo del pueblo, y no sé qué ocurrió allí, pero los canallas lograron escapar del pueblo, llevándose prisionera a Casey.

Courtney suspiró.

-Muy bien, ya veo por qué la pata rota del caballo te impidió dar aquello por terminado allí mismo.

-En realidad, fue todavía peor -admitió Chandos, de nuevo ceñudo-. Salí tras ella de inmediato. y también Rutledge, de hecho antes que yo.

-¿ El tipo del Este ?

Chandos asintió con la cabeza.

-Las huellas conducían hacia el sur, en dirección a Sanderson, pero era un rastro falso para engañar a sus posibles perseguidores. Encontré el punto donde habían abandonado el camino hacia el oeste e incluso llegué a verlos a lo lejos. Rutledge aún no había descubierto el verdadero rastro, así que me adelanté a él.

-y entonces el caballo se rompió una pata -adivinó Courtney.

Chandos movió de nuevo la cabeza en un gesto de asentimiento, dejando escapar un suspiro.

-Me proponía detener a Rutledge y quitarle el caballo. Dudaba mucho que ese novato le sirviese de gran ayuda a Casey si llegaba a dar con ellos. Pero el condenado pasó ante mí como una flecha, demasiado lejos para permitirme abordarlo. Creo que ni siquiera me vio, en su ceguera por atrapar a Curruthers. y estaba a unas cinco millas del pueblo. Cuando conseguí otro caballo salí tras ellos, volvían ya al pueblo con los prisioneros.

-¿ Ese hombre la rescató ?

Chandos resopló con sorna.

-Lo dudo. Supongo que Casey lo tenía ya todo bajo control cuando él la encontró, aunque francamente me gustaría saber como se las arregló. Uno de los tipos estaba muerto, y a los otros dos los llevaban atados como a pavos listos para el horno.

-Pregúntale, pues, qué ocurrió cuando llegue a casa -sugirió Courtney-. ¿ O piensas seguir simulando que no la encontraste ?

Chandos se encogió de hombros.

-No lo sé. Esperemos y veamos primero qué tiene ella que decir. Pero ya ha terminado, Ojos de Gata. Al menos de eso estoy seguro. y quizá tú puedas averiguar por qué no está tan contenta de volver a casa como yo preveía.

CAPITULO 44

Casey se detuvo en lo alto de la colina desde donde se veía el rancho Bar M y, pensando en todo lo ocurrido, no pudo menos que preguntarse si había merecido la pena. Sospechaba que en realidad había heredado demasiados rasgos de su padre y su abuelo, aquella desmedida obstinación, la permanente convicción de que su punto de vista era siempre el más acertado. Al final, sin embargo, no sabía bien qué había conseguido demostrar.

Inicialmente se proponía evitar que el legado de Fletcher acabase en la ruina, una noble empresa, o eso había querido creer entonces. Pero ¿acabaría en la ruina el rancho si ella nunca volvía poner allí los pies ? ¿Realmente Chandos consentiría que eso ocurriese? Probablemente no. No obstante Casey, en su engreimiento, había pensado que sólo ella podía poner remedio a aquella situación. Se reprochó su actitud. Había estado ausente siete meses y el rancho continuaba en perfectas condiciones.

Y ahora, además, debía explicar a sus padres aquel razonamiento, cuando ella misma no le otorgaba ya la menor validez. Había cometido una estupidez y debía reconocerlo.

Casey obligó a girar a *Old Sam* y picó de talones para recorrer el último tramo del camino a casa. Llegó a la hora de la cena y supuso, por tanto, que encontraría a su padre y a su madre en el comedor. y no se equivocaba. Pero al hallarse de pie en el umbral de la puerta de aquella elegante sala, se sintió tan fuera de lugar con su poncho y su pantalón vaquero, polvorientos del viaje, que fue incapaz de articular las palabras que pensaba decir. La alegraba estar en casa y había echado de menos a sus padre, los había echado mucho de menos, y sin embargo de pronto, por alguna razón, tenía la sensación de que aquél no era ya su sitio., y esa idea le causó un dolor mucho más profundo que cualquier otra de sus preocupaciones.

Esperó que se tratase sólo de una pasajera sensación de tristeza. Al fin y al cabo, aquél era su hogar. Sabía que allí encontraría siempre las puertas abiertas. No obstante siempre había imaginado que algún día se marcharía de aquella casa para siempre, cuando encontrase a un hombre...

-¿ Era necesario que te cortases ese pelo tan precioso, Casey? -preguntó su madre con tono de desaprobación.

Desde luego no era eso lo que esperaba oír después de siete meses de ausencia, y de hecho miró a su madre con expresión de incredulidad. ¿A eso iba a reducirse la reprimenda? No se atrevía siquiera a mirar en dirección a su padre, previendo ya su ira. Aún no había empezado a vociferar, pero no tardaría.

-Volverá acrecer -contestó Casey sin demasiado aplomo.

Courtney sonrió y se puso en pie, extendiendo los brazos.

-Seguramente. Ven aquí.

Ése era el momento que Casey anhelaba y, sin pensárselo dos veces, corrió a los brazos de su madre... y de inmediato rompió a llorar. La balsámica voz de su madre llegó a ella a través de sus sollozos, pero su llanto no sólo no cesó, sino que se hizo más intenso.

Casey sabía que eran muchos los errores que perdonarle. Sentía tales sus remordimientos que dudaba que alguna vez volviese a tener la conciencia tranquila. Normalmente los padres eran capaces de «arreglar» todo aquello que iba mal en la vida de sus hijos, pero a la edad de Casey los problemas no se «arreglaban» ya fácilmente.

-¡Lo siento! -gimió, no encontrando nada más que decir-. No debería haberme marchado, ahora lo sé!

-Calla, Casey cariño -continuó susurrando Courtney-. Lo importante es que estás otra vez en casa, sana y salva. Todo lo demás volverá a su cauce.

No sería así, pero Casey no tenía intención de contradecir a su madre en ese momento. Le concedían un indulto. Ni siquiera habían pedido explicaciones...

-¿ Quizá si nos contases por qué sentiste la necesidad de irte de aquella manera?

Casey estuvo apunto de echarse a reír. Consiguió enjugarse las lágrimas de las mejillas y echó atrás la cabeza para mirar a su madre con una media sonrisa. Aquello como mínimo sí lo esperaba.

-Bueno, la razón por la que me fui de aquella manera, marchándome a hurtadillas en plena noche, es bastante obvia. Si os hubiese contado mis planes, seguramente me habríais encerrado a cal y canto y habríais tirado la llave al pozo más cercano.

-Muy posiblemente. -Courtney le devolvió la sonrisa-. ¿Y por qué te fuiste ?

Casey miró por fin a su padre, que seguía sentado a la mesa, observándola con expresión inescrutable. No le importaba que no hubiese empezado aún a vociferar, pero por lo menos podía exteriorizar de algún modo su furia.

-Por una razón absurda que ojalá nunca me hubiese pasado por la cabeza. Simplemente quería demostrar que era capaz de ocuparme del Bar M yo sola. Papá sostenía que únicamente un hombre podía administrar el rancho como es debido. Me propuse hacer algo que sólo un hombre se plantearía, y gané más dinero del que ganan muchos hombres en toda una vida.

-¿y era necesario elegir una profesión tan peligrosa? -preguntó Chandos con calma.

Casey se encogió abochornada.

-Así que estuviste cerca, ¿no? Lo bastante cerca para averiguar a qué me dedicaba.

-Mucho más cerca en realidad, jovencita.

Casey se quedó paralizada, y no porque la hubiese llamado «jovencita'>. Tras un breve

titubeo, preguntó:

-¿ Qué quieres decir ?

-¿ De verdad crees que podías eludirme durante tantos meses?

Casey ahogó un suspiro. Nunca lo había creído. A decir verdad, desde el primer día esperaba que su padre apareciese en cualquier momento, y el hecho de que eso no ocurriese la había inquietado un tanto.

-¿Cuándo me encontraste?

-un par de semanas después de marcharte.

-No lo entiendo -dijo Casey, arrugando la frente-. ¿por qué no me detuviste en ese mismo momento ?

-Quizá porque fue culpa mía que te marchases y no podía repetir el mismo error. Pensé que si conseguías tu objetivo, el asunto quedaría zanjado y ya no me sentiría tan culpable. Sólo lamento que la situación se haya prolongado tanto... y que haya sido tan peligrosa.

-No ha sido tan peligrosa... la mayor parte del tiempo. Cuando me dedicaba simplemente a capturar forajidos, era fácil sorprender desprevenidas a mis presas.

-Lo sé.

Esas dos palabra dieron qué pensar a Casey.

-¿Lo sabes? ¿No estarás diciéndome que no sólo me encontraste, sino que además te quedaste conmigo? -De inmediato Casey contestó a su propia pregunta-. Claro que sí. No podía ser de otro modo. Esperabas a que me metiese en algún problema ¿verdad? ¡Lo dabas por hecho!

-No, ahí te equivocas, jovencita. De sobra sabía que estabas capacitada para el trabajo que *escogiste.* Pero eres *mi* hija. *Si* Crees que iba a abandonarte allí a tu suerte, sabiendo Con qué clase de hombres te enfrentarías, piénsalo mejor. Tenía que mantenerme cerca*...sólo* por *si* acaso. Ésa era la única alternativa, Casey: o te seguía *los* pasos, o te obligaba a volver a casa.

Casey asintió con la cabeza. No sabía por qué se sorprendía. Su padre *siempre* la había *protegido.* ¿ Por qué iba a actuar de manera distinta en esa ocasión ?

Y de pronto la asaltó una sospecha y casi palideció. La había *seguido* de cerca todo el *tiempo.* Había estado alrededor, observándola. Cuando ella y Damian *hicieron* el amor junto al arroyo... ¿Habría presenciado también eso su padre?

-¿ Estabas *siempre* cerca? -tuvo que preguntar-. ¿ En cada etapa *del* Camino?

Chandos negó Con la cabeza.

-Conseguiste hacerme perder el rastro en alguna que otra ocasión. Por ejemplo, al salir hacia *Coffeyville,* y fue entonces cuando más tardé en volver a encontrarte. Me presenté en Fort Worth *justo* cuando partías, y tuve que cabalgar a galope *tendido para llegar a la siguiente* estación antes de que el tren continuara su viaje. También te perdí de vista, esta vez durante varios días, cuando escapaste de Sanderson en plena noche. De hecho, cuando *di* de nuevo *contigo,* estabas apunto de batirte en duelo en C*ulthers.*

Casey *reprimió* un su*spiro* y al *mismo tiempo* se *encogió* de vergüenza. No *los* había visto a ella y a Damian haciendo el amor, pero aquel condenado duelo...

-Eso fue una *estupidez* de *mi* parte -admitió. *-Sin* duda.

-No me importa reconocerlo: tenía tanto *miedo* que no sabía si sería capaz de desenfundar, y menos aún de darle a aquel *tipo. No*s *cubriste* a Damian y a mí para darnos *tiempo* a salir de la calle, ¿verdad?

-Sí.-contestó Chandos.

-Ojalá hubiese sabido que andabas cerca cuando me tenían en la cabaña aquella noche, *temiendo* que Damian apareciese en cualquier momento y lo matasen.

-Esa vez no estaba allí. Mi caballo se rompió una pata. Pero supongo que te las arreglaste para salir del aprieto tú sola, o al menos esa impresión me dio cuando por fin os alcancé y vi que regresabais al pueblo con los prisioneros.

Casey consiguió contener la risa al recordar su propia torpeza.

-¿ Yo sola ? No, yo me las arreglé únicamente para ponerme a un paso de la muerte, desenfundando un arma descargada ante aquellos tipos. Fue Damian quien me sacó del

aprieto, y apareció justo a tiempo, echando la puerta abajo. Me salvó la vida.

-¿ El novato ?

-No hables con tanto escepticismo. Nunca ha usado un revólver, pero con un rifle en las manos es un excelente tirador y empezaba a adaptarse francamente bien a esta parte del país antes de regresar al Este.

-¿Por qué te uniste a él? -preguntó Chanclos-. Eso es algo que no llegué a averiguar.

Casey extrajo el cheque del bolsillo y lo echó a la mesa ante su padre.

-Porque me ofreció mucho más dinero del que correspondía a su encargo, demasiado para negarme a cambio sólo de un par de semanas de trabajo fácil. y con esa suma estaría ya lista para volver a casa. Suponía que algo más de veinte mil dólares bastarían para demostrar que no necesito un marido... hasta que esté dispuesta a casarme.

Courtney se llevó la mano a la boca para tapar una sonrisa que fue incapaz de reprimir. Chanclos adoptó de nuevo su inescrutable expresión, que impedía adivinar qué diría a continuación. Su respuesta sorprendió a Casey.

-Sí, eso demuestra de sobra ese punto. y si alguno de los vaqueros del Bar M te hubiese visto en acción estos últimos meses probablemente tampoco allí te encontrarías con el menor problema. Pero sigo pensando, Casey, que tendrás problemas para que un puñado de vaqueros, jóvenes y viejos, respete tus órdenes. El inconveniente de los hombres es que, en su mayoría, creen siempre tener razón, y a la mayoría les cuesta mucho mantener la boca cerrada cuando no están de acuerdo con el jefe... y eso siendo el jefe otro hombre. Si el jefe es una mujer, darán siempre por por hecho que tienen la razón, aunque no la tengan, y no dudarán en tratar de humillar a esa mujer, ¿entiendes? Por otra parte, cuando les demuestres que se equivocan, ¿qué ocurrirá?

Casey suspiró, comprendiendo adónde quería ir a parar su padre.

-Sentirán resentimiento, claro. Luego intentarán humillarme otra vez, y el resentimiento crecerá si vuelven a estar equivocados. O me veré obligada a despedirlos si tienen razón, para que no sirva de precedente y nadie más ponga en duda las órdenes de la jefa.

Chandos movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

-y ahora, habiendo dejado eso claro, cosa que lamento no haber hecho antes, no me opondré si sigues interesada en administrar el Bar M. Siempre y cuando sepas lo que te espera, y que si fracasas, no lo interpretes como un fracaso personal. -Sonriendo, añadió-: Con todo, jovencita, cualquiera capaz de hacer lo que tu has hecho en estos últimos meses, probablemente puede encontrar la manera de evitar que se cumplan mis previsiones. Estaré orgulloso de ti el día que demuestres que me equivoco.

CAPITULO 45

Más tarde, en su espaciosa habitación, pintada aún en los tonos blancos y rosa de su infancia, Casey se hallaba sentada ante el tocador, vestida con un viejo camisón blanco de algodón. Su madre estaba de pie tras ella, cepillándole el cabello como cuando Casey era mucho más joven. Courtney protestaba a menudo por el hecho de que lo llevase tan corto, pero de todos modos Casey disfrutaba de sus atenciones.

Courtney había llamado a su puerta poco después de retirarse Casey. A decir verdad, Casey esperaba su visita. Siempre habían estado muy unidas, siempre habían hablado con naturalidad. y había ciertos temas que no convenía tratar en presencia de Chandos.

-Te has engordado un poco... pero donde te hacía falta -comentó Courtney.

Casey se sonrojó. No se había dado cuenta realmente, pero, por fin, se había acentuado un poco la curva de sus pechos y sus caderas. Debería haberle encantado la observación, después de esperar tanto tiempo a que eso ocurriese; sin embargo sintió sólo indiferencia, lo cual resultaba revelador.

-Parece que por fin he alcanzado esa edad mágica de germinación que siempre me asegurabas que algún día llegaría.

Courtney asintió con la cabeza, pero después de pasarle el cepillo por el pelo unas cuantas veces más, dijo:

-Tú padre piensa que te ocurre algo más, que te sientes desdichada por alguna otra razón que nada tiene que ver con el aspecto del rancho y tu demostración. ¿Te ha sucedido algo fuera de lo común que te gustaría comentar ?

-Si enamorarse puede considerarse algo fuera de lo común, supongo que sí.

Casey dejó escapar un suspiro, arrepintiéndose de haber sacado el tema a la conversación. No tenía sentido hablar de lo que no podía cambiarse ni remediarse.

Sin embargo Courtney recibió encantada la noticia.

-¿ En serio ? Empezaba a pensar que nunca te interesaría nadie de por aquí... pero no es de por aquí, ¿verdad? Es ese hombre del Este, imagino.

Casey asintió con la cabeza, lanzando otro suspiro. No obstante, se apresuró a asegurar:

-Lo superaré.

-¿ Por qué dices eso ? -preguntó Courtney.

Casey, parpadeando, miró a su madre en el espejo.

-Quizá porque no es un sentimiento correspondido. Quizás porque él es de la alta sociedad neoyorquina, y yo soy sólo una chica de campo que él nunca vería como posible esposa. y porque estaría tan fuera de mi ambiente en una ciudad de ese tamaño, que ni siquiera consigo imaginarme viviendo allí. y quizás...

-Quizá estás poniéndote demasiados obstáculos -reprendió Courtney-. ¿ Estás segura de que no es un sentimiento correspondido ? Me cuesta creer que exista un hombre incapaz de quererte... después de conocerte un poco.

Casey se echó a reír.

-Eso son... opiniones de madre.

-Hablo en serio -insistió Courtney-. Eres guapa, inteligente y extraordinariamente polifacética. No te asusta asumir las responsabilidades de un hombre y a la vez eres muy competente en las tuyas propias. Creo que has demostrado que muy pocas cosas se te resisten cuando pones todo tu empeño.

-Dudo que eso guste a todos los hombres -respondió Casey irónicamente.

-Quizá no -admitió Courtney-, pero tus aptitudes te dan una confianza en ti misma que se trasluce en tu manera de comportarte, y eso se suma a tu general encanto. ¿ y ese... ? ¿ Damian, se llama?

-Damian Rutledge... Tercero.

-¿Tercero, eh? Dicho así, impresiona. Pero ¿no se sintió atraído por ti en modo alguno ?

Casey frunció el entrecejo, recordando sus momentos de pasión. Aun así, ¿ había sido eso consecuencia de una atracción mutua, o se debía sencillamente, desde el punto de vista de Damian, a que no había ninguna otra mujer a mano durante la mayor parte del tiempo que pasaron juntos ?

Pero, guardándose esas reflexiones, contestó a su madre:

-Un hombre puede sentirse atraído por una mujer y a la vez no desear casarse con ella. Cuando se trata de elegir esposa, deben tenerse en cuenta otras cosas, como por ejemplo si encajaría o no en su vida. No me quiere por esposa, de eso estoy segura.

-¿y por qué estás tan segura? -inquirió Courtney.

-Porque estuvimos casados, y él se moría de impaciencia por invalidar el matrimonio.

A Courtney se le cayó el cepillo de la mano.

-Estuvisteis, ¿ qué ?

-No fue de común acuerdo, mamá, y además ya se ha anulado.

-¿Cómo que no fue de común acuerdo? -preguntó Courtney-. ¿Quieres decir que alguien os casó por la fuerza?

Casey movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

-Quizá hayas oído hablar de Roy Bean, el intratable juez de Langtry. Por su cuenta, llegó a la conclusión de que Damian y yo viajábamos en pecado, lo cual no era cierto, pero eso a él le tenía sin cuidado, porque su único objetivo era embolsarse los cinco dólares que cobra por un casamiento. Así que nos casó sin nuestro consentimiento, y nosotros no pudimos hacer nada para impedirlo.

-¡Eso es... es indignante!

Casey coincidía plenamente.

-Sin duda. Como es lógico, Damian se puso furioso, y después buscaba otro juez en todos los pueblos por donde pasábamos. No encontramos ninguno; pero en el camino de regreso, al parar de nuevo en Langtry, ese viejo juez repitió la maniobra, descasándonos por propia iniciativa, sin preguntarnos, sólo por cobrarnos otros cinco dólares.

Courtney se sentó junto a Casey en el banco del tocador y la abrazó.

-¡Cuánto lo siento, cielo! Eso debió de ser un duro golpe para ti si a esas alturas ya lo amabas.

Casey se encogió de hombros, tratando de quitarle importancia.

-Da igual. Desde el principio supe que no era el hombre indicado para mí, que nuestras vidas eran demasiado distintas que pudiésemos ser compatibles. Él no está cómodo fuera de una gran ciudad; yo no estaría cómoda allí, y me temo que no existe una solución intermedia. Sólo lamento no haberlo tenido antes en cuenta y haberme dejado guiar por el corazón.

Courtney no parecía dispuesta a aceptar esa actitud.

-¿ Recuerdas que hace un momento he dicho que eres capaz de conseguir todo lo que te propones ? ¿por qué has renunciado a ese hombre? Has capturado a asesinos. Vas a ocuparte de administrar el Bar M. ¿ por qué en este caso te rindes sin intentar siquiera hacer realidad el deseo de tu corazón?

-porque fracasar con él me dolería de un modo muy distinto y no me siento capaz de sobrellevarlo.

-Sin embargo ahora sobrellevas su pérdida -adujo Courtney ¿ O no es así? ¿ O acaso tu tristeza se debe a que no has puesto todo tu empeño en conseguirlo ? Todos esos obstáculos que imaginas cariño, también pueden superarse. ¿ Quién dice que tendrías que vivir siempre en la ciudad, o que en adelante él debería vivir en el campo? ¿Quién dice que no podríais pasar una parte del año aquí y otra allí, y disfrutar por igual las dos cosas por la sencilla razón de que estaríais juntos ?

-¡Pero él no me quiso por esposa!

-Pues oblígalo a cambiar de idea -sugirió Courtney de forma pragmática-. Si no se te ocurre cómo lograrlo, con mucho gusto te aconsejaré.

Courtney se sonrojó. Casey sonrió a su madre. Le hablaba con la mejor intención. Deseaba la felicidad de Casey. Sólo pasaba por alto un pequeño detalle. ¿ Cómo podía ser feliz Casey, aun consiguiendo arrancar a Damian una proposición de matrimonio, si él no la amaba de verdad ?

CAPITULO 46

Para Damian, viajar en compañía de Jack Curruthers se convirtió en un auténtico suplicio, dado el profundo desprecio que sentía por él. La certeza de que sería condenado a cadena perpetua en el juicio no le proporcionaba un gran consuelo. Había robado a la empresa, y en lugar de escapar con el dinero, como habrían hecho la mayoría de los ladrones, había intentado cargar la culpa a su hermano y, para ello, ordenado la muerte de un hombre, convirtiendo así un robo en un asesinato.

Curruthers merecía el castigo que le impusiesen los tribunales. Pero Damian no merecía sufrir su continua compañía en el largo viaje de regreso a Nueva York.

Jack no demostraba un ápice de remordimiento. Sonreía con cinismo, provocaba a Damian y alardeaba de su delito a la menor oportunidad. y en el vagón de tren Damian no tenía modo alguno de eludir su presencia. Podría haberlo amordazado, pero habría continuado provocándolo con la mirada.

Por esa razón en San Luis, Missouri, Damian abandonó el tren para buscar otro vagón, éste provisto de un compartimiento separado donde poder encerrar bajo llave a Jack. Si no lo veía, podría al menos borrarlo en parte de su mente. y encontró justo lo que necesitaba, un vagón con un dormitorio independiente. Por desgracia, Damian estuvo ausente varias horas, ocupándose de lo trámites del alquiler -el vagón era propiedad de un ciudadano de San Luis- y la entrega. Cuando por fin regresó a la estación, Jack había escapado.

Era lo último que Damian esperaba en aquel punto. Había tomado todas las precauciones oportunas para que no ocurriese. Había dejado a Jack encadenado de pies y manos, utilizando los grilletes facilitados por el sheriff de Culthers, y asegurado la cadena de los pies a uno de los bancos sujetos al suelo del vagón. Y el vagón había quedado cerrado con llave, cuyo único duplicado se hallaba en poder del mozo que lo atendía.

El mozo no estaba bajo sospecha. Sentía una evidente aversión por Jack desde que conocía sus crímenes y, además, había aprovechado la circunstancia de que el tren parase en la ciudad toda la noche para visitar a unos parientes que allí tenía. Damian no tardó en encontrar testigos de su huida. Uno había oído ruidos en el interior del vagón, producido probablemente en el momento de romper el banco; otro había visto a Jack descolgarse por una de las ventanillas y alejarse cojeando. Había desaparecido, y San Luis era una ciudad grande, donde no le resultaría difícil hallar lugares donde esconderse.

Damian notificó de inmediato su fuga a la policía local, que se mostró muy servicial pero no hasta el punto de dar con Curruthers. Después de tres días de búsqueda infructuosa, telegrafió a los detectives a cuyos servicios había recurrido en Nueva York; lo remitieron a sus contactos en San Luis. Transcurrió aún otra semana hasta que descubrieron una pista fiable, que conducía directamente a Chicago, Illinois. por lo visto, Jack había renunciado a la idea de perderse en el vasto territorio del Oeste. Esta vez lo intentaría en una gran ciudad, y Chicago, en cuanto a tamaño, era equiparable a Nueva York.

Sin duda no era así como Damian había imaginado su primera visita a Chicago. En el fondo de su mente rondaba la idea de que su madre vivía allí, en alguna parte, pero consiguió mantenerla alejada de sus pensamientos conscientes. Quizá algún día tratase de localizarla, pero en aquel viaje tenía ya demasiadas preocupaciones en la cabeza como para planteárselo siquiera.

En aquellas circunstancias, mucho más difícil le resultaba no pensar en Casey, y de hecho pensaba en ella sin cesar. Seguía enojado por el modo en que se había ido, sin previo aviso, saliendo furtivamente de la habitación que compartían en plena noche. Sin despedirse. Sin dar oportunidad de hablar de un posible encuentro en el futuro... ni de ninguna otra cosa.

Damian había decidido conversar con ella sobre su matrimonio, o mejor dicho, su divorcio. No le disgustaba que Bean los hubiese «descasado». Toda su rabia se debía al hecho de que el juez les hubiese impuesto de nuevo un procedimiento legal sin preguntar antes. y en todo caso aquel matrimonio había sido una farsa. Damian había planeado tragarse su orgullo y proponerle un matrimonio auténtico. Pero Casey no le había dado ocasión.

Apenas unas horas después de cobrar sus honorarios por el trabajo para el que la había contratado, había huido de él. Y eso era prueba suficiente de su impaciencia por separarse de Damian. Ni siquiera había podido esperar a que amaneciese. Tampoco se hallaba en el tren a la hora de la salida. Damian había comprobado vagón por vagón con la esperanza de encontrarla, antes incluso de pasar a recoger a Jack, que había pernoctado en la cárcel del pueblo.

En ese momento, varias semanas después, seguía atormentándose por su marcha, y con tiempo libre de sobra -los detectives habían sido tajantes en su negativa a dejarse acompañar por un aficionado- no tenía otra cosa que hacer salvo atormentarse. Al menos cuando Casey seguía la pista a Jack, Damian participaba activamente, llegando incluso a sentirse útil en alguna que otra ocasión.

Al concebir la idea, Damian se aferró a ella como un hambriento a una pata de ternera. Casey debía estar allí en Chicago con él. Le había pagado diez mil dólares por entregar a Jack a la primera justicia, pero Jack eludía de nuevo a la justicia. Damian no había obtenido ningún fruto por su dinero.

Pero ¿cómo iba a encontrarla si no sabía dónde vivía, si no conocía siquiera su nombre completo ? De hecho el nombre por el que se dirigía a ella no era el suyo verdadero; procedía de las iniciales K.C. con que ella firmaba, que probablemente había tomado de la marca del caballo a falta de mejor inspiración la primera vez que se vio obligada a firmar un documento.

Pero sí tenía la marca de *Old Sam*...

Bucky Alcott había enviado a Casey a ese rancho cercano a Waco en busca de sus

raíces. Damian lo había considerado absurdo, pues sabía que ella no había comprado el caballo en el rancho K.C., sino que lo había recibido como regalo de su padre. Sin embargo ese rancho era su única pista, ya que Casey nunca había hecho comentario alguno sobre su casa que permitiese localizarla

Eso le proporcionaba algo útil que hacer: regresar a Texas. Existía otra razón para realizar ese viaje, pero Damian estaba aún demasiado enojado para admitirla, ni siquiera en sus adentros. Con todo, dado que no albergaba grandes esperanzas de encontrar a Casey, imaginaba que probablemente perdería tiempo.

Pero perder el tiempo era preferible a permanecer sentado en la habitación del hotel esperando los informes diarios sobre los progresos de los detectives, siempre monótonamente idénticos; ninguna pista todavía. Jack había buscado refugio en Chicago y era lo bastante astuto para no usar su verdadero nombre esta vez. ¿Y cómo encontrar una aguja en un pajar, pues eso era Jack en una ciudad tan grande ?

Por asombroso que pareciese, Damian confiaba plenamente en que Casey tuviese la respuesta.

CAPITULO 47

Era una mansión en todos los sentidos, la casa principal del rancho K.C. Damian pensó que se acercaba a otro pueblo al verla a lo lejos, rodeada de otros edificios. No se parecía en nada a otros ranchos que había visto en su viaje por el Oeste, y había pasado por muchos.

Quedó impresionado y a la vez decepcionado por su tamaño, puesto que en un rancho tan próspero probablemente no tenían constancia ni se acordaban de un caballo que una niña había llamado *Old Sam,* comprado por su padre hacía muchos año. Incluso si llevaban esa clase de registro, Damian ignoraba también el nombre del padre de Casey.

Había concebido la esperanza de que alguien recordase a aquel hombre por la descripción que Damian podía ofrecer de él, pero ahora lo dudaba seriamente. Allí debían de vender docenas de caballos todos los meses. Los numerosos establos que vio a medida que se acercaba indicaban que criaban tanto caballos como ganado.

Aun así, debía intentarlo. Podía ser que quienquiera que se ocupase en el rancho de la venta de los caballos cinco o seis años atrás tuviese una excelente memoria y trabajase aún allí. Y alguien *con* el peligroso aspecto del padre de Casey, al menos tal como Damian lo había visto en Fort Worth, era más fácil de recordar que un comprador corriente.

En Waco, después de informarse de cómo llegar al rancho K.C., había alquilado un caballo. Era curioso que hubiese optado por eso sin pensarlo apenas, ni molestarse en buscar una calesa de alquiler en lugar de una montura. Pero en realidad se sentía cómodo a caballo, algo que un año antes no habría imaginado siquiera.

En la fachada delantera de la casa había un porche amplio y largo. Dos barandillas para enganchar los caballos, ambas de idéntica anchura y largura, flanqueaban la escalinata que ascendía al porche. Damian amarró el caballo a una de ellas y se acercó a la puerta.

Llamó y, mientras esperaba a que abriesen, se volvió para contemplar el paisaje. En realidad, no había mucho que ver: llanuras, cactus y algún que otro árbol. Se dio cuenta entonces de que el porche estaba orientado hacia el oeste, y él había visto algunas de las increíbles puestas de sol de aquella parte del país. Con tan magnífica vista, aquel porche debía de ser en extremo relajante al final de una ardua jornada de trabajo. La gran cantidad de sillas y mesas dispuestas a lo largo inducían a pensar que probablemente mucha gente del rancho sacaba provecho de aquella serenidad.

Se abrió la puerta. En el umbral apareció una atractiva mujer de mediana edad; sus ojos de color castaño claro le resultaron vagamente familiares, pero en su nerviosismo no se detuvo a pensar a quién le recordaban. Su esperanza de encontrar a Casey mediante la información que pudiesen proporcionarle allí era escasa, pero no tenía otra opción. y estaba nervioso precisamente porque pronto saldría de dudas, para bien o para mal.

-¿Qué desea? -preguntó la mujer con curiosidad.

Damian se quitó el sombrero y se aclaró la garganta.

-Busco a una joven que monta un caballo procedente de este rancho, o al menos marcado aquí.

-¿Cómo se llama esa joven?

-Por desgracia, no conozco su verdadero nombre -admitió-. El caballo se lo compró su padre, probablemente hace unos cinco años. y no, tampoco sé cómo se llama él. Pero confiaba en que alguien aquí lo recordase y supiese quién es, quizá incluso dónde vive.

Al parecer, la mujer esperaba a oír algún dato más, pero al advertir que eso era todo, dijo:

-Aquí se venden muchos caballos. ¿Tiene ese caballo algo especial que lo distinga? ¿O posee algún rasgo fuera de lo común el hombre que lo compró? Sin un nombre, será bastante difícil...

-Puedo describir a ese hombre -la interrumpió Damian sin querer, dándose cuenta de que debería haber empezado por ahí- Probablemente es de mi misma estatura.

-Bueno, eso es una ayuda -dijo la mujer con una sonrisa -. Puesto que es usted bastante más alto que la media.

Damian le devolvió la sonrisa, tranquilizándose un poco.

-Tiene el cabello negro y podría llevarlo muy largo o quizás no. Cuando yo lo vi, lo llevaba muy largo, aunque de eso no hace mucho tiempo. Ahora ronda los cuarenta y cinco años, así que por entonces debía tener treinta y ocho o treinta y nueve.

La mujer rió.

-Hay por aquí unos cuantos hombres así, incluido mi marido. ¿Algún otro detalle que lo diferencie y permita recordarlo fácilmente?.

Damian negó con la cabeza.

-No llegué a verlo de cerca. Pero tenía cierto aire peculiar, un aspecto peligroso que posiblemente inquietaría a mucha gente. Para serle sincero, parecía un forajido.

-¡Santo cielo! -exclamó la mujer-. ¿ y está usted seguro de que quiere volver a verlo ?

-Es a su hija a quien busco.

La mujer movió la cabeza pensativamente en un gesto de asentimiento.

-¿ y qué me dice del caballo ? ¿ Tenía algo fuera de lo corriente ?

-Es un-animal de excelente planta. Probablemente podría calificarse de pura sangre, aunque Casey lo llama *Old Sam.*

La mujer se puso tensa.

-¿Casey? ¿No me ha dicho que desconocía *sus* nombres?

Su reacción fue alentadora, pero Damian explicó en primer en lugar:

-Los desconozco. Casey es sólo un nombre que yo le di, puesto que firmaba con las iniciales «K» y «C», tomadas quizá de la marca del caballo, aunque no llegué a preguntarle al respecto. En realidad, ella se hacía llamar Kid. ¿ Sabe usted por casualidad de quién le hablo, señora?

-Podría ser. ¿Para qué la busca?

-Eso es un poco personal...

-En tal caso, dudo que pueda ayudarlo -atajó la mujer e incluso hizo ademán de cerrar la puerta.

-¡Espere! -dijo Damian-. Esa joven era cazarrecompensas cuando la conocí. La contraté para buscar al asesino de mi padre, y lo encontró. Pero cuando lo llevaba a Nueva York para ser juzgado, consiguió escapar.

-¿La busca, pues, para contratarla otra vez ? -preguntó la mujer con aspereza.

Eso desde luego no era asunto suyo, y de ahí que Damian contestase:

-Algo así.

-¿ y ésa es la única razón por la que ha venido?

Esta vez fue Damian quien se puso tenso ante tal insistencia.

-¿ Qué otra razón podría ver ?

-Quizá mi marido quiera hablar con usted -dijo la mujer con expresión ceñuda-. Pase.

Damian entró.

-Espere aquí -indicó la mujer con tono cortante, y se alejó de inmediato.

Damian no tuvo más remedio que obedecer. El comportamiento de aquella mujer lo había desconcertado. Sin duda se había enojado por algo. Sus ojos habían adquirido de pronto un intenso color ambarino. y se había sobresaltado cuando él pronunció el nombre de Casey. ¿ Era ése acaso su verdadero nombre? Daba la impresión de que la mujer la conocía. El «Podría ser» con que había contestado al preguntarle si la conocía tenía todas las connotaciones de un «Sí, la conozco».

Damian quedó de pronto paralizado. ¿Ojos de color ámbar?

«Hay por aquí unos cuantos hombres así, incluido mi marido.»

Damian concibió una súbita esperanza. ¿ Había encontrado realmente la casa de Casey ? ¿ Acababa acaso de hablar con su madre, que tenía los ojos como Casey cuando se irritaba?. ¿ y su marido, que él había descrito...?

Damian se volvió al notar una palmada en el hombro, y en efecto allí estaba el padre de Casey, con un puño echado hacia atrás. Después de eso Damian recordaba sólo una explosión de estrellas en sus ojos.

CAPITULO 48

-Empiezo a pensar que no hice bien en contarte que Casey estaba enamorada de él -dijo Courtney a su marido, hallándose los dos de pie junto a Damian, tendido en la entrada cuan largo era, con un hilo de sangre bajo la nariz.

-Claro que hiciste bien -replicó Chandos, frotándose los nudillos con un gesto de satisfacción, sentimiento que se reflejaba asimismo en su rostro.

-¿Tú crees? -dijo Courtney con un mohín-. Lo dudo mucho sobre todo cuando pienso que tuve que disuadirte de ir tras él nada menos que hasta Nueva York. y ahora el muy necio viene a llamar a nuestra puerta. Para eso, podría ya haberte traído su cabeza en bandeja.

Chandos enarcó una ceja.

-Si tanto te molesta, ¿por qué me has avisado de que estaba aquí? Podrías haberle dicho que se volviese por donde había venido, y yo me habría quedado como estaba.

Courtney chasqueó la lengua.

-Es que por un breve instante he deseado que lo hicieses entrar en razón a golpes. Pero sólo por un breve instante -insistió.

Chandos casi sonrió.

-¿He de entender que te ha dicho alguna impertinencia?

Courtney apretó los labios.

-Venía buscando a Casey para contratarla otra vez. ¿No es increíble ? y no es que ella vaya a plantearse siquiera trabajar otra vez para él, pero sólo verlo prolongaría su dolor. ¿ y acaso él tiene eso en cuenta? No, es egoísta e insensible, el muy hijo de...

Chandos la hizo callar apoyando un dedo en sus labios con delicadeza.

-Me encanta oírtelo decir cuando te enfadas, *Ojos* de Gata, pero en este caso probablemente no hay motivo para ello. ¿No fuiste tú quien me convenció de que este hombre no sabía que Casey está enamorada de él? ¿No lo admitió ella cuando le preguntaste? Siendo así, no podemos culparlo de ninguna fechoría, ¿no crees?

-Bueno, sí -contestó Courtney, pero miró a Chandos con los ojos entornados-. y si ahora te parece tan inocente, ¿por qué has entrado aquí y, sin mediar palabra, le has dado un puñetazo ?

-Por la sencilla razón de que ha hecho sufrir a mi hija. Llamémoslo prerrogativa del padre.

Esta vez fue Courtney quien enarcó una ceja.

-Ah, ¿y una madre no tiene ninguna?

Chandos se echó a reír.

-Tu prerrogativa era venir a buscarme sabiendo que arremetería contra él.

Courtney se sonrojó, asaltada por un repentino sentimiento de culpabilidad.

-Quizá no deberíamos hablar ahora de las razones de nuestras respectivas antipatías por este joven, sino decidir qué hacer con su inesperada y molesta aparición en esta casa.

Preferiría que Casey no se enterase de su visita, pero reparte sus noches entre K.C. y el Bar M, y hoy le toca dormir aquí. Teniendo en cuenta la hora que es, podría presentarse en cualquier momento.

Chandos movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

-Traeré a un par de vaqueros para que lo carguen en una carreta y lo lleven al pueblo. Esperemos que la recepción que le hemos ofrecido baste para hacerle entender que aquí no es bien venido y no regrese.

Courtney arrugó la frente con expresión pensativa.

-No creo que sea suficiente.

-¿ Por qué ? -preguntó Chandos.

-Porque me ha dado la impresión de que es un tanto obstinado -contestó Courtney-. y ha hecho un largo viaje para contratarla. Dudo que se marche hasta que ella le diga personalmente que no volverá a trabajar para él.

-¿ y estás segura de que Casey se negará?

-No del todo, pero ¿por qué iba a aceptar? La otra vez accedió a trabajar para él únicamente por el dinero, que necesitaba para demostrarte su capacidad. Ahora no tiene nada que demostrar. Administra el Bar M y hasta el momento le ha ido bien.

-un excelente razonamiento si lo aplicamos a un hombre -señaló Chandos-, pero ¿ servirá también para una mujer enamorada?

-Tienes razón, desde luego -admitió Courtney, casi gruñendo- Eso podría influir en su decisión si es que ha de tomarla. Podría acceder por el deseo de pasar un poco más de tiempo a su lado, o porque él obviamente necesita ayuda y ella lo ama. Podría querer ayudarlo sólo por eso. Así que quizá debamos asegurarnos de que Casey no se vea siquiera en la necesidad de tomar esa decisión.

-No estarás sugiriendo que me deshaga de él de manera permanente, ¿verdad?

-¡No digas tonterías! -espetó Courtney. Al instante vio que Chandos bromeaba y lo miró con rabia-. Quizá sólo sea necesaria una charla para convencerlo de que no vuelva por aquí tendrás ocasión de ello si lo llevas tú mismo al pueblo. y si no lo convence, dile que Casey no está, que se ha marchado... no sé... a Europa, por ejemplo. Sí, a Europa, lo bastante lejos que comprenda que si necesita ayuda, le conviene empezar a buscar en otra parte.

-Preferiría no hablar con él-protestó Chandos-. No sé si seré capaz de resistirme a pegarle otra vez.

-Entonces hablaré yo...

-No, nada de eso -la interrumpió Chandos de manera categórica, y luego lanzó un suspiro-. Muy bien, lo llevaré yo al pueblo. -Se inclinó para cargarse a Damian al hombro-. ¡Maldita sea, pesa tanto como parece!

-¿ Chandos...?

-¿ Qué ? -masculló él camino de la puerta. -No le digas lo que Casey siente por él.

-¿ y por qué no? -preguntó Chandos, volviéndose hacia ella. -Ella decidió no decírselo, y él es demasiado estúpido para darse cuenta por sí mismo...

-O lo sabía y no le importaba, que es lo más probable, pese a que me dejé convencer por ti de lo contrario.

-¿ Es por eso, pues, que le has golpeado en vez de saludarlo ? -preguntó Courtney.

Chandos resopló.

-En cualquier caso -prosiguió Courtney, sonriendo-, no creo que a Casey le gustase que él lo supiera. A mí en su lugar no me gustaría.

Chandos asintió con la cabeza y descendió por la escalinata del porche. A continuación colocó a Damian en la silla de su caballo, boca abajo. Después de coger las riendas, miró a su esposa.

-Seguramente llegaré antes de la cena -anunció-. Ah, y asegúrate de que no ha manchado el suelo con la sangre de la nariz rota.

-¿ De verdad crees que la tiene rota ?

-Desde luego, ésa era mi intención. Pero ¿por qué, si no, iba a perder el sentido tan fácilmente un hombre de su tamaño?

-Quizá porque siempre has tenido un golpe de puño atroz -sugirió Courtney, despidiéndose con una mano.

Chandos soltó una carcajada.

-y tú siempre me atribuyes más méritos de los que me corresponden.

-Tonterías. Me casé con un hombre excepcional. Yo al menos lo sé.

Chandos sonreía aún mientras guiaba el caballo de Damian hacia el establo para recoger el suyo. Pero la satisfacción producida por las palabras de su esposa no duró demasiado, desvaneciéndose en cuanto pensó en la tarea que tenía por delante.

Y la tarea en cuestión no se hizo esperar. No llevaban aún recorrida una milla cuando los ruidos que escapaban de Damian indicaron que estaba apunto de despertar, de modo que Chandos detuvo las dos monturas para permitirle desmontar sin sufrir algún otro daño. Damian bajó del caballo, pero por un momento se sintió desorientado, viéndose en medio del camino.

Cuando por fin advirtió la presencia de Chandos, su primera pregunta fue:

-¿Puedo saber adónde me lleva?

-De regreso al pueblo -contestó Chandos-. No es usted bien venido en el K.C.

-¿No le bastaba con decirlo? -masculló Damian, palpándose con cuidado la nariz.

-¿ Está rota ?

-No lo parece.

-Así pues, es sólo un problema de baja tolerancia al dolor, ¿no? -comentó Chandos con una sonrisa en la que se adivinaba cierta suficiencia.

Damian frunció el entrecejo y respondió irritado:

-Más bien de ser golpeado sin previo aviso.

Chandos se encogió de hombros.

-¿ y qué clase de recepción esperaba de los padres de una muchacha que estuvo apunto de morir por su culpa?

Damian vaciló, sorprendido de que Casey hubiese dado detalles de sus actividades durante el tiempo que había permanecido fuera de casa. Sin embargo, puesto que su padre obviamente ya lo sabía, dijo en su propia defensa:

-Casey es cazarrecompensas y hace muy bien su trabajo. Es su profesión...

-Es algo a lo que recurrió temporalmente, no una profesión.

-Aun así, era la persona idónea para el trabajo y por eso lo aceptó -repuso Damian.

Chandos dejó escapar un gruñido de enojo.

-¿ y cree que ahora ella volvería a aceptar el trabajo?

-El hombre que me ayudó a encontrar ha escapado -explicó Damian-. He encargado su búsqueda a unos detectives, pero no tienen más suerte esta vez que la anterior. Casey tiene mejor suerte.

-Casey tiene sentido común, así de simple.

-¿ Es ése su verdadero nombre ?

Chandos arrugó la frente ante aquel cambio de tema.

-¿Ni siquiera conocía su nombre?

-¿Por qué le sorprende? -replicó Damian-. No daba mucha información sobre sí misma. ¡incluso tardé un tiempo en descubrir que era una mujer!

-¿ y cómo acabó enterándose ?

Su pregunta llevaba tal carga de insinuación condenatoria que Damian supo qué pensaba Chandos exactamente, y puesto que era tan culpable como él sospechaba, se aferró a la verdad literal.

-Me lo dijo ella -explicó-, cuando le sugerí que se dejase la barba.

Una peculiar expresión apareció en el rostro de Chandos, y si Damian lo hubiese conocido un poco, habría adivinado que apenas podía contener la risa. Pero no lo conocía en absoluto, y sólo vio en aquello una breve tregua en las virulentas miradas que le lanzaba. El padre de Casey se parecía ya al hombre que Damian había visto en Fort Worth. Estaba recién afeitado y llevaba el pelo relativamente corto, aunque todavía largo para lo que era norma en la ciudad. Aun así, algo permanecía inalterado: una apariencia de peligrosidad claramente

perceptible.

-Vale más que tome el próximo tren de regreso al lugar de donde ha venido, señor Rutledge. Casey no trabaja ya como cazarrecompensas.

-Éste es un caso especial, dado que ella ha intervenido ya en él -repuso Damian-. Además, me gustaría oír qué opina ella...

-Olvídelo -lo interrumpió Chandos con total serenidad-. y siga mi consejo: no se acerque a mi hija. Espero no tener que repetirlo.

Damian estuvo apunto de insistir en su protesta, pero considerando que no se veía un alma en los alrededores y que aquel hombre mantenía la mano apoyada en su Colt, cambió de idea. El padre de Casey no se atendría a razones, ni le importaban sus motivos. y francamente Damian lo creía muy capaz de disparar para dejar clara su postura.

De modo que movió la cabeza en un seco gesto de asentimiento y montó a caballo.

-Ha sido un placer... en cierto modo -dijo irónicamente.

-Desde mi punto de vista, sí, sin duda -convino Chandos frotándose los nudillos.

CAPITULO 49

Casey encontró a Chandos a lomos de su caballo frente al pequeño cementerio cercado. Aquélla era su primera visita a la tumba de Fletcher desde su regreso a casa. La sorprendió ver a su padre. No había en las inmediaciones de la solitaria parcela de tierra y el enorme roble que le daba sombra ninguna otra cosa que justificase su presencia allí. El cementerio del Bar M estaba reservado a la gente del Bar M, y Chandos no había conocido a ninguna persona del rancho... salvo a su padre.

Casey detuvo su caballo junto al de él, pero no habló, esperando a que él reaccionase a su llegada, que no podía haberle pasado inadvertida. Su padre sin embargo siguió contemplando con expresión ceñuda la lápida que marcaba el lugar donde descansaba Fletcher. Finalmente Casey desmontó con el variado ramo de flores que había cogido en el camino y abrió la cancela en lugar de saltar sobre ella, cosa que podría haber hecho fácilmente.

Alzó la vista y miró a su padre.

-Puedes entrar sin miedo -dijo-. Dudo mucho que se levante y te señale con un dedo acusador.

Era un comentario en broma, sin más intención que arrancar una sonrisa a Chandos. Pero en su respuesta no se advirtió la menor nota de humor .

-Pues debería.

Saliendo de él, eran unas palabras en extremo reveladoras. Delataban un profundo sentimiento de culpabilidad. Casey no supo qué contestar. Le constaba que Fletcher no achacaba a Chandos la culpa de nada, asumía plenamente la responsabilidad de su distanciamiento. Pero tratar de explicar aquello a su padre, que siempre se negaba a escuchar ante cualquier alusión a Fletcher...

De manera que guardó silencio y se acercó a la tumba, donde se arrodilló para esparcir las flores sobre la lápida. Pero al cabo de unos instantes vio proyectarse sobre la tumba la sombra de su padre, que se aproximó y se detuvo detrás de ella.

-Últimamente he empezado a comprender algo de lo que no me siento orgulloso.

Casey se quedó inmóvil al oír aquellas palabras. ¿ Una confesión? y allí, frente a Fletcher, por así decirlo. Pensó que quizá debía marcharse. Chandos había acudido al cementerio con un propósito muy especial, obviamente, y decidió no aplazarlo sólo por la imprevista aparición de su hija.

Casey se levantó para irse, pero Chandos le tocó el brazo con delicadeza, indicándole que no lo dejase allí solo.

-Creo que pretendía controlarte tanto como ese viejo intentó controlarme a mí cuando tenía tu edad -dijo Chandos con manifiesto arrepentimiento-. He hecho contigo exactamente lo mismo que hizo él conmigo y que me llevó a odiarlo. Pero lo ocurrido me ha ayudado a abrir los ojos y comprender mejor por qué trató de moldearme.

A Casey se le anegaron los ojos en lágrimas. Dios santo, pensó, Fletcher no habría podido pedir más. Si estuviese allí para oírlo... Pero sí estaba allí, o al menos Casey había notado siempre su presencia en el Bar M, y le gustaba pensar que seguía observándola. y su presencia era mucho más intensa al pie de su tumba.

Habiendo pasado tanto tiempo en compañía de Fletcher cuando era niña, quizá sólo ella podía aliviar a su padre de aquella carga en esos momentos, aclarando unas cuantas cuestiones que tal vez ignoraba.

Pero en cuanto a su confesión, preguntó con cautela:

-A comprenderlo, ¿y quizá a perdonárselo?

-Sí, también a perdonárselo. Pero ahora me atormenta no haberlo entendido antes de que muriese, para hacérselo saber.

-Él nunca esperó eso de ti -aseguró Casey-. Sin duda le habría alegrado que lo comprendieses, pero no era algo que necesitase oír. Sabía que había cometido muchos errores. Los mencionaba a menudo. -Con una sonrisa, añadió-: Casi con orgullo. Pero, claro está, ésa era su manera de ser. Creía que un hombre aprende y saca provecho de sus errores, que lo curten, que lo fortalecen.

Chandos movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

-Sí, una forma de pensar muy propia de él.

Casey advirtió con satisfacción que no había resentimiento en su comentario, como sin duda lo habría habido sólo unos meses atrás.

-Pero en tu caso, papá, estaba demasiado orgulloso de ti para dejarse corroer por el arrepentimiento.

-¿ Qué quieres decir ? -preguntó Chandos.

-Si hubieses acabado mal, habría pensado que toda la culpa era suya. Pero eso no ocurrió, ¿comprendes? No veía nada en ti de lo que no estuviese orgulloso, ¿y sabes qué? Se atribuía él todo el mérito.

Chandos prorrumpió en carcajadas.

-¡El muy hijo de puta! -dijo.

Casey sonrió.

-Exactamente -continuó Casey-. Como las cosas te habían ido tan bien, el abuelo dedujo que las equivocaciones que había cometido contigo debían de tener algo que ver con el resultado final. Estaba loco de contento por tu éxito en el K.C. Se jactaba ante cualquiera que quisiese escucharlo de que lo habías conseguido tú solo, que no habías aceptado su ayuda. Eras su hijo. Saliste adelante. Llegaste más lejos que él. «Le diste una lección al viejo.» Estaba tan orgulloso de eso, papá... de ti.

-No lo sabía -susurró Chandos.

-No, tú no lo sabías; pero todos los demás sí.

-Gracias, jovencita.

Ese «jovencita» volvía a ser la expresión de cariño que siempre había sido, y a la que Casey no podía poner ningún reparo.

-No es necesario que me des las gracias por decir la verdad. Tampoco es necesario que te lamentes de no haberle podido explicar que por fin lo comprendías. Acabas de hacerlo. El está aquí; lo sabe.

-Quizá, pero no es lo mismo -respondió Chandos con una triste sonrisa-. Nunca hablamos, mi padre y yo...

Casey lo interrumpió con un bufido de sorna.

-Hablasteis mucho, sólo que levantando demasiado el tono de voz.

Chandos soltó una risotada.

-¿ Eso era a lo que tú llamabas nuestros «combates de gritos» ?

-Al menos nunca le prohibiste acercarse a ti o a tu familia, y te estableciste a un paso de él. ¿ Acaso crees que no conocía la importancia de eso, que no veía en ello una forma de perdón, sólo que no expresada con palabras? Nos permitías ir a visitarlo siempre que queríamos. ¿Crees que no lo interpretaba como una forma de comprensión? Al final de su vida, no se arrepintió de nada a ese respecto. Dejó un buen legado del que estaba orgulloso.

Dejó un buen hijo del que estaba aún más orgulloso. Era más feliz de lo que piensas, papá.

-Pero yo no lo sabía -repitió Chandos.

-Mamá podrá confirmarte que todo lo que acabo de decir es verdad. Ella también lo había oído alardear de ti. Probablemente ya te lo ha mencionado antes, ¿ no ?

-Sí, supongo.

Casey asintió con la cabeza y prosiguió:

-Necesitabas ser mejor que él, pero en el fondo sabías que de ese modo se enorgullecería de ti... y a pesar de eso seguiste firme en tu propósito. Eso habla por sí mismo, ¿ no te parece ? Él desde luego lo veía muy claro. En otras palabras, si de verdad hubieses pretendido hacerle llegar el mensaje de que no lo habías perdonado y nunca lo perdonarías, podrías haber fracasado en la vida dejarlo reconcomerse de culpabilidad.

Chandos la abrazó.

-¿De dónde has sacado tanta sabiduría a tu edad?

Casey se echó hacia atrás y le dirigió una pícara sonrisa.

-¿De ti, quizá?

-Difícilmente -contestó Chandos.

-Bueno, entonces de mamá -dijo Casey, y se echó a reír.

Creyó sentir la satisfacción de Fletcher por lo que allí acababa de decirse y por ver el final de una larga rencilla. Esperó que su padre pudiese sentirla también.

CAPITULO 50

Damian debería haber tomado el siguiente tren en dirección norte. Ciertamente no deseaba vérselas con el padre de Casey otra vez. No era que dudase de sus posibilidades de victoria si llegaban de nuevo a los puños. En su anterior encuentro el tipo simplemente había tenido suerte. Pero Damian no deseaba pelearse con su padre por nada del mundo. Por no hablar ya del riesgo de que la próxima vez desenfundase su revólver...y lo usase. Su insinuación a ese respecto había sido clara.

Pero Damian, aun teniendo todo eso en cuenta, no estaba dispuesto, a marcharse sin por lo menos hablar primero con Casey. De manera que utilizó la poca información sobre ella de que disponía y, tras una breve búsqueda, llevó su dolorida nariz a la consulta médica del abuelo de Casey.

Naturalmente, el doctor Harte se negó a atenderlo.

Casey le había advertido que el anciano ya sólo visitaba a sus pacientes más antiguos. No obstante el doctor cambió de política en cuanto oyó que el estropicio era obra de su yerno. y como Damian esperaba, por mediación de Harte averiguó algunas otras cosas acerca de la familia, después de explicarle cómo había conocido a Casey

-Últimamente Casey pasa la mayor parte de su tiempo en el Bar M, el rancho que ella y sus hermanos heredaron del Fletche Straton -le informó Edward Harte-. Ese rancho fue la razón de que pasase esos meses fuera de casa. Quería administrarlo, pero Chandos se oponía, así que ella se propuso demostrarle cierta cosas. Chandos salió en su busca, claro está, pero no la trajo de regreso tan pronto como preveíamos. A mi hija, Courtney, no 1e gustó demasiado tenerlos a los dos lejos tanto tiempo.

-¿ y ahora, pues, le ha permitido administrar el rancho ?

-Así es, y por lo que he oído, no se desenvuelve nada mal. Sin duda habrían llegado a un acuerdo ya en primavera si no tuviesen *los* dos tan mal genio.

En ese caso Damian no habría conocido a Casey, pero se abstuvo de comentarlo. Por otra parte, no le sorprendió que Casey estuviese administrando un rancho, y además de manera competente. *Sus* aptitudes no dejaban de admirarlo. Sí le sorprendió, en cambio, después de conocer a Chandos y hablar con él, que no consiguiese dar con Casey después de tantos meses. Al fin y al cabo, ella había aprendido de él casi todo lo que sabía. Pero, por el mismo razonamiento anterior, si Chandos la hubiese encontrado enseguida, la habría obligado a volver a casa y Damian no la habría conocido.

Después de hablar un rato más con el buen doctor Harte, Damian decidió esperar unos

días antes de salir de nuevo en busca de Casey. En realidad, tenía la esperanza de que ella acudiese al pueblo. De ese modo disminuía el riesgo de tropezarse con Chandos. Así pues, permaneció atento a la casa del médico y la tienda de suministros, *los* dos lugares donde era más probable que apareciese. Pero no apareció, y Damian estaba demasiado impaciente por verla para continuar esperando.

Por lo tanto, no tardó mucho tiempo en salir de nuevo a campo abierto, esta vez camino del Bar M. Dado que el rancho había sido propiedad del abuelo de Casey y que ahora ella lo administraba sin ayuda de nadie, Damian esperaba encontrarse con algo de dimensiones mucho menores que el K.C. Pero no fue así. Asombrosamente *los* dos ranchos, ambos pertenecientes a la misma familia, parecían pequeños pueblos por el número de edificios dispuestos en torno a las casas principales. y de pronto Damian comprendió por qué el padre de Casey se había negado a dejar en manos de Casey el Bar M. Administrar un rancho de aquel tamaño sería una difícil empresa para la mayoría de los hombres, y más aún para una muchacha.

Lamentablemente, Casey no estaba allí. Le informaron de que se hallaba en la pradera norte. No obstante, le advirtieron que no intentase encontrarla, ya que era fácil perderse allí. Damian decidió pasar por alto la advertencia... y se perdió.

Ya atardecía cuando volvió a divisar unos edificios. Para su desgracia, resultaron ser del K.C. y no del Bar M. Damian casi lamentó que Edward Harte hubiese mencionado que Casey repartía sus noches entre los dos ranchos. Puesto que ya estaba allí, no podía irse sin averiguar si aquella noche la pasaba en el K.C.

No se había equivocado en cuanto a las puestas de sol en aquel porche. Había varios faroles encendidos, pero su luz no era aún necesaria en el cálido resplandor de vivos tonos rojizos que bañaba el porche. Se tomó un momento para sentarse en uno de los balancines y mirar hacia poniente, maravillándose de la increíble belleza de aquella parte del país, de los vastos espacios..., de la paz que nunca encontraría en la ciudad.

Era demasiado esperar que Casey apareciese de pronto en el porche y compartiese con él aquel profundo momento. Podía imaginársela cogida de su mano, meciéndose junto a él ante aquella vista panorámica... o mejor dicho, habría podido si no estuviese aún tan furioso con ella por cómo se había despedido o, más exactamente, por marcharse sin despedirse siquiera.

Pero debía alejar de sí aquella ira si pretendía obtener su ayuda. Difícilmente Casey se prestaría a un acuerdo si él la mira con rencor mientras exponía los hechos.

Damian dejó escapar un suspiro y se levantó para llamar a la puerta antes de que oscureciese. Esperaba sinceramente que no saliesen a abrir la madre ni el padre de Casey. No había olvidado la advertencia de Chandos; sólo había optado por desoírla. En realidad, para Damian, sería no volver a ver a aquel hombre nunca más.

por lo visto, no trabajaba allí la amplia dotación de criados que cabría esperar en una casa de aquel tamaño, o al menos no la clase de criados que atendían la puerta, ya que, al abrirse ésta, apareció de nuevo ante él Courtney Straton. y no se molestó en disimular el fastidio que le producía verlo. Frunció el entrecejo al instante. De hecho, a Damian le sorprendió que no le cerrase la puerta en la cara.

-Habría jurado que no volvería por aquí -dijo con cierta perplejidad.

-Desearía que no fuese necesario, señora, créame, pero debo hablar con Casey a toda costa antes de marcharme. ¿Sería usted tan amable de no avisar a su marido esta vez y decirme simplemente si Casey está aquí o no?

Courtney abrió la boca dispuesta a responder, pero volvió a cerrarla. Arrugó aún más la frente, pero esta vez su expresión parecía más pensativa que colérica. Damian contuvo la respiración. Fue Courtney quien suspiró.

-De acuerdo, puesto que no cabe esperar de usted la mínima sensatez a este respecto, mejor será que pase. -Courtney cerró la puerta cuando Damian entró y a continuación llamó a su hija-. Casey, cariño, ven un momento. Tienes... una visita.

Dado que apenas había levantado la voz, era previsible que Casey apareciese en cuestión de segundos, y así lo hizo, cruzando la puerta abierta del comedor con una servilleta

en la mano. Sin embargo se detuvo de inmediato, con semblante atónito, al ver a Damian en el vestíbulo. Junto a su madre.

También Damian se sorprendió, él por la elegante apariencia de Casey. Estaba tan acostumbrado a verla vestida con un panta*lón* vaquero y un poncho, salvo por aquella única ocasión en Culthers, que no se le había ocurrido pensar que en su casa Usase otra clase de ropa. Llevaba el negro cabello recogido en un elaborado moño sujeto con pasadores alhajados. Lucía un ceñido vestido de terciopelo verde esmeralda, con un pronunciado escote redondo adornado con una ancha orla de encaje del mismo color que caía formando pliegues desde *los* hombros.

Estaba increíblemente bella, e increíblemente seductora también con aquel profundo escote enmarcando la suave curva de sus pechos. Contemplándola, Damian casi olvidó el motivo de su visita.

Era evidente que había interrumpido su cena, y al parecer también allí se vestían apropiadamente para ello, como en la alta sociedad neoyorquina. Su padre apareció tras ella, también elegantemente ataviado con un traje de etiqueta negro y un lazo negro, tan distinto del hombre que había visto aquel día en Fort Worth a *lomos* de su caballo. y si una inescrutable expresión podía calificarse de siniestra, la suya lo era. A Chandos lo complacía aún menos que a su esposa volverlo a ver.

Casey logró salir de su asombro lo justo para decir:

-¿Qué haces aquí, Damian? ¿ y qué te ha pasado en la nariz?

Damian hizo una mueca de disgusto, recordando de pronto lo visible que era la magulladura de su cara. La hinchazón se había reducido notablemente, pero el hematoma se había extendido bajo un ojo y entre las cejas. Se había producido una pequeña fractura después de todo, según el doctor Harte, pero habría podido ser mucho peor si el golpe hubiese dado de pleno en la nariz, y no en la parte superior y ligeramente descentrado.

Damian lanzó sólo una breve mirada a Chandos antes de contestar:

-Me tropecé con el puño de tu padre. Según parece, opina que merecía algún castigo por arriesgar tu vida.

Casey volvió a su anterior estado de estupefacción.

-¿Mi padre te dio un puñetazo? -exclamó-. ¿Cuándo?

-Hace unos días.

-¿ Estuviste aquí y nadie se tomó la molestia de decírmelo?

La pregunta no iba dirigida a Damian, y de hecho Casey se volvió hacia Chandos.

-¿Qué falta hacía? -dijo su padre, quitándole importancia.- Se marchó, y lo lógico era pensar que no regresaría.

-Papá, ¿no hablamos hace poco de tu inclinación a tomar decisiones por mí que puedo tomar yo sola ?

-Pregúntale a qué ha venido, jovencita, antes de sacar conclusiones precipitadas -contestó Chandos-. Sigo teniendo derecho a protegerte, sea cual sea tu edad.

Casey frunció el entrecejo al oír ese enigmático comentario y también Damian. Daba a entender que él había ido allí a causar algún daño a Casey, lo cual era absurdo. Cuando Damián se disponía a decirlo, Casey lo miró con los ojos entornados.

-¿A qué has venido, Damian?

Damian habría preferido hablar con ella en privado, pero no daba la impresión de que sus padres fuesen a consentirlo, no se anduvo con rodeos.

-Jack se escapó en San Luis. Le siguieron la pista hasta Chicago, pero allí se perdió el rastro. Es muy fácil desaparecer en una ciudad de ese tamaño; hay muchos sitios donde esconderse. Mis detectives no saben ya dónde buscar y no ven más solución que enviar carteles de búsqueda y captura a todos los estados, con la esperanza de que algún agente de la ley se fije en ellos y dé con Jack algún día... que podría ser nunca.

Casey asintió lentamente con la cabeza.

-Lo cual sigue sin explicar a qué has venido.

-Tú lo encontraste una vez, Casey.

-Aquí en el Oeste, sí, pero ahora está en una ciudad -señaló ella-. ¿Qué sé yo de

ciudades ?

-Pero tú conoces a Jack.

-Ya tienes a otra gente trabajando en el caso, Damian.

-Sí, y son competentes, pero ya se han dado por vencidos -adujo Damian-. y no tienen un interés personal en el asunto. En cambio, tú sí.

-¿Yo? -Casey enarcó una ceja-. ¿De dónde sacas esa idea?

-Por lo que sé de ti, tengo la firme convicción de que eres una persona que nunca deja un trabajo sin acabar -dijo Damian-. y aunque el trabajo en lo que a ti respecta quedó resuelto, ahora se ha prolongado de manera imprevista, y por tanto no está aún acabado.

-No es culpa mía que se te escapase.

Damian lanzó un suspiro.

-No, no lo es. Pero después de todos tus esfuerzos por encontrar a Jack, ¿realmente vas a aceptar que quede impune?

Damian estaba poniéndola en un dilema y lo sabía. ¿No se daba cuenta Casey de que ella era su única esperanza ?

-y has hecho un viaje tan largo, ¿para qué? ¿Para contratarme otra vez ? -preguntó Casey.

-No creía que el dinero pudiese ahora influir en tu decisión, pero si es eso...

-Necesitaba dinero antes, Damian, no ahora. Veamos si te he entendido claramente. ¿Es ésa la única razón de tu visita? ¿Pedirme que vuelva a capturar a Jack?

-¿La única razón? Sabes lo importante que es para mí llevarlo a juicio. ¿ Qué otra razón iba a tener para viajar hasta aquí si no sabía siquiera si te encontraría?

-Claro, ¿qué otra razón podía haber? -dijo Casey. Mirando a su padre, añadió-: Ya entiendo a qué te referías, papá.

Acto seguido se dio media vuelta, y Damian la observó marcharse incrédulo. No esperaba que se negase de manera rotunda a ayudarlo. En realidad, había dado por sentado que bastaría con informarle de la huida de Jack para que tomase el tren con él rumbo a Chicago.

-Creo que ya tiene la respuesta que buscaba, señor Rutledge.

Al volverse, vio que la madre de Casey sujetaba la puerta abierta para que se fuese. Sí, ya tenía su respuesta. y le había causado un efecto tan devastador como si le hubiesen negado mucho más que la ayuda que necesitaba.

CAPITULO 51

Damian se hallaba a medio camino de Chicago cuando decidió regresar a Texas. Había desistido demasiado pronto. Además no había utilizado todos los recursos que tenía a su disposición: culpabilidad, obligación moral, u otros muchos argumentos con que influir en la decisión de Casey. Abrumado por aquella sensación de rechazo, se había marchado con el rabo entre las patas. Lamentable. Y si se encontraba con una nueva negativa, cuando menos buscaría desahogo dando rienda suelta a todo el malestar que llevaba dentro.

Llegados a ese punto, estaría de más la diplomacia.

De modo que bajó del tren para informarse de cuándo salía el siguiente tren en dirección al sur... y encontró a Casey almorzando en la estación. Lo asombró tanto verla allí que tardó un rato en dar crédito a sus ojos.

Aquélla no podía ser Casey, con un vestido de viaje de vivo color amarillo, y sombrero e incluso zapatos a juego; debía de ser sólo alguien que se le parecía. Ésa fue su primera reacción, y sin embargo sabía que era ella. Lo confirmaba la repentina tensión que dio nueva vida a su cuerpo.

Pero eso quería decir que viajaba en su mismo tren desde Waco, ¿ y cómo podía haberle pasado eso inadvertido ? En realidad, era lógico que no se hubiese dado cuenta. Había dado instrucciones al mozo del nuevo vagón más amplio para que le sirviese *allí* mismo todas las comidas. Dado su alicaído ánimo, apenas había salido del vagón desde Waco, prefiriendo eludir a *los* demás pasajeros en las frecuentes paradas del tren.

Se acercó lentamente a la mesa de Casey, temiendo aún que fuese *sólo* una ilusión. y cuando ella alzó la vista y lo miró con aquella expresión inescrutable suya -Damian sabía ya de quién había heredado ese hábito-, él quedó francamente desconcertado.

Casey no se sorprendió, ni sonrió, ni comentó «jQué casualidad, encontrarnos aquí!», nada que permitiese a Damian saber a qué atenerse. *Así* pues, él se limitó a decir:

-Has venido.

-¿Cuándo pensabas avisarme? -preguntó Damian a continuación con menos neutralidad.

-No pensaba hacerlo.

Damian se puso tenso.

-¿ y por qué no? Creía que habíamos trabajado bien juntos la otra vez.

-Hicimos bien juntos alguna que otra cosa, pero encontrar a Jack no fue una de ellas -replicó Casey.

Aquella franca respuesta era tan inesperada que Damian quedó prácticamente sin habla. y Casey ni siquiera se había ruborizado al afirmar poco más o menos que lo había pasado bien en la cama. En todo caso, había sacado el tema a relucir, y la rabia de Damian estaba presta a aprovechar la ocasión.

-Me sorprende que menciones eso, Casey. Por el modo en que te fuiste en plena noche sin decir «Adiós», o « Vete al infierno» o «Ha sido divertido», nunca habría adivinado que ésa era tu opinión.

-Pensé que era una manera agradable de separarse. Las palabras estaban de más.

Visto de aquella manera, Casey tenía razón. Aquélla era una manera muy agradable de separarse... en el supuesto de que ambas partes deseasen separarse. Pero cuando una de ellas tenía otras ideas en mente...

-Quizá *uno* de nosotros tenía algunas cosas más que decir-señaló.

-*Uno* de nosotros tuvo tiempo de sobra para decir todo lo que necesitase decir -replicó de inmediato Casey.

Damian apretó los dientes. Casey volvía a tener razón. Era él quien había ido postergándolo, intentando hacer acopio de valor para proponer que no se separasen. y considerando el tono en que estaban hablando, tampoco aquél era el momento ideal para mencionarlo. y de pronto, al ver a la madre de Casey, seguida de su padre, entrar en el pequeño restaurante de la estación, sus pensamientos cambiaron drásticamente de rumbo.

-¿Has traído a tus padres?

Casey siguió su mirada y sonrió a la pareja que se aproximaba.

-En realidad, viajamos casualmente en la misma dirección -dijo a Damian-. Mi madre decidió ir a Chicago a hacer unas compras. y mi padre no estaba dispuesto a separarse de ella otra vez, cuando de hecho acababan de reunirse tras el último período de separación, así que no tenía más remedio que acompañarla. Me han asegurado, por supuesto, que mi decisión de ir a Chicago no guarda la menor relación con su viaje.

Casey alzó la vista al techo para indicar su incredulidad al respecto. Damian no le veía la gracia. Él había solicitado su ayuda, no la de toda su familia. Pero por un momento había olvidado que ella no tenía intención de comunicarle su propósito de ir en busca de Jack. Si realmente era ése su propósito, cosa que no había quedado clara.

Damian dejó escapar un suspiro. Sencillamente se le había amontonado los motivos de ofensa, y puesto que no disponía de la privacidad para expresar sus quejas, valía más que mantuviese la boca cerrada. Salvo sobre una cuestión...

-¿ Vas en busca de J ack ?

-Ésa era mi idea -respondió Casey.

-¿ y prefieres prescindir de mi colaboración? ¿No necesitas ver siquiera los informes de los detectives ?

-Tú mismo señalaste lo grande que es la ciudad adonde ha ido a esconderse. En mi opinión, la única manera de dar con su paradero es empezar a pensar como él. Así que no, los informes de los avances de tus detectives no me servirán de nada, y por tanto no necesito verlos.

-Creo recordar -dijo Damian- que mi colaboración fue útil al menos en una ocasión

cuando nos enfrentamos a Jack. No te he pedido que vuelvas a involucrarte en esto para dejarte sola donde no podría ayudarte si fuese necesario.

Casey suspiró. Su padre, que llegó a tiempo de oír las palabras de Damian, comentó:

-Casey, si hubiese sabido que contabas con su apoyo, probablemente habría convencido a tu madre de que hiciese sus compras más cerca de casa.

Casi al mismo tiempo Courtney dijo:

-Buenas tardes, señor Rutledge. Veo que por fin la ha encontrado. Quizá ahora pueda ofrecernos la comodidad de su vagón privado durante el resto del viaje.

Damian la miró boquiabierto. Una vez más se había quedado sin habla. ¿ Sus padres querían viajar con él, pero Casey no ? ¿ y su padre estaba dispuesto a confiarle su protección? ¿Qué demonios los había inducido a aquel cambio de actitud respecto a él desde su marcha de Waco?

Finalmente recobró *el* habla para Contestar, aunque de manera un tanto vacilante, puesto que aún esperaba que en *cualquier* momento se descorriese un *velo, revelándole* que había entendido mal.

-Naturalmente, señora -dijo-. Será un placer compartir el vagón con ustedes tres.

Casey, molesta, apretó los labios. Sin duda aquello no era idea suya, ni le gustaba en lo más mínimo. No obstante, Courtney aceptó el ofrecimiento con una sonrisa, dejando así zanjado el asunto.

Por supuesto, Chandos no tomó partido al respecto, su expresión tan neutra como de costumbre. Si bien acababa de decirle a Casey que confiaba más o menos en Damian para protegerla, desde luego no estaba dispuesto a confirmarlo de palabra, mirada o hecho en atención a Damian.

Quizá sus opiniones no hubiesen cambiado tanto después de todo. Seguramente Damian atribuía a su nueva actitud un significado mayor del que tenía. ¿ y realmente se había ofrecido a encerrarse durante varios días en los reducidos confines del vagón con los padres de Casey? Debía de estar loco.

CAPITULO 52

Casey y su madre se instalaron en el dormitorio independiente del vagón. Chandos, sin preguntar, sacó de allí las pocas cosas que Damian tenía, dando por sentado que cedería a las damas la privacidad de aquel compartimiento. y lo habría hecho, naturalmente, pero habría preferido que le preguntasen antes.

En todo caso, ésa fue la tónica durante los restantes días del viaje. Los Straton daban por sentadas muchas cosas, al menos los padres de Casey. En cuanto a Casey, no se mostraba muy comunicativa, excepto con sus padres. Damian fue testigo directo de la espontaneidad de su relación con ellos.

Fue Courtney Straton quien hizo cuando menos tolerable el tiempo que Damian pasó con los tres. Sus refinados modales, tan distintos de los de su marido y su hija, revelaban la educación en sociedad de sus primeros años. Continuamente trataba de introducir a Damian en las conversaciones que se iniciaban en el espacio principal del vagón, que era donde pasaban la mayor parte del tiempo todos los días. Lo animaba también a hablar de sí mismo, de su padre y de la empresa que pertenecía a su familia desde hacía tantos años. Incluso mencionó a su madre...

Casey se ruborizó, y con razón, cuando Courtney comentó:

-Me ha dicho Casey que su madre vive en Chicago. Quizá tengamos ocasión de conocerla mientras estemos en la ciudad.

La mirada que Damian lanzó a Casey expresaba claramente: «¿ y qué más has dicho a tus padres que no fuese asunto de ellos?. Pero, dirigiéndose a Courtney, se limitó a responder:

-Lo dudo, señora. Al fin y al cabo, esto no es una visita de cortesía.

Y luego estaban las insufribles noches, cuando las damas se retiraban tras la puerta cerrada del dormitorio y Damian se quedaba a solas con Chandos Straton. La primera noche marcó el tono de las siguientes, que consistía sencillamente en la mutua indiferencia. Salvo

por un comentario de Chandos cuando acababa de acomodarse en el largo asiento del vagón frente a Damian.

-Mi esposa le ha concedido el beneficio de la duda; según ella, su determinación habla por sí sola. Pero yo me reservo la opinión .

Damian no estaba dispuesto a pasar por alto aquella enigmática declaración.

-¿De qué demonios habla?

-Adivínelo, novato -contestó Chandos, y a continuación se dio la vuelta para dormirse.

y así transcurrió el viaje durante los tres días siguientes. Cuando llegaron a Chicago, Damian tenía verdaderamente la sensación de ser un viejo amigo de Courtney; no así de los otros dos, que daban la impresión de limitarse a tolerar su presencia. y no volvió a tener oportunidad de hablar con Casey a solas. Su padre o su madre estaban siempre a su lado.

Les recomendó el hotel donde él se había alojado previamente y tenía previsto alojarse de nuevo, pensando que al menos allí conseguiría encontrar sola a Casey en algún momento. Pero Casey se habría negado incluso a eso. Fue elocuente su expresión cuando su madre dijo que le parecía una excelente idea, pero no se opuso a su decisión.

En realidad no habría tenido mucho sentido, puesto que ya se había acordado que si Casey descubría el paradero de Jack, no intentaría capturarlo sola, mandato expreso de su padre, que ella aceptó de mala gana. Asimismo informaría a Damian de sus progresos, y eso exigiría que se reuniesen con frecuencia, razón por la cual Courtney propuso que cenasen todos juntos cada noche. No era exactamente lo que Damian habría deseado, pero por la que se refería al tiempo de Casey, acapararía tanto como le fuese posible.

Por otra parte, Casey expuso a Damian sus planes inmediatos.

-Jack tiene por costumbre despilfarrar tu dinero por ahí. Está escondido, sí, pero seguramente sin privarse de ningún lujo. Para empezar, preguntaré a los empleados de las agencias de alquiler de alto nivel y de los hoteles más caros. Luego iré bajando gradualmente de categoría.

Y eso significaba que la colaboración de Damian no sería necesaria, al menos los primeros días. Ni siquiera su padre preveía riesgo alguno en esa etapa de la investigación.

Como se vio, Casey tenía tal urgencia por encontrar a Jack para volver a casa que la primera noche no se presentó en el hotel a la hora de la cena, y tampoco la segunda. Dejaba mensajes, no obstante, explicándoles que eran tantas las personas con quienes debía hablar que no disponía de tiempo para una larga cena y proseguiría con sus interrogatorios durante las primeras horas de la noche.

Chandos no estaba sorprendido

-Cuando mi hija emprende algo, no deja piedra por mover -aseguró.

Damian se sentía contrariado, por no decir más. Quería encontrar a Jack, y lo antes posible. Pero también quería pasar algún rato con Casey antes de que volviese a desaparecer de su vida. y dado que no le permitía acompañarla a aquellos interrogatorios, contaba con disfrutar de su presencia en la acordada reunión de la cena.

La tercera noche sí se presentó, y exquisitamente ataviada. El hotel ofrecía un elegante restaurante, frecuentado no sólo por los huéspedes, sino también por mucha gente de la alta sociedad de Chicago, que consideraba ideal aquel establecimiento para exhibir sus joyas caras, sus queridas caras, o cualquier otra cosa de la que se enorgulleciesen.

Sin embargo Casey eclipsó a las otras damas presentes con la , sencillez de su vestido de seda azul lavanda y un relicario colgado de una cinta negra en la garganta. Era curioso que pareciese más y más bella cada vez que Damian la veía.

Esa noche se adelantó de hecho a sus padres. Cuando vio que ellos no se habían reunido aún con Damian, aminoró el paso pensando probablemente en iniciar una rápida retirada. Pero debió de cambiar de idea al advertir la mirada que él lanzó; parecía resuelto a arrastrarla hasta su mesa si era necesario, dedujo Casey, prefiriendo no arriesgarse al escándalo que causaría un acto tan descabellado. E hizo bien, porque en ese punto a Damian le traía sin cuidado los escándalos de cualquier índole que pudiesen derivarse de su comportamiento. ;

Damian se puso en pie para retirarle la silla. El camarero se acercó de inmediato para ofrecerle una variada gama de refrigerios. Damian no aguardó a que se retirase para decir:

-Esta noche estás excepcionalmente guapa, Casey.

Ella no esperaba un halago, como puso de manifiesto su intenso rubor. Sin darle tiempo a hablar, Damian añadió:

-Pero también me gustabas con tu poncho y tu pantalón vaquero.

Eso pareció sorprenderla, pero permaneció callada, posiblemente en espera de que el camarero se marchase. En cuanto se quedaron solos, Damian añadió aún un comentario más, aunque éste no demasiado prudente.

-y en realidad me gustas más aún cuando no llevas nada.

El rubor de Casey se tornó de un encendido color escarlata. De inmediato bajó la vista y susurró:

-¿ Es que quieres abochornarme ?

-No, sólo quiero expresar unas cuantas verdades -respondió Damian con voz ronca.

Casey alzó de nuevo la vista y lo miró fijamente con sus ojos dorados. y Damian tuvo la extraña sensación de que ella, mentalmente, lo veía también desnudo. Él desde luego estaba representándosela de ese modo, incapaz de alejar de su memoria los recuerdos de su última noche de amor.

Fueron unos instantes de respiración contenida. Damian deseó tomarla allí mismo, en aquel comedor. Deseó...

-¿Eres tú, Damian? -preguntó una voz aguda y estridente-. ¡Sí, eres tú! ¿Cómo no me has avisado de que estabas en Chicago ? Debes de haber llegado esta noche, y esperabas a mañana para visitarme.

Damian cerró los ojos por un instante horrorizado y después se puso en pie para saludar a Luella Miller .

CAPITULO 53

Casey no podía creer que tuviese tan mala suerte. Pasar de hallarse con el pulso acelerado, sinceramente convencida de que Damian estaba apunto de decir algo de carácter íntimo, a oír aquella discordante voz que tanto había llegado a despreciar... sí, a depreciar, del mismo modo que despreciaba a su dueña por su pequeñez, por su rutilante belleza y, sobre todo, por su acaparadora actitud en lo que a Damian se refería.

En fin, quizá era un tanto exagerado llamarlo «desprecio», pero desde luego aquella mujer no le inspiraba la menor simpatía. Sin embargo la única persona con la que esperaba no volver a tropezarse nunca estaba allí de pie, proclamando efusivamente su sorpresa por haberse encontrado con Damian en Chicago. Casey había alejado tanto de su pensamiento a Luella Miller que incluso había olvidado que vivía en aquella ciudad.

-He venido por un asunto importante, Luella -explicaba Damian-. Me temo que en este viaje no voy a tener tiempo para la vida social.

-¿ En serio ? -dijo Luella, lanzando una mirada asesina a Casey-. ¿ y ésta quién es ?

Aquello sí tenía gracia. ¿ Luella estaba celosa de ella? y ni siquiera reconoció a Casey, una prueba más de su superficialidad. Era capaz de concentrar toda su atención en un hombre que le interesase, pero no prestaba el menor interés a nadie más.

-Eso me ofende, Luella, me ofende de verdad que no me recuerdes -dijo Casey con ironía.

-¡Ah, eres tú, Casey! -exclamó Luella con desdén-. Perdona, creía que eras... bueno, ya sabes... -bajando la voz a apenas un susurro- ...una mujer de la calle.

No había pensado eso en absoluto; lo decía simplemente por malicia. Pero Casey permaneció imperturbable. De hecho, se disponía a excusarse y dejar a aquellos dos con su charla, cuando aparecieron sus padres. No tenía escapatoria.

En realidad, tuvo que soportar durante toda la cena a Luella, porque insinuó que deseaba quedarse en su compañía, y por una cuestión de cortesía no podían decirle que se perdiese de vista. Aquello recordó a Casey de manera demasiado vívida el tiempo que pasaron con Luella en el viaje a Fort Worth. Como entonces, monopolizó la conversación, erigiéndose en centro de atención permanente.

Pero decididamente Casey iba a saltarse el postre. Empezaba a sentir un dolor de cabeza que no tuvo el menor reparo en mencionar. y de pronto Luella creyó reconocer a alguna persona de su círculos y comenzó a estirar el cuello para ver más allá de los ocupantes de la mesa contigua. Con una débil esperanza de que se buscase a otras víctimas que atormentar con su incesante parloteo y los dejase en paz, Casey esperó un momento más antes de excusarse.

-¡Dios mío, qué asombrosa coincidencia! -exclamó Luella-.¡Damian, creo que tu madre esta cenando en la mesa del fondo... y la buena mujer no te ha visto todavía.

Luella no se molestó siquiera en mirar a Damian para comprobar cómo reaccionaba ante la noticia. Ni corta ni perezosa, se levantó dispuesta obviamente a remediar el hecho de que la madre no hubiese visto al hijo. Pero en lugar de realizar su propósito lanzó un alarido, puesto que Damian la agarró del brazo y la obligó a sentarse de un tirón.

Miró entonces a Damian con incredulidad. Seguía sin prestar atención a los claros indicios sobre el estado de Damian, y por tanto no había percibido aún que estaba furioso, básicamente con ella.

-¿Te has vuelto loco? -protestó.

-Posiblemente -respondió Damian entre dientes-. y si se te ocurre otra vez abordar a mi madre, enloqueceré del todo. Luella, por si no me has oído cuando hace un rato has impuesto tu presencia en nuestra cena privada, te repetiré que he venido a Chicago por un asunto importante, y no para entretenerme en charlas de sociedad. y por si no he hablado con bastante claridad, te diré que no tengo el menor deseo de ver a mi madre ni ahora ni en ningún otro momento.

-Ni a mí, obviamente -dijo Luella, obviamente esperando una inmediata rectificación.

No la obtuvo, y eso le causó una favorecedora llamarada de rubor. Por desgracia, aún no se sentía suficientemente insultada para levantarse de la mesa e irse. Quizá era demasiado obtusa para discernir un insulto.

Courtney trató de atenuar la tensión mencionando el postre. Chandos a duras penas podía contener la risa. Casey observó preocupada a Damian. Dirigió la mirada hacia la mesa donde supuestamente se hallaba su madre en cuanto dio por concluida su invectiva contra Luella. y con su estatura, veía sin dificultad por encima de las cabezas de los otros clientes.

Casey percibió el momento exacto en que su mirada debió de posarse en su madre. Se quedó tan inmóvil que no parecía respirar siquiera. y el dolor que se reflejó en sus ojos desgarró el corazón a Casey.

Damian se puso en pie y salió del restaurante. Casey se levantó también y lo siguió. Oyó vagamente decir a Luella:

-¡Abrase visto! Ni se ha despedido.

Supuso que sus padres se lo explicarían, o tal vez no. Damian fue derecho a su habitación. No se dio cuenta de que Casey lo seguía hasta que cerró de un portazo, o mejor dicho, lo intentó, ya que la puerta, en lugar de cerrarse, golpeó contra Casey cuando entraba. Damian se volvió en el acto, como si estuviese dispuesto a presentar batalla. Debió de pensar que era su madre quien lo seguía, porque su tensión se desvaneció cuando comprobó que era Casey.

-No estaba preparado -dijo a modo de justificación, como si ella supiese de qué hablaba.

y así era.

-Lo sé -contestó Casey.

-Esa estúpida haría perder la paciencia a un santo -añadió Damian.

-Eso también lo sé.

-No es así como quiero presentarme ante mi madre por primera vez después de tantos años, exasperado ya por culpa de otra persona. Necesitaré todo mi aplomo para escuchar la explicación que tenga que ofrecerme.

-Tienes razón. Si te enfrentas a ella, debes dejar a un lado tus emociones.

Damian asintió con la cabeza, mesándose el cabello con un gesto airado. y entonces su intensa mirada gris, otra vez llena de dolor, traspasó a Casey.

-Me ha reconocido, Casey -dijo con perplejidad-. No me veía desde que era niño. ¿

Cómo demonios me ha reconocido ?

-Quizá por la misma razón que tú la has reconocido a ella -aventuró Casey con voz vacilante.

-No, ella no ha cambiado tanto. Asombrosamente, no ha cambiado. Tiene las sienes un poco grises, pero apenas ninguna arruga altera el rostro adorable que yo recuerdo. En cambio yo tenía diez años cuando nos abandonó. No queda nada en mí que se parezca el niño que era entonces.

-Damian, una madre puede poseer ciertos instintos, ciertas intuiciones. Y tú estabas mirándola muy intensamente. Entre lo uno y lo otro, es lógico pensar que haya adivinado que eras tú.

-Sí, claro. Debe de ser eso -dijo con un suspiro. Al instante añadió sin convicción-: En todo caso, no tiene importancia.

Casey deseó abrazarlo en aquel momento, pero se contuvo.

-¿Estás bien? ¿Puedo marcharme tranquila?

-Claro. Y, por favor, discúlpame ante tus padres por marcharme tan bruscamente.

Casey sonrió con ternura.

-No son personas insensibles. No hay nada que disculpar. Se dio media vuelta y tendió la mano hacia el pomo de la puerta.

-¿Casey?

Ella se detuvo, conteniendo la respiración. Pero Damian no tuvo ocasión de seguir hablando. La puerta había quedado parcialmente abierta al entrar Casey. Por ese hueco entró en ese instante otra persona, que dirigió su mirada más allá de Casey, fijándola en su hijo.

-Eres tú, ¿verdad, Damian? -preguntó la mujer, esperanzada-. ¿ Has venido a verme ?

Casey se volvió en el acto para observar la reacción de Damian. Permaneció impasible. No iba a revelar a su madre el más leve asomo de sus sentimientos.

-No -respondió con voz neutra-. He venido a buscar al asesino de mi padre.

La mujer dejó escapar un suspiro.

-Sí, me enteré de su muerte. Lo siento mucho.

-No se moleste, señora. Él no era nada para usted, o a lo sumo una parte insignificante de su juventud.

En cambio esas palabras, pese a la ausencia de tono, no daban lugar a dudas; el resentimiento era evidente. La mujer se limitó a asentir con la cabeza, quizá tratando de controlar sus propias emociones.

-Perdóname, pues, por entrometerme -susurró mientras se volvía para marcharse.

Sólo Casey vio las lágrimas en sus ojos. Se giró de inmediato hacia Damian, pero él ya había vuelto la espalda, una espalda tensa. Tenía los puños cerrados con fuerza a los lados. No era momento de mencionar aquellas lágrimas.

CAPITULO 54

Dos días después Casey llegó al restaurante del hotel cuando Damian y sus padres habían empezado ya a cenar. Tenía noticias que darles. Realmente no esperaba conseguir resultados tan pronto. Cuando decidió viajar a Chicago, el motivo no era sólo encontrar a Jack Curruthers.

Recordaba aún las preguntas de su madre cuando la descubrió preparando el equipaje.

-Vas a ayudarlo, ¿verdad?

-Sí -contestó Casey.

-¿ Por qué ?

-Porque me gusta terminar lo que empiezo, y esto aún no está terminado.

-¿ Es ésa la única razón ? -insistió Courtney.

-No -admitió Casey, suspirando.

Courtney empezó a tamborilear con un pie en el suelo en un gesto de impaciencia.

-Vamos, no me obligues a tirarte de la lengua. Casey se sentó en su cama y explicó:

-Voy a seguir tu consejo, mamá... hasta cierto punto. Como mínimo daré a Damian la

oportunidad de proponerme matrimonio. Pero si no sale de él, ese hombre no me interesa. Así que no te entrometas, mamá, lo digo en serio.

Courtney no mostró un gran entusiasmo, pero lo aceptó y Casey pensaba que habría tiempo de sobra para que Damian se diese cuenta de que podía ser una esposa adecuada para él. Incluso más tarde, ya en el viaje, interpretó como buena señal el hecho de sorprenderlo en varias ocasiones mirándola con aquella intensidad que la hacía estremecer. Pero al final resultó que sólo le preocupaba dar con Jack.

y finalmente lo había encontrado.

Casey no se disculpó por llegar tarde a la cena y no haber enviado antes un mensaje. Simplemente se sentó a la mesa y, sin más preámbulos, anunció:

-He localizado a Jack.

Chandos la miró moviendo la cabeza en un gesto de asentimiento, en absoluto sorprendido de la rapidez de su hallazgo.

-Vaya, pero si ni siquiera he empezado con las compras –protestó Courtney.

Chandos se rió y dijo:

-¿ Qué compras ?

Damian no los escuchaba.

-¿ Ya? -preguntó incrédulo-. ¿Estás segura?

Casey negó con la cabeza.

-Segura, no. Aún no lo he visto con mis propios ojos. Pero coincide con la descripción, y lo confirma asimismo la fecha aproximada de su llegada a la ciudad.

-Pero ¿cómo lo has encontrado tan fácilmente cuando los detectives llevan trabajando...?

-No juzgues con demasiada severidad a tus detectives -lo interrumpió Casey-. Ha sido básicamente cuestión de suerte, y quizá hacer algunas preguntas que a ellos no se les ocurrieron.

-¿ Como cuáles ?

-Verás, descubrí que Jack se había alojado en un hotel cercano al río. Pero su estancia allí fue corta, sólo unos días. Sin embargo era una pista firme que seguir, así que hablé con todos cuantos trataron con él o entraron por algún motivo en su habitación.

-Mis detectives preguntaron en todos los hoteles de la ciudad -adujo Damian-. Si te hubieses molestado en leer los informes, lo sabrías.

-Si hubiese leído los informes -replicó Casey-, quizá no habría ido tan derecho a él, probablemente ni siquiera habría indagado en los hoteles. Pero, Damian, no estás escuchando. He dicho que ha sido cuestión de suerte. Resulta que Jack comía siempre en su habitación del hotel, y un joven llamado Milton Lewis, cuya tarea era recoger después las bandejas, enfermó un día cuando Jack estaba allí alojado. A Milton lo sustituyó su hermano, hecho que sólo conocía otro empleado del hotel. Por lo visto, a lo largo de este último año Milton ha estado enfermo con frecuencia, hasta el punto de que lo amenazaron con despedirlo si volvía a faltar al trabajo, de manera que intentó evitar que el encargado se enterase de que no había ido al hotel aquel día.

-¿ y era él quien sabía algo de Jack? -preguntó Damian.

-No, no era él. y averigüé que aquel día estaba ausente sólo por un desliz que cometió mientras lo interrogaba. Desde luego no tenía la menor intención de admitir el engaño... su hermano y él se parecen mucho, y ésa es la única razón que le permitió llevarlo acabo.

-Así que fuiste a hablar con el hermano de Milton, en tanto que los otros que interrogaron a Milton no sabían nada de ese hermano -aventuró Chandos.

-Exactamente -confirmó Casey-. Milton me dio el nombre y la dirección de su hermano, y he ido a verlo esta tarde. Según parece, Jack receló de él al verlo tan nervioso. Es un recelo lógico en su caso, con tanta gente buscándolo. Pero ese nerviosismo no tenía nada que ver con Jack, claro está, y para evitar que Jack se quejase al encargado, el joven se vio obligado a admitir la artimaña que él y su hermano habían puesto en práctica. Jack debió de llegar a la conclusión de que el joven podía ayudarlo, puesto que no volvería por allí, no sería interrogado llegado el caso porque no era empleado del hotel, y por tanto no conduciría a

nadie hasta él.

-Pero ayudarlo, ¿cómo? -preguntó Courtney.

Casey sonrió.

-Eso demuestra la astucia de Jack. Prometió al joven que no los delataría si le encontraba una habitación de alquiler, un sitio agradable, sin recurrir a una agencia inmobiliaria.

-¿ y el joven lo hizo ?

-Sí, claro. Volvió con una dirección ese mismo día, de tan preocupado como estaba. En realidad era su propia habitación. El joven supuso que no sería un gran inconveniente dejárselo y trasladarse a casa de su hermano hasta que encontrase otra habitación de alquiler para él. Su único deseo era tener contento a Jack para que no los delatase. Jack no quedó muy satisfecho del sitio y así se lo dijo, probablemente porque no es una zona residencial. Pero debió de pensar que era una ocasión demasiado buena para dejarla escapar, ya que difícilmente podían seguirle el rastro hasta allí, considerando cómo había conseguido la habitación.

-¿ y sigue allí?

Casey movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

-Según la casera, sí. Ahora se presenta como Marion Adams, seguramente con la idea de que «Marion», siendo un nombre también de mujer, dificulte aún más su localización... por si alguno de los que le buscan tiene la suerte de preguntar en ese edificio.

-¿ Y a qué esperamos, pues? -dijo Damian, levantándose de la mesa para marcharse.

-Mañana -respondió Casey.

-¿Por qué?

-Porque Jack no está allí ahora -contestó ella con indiferencia-. Ya lo he comprobado.

Los dos hombres de la mesa la miraron con expresión ceñuda al oír su respuesta.

-¿ Lo has comprobado ? -repitió Chandos, adelantándose a Damian-. Si me dices que has llamado a su puerta, probablemente cerraré la tuya con llave, contigo dentro.

-Vamos, papá...

-La condición era que no intentarías capturar tú sola a Jack, y la aceptaste -reprochó Damian a continuación-. Se acabó, Casey, a partir de ahora no pienso perderte de vista otra vez.

-¿Os podéis calmar los dos? -dijo Casey, exasperada-. No tengo el menor deseo de hacerme la heroína. No, no he llamado a su puerta. Su habitación está en la tercera planta, justo al lado de la escalera. La casera ya me había dicho que había salido. Es una mujer muy entrometida y tiene controlados a todos los inquilinos. Pero, para asegurarme, he lanzado un objeto a su puerta y he bajado rápidamente a la segunda planta para oír si la puerta se abría. No se ha abierto. Luego he subido a recoger el objeto para no despertarle sospechas cuando vuelva y me he marchado.

-Podría haber regresado mientras estabas allí y haberte perseguido -señaló Damian, no muy convencido aún de que no hubiese corrido ningún riesgo.

Casey se limitó a sonreír y se bajó un velo de gasa prendido al borde superior de su sombrero. Tapaba casi todo su rostro y era lo bastante tupido para ocultar sus facciones.

-Sí, podría haber regresado -dijo-. Pero no me habría reconocido.

-Muy bien -concedió Damian-. Pero no quiero esperar hasta mañana. Volverá en algún momento de la noche, y quiero estar allí... -Su voz se desvaneció cuando Casey empezó anegar con la cabeza-. ¿ Por qué no ?

-La escalera del edificio es muy oscura -explicó Casey-. En el rellano hay sólo una ventana, en el extremo opuesto a su habitación, y da a otro edificio que se encuentra a sólo unos pasos. Ni siquiera de día hay luz apenas, de noche estará totalmente a oscuras. y la lámpara de su rellano está rota. Imagino que Últimamente sube a su habitación iluminándose con una vela. Además, las habitaciones tienen sólo dos salidas: la puerta y la escalera de incendios situada detrás del edificio. He examinado la parte de atrás. Hay muchos sitios donde esconderse si consigue escapar por ahí. y la escalera de incendios sube otras dos plantas hasta el tejado. En la oscuridad, ésas son demasiadas opciones de huida. Sería fácil perderlo otra

vez. Al menos por la mañana, a plena luz del día, le será más difícil ocultarse.

Damian lanzó un suspiró y desistió. Chandos sonrió y le dijo:

-Casey no ha dejado gran cosa al azar.

-No, desde luego -masculló Damian.

CAPITULO 55

Al día siguiente se reunieron poco antes del amanecer, mientras el hotel estaba aún en silencio y la ciudad prácticamente también. Su esperanza era que Jack aún no se hubiese levantado de la cama. Al fin y al cabo, a Damian se le daba bien echar puertas abajo, y ésa era la mejor entrada por sorpresa posible.

Chandos decidió unirse a ellos para cubrir la salida de la escalera de incendios. Casey ya imaginaba que insistiría en acompañarlos. Su padre admitía que ella y Damian eran capaces de afrontar casi cualquier situación imprevista que pudiese surgir, pero dado que él estaba allí y no tenía otros planes...

Casey se puso el pantalón vaquero para la ocasión, a fin de evitar que la falda limitase su movilidad. El poncho lo había dejado en casa, pues una prenda de entretiempo como aquélla no proporcionaba suficiente abrigo para el clima de una zona situada tan al norte. Era más adecuada una de las chaquetas forradas de borreguillo que usaba en invierno para salir a la pradera.

En realidad, no esperaban grandes complicaciones, por lo menos Casey. Allí Jack no disponía de pistoleros a sueldo que lo protegiesen, como había sido el caso en Texas. Si lograban cogerlo desprevenido, sin tiroteo, probablemente estarían de regreso en el hotel a la hora del desayuno.

El coche que Casey había alquilado al llegar a la ciudad les permitió llegar al edificio justo cuando el sol asomaba por el horizonte. Chandos se adentró por el callejón para apostarse en un lugar desde donde vigilar a la vez la calle y la escalera de incendios. Damian y Casey subieron de inmediato a la tercera planta.

Damian llevaba su rifle. Casey, sintiéndose extraña con el revólver al cinto en la ciudad, se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta, junto con un puñado de balas de reserva por si acaso, pero lo sacó cuando se acercaban a la puerta de Jack.

Dentro no se oía nada, ni se veía luz por debajo de la puerta. Damian se situó ante la puerta, lanzó un vistazo a Casey para verificar si estaba preparada, y embistió con el hombro.

La puerta cedió al primer golpe. Damian consiguió mantener el equilibrio, evitando caer en el interior de la habitación. Pero la habitación se hallaba vacía. Las pertenencias de Jack seguían allí, pero él desde luego no estaba.

Casey la registró para asegurarse.

-¿ Dónde demonios se ha metido ? -masculló Damian. Casey guardó silencio. Percibía la frustración de Damian, mucho mayor que la suya propia. y de pronto oyó el reclamo de un pájaro, lejano pero nítido, de un pájaro que no habitaba en el clima frío de una ciudad del norte.

-Ése es mi padre...

-¿ Cómo ?

-Debe de haber visto algo. ¡Bajemos, deprisa! -dijo, y corrió hacia la puerta.

Damian no discutió, y con la ventaja que le daban sus largas piernas, adelantó a Casey en la escalera. Él subía ya al coche cuando ella salió del edificio. Chandos le hacía señas para que se apresurase. No era momento de pedir explicaciones.

Casey se lanzó al interior del coche un segundo antes de que su padre pusiese a todo galope al único caballo que tiraba de él.

El animal no estaba acostumbrado a correr, pero Chandos consiguió arrancarle cierta velocidad. Damian ayudó a Casey a acomodarse en el asiento contiguo al suyo, cara al frente.

-¿Qué ha pasado? -preguntó ella en cuanto recobró el aliento. Damian señaló hacia adelante. El otro carruaje que avanzaba por la calle a una marcha tan temeraria como la de ellos difícilmente podría haberle pasado inadvertido. Pero eso no aclaraba qué había fallado

en el plan...en su plan. Así pues, tambaleándose, fue a colocarse en el asiento opuesto, desde donde podía hablar con su padre, subido al pescante, y le tocó el hombro.

Sin necesidad de preguntarle, Chandos le contó lo ocurrido a voz en grito:

-No sé si os ha descubierto a vosotros o a mí, pero por casualidad lo he visto subir de un salto a un coche que pasaba. Debía de volver a casa en ese momento, pero ha sospechado algo y ha decidido marcharse a toda prisa. Cuando he llegado a la calle, ya había tirado al cochero del pescante y estaba a media manzana. Ha dejado al pobre hombre junto al bordillo, con un pie roto y gritando de dolor .

-¿ y ahora vamos a cometer la misma locura que él ? -dijo Casey, también vociferando-. ¡Esto es peligroso!

Sin duda lo era. Pese a la temprana hora, el tráfico era ya denso. Carretas de reparto, gente cruzando la calle, carruajes de todos los tamaños. Pero Jack se abría paso a través de todo eso, sin importarle qué se llevaba por delante; y ellos lo seguían de cerca, con el camino ya despejado. Pero continuos gritos y juramentos acompañaban a los dos coches, proferidos por transeúntes furiosos que habían conseguido apartarse justo a tiempo.

-Tienes razón -admitió Chandos-, y este viejo caballo no aguantará mucho más. Prepárate para disparar contra él. Intentaré -acercarme un poco.

¿Acertarle con un Colt desde un coche que no dejaba de sacudirse? Claro que lo haría, se dijo Casey al saltar de nuevo al asiento contiguo al de Damian.

-¿Lo has oído? -preguntó ella.

Damian asintió con la cabeza. Casey echó un vistazo al rifle, todavía en su mano y dijo:

-Vas a tener que encargarte tú. Con tanto movimiento, yo no puedo disparar con precisión; será más fácil conseguir una posición firme con el rifle. Dispara primero por encima de la cabeza. Si tiene un poco de sentido común, parará antes de que alguna persona inocente resulte herida.

Damian no contestó. Simplemente buscó una posición mejor en el otro asiento. Con el rifle, no era necesario aproximarse más. Tenía alcance de sobra para cubrir la distancia entre los dos coches, y un revólver no.

Damian disparó el primer tiro. No detuvo a Jack. Pero posiblemente fue el factor decisivo que lo impulsó a doblar en el siguiente cruce, con la esperanza de desviarse de la línea de fuego.

Aun a esa velocidad, el caballo de Jack no se resistió a seguir en .la dirección indicada, pero desgraciadamente el coche no admitió un giro tan brusco y cerrado. Volcó, lanzando a Jack despedido, y continuó avanzando de costado con un agudo chirrido durante un trecho.

Una carreta tuvo que subirse a la acera para no arrollar a Jack, que había quedado tendido justo frente a ella. Para Jack, de *todos m*odos, el resultado había sido el mismo. Había muerto en la caída.

CAPITULO 56

Casey preparaba ya el equipaje cuando Damian regresó al hotel después de informar a la policía. El hotel tenía a disposición de los clientes un horario de trenes actualizado. El siguiente tren destino a Texas salía esa misma tarde.

Ya había anunciado a *sus* padres que pensaba tomarlo, cosa que, dadas las circunstancias, no les complació demasiado. Al fin y al cabo, ellos esperaban que aquel viaje concluyese de otro modo, o al menos su madre así lo esperaba.

Chandos seguía reservándose la opinión hasta conocer el resultado. En otras palabras, no iba a mostrar aprecio o aceptación hacia Damian hasta que viese con sus propios ojos que hacía feliz a Casey. y no era probable que eso ocurriese.

Quizá se marchaba demasiado deprisa... una vez más. En realidad, de aquel modo no daba oportunidad a Damian de pensar en otras cosas, como el matrimonio, ahora que había liberado su mente de la obsesión de capturar a Jack Curruthers. Pero la verdad era que Casey temía ponerlo a prueba, puesto que él no le había dado ningún motivo para creer que concebiría alguna vez la posibilidad del matrimonio con ella. y había dispuesto de sobradas

ocasiones para ofrecerle algún indicio, o como mínimo para decirle que le gustaría hablar cuando el asunto de Jack quedase zanjado.

Pero no lo había hecho, y por tanto, ¿de qué servirían unos cuantos días más ? Por lo que ella sabía, incluso era posible que también Damian planease tomar el tren aquel mismo día.

Sin embargo Damian se presentó en su habitación para ponerla al corriente sobre su entrevista con la policía... y anunciarle que, había renunciado oficialmente al cargo de alguacil. Se lo dijo de pie frente a la puerta, porque ella no la había abierto lo suficiente para invitarlo a entrar. y sólo cuando acabó de hablar, reparó en la cama y vio su ropa extendida sobre ella, junto a la bolsa de viaje.

-¿Te vas... ya?

-¿Por qué no?

Damian se metió las manos en los bolsillos.

-Claro, ¿por qué no ? -dijo Damian, casi gruñendo-. Supongo que tampoco esta vez pensabas despedirte.

-¿Se me ha escapado algún detalle, o sólo me pediste ayuda para atrapar a Jack? Ya te he ayudado. Pero, por lo visto, das mucha importancia a las despedidas, ¿no? Muy bien, adiós, pues.

-Francamente, Casey, a veces llegas a ser la más exasperante...

-¿ y ahora qué he hecho? -preguntó ella, frunciendo el entre cejo.

-Nada. Nada en absoluto -dijo Damian entre dientes y se dio media vuelta para marcharse.

A Casey le disgustaba verlo de aquella manera, enojado con ella por... lo que fuese. Habría deseado pasarse el resto de su vida haciéndolo feliz, pero como eso no sería posible... había otra cosa que podía hacer por él, o intentar hacer, a modo de gesto de despedida.

-¿ Damián?

Damian se volvió con tal rapidez que Casey, sobresaltada, saltó hacia atrás. Dejó pasar unos segundos para que su corazón recobrase el ritmo normal. No se dio cuenta de que Damian intentaba hacer lo mismo.

-No quería mencionarlo mientras estabas aún tan preocupado con la captura de Jack -dijo-, y parece que no tendré otra ocasión, así que... aquella noche que tu madre te siguió a tu habitación...

Damian se puso tenso al oír hablar de su madre.

-¿Qué?

-Tenía lágrimas en *los* ojos cuando se marchó, Damian -respondió Casey. Damian palideció y se quedó totalmente inmóvil. Ella se apresuró a añadir-: Me pareció que era... significativo, que indicaba que sus sentimientos respecto a ti son muy profundos. Deberías averiguar cuáles son esos sentimientos antes de marcharte de la ciudad, ¿no crees? Tengo su dirección. Es una impertinencia de mi parte, pero...

-¿ Me acompañarías ? -preguntó Damian.

Casey no esperaba aquello. Sólo pretendía convencerlo de que hablase de nuevo con su madre, pasara lo que pasase.

-¿Por qué?

-Porque no quiero ir *solo.*

A Casey se le desgarró el corazón. ¿ Cómo podía negarse ?

-De acuerdo. ¿Ahora mismo?

Damian movió la cabeza en un breve gesto de asentimiento.

-Ahora, antes de que cambie de opinión.

CAPITULO 57

Casey se había tomado la molestia de hacer algunas indagaciones sobre Margaret Henslowe tras averiguar su dirección después de verla aquella noche en el hotel. A la muerte de su segundo marido, Robert Henslowe, se había convertido en una viuda muy rica. Vivía en

una enorme mansión de piedra caliza que había pertenecido a la familia de su marido durante muchos años, pero en ese momento era de su propiedad.

Era una mujer muy respetada, una matriarca de la alta sociedad, por así decirlo. Pero en realidad no tenía amigos íntimos, al menos ninguno que mereciese ser calificado como tal en opinión de las pocas personas con quienes Casey había hablado. y no había tenido hijos en el segundo matrimonio. Desde la muerte de su segundo marido, estaba sola en aquella gran casa, y pasaba dentro mucho tiempo, según las personas que habían contestado a sus preguntas, como si hubiese renunciado a vivir y simplemente aguardase su propia muerte.

Casey no mencionó nada de eso a Damian camino de la mansión. No quería que sintiese pena por ella si finalmente resultaba que no merecía su compasión. Y eso no lo sabrían hasta oír lo que tuviese que decir... sobre él.

Llegaron poco después del mediodía, y quizá interrumpiesen su almuerzo, pero Casey había previsto el riesgo de que les negasen el paso. Llevaba su Colt por si era necesario insistir... siempre y cuando estuviese en casa, naturalmente. Sería una verdadera lástima que hubiese salido, pues Casey dudaba que Damian realizase otra vez aquel viaje si no conseguía su propósito en esta visita.

Margaret sí estaba allí. El mayordomo que atendió la puerta los guió hasta el salón y les pidió que esperasen allí. Un tipo muy envarado, sin duda. El nombre de Damian no lo sorprendió, así que probablemente no lo conocía. ¿ y por qué iba a conocerlo No había razón alguna para que la señora hablase de un matrimonio anterior en la casa donde había convivido con su segundo marido.

Margaret entró en el salón al cabo de unos minutos, con la respiración ligeramente entrecortada. Había acudido allí corriendo, incapaz de creer probablemente que Damian hubiese ido a visitarla. y pareció sorprendida -y encantada- de verlo allí de pie, junto a la chimenea. No miró siquiera en dirección a Casey. Sólo tenía ojos para su hijo.

Tardó unos instantes en comprender que Damian no estaba tan contento como ella. Se lo notaba rígido como una tabla, con las manos cruzadas tras la espalda. Su expresión era cauta, pero en sus ojos se advertían destellos de amargura y rencor. En el semblante de ella se reflejó entonces cierta tristeza. Sin embargo no hicieron más que mirarse. Eran incapaces de hablar.

Casey suspiró y se dejó caer en un sofá, extendió su falda gris de terciopelo y de pronto se sonrojó al notar el peso del revólver dentro del amplio bolso que sostenía sobre el regazo. Debería , haber imaginado que allí no lo necesitaría. Aunque quizá era eso lo que se requería para hacer hablar a aquel par...

Probó primero con un ligero empujón verbal.

-Soy Casey Straton, señora, una amiga de Damian. Creo que su hijo desea hacerle algunas preguntas.

En principio, ésa era la entrada para Damian, pero no la tomó.

-Preguntas, ¿sobre qué? -preguntó Margaret.

Casey lanzó un vistazo a Damian. No parecía aún dispuesto a pronunciar una sola palabra. Casey volvió a suspirar. Aquello no evolucionaba como ella había previsto.

-¿ Por qué no empezamos por el divorcio y el motivo que la impulsó a pedirlo ? -propuso Casey por fin. Eso sí provocó una reacción en Damian.

-Ya sé por qué lo pidió -dijo con resentimiento.

Margaret frunció el entrecejo.

-No, quizá no lo sepas, al menos no todo. No fue porque no amase a tu padre... Bueno, en realidad no lo amaba, pero sentía un gran afecto por él. Nuestro matrimonio no tenía más objetivo que el mutuo beneficio, y se realizó bajo la presión de tener que casarse con alguien de una misma posición social, lo cual, como supondrás, no dejaba muchas opciones.

-Él sí la amaba -espetó Damian.

-Sí, ya lo sé. -Margaret dejó escapar un suspiro-. Pero yo no sentía lo mismo por él. Eso no habría representado mayor problema, imagino. Muchas mujeres llevaban una vida insatisfactoria como ésa. Pero entonces conocí a otro hombre que dio sentido a mi vida. Me enamoré perdidamente de él. Después de eso no podía seguir con tu padre. No habría sido

justo para ninguno de nosotros.

-¡Así pues, al diablo con diez años de matrimonio y el hijo habido en ese matrimonio!

-¿De verdad crees que habría sido mejor que me quedase, condenando a la desdicha a tres personas en lugar de a una sola?

-¿Una sola? Ya veo que incluso ahora opina que yo no contaba para nada -reprochó Damian.

Margaret ahogó un sollozo.

-¡Eso no es verdad! Te habría llevado conmigo, Damian. Era mi deseo. Pero sabía lo mucho que te quería tu padre. Y estabas en la edad en que la influencia de un padre es fundamental para un niño. Causé un gran dolor a tu padre al abandonarlo. Lo sabía. No podía aumentar su dolor apartándote también a ti de él.

-De acuerdo, eso puedo entenderlo. Pero no puedo entender por qué nunca me visitó. No se divorció sólo de mi padre; se divorció también de mí. ¿Tan poco significaba para usted que no podía escribirme de cuando en cuando, que no pudo visitarme ni una sola vez para ver cómo me iba?

-Dios mío, no te lo dijo, ¿verdad? -preguntó Margaret.

Damian se puso tenso.

-Decirme, ¿qué?

-Tu padre me obligó a prometerle que nunca intentaría verte ni ponerme en contacto...

-¡Miente! -acusó Damian.

-No miento, Damian -insistió ella-. Era la condición para concederme el divorcio. Pero no lo juzgues con demasiada severidad por eso. No creo que lo hiciese con un afán de venganza. Simplemente pretendía protegerte, y yo comprendía su razonamiento. Consideraba que, para ti, sería ya bastante duro perderme de aquella manera. Quería darte tiempo para superarlo, sin visitas mías que agravarían el dolor. Me prometió, no obstante que no te impediría visitarme cuando tuvieses edad suficiente. Pero nunca viniste -añadió con tristeza-. Sin embargo no cumplí totalmente mi promesa, aunque tu padre nunca se enteró. Fue pedirme demasiado, no volver a verte nunca.

-¿ Qué quiere decir ?

-Una vez por trimestre viajaba a Nueva York sólo para verte de lejos. Tú nunca te diste cuenta. En ese sentido, sí cumplí la promesa. Pero no estaba dispuesta a renunciar a verte, a ver cómo crecías, si eras feliz. Incluso cuando eras ya un hombre y trabajabas en Rutledge Imports, continuaba viajando a Nueva York cuatro veces al año. Me sentaba en el pequeño café de la acera de enfrente y esperaba hasta que te veía salir del trabajo. Una noche cruzaste la calle para tomar allí un bocado; debiste de quedarte a trabajar hasta tarde. En otra ocasión, obligué al cochero a dar vueltas y vueltas a la manzana durante horas, esperando a que salieses de la mansión, y cuando apareciste, tenías mucha prisa por ir a algún sitio, porque intentaste hacer parar a mi cochero para subir al carruaje. Tuve que gritarle para que se alejase rápidamente de allí...

Casey se levantó en silencio y los dejó solos. No podía quedarse allí, escuchando aquellas confesiones. Era un momento de intimidad entre una madre y un hijo que llevaban demasiado tiempo separados.

Damian estaba oyendo lo que Casey tenía la esperanza de que oyese. Su madre lo quería, siempre lo había querido. Los ojos húmedos de Damian mientras escuchaba daban fe de que la creía. Las lágrimas de Casey eran algo más visibles. Empezaba a tener mojado el cuello del vestido.

CAPITULO 58

Lo bueno y lo malo van siempre de la mano, intentaba recordarse Damian mientras corría de regreso al hotel... solo. Nadie podía tenerlo todo. Eso era mucho esperar. Pero él no podía evitar quererlo todo.

Por una parte, sentía una gran paz de espíritu después de hablar con su madre, como si por fin hubiese podido descargarse de un peso que lo aplastaba. Descubrir en realidad que lo

quería y no lo había abandonado, como él siempre había creído había cambiado radicalmente su forma de ver las cosas. y no podría haber imaginado una mejor despedida de ella. El abrazo había tenido un balsámico efecto, y el mutuo acuerdo que en adelante cada uno pasase a formar parte de la vida del otro había resultado aún más tranquilizador.

Pero por otro lado estaba Casey, sembrando el caos en sus emociones... y desapareciendo otra vez.

Al salir de la casa de su madre, confiaba en encontrar a Casey esperando en el coche. Pero no estaba. Había pedido al cochero que la llevase al hotel y regresase después a recoger a Damian. No había dejado ningún mensaje.

Nada... una vez más.

y había salido también del hotel. Era el colmo. Había dejado la habitación y partido hacia la estación de ferrocarril. Lo había abandonado.

El rápido viaje en coche a la estación le recordó la enloquecida persecución de esa mañana por las calles. Pero había ofrecido una escandalosa propina al cochero para que así fuese. No estaba dispuesto a renunciar a ver a Casey una última vez sólo por culpa del denso tráfico propio de las grandes ciudades. Afortunadamente, la estación estaba cerca del hotel. Desafortunadamente, era una estación enorme.

Damian consiguió llegar antes de que partiese el tren con dirección sur. Pero la muchedumbre de gente que esperaba otros trenes no le permitía localizar a los Straton. Vio primero a Chandos y se acercó a él.

Chandos aparentó, sin mucho éxito, sorprenderse de verlo allí.

-Juraría que Casey me ha dicho que ya se había despedido de usted. ¿ No basta con una vez ?

-Su idea de las despedidas y la mía no son exactamente iguales, pero, claro, ¿ que podía yo esperar, considerando el profundo desprecio que su hija siente por mí?

Al oír eso, Chandos no pudo evitar reírse.

-¿de verdad cree que sería capaz de amar a alguien a quien desprecia?

Damian notó de pronto el corazón en la garganta.

-¿Está diciéndome que me ama?

-¿ y cómo quiere que yo lo sepa? -repuso Chandos-. Esa pregunta debería hacérsela a ella, ¿ no le parece ?

La decepción fue devastadora.

-¿ Dónde está ?

Chandos señaló con el mentón hacia el final del tren, donde se hallaban Casey y su madre, ésta rodeándole los hombros con un brazo como para consolarla. Aunque, naturalmente, no debía de ser ése el caso. ¿O sí?

Probablemente las dos se alegraban de regresar a casa, al igual que Chandos, como él mismo admitió cuando Damian se despidió deseándole buen viaje.

-Nunca había viajado tan al Este -comentó Chandos-. Pueden decirse muchas cosas en favor del progreso, siempre y cuando uno no tenga que vivir en medio. Al menos en Texas uno puede olvidarse de que existe en su mayor parte, y seguir respirando aire puro, sin el hollín de las chimeneas y las fábricas.

De no haber sido por la prisa -acababa de oírse el pitido del tren-, Damian le habría contestado, dándole incluso la razón en algunos aspectos. Sin embargo en ese momento sólo deseaba llegar hasta Casey antes de que subiese al tren.

-Señora -saludó a Courtney.

-Si me disculpa, creo que Chandos me llama -dijo ella, y los dejó a solas.

Damian no se volvió para comprobar si era verdad. Simplemente estrechó a Casey entre sus brazos, levantándola en el aire, y la besó, con fuerza. Toda su frustración estaba presente en aquel beso, así como su enojo con ella... y consigo mismo. Debería haber hecho aquello mucho antes.

-Ahí tienes una despedida como es debido -dijo cuando volvió a dejarla en el suelo.

-¿Ah, sí? -repuso ella con la respiración un tanto entrecortada-. No lo sabía. No me despido muy a menudo.

-Yo tampoco, y esta despedida en particular no me gusta en absoluto -masculló.

-¿No?

-Casey, yo... -Fue incapaz de concluir la frase, fuera cual fuese-. Me gusta tu pueblo, ¿ sabes ? He pensado en abrir allí una sucursal de Rutledge Imports.

Casey parpadeó.

-¿ Sí?

-Sí, y me preguntaba si me permitirías cortejarte cuando me traslade a Waco.

-¿Cortejarme? -repitió Casey, incrédula-. Es decir, *¿cortejarme?*

-Sí, Casey, cortejarte. Uno de estos días reuniré el valor necesario para pedirte que te cases conmigo, y un largo y maravilloso noviazgo quizá...

-¿ Quieres casarte conmigo ?

Damian sonrió al ver su expresión de incredulidad y añadió con ternura:

-Nada deseo tanto como eso.

La había dejado sin habla. De hecho, su silencio se prolongó tanto que Damian creyó que moriría de incertidumbre.

Y por fin Casey dijo con su franqueza y sentido práctico de costumbre:

-¡Al demonio los noviazgos! Pídemelo ahora.

Damian contuvo la respiración.

-Aceptarías.

-Dilo -insistió Casey.

-¿Te casas conmigo?

-Sí, claro que sí. -Casey le rodeó el cuello con los brazos y, a voz en grito, repitió-: ¡Sí! -Acto seguido, preguntó-: ¿Por qué has tardado tanto ?

Él se echó a reír .

-Por indecisión, la mayor que he sentido en mi vida. Probablemente me di cuenta hace mucho de que tú eres lo único que necesito, Casey, para dar sentido a mi vida. Pero averiguar si tú querrías casarte conmigo se convirtió en la mayor duda de mi vida, así que me ha costado mucho reunir valor para pedírtelo. Sin embargo planeaba pedírtelo en el camino de regreso de Culthers, y tú te marchaste sin darme oportunidad.

-Tendremos que ocuparnos de esa indecisión tuya, Damian. Me sentía muy mal cuando me marché. Podrías haberme ahorrado muchos sufrimientos, y también a ti, si te hubieses decidido entonces. Mi respuesta habría sido la misma. Estaba ya locamente enamorada de ti.

Damian la abrazó.

-Lo siento...

-No, no pidas disculpas, pedazo de tonto. En cuestiones del corazón, yo soy tan novata como tú. También yo podría haberme explicado con más claridad. Es decir, si tenía que pasarlo mal de todos modos, habría sido preferible pasarlo mal sabiendo que no existía ninguna esperanza. Supongo que me asustaba tanto como a ti conocer la verdad. Era algo demasiado importante. Así que si hay algún culpable...

-No creo que lo haya -la interrumpió Damian, sonriendo-. Si tú olvidas esas semanas de sufrimiento, yo las olvidaré también, y haré todo lo que esté en mis manos para que no vuelva a ocurrir.

-Ésa es una promesa que me gusta oír... y que yo también te hago.

El tierno, beso que Damian le dio a continuación fue una promesa mucho más importante, la promesa de un amor que nunca moriría.

A corta distancia, Courtney dijo a su marido con considerable satisfacción:

-Parece que habrá boda.

Chandos siguió la risueña mirada de Courtney y vio a su hija en medio de un apasionado beso.

-Eso parece, ¿no?

Courtney contempló a su marido con preocupación y dijo con tono de reproche:

-Espero que le des una oportunidad de demostrar su valía antes de empezar a acosarlo.

-¿ Yo? -Chandos sonrió-. Claro que se la daré, Ojos de Gata. Ni se me ocurriría hacer lo contrario.

-Seguro que no -susurró Courtney.